



Ironsider

Un cuento de hadas
moderno

Holly Black

3º Libro de la serie La Corte Oscura

Argumento:

La Reina Silarial de la Corte Luminosa ha dado fin a la tregua y la Corte Oscura se enfrenta a una batalla difícil de ganar.

¡Ha empezado la Guerra de las Hadas!

¿De qué lado estás tú?

Entre acertijos y continuas trampas, siguiendo reglas y costumbres para ella desconocidas, Kaye tendrá que enfrentarse al mundo mágico para intentar recuperar a la niña humana cuyo lugar ocupó a la vez que mantener a salvo a sus amigos.

Para mis padres, Rick y Judy, por no meterme un atizador por la garganta o alguna otra cosa en un intento de recuperarme de manos de las hadas.

Reconocimientos

Un montón de gente vio este libro en ciertas etapas y ofrecieron consejo. Estoy en deuda con Delia Sherman, Ellen Kushner, Gavin Grant, Kelly Link, Sara Smith y Cassandra Clare por empujarme a ser mejor escritora y conseguir que este libro fuera muchísimo mejor.

Agradezco a Tiffany Tren el decirme cuándo el suspense estaba funcionando, a Justine Larbalestier por hablarme severamente sobre el final, a Cecil Castelluci por asegurarse de que recordara mostrar como se sentía todo el mundo, a Tony DiTerlizzi por recordarme el sentido común, a Libba Bray por su conmiseración, a Elka Cloke y Eric Churchill por señalarme las partes guays, y a Dianna Muzaurieta y su inteligentes y talentosos estudiantes, Brian Fitzgerald y Erin Wyckonff por hacer que fuera honesta.

Gracias a mi maravillosa y astuta editora, Karen Wojtyla, y a mi superagente, Barry Goldblatt, por asegurarse de que escribo el mejor libro que podría escribir. Y gracias a mi coeditora, Bara MacNeill, por hacerme parecer más lista de lo que soy.

Gracias a Steve, Cassie y Kelly por sentarse conmigo durante todo el proceso de escritura y demás lloriqueos. Y, al fin, y sobre todo, gracias a Theo por creer en mí y hacerme montones y montones de café.

Indice

Prologo	6
Capitulo 1.....	11
Capitulo 2.....	21
Capítulo 3	31
Capítulo 4	46
Capitulo 5.....	55
Capitulo 6.....	69
Capítulo 7	84
Capítulo 8	100
Capítulo 9	114
Capitulo 10.....	126
Capítulo 11	143
Capitulo 12.....	154
Capítulo 13	165
Capítulo 14	180

Prologo

*Entre el musgo desnudo,
han plantado espinos.
por placer aquí y allá.
Si algún hombre se atreviera
tan puntiagudos se alzan en su rencor
que se encontraría con sus más afiladas espinas.
en su cama por la noche.*

William Allingham, "Las Hadas"

Apesar de que le había enviado a este lugar, a pesar de las magulladuras frescas en su piel y la sangre bajo sus uñas, Roiben todavía amaba a Lady Silarial. A pesar de los hambrientos ojos de la Corte Oscura y las horripilantes tareas que la Reina Nicnevin le había encomendado. A pesar de las muchas formas en que había sido humillado y las cosas que en las que no podía permitirse a sí mismo pensar mientras estaba de pie rígidamente tras el trono.

Si se concentraba con fuerza, podía recordar la llama del pelo cobrizo de su Reina, sus ilegibles ojos verdes, la extraña sonrisa que le había dedicado mientras pronunciara su destino hacía tres meses. Ser escogido para abandonar su Corte Luminosa y ser un siervo entre los Oscuros era un honor, se dijo a sí mismo una vez más. Solo él la amaba lo suficiente como para permanecer leal. Ella confiaba en él por encima de todos los demás. Solo su amor era lo bastante verdadero como para resistir.

Y aún la amaba, se recordó a sí mismo.

—Roiben —dijo la Reina Oscura. Había estado comiendo la cena en la espalda de un duende de la madera, cuyo pelo verde era lo bastante largo como para servir de mantel. Ahora levantó la mirada hacia Roiben con una especie de sonrisa peligrosa.

—Si, mi Señora —dijo él automáticamente, neutralmente. Intentó ocultar lo mucho que la odiaba, no porque eso pudiera desagradarla. Más bien creía que la complacería demasiado.

—La mesa tiembla demasiado. Me temo que mi vino se derramará.

La colina hueca estaba casi vacía; los cortesanos que permanecían procurando su propia diversión bajo las guirnaldas de raíces peludas estaban muy callados mientras la Reina tomaba su cena. Solo sus sirvientes estaban cerca, todo ellos sombríos como fantasmas. Su chambelán se aclaró la garganta.

Roiben la miró fijamente en silencio.

—Arréglala —ordenó.

Dio un paso hacia delante, sin estar seguro de lo que quería de él. La cara marchita del duende miró hacia él, pálida de terror. Roiben intentó sonreír tranquilizadamente, pero eso solo pareció hacer que el hombrecillo temblara aún más. Se preguntó si atarle haría que se quedara firme, y después se disgustó consigo mismo tener semejante idea.

—Córtale los pies para que tengan el mismo largo que sus brazos —gritó una voz, y Roiben levantó la mirada. Otro caballero, con el pelo oscuro como su abrigo, se acercaba a zancadas al trono de Nicnevin. Un círculo desnudo de hierro se posaba sobre su frente. Sonreía burlescamente. Roiben le había visto solo una vez antes. Era el caballero de la Corte Oscura que había sido enviado a la Corte Luminosa como símbolo de paz. El gemelo de Roiben en servidumbre, aunque solo podía suponerse que la esclavitud de este caballero había sido más fácil que la del propio Roiben. Ante su visión el corazón de Roiben saltó con una esperanza imposible. ¿Podía haber terminado el intercambio? ¿Era posible que fuera a ser enviado a casa al fin?

—Nephamael —dijo la Reina—, ¿Silarial se ha cansado de ti tan rápidamente?

Él resopló.

—Me envía como mensajero, pero el mensaje es de poca importancia. Más bien creo que no le gusto, pero tú pareces más complacida con el cambio.

—No podría soportar separarme de mi nuevo caballero —dijo Nicnevin, y Roiben inclinó la cabeza—. ¿Harás lo que ha sugerido Nephamael?

Roiben tomó un profundo aliento, luchando por aparentar una calma que no sentía. Cada vez que hablaba, casi temía saltar y decir lo que pensaba en realidad.

—Dudo de la eficacia de su plan. Déjame tomar el lugar del duende. No derramarás tu vino, Señora.

La sonrisa de ella se amplió con deleite. Se giró hacia Nephamael.

—Lo pide tan primorosamente, ¿verdad?

Nephamael asintió, aunque parecía menos divertido que ella. Sus ojos amarillos parecieron tomar la medida a Roiben por primera vez.

—Y no le preocupa la dignidad. Debes encontrar eso refrescante.

Ella rió ante eso, una risa que pareció salir estrangulada de su garganta y tan fría como hielo rompiendo sobre la superficie de un lago profundo. En algún lugar de la vasta y oscura caverna, un arpa empezó a sonar. Roiben se estremeció ante la idea de lo que podría ser atado con una de esas cuerdas.

—Sé mi mesa pues, Roiben. Cuida de no temblar. El duende sufrirá por cualquier fallo por tu parte.

Roiben tomó el lugar de la pequeña hada fácilmente, apenas considerando una humillación ponerse sobre manos y rodillas, inclinar la cabeza y dejar que los platos de plata calientes se posaran alegremente sobre su espalda. No se movió. Permaneció quieto, incluso cuando Nephamael se sentó en el suelo junto al trono, dejando otro cáliz en la curva de su espina dorsal. La mano del hombre descansó sobre su trasero, y Roiben se mordió los labios para evitar sobresaltarse por la sorpresa. El hedor del hierro era abrumador. Se preguntó como Nicnevin podía soportarlo.

—Me aburro —dijo Nephamael—. Aunque la Corte Luminosa es encantadora, indudablemente.

—¿Y no hay nada que te divierta allí? Lo encuentro difícil de creer.

—Hay cosas. —Roiben creyó poder sentir la sonrisa en esas palabras. La mano se deslizó por el hueco de su espalda. Se tensó antes de poder evitarlo, y oyó como las copas tintineaban por su movimiento—. Pero mi deleite está en encontrar debilidades.

Nicnevin no hizo ademán de reprender a Roiben. Él dudó que fuera generosidad por su parte.

—En cierta forma —dijo ella—, me pregunto si me estás hablando a mí en absoluto.

—Es a ti a quien hablo —dijo Nephamael—. Pero no es de ti de quien hablo. Tus debilidades no son para que yo las conozca.

—Una encantadora y aduladora respuesta.

—Pero tomemos a tu caballero aquí presente. Roiben. Conozco su vulnerabilidad.

—¿De verdad? Yo creía que sería bastante obvio. Su amor por el hada solitaria le tiene

ahora mismo de rodillas.

Roiben se endureció para no moverse. El que la Reina de la Inmundicia hablara de él como si fuera un animal no le sorprendía, pero encontraba más temible lo que Nephamael pudiera decir. Había algo hambriento en la forma en que hablaba Nephamael, un hambre que Roiben no estaba seguro de poder saciar.

—Ama a Silarial. Se declaró a ella. Y la búsqueda que ella le dio fue esta... ser tu siervo en un intercambio de paz. —La Reina de la Corte Oscura no dijo nada. Roiben sintió una copa alzarse de su espalda y después volver a posarse—. Deliciosamente cruel, en verdad. Aquí está él, siendo leal y valiente por una mujer que le utiliza pobremente. Ella nunca le amó. Ya le ha olvidado.

—Eso no es cierto —dijo Roiben, girándose, haciendo que los platos de plata se estrellaran a su alrededor. Saltó sobre sus pies, sin preocuparse de los boquiabiertos cortesanos, del vino derramado, del asustado chillido del duende. No le importaba nada excepto herir a Nephamael, que había usurpado su lugar... su hogar... y se atrevía a regodearse de ello.

—¡Alto! —gritó Nicnevin—. Te lo ordeno, Roiben, por el poder de tu nombre cesa de moverte.

Contra su voluntad, se quedó congelado como un maniquí, respirando con fuerza. Nephamael se había escurrido fuera de su camino, pero la media sonrisa que Roiben esperaba encontrar en su cara había desaparecido.

—Matad al duende —ordenó la Reina Oscura—. Tú, mi caballero, beberás su sangre como si fuera vino, y esta vez no derramarás ni una gota.

Roiben intentó abrir la boca para decir algo que detuviera su mano, pero la orden prohibía incluso ese movimiento. Había sido un estúpido... Nephamael había estado incitándolo con la esperanza de que cometiera un error como este. Incluso la anterior falta de reprimenda de la Reina probablemente hubiera sido planeada. Ahora había quedado como un tonto espectacular y a costa de la vida de una criatura inocente. El odio por sí mismo corroía sus entrañas.

Nunca más, se dijo a sí mismo. No importaba lo que dijeran o hicieran o le obligaran a hacer, no reaccionaría. Se volvería tan indiferente como una piedra.

Los sirvientes sombríos fueron rápidos y eficientes. En un momento tuvieron preparada una copa cálida y la alzaron hacia sus labios inmóviles. El cadáver había sido ya retirado, con sus ojos abiertos mirando a Roiben más allá de la muerte, condenándole por su vanidad.

Roiben no pudo evitar abrir la boca y tragar el líquido cálido y salobre. Un momento

después, se atragantó y sufrió arcadas sobre el estrado.

El sabor de la sangre permaneció con él a través de los largos años de su servicio. Incluso cuando una pixie le puso accidentalmente en libertad, incluso cuando ganó la Corona Oscura. Pero para entonces ya no podía recordar de quién había sido la sangre, solo que se había acostumbrado a su sabor.

Capítulo 1

Prefiero el invierno y el otoño, cuando sientes la estructura ósea del paisaje... su soledad... la sensación muerta del invierno. Algo yace debajo... no se muestra la historia completa.

Andrew Wyeth

Las chicas humanas lloran cuando están tristes y cuando son felices. Tienen una sola forma fija en vez de cambiar al antojo del humo azotado por el viento. Tienen sus propios padres, que las aman. No van por ahí robando las madres de otras chicas. Al menos así era como Kaye pensaba que eran las chicas humanas.

Juguetear con el agujero del costado derecho de su disfraz, Kaye tanteó la piel verde de abajo mientras se evaluaba en el espejo.

—Tu rata quiere venir —dijo Lutie-loo. Kaye se giró hacia la pecera con tapa donde el hada del tamaño de una muñeca tenía presionados sus pálidos dedos contra el exterior del cristal. Dentro, la rata marrón de Kaye, Armageddon, olisqueaba el aire. Isaac estaba enroscado formando una pelota blanca en la esquina más alejada—. Le gustan las coronaciones.

—¿Realmente puedes entender lo que dice? —preguntó Kaye, metiéndose una camisa color aceituna por la cabeza y bajándose hasta las caderas.

—Es solo una rata —dijo Lutie, girándose hacia Kaye. Una de sus alas de polilla espolvoreó el costado de la jaula con un polvo pálido—. Cualquiera puede hablar rata.

—Bueno, yo no. ¿Parezco monocromática con esto?

Lutie asintió.

—Me gusta.

Kaye oyó la voz de su abuela llamando escaleras abajo.

—¿Dónde estás? ¡Te he hecho un sándwich!

—¡Un segundo! —gritó Kaye en respuesta.

Lutie besó la pared de cristal de la jaula.

—¿Bueno, puede venir la rata o no?

—Supongo. Claro. Quiero decir, si puedes evitar que se escape. —Kaye se ató una de sus sólidas botas negras y cojeó por la habitación buscando la pareja. Hacía sólo dos meses su dormitorio tenía una cama infantil y una estantería llena de anticuadas muñecas de ojos fijos. Ahora la vieja cama estaba desmontada en el ático, las muñecas estaban vestidas con atuendos punk-rock, y sobre el colchón del suelo Kaye había pintado un mural donde podría haber habido un cabecero. Estaba a medio terminar... un árbol con profundas e intrincadas ramas y corteza dorada. Aunque había creído que lo haría, la decoración todavía no la hacía sentir que la habitación fuera suya.

Cuando había visto el mural, Roiben había comentado que podría dar *encanto* a la habitación para hacerla parecer como quisiera, pero un toque mágico... sin importar cuanto le encantara la idea... no le parecería real. O quizás parecería demasiado real, le recordaría por qué no pertenecía a esta habitación en absoluto.

Metiendo el pie en la otra bota, se encasquetó la chaqueta. Dejándose el cabello verde, permitió que la magia se deslizara sobre su piel, coloreándola y cubriéndola. Sintió una ligera picazón cuando el encanto restauró su familiar cara humana.

Se miró a sí misma un largo momento antes de meterse a Armageddon en el bolsillo, rascar a Isaac detrás de las orejas, y caminar hacia la puerta. Lutie la siguió, volando con sus alas de polilla, manteniéndose fuera de la vista mientras Kaye trotaba escaleras abajo.

—¿La que llamó antes era tu madre? —preguntó la abuela de Kaye—. Oí el teléfono. — Estaba de pie ante el mostrador de la cocina, vertiendo grasa caliente en una lata de estaño. Dos sándwiches de mantequilla de cacahuete y bacon estaban colocados sobre platos; Kaye podía ver la carne marrón curvada saliéndose por los bordes del pan blanco.

Kaye mordió su sándwich, alegrándose de que la mantequilla de cacahuete mantuviera su boca cerrada.

—Le dejé un mensaje sobre las vacaciones, ¿pero se molestó en devolver la llamada? Oh, no, está demasiado ocupada para hablar conmigo. Tendrás que preguntarle mañana por la noche, aunque por qué no puede venir aquí a verte, en vez insistir en que vayas a visitarla a

ese escuálido apartamento de la ciudad, nunca lo sabré. Debe irritarla de veras que hayas decidido quedarte aquí en vez de seguirla por ahí como una pequeña sombra.

Kaye masticó, asintiendo a lo largo de las quejas de su abuela. En el espejo que había junto a la puerta, podía ver, bajo el encanto, a una chica con piel color verde hoja, ojos negros sin una gota de blanco en ellos, y alas tan finas como una envoltura de plástico. Un monstruo junto a una agradable anciana, comiendo comida en el lugar de otra chica. Una niña cambiada por las hadas.

Parásitos chupasangre. Así es como llamaban a los cucos cuando dejaban sus huevos en los nidos de otros pájaros. Abejas parásito también, dejando a sus obreras en colmenas extrañas; Kaye había leído sobre ellas en una de las enciclopedias a punto de desintegrarse del descansillo. Los parásitos chupasangre no se molestaban en criar a sus propios bebés. Los dejaban para que los criaran otros... pájaros que intentaban no notar que su descendencia crecía enorme y hambrienta, abejas que ignoraban que su progenie no recolectaba polen, madres y abuelas que no conocían la palabra "intercambio".

—Tengo que irme —dijo Kaye de repente.

—¿Has pensado en la universidad?

—Abuela, tengo mi Diploma de Educación General —dijo Kaye—. Tu lo viste. Yo lo vi. Está hecho.

Su abuela suspiró y miró al frigorífico, donde estaba la carta todavía pegada con un imán.

—Siempre está la escuela profesional. Imagínalo... empezar la universidad antes de que el resto de tu clase se gradúe siquiera.

—Iré a ver si Corny está fuera ya. —Empecé a avanzar hacia la puerta—. Gracias por el sándwich.

La anciana sacudió la cabeza.

—Hace demasiado frío. Quédate en el porche. Ese chico debería ser más sensato y no pedir a una jovencita como tú que espere fuera en la nieve. Te lo juro, ese chico no tiene modales en absoluto.

Kaye sintió el golpe de aire cuando Lutie pasó volando a su lado. Su abuela ni siquiera levantó la mirada.

—Vale, abuela. Adiós, abuela.

—Mantente caliente.

Kaye asintió y utilizó la manga del abrigo para girar el pomo de la puerta y así evitar tocar el hierro. Incluso su olor le quemaba la nariz cuando se acercaba. Atravesando el porche,

usó el mismo truco con la puerta mosquitera y salió a la nieve. Los árboles que había en el césped estaban encapsulados en hielo. El granizo de esa mañana había golpeado todo lo que había tocado, congelando una sólida piel centelleante que cubría ramas y contrastaba con el gris apagado del cielo. La más ligera de las brisas hacía a las ramas golpear unas contra otras.

Corny no iba a venir, pero su abuela no tenía necesidad de saber eso. No había mentido. Después de todo, las hadas no mienten. Retorcían tanto la verdad que esta se rompía por sí sola.

Sobre el umbral de la puerta, un manojo de espinas envueltas en verde marcaban la casa como vigilada por la Corte Oscura. Un regalo de Roiben. Cada vez que Kaye miraba las ramas, esperaba que ser protegida por la Corte Oscura incluyera ser protegida de la Corte Oscura.

Se giró, pasando junto a la casa estilo rancho con el aluminio colgando en parches a los lados. La mujer que vivía allí criaba patos italianos que se comían todas las semillas de hierba que cualquier vecino plantaba. Kaye pensó en los patos y sonrió. Una lata de metal rodaba en la esquina, golpeando contra las latas de cerveza de plástico para reciclar. Kaye cruzó el aparcamiento de una bolera, después un sofá que descansaba en la cuneta, con los cojines duros por el hielo.

Santas Claus de plástico brillaban sobre céspedes junto a un reno envuelto en luces de fibra óptica. Una tienda veinticuatro horas hacía sonar un carillón de villancicos chillones que se extendía por las calles tranquilas. Un elfo robótico de mejillas sonrosadas saludaba interminablemente cerca de varias veletas que revoloteaban como fantasmas. Kaye pasó junto a un pesebre que había perdido al Niño Jesús. Se preguntó si algún crío lo habrían robado o si la familia simplemente lo guardaba por la noche.

A medio camino del cementerio, se detuvo en un teléfono público fuera de una pizzería, indicó local, y marcó el número del móvil de Corny. Él lo cogió tras el primer timbrazo.

—Hey —dijo Kaye—. ¿Te has decidido sobre la coronación? Voy de camino a ver a Roiben antes de que empiece.

—No creo que pueda ir —dijo Corny—. Me alegro de que llamas, sin embargo... Tengo que decirte algo. Pasaba en coche junto a uno de esos almacenes. Ya sabes, de esos con carteles del tipo "Apoya a Nuestras Tropas".

—Si —dijo Kaye asombrada.

—Bueno, este decía "La Vida es Como Lamer Miel de un Tarro". ¿Qué mierda significa eso?

—Raro.

—No, mierda, es raro. ¿Qué se supone que significa?

—Nada. No te comas el tarro —dijo Kaye.

—Oh, vale. No te comas el tarro. Ese soy yo. Soy muy bueno comiéndome el tarro. Es mi habilidad especial. Iba a coger uno de esos test "Para qué trabajo estoy más capacitado", tendría la puntuación perfecta para "no te comas el tarro por cualquier mierda". ¿Y para qué trabajo crees que estaría cualificado exactamente?

—Encargado de almacén —dijo Kaye—. Serías el que pone esos carteles.

—Ouch. Justo entre las piernas. —Podía oírse la sonrisa en su voz.

—¿Así que de verdad no vas a venir? Parecías muy seguro de que era buena idea enfrentar tus miedos y todo eso.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea. Justo cuando iba a hablar, él dijo:

—El problema de enfrentar mis miedos es que son *mis* miedos. Por no mencionar que este miedo a demonios megalomaníacos y amorales es difícil de racionalizar. —Rió, un cacareo quebradizo y extraño—. Solo por una vez me gustaría que finalmente acabaran con sus secretos... que me contaran como protegerme realmente a mí mismo. Cómo estar a salvo.

Kaye pensó en Nephamael, el último Rey de la Corte Oscura, atragantándose con hierro, y en Corny apuñalándole una y otra vez.

—No creo que sea tan simple —dijo Kaye—. Quiero decir, es casi imposible protegerse de la gente, imagina de las hadas.

—Si, supongo. Te veo mañana —dijo Corny.

—Vale. —Le oyó colgar el teléfono.

Kaye echó a andar, atrayendo el abrigo más firmemente a su alrededor. Entró en el cementerio y empezó a subir la colina nevada, embarrada y acanalada por los trineos que habían pasado por ella. Su mirada se desvió hacia donde sabía que estaba enterrada Janet, aunque desde donde estaba Kaye, todas las lápidas de granito pulido parecían iguales con sus guirnalda de plástico y los gorritos rojos mojados. No necesitaba ver la tumba para que sus pasos se ralentizaran y le pesaran por el recuerdo de como la ropa empapada debía haber pesado en el cuerpo que se ahogaba de Janet.

Se preguntó que ocurriría...

Corny cerró el móvil contra su pecho y siguió de pie un momento, esperando que los remordimientos remitieran. Quería ir a la coronación, quería bailar con las terribles y preciosas criaturas de la Corte Oscura, quería atracarse de fruta de hadas y despertar en la ladera,

magullado y saciado. Se mordió la mejilla hasta que saboreó su sangre, pero solo aumentó el anhelo con el dolor.

Se sentó en el pasillo de la biblioteca en una moqueta tan nueva que tenía un olor a limpio y químico que probablemente fuera el formaldehído evaporándose. Abriendo el primero de los libros, examinó los grabados y el estilo artístico de finales de siglo. Examinó dibujos de ponis con alas que no se parecían para nada al kelpie que había asesinado a su hermana. Ojeó rápidamente un anillo de diminutas y angélicas hadas con mejillas sonrosadas y orejas puntiagudas bailando en un círculo. *Pixis*, leyó. Ninguna de ellas se parecía a Kaye en lo más mínimo.

Arrancó cuidadosamente cada página de la encuadernación. Eran sandeces.

El siguiente libro no era mejor.

Cuando empezaba a desgarrar el tercero, un anciano miró hacia el pasillo.

—No deberías estar haciendo eso —dijo.

Aferraba un grueso libro de vaqueros de tapa dura y miraba a Corny con los ojos entrecerrados como si, incluso con sus gafas, no pudiera verlo muy claramente.

—Trabajo aquí —mintió Corny.

El hombre examinó la rallada cazadora de motorista de Corny y su melencoloso pelo de color casi salmón.

—¿Tu trabajo es desgarrar totalmente buenos libros?

Corny se encogió de hombros.

—Seguridad nacional.

El tipo se marchó murmurando. Corny metió el resto de los libros en su mochila y salió por las puertas. La desinformación era peor que ninguna información en absoluto. Las alarmas sonaron tras él pero no se preocupó. Había estado en otras bibliotecas. Las alarmas no hacían nada salvo un bonito sonido, como la campana de una iglesia del futuro.

Se encaminó en dirección a la colina de la coronación. No, no iba a una fiesta con Kaye y su novio príncipe-de-la-oscuridad, lo cual no quería decir que tuviera que quedarse en casa. Ninguno de aquellos libros podía ayudarlo con lo que tenía planeado, pero ya se lo esperaba. Si quería respuestas, iba a tener que ir directo a la fuente.

Los sirvientes no querían a Kaye en el Palacio de las Termitas. Podía decirlo por la forma en que la miraban, como si fuera solo una rozadura en sus zapatos, la mugre bajo sus uñas, el hedor del café y los cigarrillos que se pegaba a su ropa. Le hablaban a regañadientes,

nunca la miraban a los ojos, y la guiaban por los pasillos como si sus pies estuvieran hechos de plomo.

Aquí estaba el lugar al cual se suponía que debía pertenecer, pero sin embargo la sombría y fabulosa corte, los fríos vestíbulos, y sus feroces moradores la dejaban intranquila. Todo era muy hermoso, pero ella se sentía consciente de sí misma e incomoda contra un telón de fondo. Y si no pertenecía aquí, y no pertenecía a Ellen, entonces no se le ocurría a que otro lugar pertenecía.

Habían pasado casi dos meses desde que Roiben había asumido el título de Rey Oscuro. Pero una coronación formal solo podía suceder en el día más oscuro del invierno. Tras esta noche él sería el auténtico Señor de la Corte Oscura, y con el título vendría la reanudación de la interminable guerra con la Corte Luminosa. Dos noches atrás él había despertado a Kaye trepando a un árbol, llamando a la ventana de su dormitorio, y sacándola para sentarla en el congelado césped.

—Permanece en Ironside¹ un tiempo tras mi coronación —le había dicho—. Para que no te veas arrastrada a más peligros.

Cuando había intentado preguntarle por cuanto tiempo o como de malo pensaba que iba a ser, él la había besado suavemente. Había parecido inquieto, pero no podía decir por qué. Fuera cual fuera la razón, su intranquilidad había resultado contagiosa.

Siguió el paso arrastrado de un sirviente jorobado hasta las puertas de los aposentos de Roiben.

—Estará con usted pronto —dijo el sirviente, abriendo de un empujón la pesada puerta y entrando dentro. Encendió varias velas gruesas a lo largo del suelo antes de retirarse silenciosamente. Una cola peluda se arrastró tras él.

Las habitaciones de Roiben estaban en gran parte sin amueblar, las paredes eran una extensión de piedra lisa interrumpida por estanterías de libros y una cama cubierta por una colcha de brocado. Había algunas otras cosas, mas alejadas... un cuenco de jade para lavarse, un armario, un estrado con su armadura. El aposento era formal, austero e intimidante.

Kaye dejó caer su abrigo sobre el pie de la cama y se sentó al lado. Intentó imaginarse viviendo aquí, con él, y fracasó. La idea de colgar un póster en la pared era absurda.

Estirándose, sacó un brazalete de uno de los bolsillos de su abrigo, rodeándolo con su mano. Una delgada trenza de su propio cabello verde, envuelta en alambre de plata. Había esperado sorprenderlo antes de que comenzara la ceremonia, esperaba que incluso si no

¹ Ironside, nombre que las hadas dan al mundo de los humanos debido al olor a hierro que desprende.

podía verlo durante un tiempo, lo llevara con él, como los caballeros de los libros de historia llevaban las prendas de sus damas cuando acudían a la batalla. Lutie y Armageddon habían acudido antes al salón, así que tenía solo un momento para regalárselo.

Ante la grandeza de la habitación, pensó, su regalo parecía ahora feo y hecho a mano. No digno de un rey.

Se oyó un sonido, como el estruendo de unas pezuñas en el vestíbulo y Kaye se puso de pie, escondiendo el brazalete en el bolsillo de su abrigo, pero era solo otro ceñudo sirviente, este llevando un vaso de vino especiado tan espeso y rojo como la sangre.

Kaye tomó el vaso y bebió un sorbito educadamente, después lo dejó en el suelo mientras el sirviente salía. Ojeó unos pocos libros a la parpadeante luz de las velas -estrategia militar, *Las Baladas de Peasepod*, un libro de bolsillo de Emma Bull que ella le había prestado- y esperó algo más. Tomando otro sorbo de vino, se tumbó a los pies de la cama, enrollando la colcha de brocado a su alrededor.

Despertó de repente, con una mano en su brazo y la cara impasible de Roiben sobre ella. Cabellos plateados le acariciaban la mejilla.

Avergonzada, se incorporó, secándose la boca con el revés de la mano. Había dormido inquieta, y la colcha casi estaba en el suelo, absorbiendo el vino derramado y la cera derretida de las velas. Ni siquiera recordaba haber cerrado los ojos.

Un sirviente vestido de escarlata sujetando un largo manto con un cierre de ópalos negros permanecía en el centro de la habitación. El chambelán de Roiben, Ruddles, estaba cerca de la puerta, su boca rebosante de dientes hacía que pareciera como si llevara puesta una desagradable sonrisa.

Roiben frunció el ceño.

—Nadie me dijo que estabas aquí.

No estaba segura de si aquello quería decir que deseaba que alguien lo hubiera hecho o que habría preferido no tenerla allí después de todo. Kaye se echó el abrigo sobre el brazo y se puso en pie, las mejillas le ardían de vergüenza.

—Debería irme.

Él estaba sentado en los restos de su cama. La vaina que llevaba en la cadera tocaba el suelo.

—No —Hizo un gesto al sirviente y a Ruddles—. Dejadnos.

Con profundas reverencias, se fueron.

Kaye continuó de pie.

—Es tarde. Tu asunto va a comenzar pronto.

—Kaye, no tienes idea de a qué hora es. —Se levantó y alargó la mano hasta su brazo—. Te has quedado dormida.

Ella dio un paso atrás, juntando las manos, presionándose las uñas en las palmas para permanecer en calma.

Él suspiró.

—Quédate. Déjame suplicar tu perdón por cualquier cosa que haya hecho...

—Para. —Sacudió la cabeza, hablando más rápido de lo que pretendía—. Ellos no quieren que estés conmigo, ¿verdad?

La boca de él se curvó en una amarga sonrisa.

—No tengo nada prohibido.

—Nadie me quiere aquí. No me quieren cerca de ti. ¿Por qué?

Él la miró sobresaltado, pasándose una mano por el cabello plateado.

—Porque yo soy un aristócrata y tú... no —terminó torpemente.

—Yo soy de clase baja —dijo ella sin entusiasmo, girando la cabeza hacia él—. No es nada nuevo.

Las botas de Roiben golpearon contra la piedra cuando caminó tras ella y la empujó contra su pecho. La cabeza de ella descansó en la curva de su cuello, y sintió su respiración mientras él hablaba, los labios moviéndose contra su piel.

—Tengo mi propia opinión sobre el tema. No me importa la de nadie más.

Por un momento, se relajó bajo su toque. Él estaba caliente y su voz era muy suave. Sería fácil arrastrarse bajo la colcha y quedarse. Solo quedarse.

Pero sin embargo Kaye giró entre sus brazos.

—¿Qué problema tiene este tugurio?

Él resopló, una de sus manos rezagándose en la cadera de ella. Ya no estaba mirándola, su mirada estaba fija en la fría piedra gris, del mismo color que sus ojos.

—Que es una debilidad. Mi cariño por ti.

Ella abrió la boca para hacer otra pregunta, y la cerró de nuevo, comprendiendo que él había contestado a más de lo que ella había preguntado. Quizás aquella fuera la razón por la que no les gustaba a los sirvientes, quizás era la razón por la que los cortesanos le hablaban con desprecio, pero era también lo que pensaba él. Podía verlo en su cara.

—Realmente debo irme —dijo ella, arrancando. La alivió descubrir que su voz no se enredaba.

—Te veré allí. Rómpete una pierna.

Él soltó del abrigo de sus brazos.

—No puedes permanecer en el estrado durante la ceremonia ni marchar en la procesión. No quiero que seas aceptada como parte de mi corte. Sobre todo, no debes jurar lealtad. Prométemelo Kaye.

—Así que, ¿supongo que debo actuar como si no te conociera? —La puerta estaba solo a unos pocos pasos a través de suelo, pero era consciente de cada uno—. ¿Cómo si no tuvieras ninguna *debilidad*?

—No, por supuesto que no —dijo él, demasiado rápidamente—. Tú eres la única cosa que tengo que no es deber ni obligación, la única cosa elegida por mí mismo.— Hizo una pausa—. Lo único que quiero.

Ella dejó que una pequeña y coqueta sonrisa se deslizara por su cara.

—¿De verdad?

Él resopló, sacudiendo la cabeza.

—Crees que estoy siendo absurdo, ¿ verdad?

—Creo que estás intentando ser amable —dijo Kaye—. Lo cual es bastante absurdo.

Caminó hacia ella y le besó la sonriente boca. Kaye se olvidó de los hoscos sirvientes y de la coronación y del brazalete que no le había dado. Se olvidó de todo excepto de la presión de sus labios.

Capítulo 2

*Allí habrá platos repletos
Y tazas para derretir el frío
De toda la gente de ojos grises
Quienes pasan encima de la colina*

Edna St. Vincent Millay, "Tavern"

Roiben no había esperado que un enviado de la Corte Luminosa le buscara antes de vestir la corona en la frente. Silarial no había hecho ningún movimiento contra él en esos dos largos meses entre Samhain y el Solsticio de Invierno, y empezaba a preguntarse si tenía intención de hacerlo. Los meses oscuros y fríos eran considerados un momento desafortunado para que la Corte Luminosa atacara, así que quizás ella solo esperaba a que el hielo se fundiera con la primavera, cuando tendría toda la ventaja. Aún así, ocasionalmente podía creer que había reconsiderado renovar la confianza entre las cortes del Día y la Noche. Incluso con su número superior, la guerra todavía sería costosa.

—La delegación de la Corte Luminosa está aquí, milord —repitió Dulcamara, las suelas de plata de sus botas repiqueteaban a cada paso. Roiben oyó el eco del "Lord" contra las paredes una y otra vez, como una burla.

—Hazle entrar —dijo Roiben, tocándose la boca. Se preguntaba si Kaye estaba ya en el salón, si estaba sola.

—Si puedo atreverme a revelar información, el mensajero es ella.

Roiben levantó la mirada con súbita esperanza.

—Hazla entrar entonces.

—Sí, milord. —Se apartó del camino, dejando que la mujer hada se adelantara. Estaba vestida con ropa de un blanco glacial, sin armadura de ningún tipo. Cuando levantó la mirada hacia él, sus ojos plateados brillaban como espejos, reflejando su propia cara.

—Bienvenida, hermanita. —Las palabras parecieron robarle el aliento cuando las pronunció.

Su cabello estaba recortado cerca del cráneo, un halo blanco alrededor de su cara. Ella se inclinó y alzó la cabeza.

—Lord Roiben, mi Señora te envía sus saludos. La entristece tener que luchar contra uno de sus propios caballeros y ofrece que reconsideres tu impulsiva posición. Incluso ahora podrías renunciar a todo esto, rendirte, y volver a la Corte Luminosa.

—¿Ethine, que ha ocurrido con tu pelo?

—Por mi hermano, —dijo, pero todavía no le miraba cuando hablaba—. Me lo corté cuando murió.

Roiben solo la miró fijamente.

—¿Tienes algún mensaje? —inquirió Ethine.

—Dile que no lo reconsideraré. —Su voz fue cortante—. No retrocederé y no me rendiré. Puedes decir a tu señora que he saboreado la libertad, su servicio ya no me tienta. Puedes decirle que nada en ella me tienta.

La mandíbula de Ethine se apretó como conteniendo sus palabras.

—Se me ha ordenado que permanezca aquí hasta tu coronación. Con tu permiso, por supuesto.

—Siempre me alegra tu compañía —dijo.

Ella abandonó el salón sin esperar su dispensa. Cuando su chambelán entró en la habitación vistiendo una amplia y dentada sonrisa, Roiben intentó no ver en ella el mal presagio de que últimamente era mejor en complacer a los que odiaba que a los que amaba.

Cornelius se apoyaba contra la corteza áspera de un olmo justo dentro del cementerio. Intentaba concentrarse en otra cosa que no fuera el frío, que no fuera el atizador de hierro que aferraba en la mano desnuda o la red de pesca de la otra. Se había puesto la ropa interior del

revés solo por si acaso alguna de esas mierdas de los libros funcionaba y se había frotado con agujas de pino para disfrazar su olor. Esperaba, que en la oscura noche sin estrellas, eso fuera suficiente.

Sin importar lo dispuesto que se dijera a sí mismo que estaba, oír a las hadas revolviéndose entre la nieve le llenaba de pánico. No creía realmente que el atizador fuera defensa contra las legiones de la Corte Oscura. Todo lo que podía hacer ahora era contener el aliento e intentar no derrumbarse.

Se estaban reuniendo para la primera coronación en más de un siglo. Todo el mundo estaría allí. Corny deseaba que Kaye hubiera estado agachada tras un banco de nieve con él esta noche, y no bajo la colina en el baile de las hadas. Ella siempre hacía que los planes más alocados parecieran ir a funcionar, hacía que pareciera que podías aclarar lo inescrutable. Pero para que Kaye hubiera venido, tendría que haberle contado lo que iba a hacer y no había forma de que eso acabara bien. Algunas veces olvidaba que ella no era humana, y entonces le miraba con algo extraño en los ojos, o sonreía con una sonrisa demasiado amplia y demasiado hambrienta. A pesar de ser su mejor amiga, todavía era una de ellos. Mejor trabajar solo.

Corny se repitió silenciosamente ese pensamiento para sí mismo cuando la primera procesión de hadas pasó. Era un grupo de trolls, con extremidades verde liquen, tan largas y nudosas como ramas. Pateaban la nieve al pasar, gruñéndose unos a otros suavemente, con los hocicos olisqueando el aire como perros de caza. Esta noche no se habían molestado en disfrazarse.

Siguió un trío de mujeres, todas vestidas de blanco, con su largo cabello brillante ondeando alrededor aunque no había viento. Se sonreían secretamente las unas a las otras. Cuando pasaron, sin saber de él, vio que las curvas de sus espaldas estaban huecas y vacías como cáscaras de huevo. A pesar de los trajes transparentes que vestían, parecía no importarles el frío.

Unos caballos subieron la colina después, con sus jinetes solemnes y callados. El ojo de Corny captó una corona de bayas rojas rodeando cabello oscuro. No pudo evitar admirar los ricos y extraños diseños de las ropas, los brillantes rizos, y las caras, tan guapas que solo mirarlas hacía que le doliera de anhelo.

Corny se mordió con fuerza el labio y obligó a sus ojos a cerrarse. Sus manos estaban temblando a los costados y tuvo miedo de que el plástico claro de la red de pesca destacara contra la nieve. ¿Cuántas veces le cogerían así de desprevenido? ¿Cuántas veces podía hacer el tonto?

Manteniendo los ojos cerrados, Corny escuchó. Escuchó el crujido de ramas, el roce de

la nieve, el susurro de conversación, la risa, que era tan rítmica como cualquier flauta. Los escuchó pasar, y cuando lo hubieron hecho, abrió los ojos al fin. Ahora solo tenía que esperar. Estaba apostando por el hecho de que sin importar el motivo de la fiesta, siempre había rezagados.

Solo hicieron falta unos minutos para que una tropa de elfos bajitos vestidos de gris subieran la colina. Siseándose impacientemente los unos a los otros, se abrieron paso entre la nieve. Corny suspiró. Había demasiados como para que pudiera hacer lo que había planeado, y eran demasiado grandes, así que esperó a que pasaran.

Un hada muy pequeña llegó tras ellos, saltando sobre las huellas largas de los trolls. Vestida de escarlata con un sombrero hecho de media piña de ciprés, sus ojos negros brillaban como los de un animal reflejando la luz. Corny aferró más fuerte el mango del atizador y tomó un profundo aliento. Esperó a que la pequeña hada diera dos saltos más, luego salió de los árboles y con un movimiento veloz, empujó el atizador contra la garganta del hada.

Ella chilló, cayendo bocabajo en la nieve, sus manos volaron para cubrir donde el hierro la había tocado.

—Kryptonita —susurró Corny—. Supongo que eso me convierte en Lex Lutor.

—Por favor, por favor —rogaba la criatura—. ¿Qué quieres? ¿Un deseo? Seguramente una cosita como yo tendría deseos demasiado pequeños para un ser tan poderoso.

Corny tiró con fuerza de la fina red de pesca. Un entramado de aluminio se cerró alrededor del hada.

La pequeña criatura chilló de nuevo. Se retorció de un lado a otro, respirando con dificultad, dando zarpazos solo para volver a caer con un aullido. Corny finalmente se permitió sonreír.

Trabajando rápidamente retorció cuatro finos alambres de acero, cerrando firmemente la trampa. Después levantó la jaula en el aire y corrió colina abajo, enterrándose hasta el tobillo en la nieve, cuidando de tomar un camino diferente al que cogían las hadas para subir. Se tambaleó hasta donde había aparcado su coche, con la puerta todavía abierta, la rueda de repuesto espolvoreada por una fina capa de blanco.

Dejando caer dentro la jaula, cerró la puerta de golpe y saltó al asiento, girando el contacto. El calor llegó como una explosión y simplemente se quedó allí sentado un momento, permitiéndose disfrutar de la calidez, permitiéndose sentir como su corazón latía con tanta fuerza como para golpear contra el interior de su pecho, permitiéndose la gloria del hecho de que ahora, finalmente, sería él quien estableciera las reglas.

Kaye empujó su copa, bebiéndola hasta el fondo. El primer sorbo de vino de hongo había sido asqueroso, pero después se había encontrado tocándose los dientes con la lengua, buscando más del sabor carnoso y amargo. Sus mejillas estaban calientes por la presión de sus propias palmas y se sentía más que ligeramente mareada.

—No... eso no es bueno para comer —dijo Lutie-loo. La pequeña hada estaba posada en el hombro de Kaye, con una mano aferrada al arete de plata y la otra sujetándose de un mechón de cabello.

—Mejor que bueno —dijo Kaye, pasando los dedos por el fondo del cáliz, recogiendo los restos, y lamiéndolos de la mano. Dio un paso experimental, intentando girar y sostenerse momentos antes de chocar contra una mesa—. ¿Dónde está mi rata?

—Ocultándose como deberíamos hacer nosotras. Mira —dijo Lutie, pero Kaye no podía ver hacia qué estaba gesticulando. No podía ser nada. Los trolls se apiñaban entre las mesas cerca de selkies sin sus pieles mientras dopplers de espaldas vacías bailaban y giraban. Había al menos un kelpie... el hedor a salmuera resultaba pesado en el aire... pero también había nixies, sprites, brownies, bogies, phookas un shagfoal en la esquina, un fantasma azul zigzagueando entre estalagmitas, sonrientes spriggans y más.

Además no solo estaban los ciudadanos locales. La gente había viajado desde cortes distantes para presenciar la coronación. Había enviados de más cortes de las que ella sabía que existían, algunos de la Luminosa, otros de la Oscuridad, y otros que reclamaban que esas distinciones carecían de sentido. Todos ellos estaban aquí para ver como la Corte de la Noche juraba lealtad a su nuevo amo. A ella le sonreían, sonrisas llenas de pensamientos que Kaye no podía descifrar.

Las mesas estaban cubiertas de manteles azul marino y preparadas con platos de hielo. Ramos y bayas de acebo descansaban junto a esculturas compuestas de bloques congelados de agua verdosa. Un monstruo de lengua negra lamía un trozo que contenía a un minnow inmóvil. Pasteles de bellota amargos congelados con una pasta azucarada de zarzamora, estaban apilados cerca de pájaros asados atados por las patas. Un lodoso ponche negro flotaba en un enorme cuenco de cobre, el metal sudaba y humeaba por el frío. Ocasionalmente alguien sumergía una taza de carámbano en ella y sorbía el contenido.

Kaye levantó la mirada cuando el salón se quedó en silencio.

Roiben había entrado en la habitación con su corte. Thistledown, el heraldo oscuro, corría delante de la procesión, su largo cabello dorado surgía de la cabeza marchita. Después

venía la gaitera, Bluet, tocando su rítmico instrumento. Después marchaba Roiben con sus dos caballeros, Ellebere y Dulcamara, siguiéndole a tres pasos exactos. Unos Goblins sujetaban los bordes de la capa de Roiben. Tras ellos había otros... su chambelán, Ruddles, un sirviente sujetando una sinuosa copa de cuerno, y varios pajes que llevaban los arneses de tres perros negros.

Roiben se encaramó a un estrado grande cubierto de musgo, cerca de un trono enorme de ramas de abedul entrelazadas y se giró hacia la multitud, hincándose de rodillas. Inclino la cabeza hacia delante y su pelo, plateado como un cuchillo, cayó como una cortina sobre su cara.

—¿Pronunciarás el voto? —preguntó Thistledown.

—Lo haré —dijo Roiben.

—La noche interminable —entonó Thistledown—, de oscuridad, hielo y muerte, es nuestra. Dejemos que el nuevo Señor sea también de hielo. Dejemos que nuestro nuevo Señor nazca de la muerte. Dejemos que nuestro nuevo Señor se comprometa con la noche. —Con eso, colocó una corona tejida de ramas de fresno, con pequeños trozos de varitas formando espinas, en la cabeza de Roiben.

Roiben se alzó.

—Por la sangre de nuestra Reina que derramé —dijo—. Por este círculo de fresno colocado sobre mi frente me ato a la Corte de la Noche en esta, la Noche del Solsticio de Invierno, la más larga del año.

Ellebere y Dulcamara se arrodillaron a ambos lados de él. La corte se arrodilló con ellos. Kaye se encorvó torpemente.

—Yo te presento —gritó el heraldo— nuestro indudable Señor, Roiben, Rey de la Corte Oscura. ¿Os humillaréis y le llamaréis soberano?

Un gran jolgorio de chillidos y gritos. El pelo se erizó a lo largo de los brazos de Kaye.

—Vosotros sois mi gente —dijo Roiben, con las manos extendidas—. Y como yo estoy atado, también lo estáis vosotros a mi voluntad. Que muera si no soy vuestro rey.

Con esas palabras, se sentó en la silla de abedul, con la cara blanca. La gente empezó a levantarse de nuevo, moviéndose para acercarse a hacer su reverencia al trono.

Un spriggan perseguía a una diminuta hada alada bajo la mesa, haciéndola temblar. El cuenco de hielo se derramó y la torre de cubos se colapsó, derrumbándose por todas partes.

—Kaye —chilló Lutie—. No estás mirando.

Kaye se giró hacia el estrado. Un escriba estaba sentado con las piernas cruzadas cerca de Roiben, tomando nota de cada suplicante. Inclinandose hacia adelante en su trono, el Señor

se dirigía a una mujer de pelo salvaje vestida de escarlata. Cuando esta se puso de rodillas, Kaye captó un vistazo de una cola de gato retorciéndose por una raja de su vestido.

—¿Qué no estoy mirando? —preguntó Kaye.

—¿Nunca has visto una declaración, pixie? —digo con desprecio una mujer con una gargantilla de escarabajos de plata—. Eres la chica *Ironsides*, ¿verdad?

Kaye asintió.

—Supongo que sí. —Se preguntó si apestaba a eso, si el hierro se filtraba por sus poros por la larga exposición.

Una chica ágil con un vestido de pétalos surgió tras la mujer, descansando sus finos dedos sobre el brazo de la otra, y haciendo una mueca a Kaye.

—Él no es tuyo, ¿sabes?

Kaye sentía la cabeza como si estuviera llena de algodón.

—¿Qué?

—Una declaración, —dijo la mujer—. No te has declarado. —A Kaye le parecía que los escarabajos se paseaban en círculos alrededor de la garganta de la mujer. Sacudió la cabeza.

—No lo sabe. —la chica soltó una risita, arrebatando una manzana de la mesa y mordiéndola—. Para ser su consorte —la mujer hablaba lentamente, como hablando a una idiota. Un escarabajo verde iridiscente cayó de su boca—. Se hace una declaración de amor y se pide una búsqueda para probar el valor de una.

Kaye se estremeció, observando al brillante escarabajo correr hacia arriba por el vestido de la mujer y tomar su lugar en el cuello.

—¿Una búsqueda?

—Pero si el declarante no es correspondido, el monarca le adjudicará una misión imposible.

—O una mortal —ayudó la sonriente chica pétalo.

—No es que pensemos que él fuera a enviarte a ti a una búsqueda de esas.

—No es que pensemos que él pretenda ocultarte nada.

—Dejadme en paz —dijo Kaye espesamente, con el corazón destrozado. Tambaleándose hacia adelante entre la multitud, supo que había bebido más de lo que tenía intención. Lutie chilló cuando Kaye se abrió paso a empujones entre damas aladas y un hombre que tocaba el violín, casi tropezando con una larga cola que barría el suelo.

—¡Kaye! —gimió Lutie—. ¿Adónde vamos?

Una mujer que mordía las raíces de una rama con un residuo gris, apretó los labios con deleite cuando Kaye pasó. Un hada de cabello blanco se acercó lo suficiente a la cabeza de

ésta y se quedó allí como un pétalo de diente de león con un aspecto extrañamente familiar, pero Kaye no podía ubicarla. Cerca, un hombre de piel azul destrozaba castañas con sus enormes puños, mientras pequeñas hadas aferraban ansiosamente lo que él dejaba caer. Los colores parecían emborronarse.

Kaye sintió el impacto del suelo de tierra antes de notar siquiera que se había caído. Por un momento, solo se quedó allí tendida, mirando a través de los ruidos de vestidos, pies, y zapatos puntiagudos. Las formas danzaban y se fundían.

Lutie aterrizó tan cerca de la cara de Kaye que apenas pudo enfocar la diminuta forma.

—Quédate despierta —dijo Lutie. Sus alas vibraban de ansiedad. Tiró de uno de los dedos de Kaye—. Me cogerán si te duermes.

Kaye rodó de lado y consiguió levantarse, cuidadosamente, sin fiarse de sus propias piernas.

—Estoy bien —dijo Kaye—. No estoy dormida.

Lutie aterrizó en la cabeza de Kaye y empezó a tirarle nerviosamente de mechones de pelo.

—Estoy perfectamente bien —repitió Kaye. Con pasos cuidadosos, se aproximó al costado de estrado donde Lord Roiben, recién ungido Rey de la Corte Oscura, estaba sentado. Observó sus dedos, cada uno rodeado de una banda de metal, mientras estos golpeteaban los ritmos de una tonada poco familiar en el brazo del trono. Estaba envuelto en una rígida tela negra que le mantenía entre las sombras. Con lo familiar que debía haber sido, se encontró a sí misma incapaz de hablar.

Era la peor clase de estupidez desear fervientemente que alguien se preocupara por ti. Aún así, era como estar observando a su madre en el escenario. Kaye se sentía orgullosa, pero casi tenía miedo de que si subía, no resultaría ser Roiben en absoluto.

Lutie-loo abandonó su percha para volar hasta el trono. Roiben levantó la mirada, se rió, y ahuecó las manos para recibirla.

—Se ha bebido todo el vino de hongo, —acusó Lutie, señalando a Kaye.

—¿De verdad? —Roiben alzó una ceja plateada—. ¿Vendrá y se sentará a mi lado?

—Claro, —dijo Kaye, subiéndose al estrado, inexplicablemente tímida—. ¿Qué tal ha ido?

—Interminable. —Los largos dedos de él se colaron entre su cabello, haciéndola estremecer.

Solo meses atrás, pensaba de sí misma que era rara, pero humana. Ahora el peso de las alas diáfanos en su espalda y el verde de su piel eran suficientes para recordarle que no lo

era. Pero todavía era solo Kaye Fierch y no importaba lo mágica o lista que fuera, era difícil entender por qué se le permitía sentarse junto a un rey.

Incluso si había salvado la vida de ese rey. Incluso si él la amaba.

No pudo evitar recordar las palabras de la mujer-escarabajo. ¿La chica de los tirabuzones con el tambor tenía intención de hacer una declaración? ¿De pedir una búsqueda? ¿La había hecho ya la chica de la cola de gato también? ¿Estaban todas las criaturas mágicas riéndose de ella, pensando que porque había crecido entre humanos, era una ignorante en las costumbres de las hadas?

Quería hacer las cosas bien. Quería hacer un gran gesto. Darle a él algo más fino que un harapiento brazalete. Tambaleándose hacia adelante, Kaye hincó ambas rodillas delante del nuevo Rey de la Corte Oscura.

Los ojos de Roiben se abrieron de par en par con algo parecido al pánico y abrió la boca para hablar pero ella fue más rápida.

—Yo, Kaye Fierch, me declaro a ti. Yo... —Kaye se quedó congelada, comprendiendo que no sabía lo que se suponía que tenía que decir, pero el licor intoxicante en sus venas impulsó su lengua—. Te amo. Quiero que me des una búsqueda. Quiero probar que te amo.

Roiben aferró el brazo de su trono, los dedos se apretaron sobre la madera. Su voz bajó hasta un susurro.

—Para permitir eso, tendría que tener un corazón de piedra. No te convertirás en un juguete de esta corte.

Sabía que algo iba mal, pero no sabía qué. Sacudiendo la cabeza, siguió torpemente.

—Quiero hacer una declaración. No conozco las palabras formales, pero eso es lo que quiero.

Hubo un momento de silencio alrededor de ella y después algunas risas y cuchicheos.

—Lo he registrado. Ha sido hablado —dijo Ruddles—. No debe deshonorar su petición.

Roiben asintió. Se quedó con la mirada perdida un largo momento, después se puso en pie y caminó hasta el borde de la plataforma.

—Kaye Fierch, esta es la búsqueda que concedo. Tráeme a un hada que pueda decir una mentira y te sentarás a mi lado como mi consorte.

Una risa chillona se alzó de la multitud. Ella oyó las palabras: Imposible. Una búsqueda imposible.

Su cara se acaloró y de repente, se sintió peor que mareada. Se sintió enferma. Su cara debía haberse quedado blanca o su expresión debía haberse vuelto alarmada, porque Roiben saltó y cogió su brazo mientras caía.

Había voces a su alrededor pero ninguna de ellas tenía sentido.

—Prometo que encontraré a quienes te hayan metido esta idea en la cabeza, pagarán por ello con las suyas.

Los ojos le pesaban. Los dejó cerrarse un momento y se deslizó en el sueño, perdió la consciencia, abandonando así el mundo de las hadas.

Capítulo 3

*Tendré paz, cuando los árboles frondosos estén tranquilos
Cuando la lluvia incline hacia abajo la rama;
Y seré más silencioso y despiadado
De lo que tú eres ahora.*

Sara Teasdale, "No Me Importará"

El pequeño duende temblaba en la esquina de la jaula cuando Corny la sacó del coche. Tirando la caja de alambre al asiento trasero, entró detrás y cerró la puerta. Un calor seco salía de los respiraderos ahora que el motor estaba puesto en ralentí.

—Soy un ser poderoso... un mago —dijo Corny—. Así que no intentes nada.

—Si —dijo la pequeña hada, parpadeando rápidamente con sus ojos negros—. No. Intentar nada.

Corny le dio vueltas a esas palabras en su cabeza, pero las posibles interpretaciones parecían demasiado variadas y su mente seguía hecha un lío. Se sacudió esos pensamientos de la cabeza. La criatura estaba enjaulada. Él tenía el control.

—Quiero evitar que puedan encantarme, y tú vas a decirme como conseguirlo.

—Yo tejo hechizos. No los levanto —pió la cosa.

—Pero —dijo Corny—, tiene que haber un modo. Una forma de evitar ser alegremente conducido a tirarse por el costado de un muelle o anhelar el honor de estar bajo la suela del zapato de algún hada.

—No hay hoja. Ni roca. Ni hechizo para mantenerte completamente a salvo de nuestros encantamientos.

—Y una mierda. Debe haber algo. ¿Hay algún humano que se haya resistido a ser encantado?

La pequeña hada brincó hasta el borde de su jaula, y cuando habló, su voz fue baja.

—Alguien con la Auténtica Visión. Alguien que pueda ver a través del encanto.

—¿Cómo consigues la Auténtica Visión?

—Algunos mortales nacen con ella. Muy pocos. Tú no.

Corny pateó la parte de atrás del asiento del acompañante.

—Dime algo más entonces, algo que me gustará saber.

—Pero un mago tan poderoso como tú...

Corny sacudió la jaula, haciendo que el hada se derrumbara despatarrada, su sombrero de piña de ciprés cayó por uno de los agujeros de la jaula de aluminio y aterrizó en la alfombrilla del suelo. El hada aulló de dolor, un gemido que se elevó hasta un chillido.

—Ese soy yo —dijo Corny—. Jodidamente poderoso. Ahora, si quieres salir de ahí, te sugiero que empieces a hablar.

—Hay un chico con la Auténtica Visión. En la gran ciudad de exilio y hierro en el norte. Ha estado rompiendo maldiciones sobre mortales.

—Interesante —dijo Corny, sujetando en alto la caja de alambre—. Bien. Ahora cuéntame algo más.

Esa mañana, mientras los cuerpos adormecidos de las hadas todavía estaban tirados por el gran salón de la Corte Oscura, Roiben se reunió con sus consejeros en una caverna tan fría que su aliento formaba nubes de vapor. Velas de sebo ardían en lo alto de formaciones rocosas, la grasa derretida apestaba a diente de ajo. Dejemos que nuestro Rey sea hecho de hielo. Él lo deseaba también, deseaba que el hielo que encapsulaba las ramas sobre la colina le congelara el corazón.

Dulcamara tamborileaba con los dedos contra la madera pulida y petrificada de la mesa, cuya superficie era tan dura como la piedra. Sus alas eran esqueléticas, las membranas estaban rotas, de forma que solo quedaban las venas colgando de sus hombros. Le evaluaba con pálidos ojos color rosa.

Roiben alzó la mirada hacia ella y pensó en Kaye. Ya podía sentir su ausencia, como

una sed que resulta tolerable hasta que piensas en agua.

Ruddles se paseaba por la cámara.

—Nos superan en número. —Su boca grande y llena de dientes le hacía parecer como si de repente fuera a tomar un bocado de cualquiera de ellos—. Muchas de las hadas que estaban unidas a Nicnevin huyeron cuando el Tributo ya no las ató a la Corte Oscura. Nuestras tropas están diezmadas.

Roiben observó la llama vacilante, ardiendo brillantemente antes de apagarse. *Acabad con esto*, pensó. *No quiero ser vuestro Rey.*

Ruddles observaba atentamente a Roiben, sus ojos cerrados, y como se frotaba el punto justo sobre el puente de la nariz.

—Estamos más debilitados aún ya que varios de nuestros mejores caballeros murieron por tu propia mano, mi Señor. ¿Lo recuerdas?

Roiben asintió.

—Me fastidia que no parezcas esperar un ataque inminente de Silarial —dijo Ellebere. Un penacho de pelo le caía sobre un ojo, y se lo echó hacia atrás—. ¿Por qué duda ahora que el Solsticio de Invierno ha pasado?

—Quizás esté aburrida y sea perezosa y la enferme pelear —dijo Roiben—. Como a mí.

—Tú eres demasiado joven —Ruddles rechinó los dientes afilados—. Y te tomas el destino de esta corte demasiado a la ligera. Me pregunto si quieres que ganemos en absoluto.

Una vez, después de que Lady Nicnevin hubiera azotado a Roiben... ya no podía recordar por qué... ella se había dado la vuelta, distraída por alguna nueva diversión, dejando a Ruddles... su chambelán, entonces... libre para permitirse un momento de piedad. Había derramado un chorro de agua en la boca de Roiben. Todavía recordaba su sabor dulce, y cómo le había dolido la garganta al tragar.

—Crees que no tengo estómago para ser el Señor de la Corte de la Noche. —Roiben se inclinó sobre la mesa de madera petrificada, acercando tanto su cara a la de Ruddles que podría haberle besado.

Dulcamara rió, uniendo las manos de una palmada como anticipando un desafío.

—Estás en lo cierto —dijo Ruddles, sacudiendo la cabeza—. No *creo* que tengas estómago para ello. Ni la cabeza necesaria. Ni creo que desees realmente el título.

—Yo tengo ese estómago que anhela sangre —dijo Dulcamara, lanzando hacia atrás su pelo negro y liso y acercándose hasta quedar detrás del chambelán. Sus manos se posaron sobre los hombros de él, sus dedos descansando ligeramente hacia la garganta—. No necesita hacer daño a nadie por sí mismo. *Ella* nunca lo hizo.

Ruddles se quedó rígido e inmóvil, quizás comprendiendo lo mucho que se había sobrepasado.

Ellebere los miraba a los tres como juzgando donde podía hacer su mejor alianza. Roiben no se hacía ilusiones sobre que la lealtad de ninguno de ellos fuera más allá del voto que los unía. Con una palabra letal, Roiben podía probar que tenía el estómago y la cabeza requeridos. Eso podría cultivar algo parecido a la lealtad.

—Quizás no sea el Rey adecuado —dijo Roiben en vez de ello, hundiéndose en la silla y relajando sus manos tensas—. Pero Silarial fue una vez mi Reina, y mientras haya aliento en mi cuerpo, nunca la dejaré mandar sobre mí o nada de lo mío de nuevo.

Dulcamara hizo pucheros exageradamente.

—Tu misericordia —dijo—, es mi infortunio, mi Rey.

Los ojos de Ruddles se cerraron con un alivio demasiado profundo para ocultarlo.

Hacía mucho tiempo, cuando Roiben había sido un recién llegado en la Corte Oscura, se había sentado en la pequeña recámara con aspecto de celda en la que le retenían, y había anhelado su propia muerte. Su cuerpo había estado agotado por el uso enfermizo y la lucha, sus heridas se habían secado en largas costras encarnadas, y había estado tan cansado de luchar a las órdenes de Nicnevin que ese recordatorio de que podía morir le había llenado de una repentina y sorprendente esperanza.

Si hubiera sido realmente misericordioso, habría dejado que Dulcamara matara a su chambelán.

Ruddles tenía razón; tenían pocas probabilidades de ganar la guerra. Pero Roiben podía hacer lo que se le daba mejor, lo que había hecho al servicio de Nicnevin: *resistir*. Resistir lo suficiente como para matar a Silarial. Así ella nunca podría volver a enviar a uno de sus caballeros a ser torturado como símbolo de paz, ni tramar incontables muertes, ni vanagloriarse con la apariencia de inocencia. Cuando pensaba en al Señora de la Corte de la Luz, casi podía sentir una pequeña astilla de hielo excavar muy hondo en su interior, entumeciéndolo como nada más lo haría. No necesitaba ganar la guerra, solo morir lo suficiente lentamente como para llevársela con él.

Y si toda la Corte Oscura moría con ellos, que así fuera.

Corny llamó a la puerta trasera de la casa de la abuela de Kaye y sonrió a través de la ventana de cristal. No había dormido mucho, pero estaba excitado y mareado de conocimiento.

El diminuto duende al que había capturado había hablado toda la noche, contando a Corny cualquier cosa que pudiera hacer más probable su liberación. Lo había soltado al amanecer, pero el auténtico conocimiento parecía ahora más cerca de él de lo que lo había estado nunca.

—Adelante —gritó la abuela de Kaye desde la cocina.

Giró el frío pomo de metal. La cocina estaba abarrotada de viejos cacharros de cocina; docenas de cazuelas estaban colocadas en pilas, hierro fundido con acero inoxidable. La abuela de Kaye no soportaba tirar las cosas.

—¿En qué clase de problemas os metisteis vosotros dos anoche? —La vieja cargó dos platos en el lavavajillas.

Corny se quedó en blanco un momento, después forzó un ceño.

—Anoche. Claro. Bueno, yo me marché pronto.

—¿Qué clase de caballero deja a una chica sola así, Cornelius? Lleva enferma toda la mañana y su puerta está cerrada.

El microondas pitó.

—Se suponía que íbamos a Nueva York esta noche.

La abuela de Kaye abrió el microondas.

—Bueno, no creo que vaya a levantarse de la cama. Aquí tienes, llévale esto. Mira a ver si puede mantener algo en el estómago.

Corny cogió la taza y saltó escaleras arriba. El té se le derramó de camino, dejando un rastro de humeantes gotas tras él. En el pasillo fuera de la puerta de Kaye, se detuvo y escuchó un momento. No oyendo nada, llamó a la puerta.

No hubo respuesta.

—Kaye, soy yo —dijo—. Ey, Kaye, vamos, abre la puerta. —Corny llamó de nuevo—. ¡Kaye!

Oyó un arrastrar y un clic, y la puerta se abrió. Dio un paso involuntario hacia atrás.

Había visto su forma de hada antes, pero no había estado preparado para verla así aquí. El verde saltamontes de su piel parecía especialmente raro en contraste con la camiseta blanca y la ropa interior rosa pálido. Sus brillantes ojos negros estaban ribeteados de rojo, y la habitación a su espalda olía a agrio.

Ella se recostó sobre el colchón, reuniendo la colcha a su alrededor y ahogando la cara contra la almohada. Solo podía verse el verde enredado de su pelo y los dedos excesivamente largos que abrazaban la tela contra su pecho, como si fuera un muñeco de peluche. Parecía un gato descansando, más alerta de lo que aparentaba.

Corny entró y se sentó en el suelo cerca de ella, recostándose sobre un cojín satinado.

—Debe haber sido una gran noche —susurró de forma experimental, y los ojos negro tinta se entreabrieron por un segundo. Dejó escapar un sonido parecido a un resoplido—. Vamos. Es más de mediodía. Hora de levantarse.

Lutie descendió volando rápidamente de lo alto de un estante de libros, sobresaltando a Corny. El hada se posó en su rodilla, su risa era tan alta que el sonido le recordó a campanillas. Resistió la urgencia de echarse hacia atrás.

—El chambelán de Roiben, el propio Ruddles, junto con un bogan y un puck, la trajeron de vuelta. ¡Imagina a un bogan metiendo gentilmente a una pixie en la cama!

Kaye gimió.

—No creo que fuera tan gentil. ¿Y ahora puede callarse todo el mundo? Estoy intentando dormir.

—Tu abuela te envía este té. ¿Lo quieres? Si no lo quieres, me lo bebo yo.

Kaye rodó sobre la espalda con un gemido.

—Dámelo.

Le ofreció la taza mientras ella se incorporaba hasta sentarse. Una de sus alas como de celofán rozó contra la pared, enviando una lluvia de polvo sobre las sábanas.

—¿Eso duele?

Ella miró hacia atrás y se encogió de hombros. Sus largos dedos giraron sobre la taza de té, calentándose las manos.

—Asumo que no vamos a aparecer en la actuación de tu madre.

Kaye levantó la mirada y le sorprendió ver que sus ojos estaban húmedos.

—No sé —dijo—. ¿Cómo se supone que voy a saberlo? No sé mucho de nada.

—Vale, vale. ¿Qué demonios pasó?

—Le dije a Roiben que le amaba. En voz alta. Delante de una enorme audiencia.

—¿Y, qué dijo?

—Está esa cosa llamada declaración. Ellas dijeron... no sé porque escuché siquiera... que si no lo hacía alguien se me adelantaría.

—¿Y ellas son...?

—No preguntes —dijo Kaye, tomando un sorbo de té y sacudiendo la cabeza—. Estaba tan borracha, Corny, no quiero volver a emborracharme así nunca.

—Lo siento... sigue.

—Esas hadas me hablaron de la cosa esa de la declaración. Se mostraban algo así como... no sé... arrogantes, supongo. Sea como sea, Roiben me dijo que tenía que quedarme en la audiencia para la ceremonia, y yo seguía pensando en como no encajaba allí y en que

quizás él estaba molesto, ya sabes. Pensé que quizás secretamente deseaba que yo supiera más de sus costumbres... que quizás deseara que hiciera algo como eso antes de tener que enviar a algún otro a una búsqueda.

Corny frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Una búsqueda?

—Una búsqueda para probar tu amor.

—Que dramático. ¿E hiciste esa cosa de la declaración? ¿Te declaraste?

Kaye apartó la cara, para que él no pudiera leerle la expresión.

—Si, pero Roiben no se alegró de ello, en absoluto. —Se puso la cabeza entre las manos—. Creo que la jodí de verdad.

—¿Cuál es tu búsqueda?

—Encontrar a un hada que mienta. —Su voz fue muy baja.

—Yo creía que las hadas no podían mentir.

Kaye simplemente le miró.

Repentinamente horrorizado, Corny entendió lo que quería decir.

—Vale, alto. ¿Me estás diciendo que te envió a una búsqueda que es imposible que puedas completar?

—Y no se me permite verle otra vez hasta que la haya completado. Así que básicamente, no voy a volver a verle nunca.

—Ningún hada puede decir una mentira. Por eso ésta es una de las búsquedas más agradables que puede imponerse a un declarante... una labor interminable —dijo Lutie de repente—. Hay otras, como extraer toda la sal de los mares. Esa es asquerosa. Y después están las que parecen imposibles, pero pueden hacerse, como tejer una capa de estrellas.

Corny se movió a la cama, cerca de Kaye, desalojando a Lutie de su rodilla.

—Tiene que haber una forma. Tiene que haber algo que puedas hacer.

La pequeña hada revoloteó en el aire, después se posó en el regazo de una gran muñeca de porcelana. Se acurrucó y bostezó.

Kaye sacudió la cabeza.

—Pero, Corny, él no *quiere* que complete la búsqueda.

—Eso es una estupidez.

—Ya has oído lo que ha dicho Lutie.

—Eso también es una estupidez. —Corny pateó un cojín vagabundo con la punta del pie—. ¿Y qué hay de estirar seriamente la verdad?

—Eso no es mentir —dijo Kaye, tomando un gran trago de la taza.

—Di que el té está frío. Solo por intentarlo. Quizás puedas mentir si te esfuerzas.

—Este té está... —dijo Kaye, y se detuvo. Su boca todavía estaba abierta, pero era como si su lengua estuviera congelada.

—¿Qué te detiene? —preguntó Corny.

—No lo sé. Siento pánico y mi mente empieza a correr, buscando una forma segura de decirlo. Siento como si me sofocara. Mi mandíbula simplemente se queda rígida. No puedo hacer que salga ningún sonido.

—Dios, yo no sé qué haría si no pudiera mentir.

Kaye volvió a dejarse caer hacia atrás.

—No es tan malo. La mayor parte de las veces puedes hacer que la gente crea cosas sin mentir de verdad.

—¿Como hacer que tu abuela creyera que estuve contigo anoche?

Notó que ella lucía una sonrisita cuando tomó el siguiente trago de la taza.

—Bueno, ¿y si dices que vas a *hacer* algo y no lo haces? ¿Sería eso mentir?

—No sé —dijo Kaye—. ¿No es como decir algo que crees que es cierto, pero al final resulta que no lo es? Como algo leído en un libro, pero el libro resulta estar equivocado.

—¿No es eso mentir?

—Si, supongo que no estoy en buena forma. Seguro que he estado equivocada en muchas cosas.

—Venga, vamos a la ciudad. Te sentirás mejor cuando salgas de aquí. Sé que siempre te pasa.

Kaye sonrió, después se enderezó de un salto.

—¿Dónde está Armagedón?

Corny miró hacia la jaula, pero Kaye ya estaba arrastrándose hacia ella de rodillas.

—Está aquí. Oh, Jesús. Los dos estáis aquí. —Suspiró profundamente, relajando todo el cuerpo—. Creía que todavía podía estar bajo la colina.

—¿Te llevaste a tu rata? —preguntó Corny, incrédulo.

—¿Podemos hablar de cualquier otra cosa que no sea la noche pasada? —preguntó Kaye, recogiendo un par de pantalones verdes de camuflaje descoloridos.

—Sip, claro —dijo Corny, y bostezó—. ¿Quieres parar a desayunar de camino? Me apetecen panqueques.

Con una mirada asqueada, Kaye empezó a recoger sus cosas.

Ya de camino, Kaye apoyó la cabeza sobre el desgarrado asiento de plástico, mirando por la ventana hacia el cielo, intentando no pensar. Las vetas de bosque que insonorizaban la autopista daban paso a plantas industriales que escupían fuego y ondulante humo blanco, que era soplado hacia arriba hasta entremezclarse con las nubes.

Cuando llegaron a la parte de Brooklyn que su madre proclamaba era todavía Williamsburg, pero probablemente fuera Berford-Stuyvesant, el tráfico se volvió menos congestionado. Las carreteras estaban plagadas de baches, el asfalto agrietado y picado. Las calles estaban desiertas y las aceras copadas por bancos de nieve sucia. Solo unos pocos coches estaban aparcados a los costados de la carretera, y tan pronto como Corny aparcó tras uno de ellos, Kaye abrió la puerta y salió. Esto estaba extrañamente solitario.

—¿Estás bien? —preguntó Corny.

Kaye sacudió la cabeza, inclinándose sobre la cuneta por si vomitaba. Los diminutos dedos de Lutie-loo se hundieron en el cuello de Kaye cuando la pequeña hada intentó mantenerse posada en el hombro de Kaye.

—No sé qué parte de sentirse como una mierda es por llevar dos horas montada en una caja de hierro y qué parte por una maldita resaca —dijo, entre profundos alientos.

Tráeme un hada que pueda decir una mentira.

Corny se encogió de hombros.

—Pues se acabaron los paseos en coche. Ahora lo que tienes que hacer es acostumbrarte a ir en metro.

Kaye gimió, pero estaba demasiado cansada para machacarle el brazo. Incluso las calles apestaban a hierro. Vigas de hierro soportaban cada edificio. El hierro daba forma a los esqueletos de los coches que congestionaban las carreteras, atascándolos como sangre moviéndose lentamente a través de las arterias de un corazón. Bocanadas de hierro chamuscaban sus pulmones. Se concentró en su propio encanto, haciéndolo más pesado y sus sentidos más embotados. Eso bastó para acabar con lo peor de la enfermedad del hierro.

Tú eres la única cosa que deseo.

—¿Puedes andar? —preguntó Corny.

—¿Qué? Oh, sí. —Kaye suspiró, metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo a cuadros rosa—. Claro. —Sentía como si todo estuviera pasando a cámara lenta. Requería esfuerzo concentrarse en nada que no fueran los recuerdos de Roiben y el sabor del hierro en su boca. Se presionó las uñas en la carne de las palmas.

Es una debilidad. Mi afecto por ti.

Corny tocó su hombro.

—¿Entonces, qué edificio?

Kaye comprobó el número que se había escrito en el dorso de la mano y señaló a un complejo de apartamentos. El apartamento de su madre costaba tanto como dos veces aquel en el que habían vivido hacía tres meses en Filadelfia. La promesa de Ellen de que se mudarían a Nueva York para poder quedarse en New Jersey había durado hasta la primera gran pelea entre Ellen y su madre. Típico. Pero esta vez Kaye no se había mudado con ella.

Subieron los escalones hasta la entrada del apartamento y apretaron el botón. Un timbre zumbó y Kaye empujó para entrar, con Corny justo detrás.

La puerta del apartamento de la madre de Kaye estaba cubierta del mismo barniz sucio de arce que las demás del octavo piso. Un nueve de plástico estaba pegado a la madera justo debajo de la mirilla. Cuando Kaye llamó, el número se balanceó sobre un sólo tornillo.

Ellen abrió la puerta. Su pelo estaba recién teñido del mismo rojo que su finas cejas, y su cara parecía recién lavada. Vestía un top negro ajustado y vaqueros negros.

—¡Nena! —Ellen abrazó a Kaye con fuerza, meciéndose adelante y atrás, como el número de la puerta—. Te he echado tanto de menos.

—Yo también te he echado de menos —dijo Kaye, apoyándose pesadamente en el hombro de su madre. Se sentía extraña y culpablemente bien. Imaginaba lo que haría Ellen si supiera que Kaye no era humana. Gritaría, por supuesto. Era difícil pensar más allá del grito.

Después de un momento, Ellen miró sobre el hombro de Kaye.

—Y Cornelius. Gracias por traerla en coche. Entra. ¿Una cerveza?

—No gracias, Señora Fierch —dijo Corny. Llevó su bolsa de gimnasia y la bolsa de basura de Kaye con las pocas cosas necesarias para pasar la noche a la habitación.

El apartamento en sí mismo era de paredes blancas y pequeño. Una cama tamaño reina llenaba la mayor parte de la habitación, apoyada contra una ventana y cubierta de ropa. Un hombre a quien Kaye no conocía estaba sentado sobre un taburete y rasgaba un bajo.

—Este es Trent —dijo Ellen.

El hombre se puso en pie y abrió la caja de su guitarra, colocando el instrumento delicadamente dentro. Se parecía principalmente al tipo de tíos que gustaban a Ellen: pelo largo y principio de una barba incipiente, pero cosa rara, la suya estaba veteada de gris.

—No me entretengo más. Te veo en el club. —Miró a Corny y Kaye—. Encantado de conoceros.

La madre de Kaye se subió al mostrador de la pequeña cocina, recogiendo su cigarrillo de un plato, donde estaba encendido. El tirante de su top se deslizó de un hombro. Kaye miró

fijamente a Ellen, encontrándose a sí misma buscando algún parecido con la chica humana cambiada a la que había visto como esclava de la Corte Luminosa... la chica cuya vida Kaye había robado. Pero todo lo que Kaye vio fue la cara de su madre con un cierto parecido a su propia cara humana familiar con el encanto.

Con un rápido saludo, Trent y su guitarra salieron al pasillo. Lutie aprovechó ese momento para desalojar el cuello de Kaye y volar a lo alto del refrigerador. Kaye la vio posarse tras un florero vacío en lo que parecía ser un cuenco de menús de comida para llevar.

—¿Sabes lo que necesitas? —preguntó Ellen a Corny, recogiendo media cerveza vacía que había junto a ella y tomando un trago, soltando una bocanada de humo.

Él se encogió de hombros, sonriendo.

—¿Dirección en la vida? ¿Autoestima? ¿Un poni?

—Un corte de pelo. ¿Quieres que te lo haga? Solía cortar el pelo a Kaye cuando era pequeña. —Se bajó de un salto y se dirigió al diminuto baño—. Creo que tengo unas tijeras por aquí en alguna parte.

—No dejes que te atosigue para hacerlo. —Kaye alzó la voz para asegurarse de que su madre podía oírla—. Mamá, deja de atosigar a Corny para que haga cosas.

—¿Tengo mal aspecto? —preguntó Corny a Kaye—. Lo que llevo... ¿tengo mal aspecto? —Había algo en el modo en que dudó, como si la pregunta fuera una cuestión de importancia.

Kaye le lanzó una mirada de reojo y una sonrisa.

—Te pareces a ti.

—¿Eso qué significa?

Kaye gesticuló hacia los pantalones de camuflaje que había cogido del suelo esa mañana y la camiseta con la que había dormido. Sus botas todavía estaban desatadas.

—Mira lo que llevo yo. Eso no importa.

—Quieres decir que tengo un aspecto horrible, ¿verdad?

Kaye inclinó la cabeza y lo estudió.

—Nadie en su sano juicio escogería un corte de pelo así, con tupé y largo, a menos que estuviera intentado hacer un corte de mangas al mundo.

La mano de Corny viajó inconscientemente hacia su cabeza. Sonrió burlonamente.

—Y tú tienes una colección de camisas de botones y de cuello grande en colores como naranja o marrón.

—Mi mama las compra en los mercadillos.

Recogiendo la caja de maquillaje de su madre del montón de ropa que había en la

cama, Kaye sacó un delineador de ojos negro.

—Y tú no parecerías tú sin ellas.

—Vale, vale. Lo capto... ¿y si ya no quisiera parecer yo nunca más?

Kaye se detuvo un momento, alzando la mirada de la tarea de pintarse el párpado. Había oído un anhelo en su voz que la preocupaba. Se preguntó que haría él con un poder como el suyo, se preguntó si él se preguntaba lo mismo.

Ellen salió del baño con un peine, tijeras, un pequeño set de maquinilla de cortar el pelo, y una caja de toallitas de papel.

—¿Qué tal un tinte? Encontré una caja del que Robert solía utilizar antes de decidirse a blanqueárselo. Negro. Lucirá mono en ti.

—¿Quién es Robert? —preguntó Kaye.

Corny miró fijamente su reflejo en la grasienta puerta del microondas. Giró la cara de lado.

—Supongo que no puedo tener un aspecto peor.

Ellen exhaló una fina corriente de humo azul, sacudió la ceniza, y se colocó el cigarro firmemente en los labios.

—De acuerdo, siéntate en la silla.

Corny se sentó torpemente. Kaye se subió al mostrador y terminó la cerveza de su madre. Ellen le ofreció el cable de la maquinilla.

—Enchufa esto, cariño. —Envolviendo una toalla manchada de blanqueador alrededor de los hombros de Corny, Ellen empezó por cortar la parte de atrás del pelo— Ya está mejor.

—Eh, Mamá —dijo Kaye—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Debe ser malo —dijo Ellen.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, normalmente no me llamas "Mamá". —Abandonó la maquinilla, tomó una profunda calada de su cigarro, y empezó a cortar la parte alta del pelo de Corny con tijeras de manicura—. Adelante. Puedes preguntarme lo que quieras, ricura.

El humo hacía que a Kaye le ardieran los ojos.

—¿Has pensado alguna vez que no soy tu hija? Como si me hubieran cambiado al nacer. —Las palabras salieron de su boca, su mano subió involuntariamente, los dedos se curvaron como si pudiera atrapar las palabras en el aire.

—Guau. Una pregunta extraña.

Kaye no dijo nada. Solo esperó. No estaba segura de poder obligarse a decir nada más.

—Es curioso. Hubo una vez. —Pasando los dedos por el pelo de Corny, Ellen encontró

mechones vagabundos y los cortó—. Dios, ni siquiera tenías dos años, correteando por ahí. Yo había amontonado unos cuantos libros en una silla para que pudieras sentarte a la mesa de la casa de tu abuela. En realidad no era muy seguro, pero yo no era muy lista tampoco. Fuera como fuera, salí de la cocina, y cuando volví, estabas en el suelo y la pila de libros estaba esparcida por todas partes. Quiero decir, evidentemente te caíste y evidentemente yo era una madre terrible. Pero no estabas llorando. En vez de eso tenías uno de los libros abiertos y estabas leyéndolo... claro como una campana. Y pensé: Mi niña es un genio. Y después pensé: Esta no es mi hija.

—Huh —dijo Kaye.

—Y eres tan honesta... para nada como yo cuando era niña. Retuerces la verdad, claro, pero nunca mientes directamente.

Mi vida es una mentira. Fue un alivio no decirlo. Fue un alivio dejar simplemente que el momento pasara hasta que el tema cambió y el horrible galopar de su corazón volvió a ralentizarse.

—¿Entonces alguna vez te has imaginado como serían las cosas si fueras secretamente adoptada? —preguntó Ellen.

Kaye se quedó congelada.

Ellen mezcló el tinte negro en un cuenco de cereales mellado con una cuchara de metal roma.

—Cuando era niña, solía fingir que era un bebé gitano y que los gitanos volverían a por mí y tendría mi propia caravana y diría la fortuna a la gente. Si tú no fueras mi madre, ¿quién daría a mis amigas fabulosos consejos de cambio de imagen? —Mientras pronunciaba las palabras, Kaye sabía que era una cobarde. No, no una cobarde. Era egoísta. Como un cuco, no estaba para nada dispuesta a abandonar las comodidades de su nido robado.

Era asombroso lo engañosa que podía ser sin mentir categóricamente.

Corny alzó la mano para tocarse el pelo repentinamente corto y de punta.

—Yo solía fingir que era de otra dimensión. Ya sabéis, como el señor Spock con perilla del universo-espejo. Me imaginaba que en otra dimensión mi madre era en realidad la monarca de un vasto imperio o una hechicera en el exilio o algo así. Lo negativo es que en ese caso probablemente tendría perilla.

Kaye soltó una risita. El cigarro combinado con el hedor químico del tinte de pelo convirtió su risa en un sonido estrangulado.

Ellen dejó caer un pegote de mejunje negro sobre la cabeza de Corny y lo untó con la cuchara. El dorso de su mano estaba moteado de negro, y sus brazaletes tintineaban unos

contra otros.

Aturdida, Kaye cruzó la diminuta habitación y abrió la ventana. Pudo oír como la pintura agrietada se despegaba. Llenando los pulmones de aire frío, miró a la calle. Los ojos le picaban.

—Solo va a ser otro minuto —dijo Elle—. Después le envolveré con plástico la cabeza y tiraré esta mierda.

Kaye asintió, aunque no estaba segura de a qué miraba su madre. Fuera en la calle, pequeños grupitos de gente se reunían en el paisaje nevado, sus alientos subían en espiral como humo.

La luz de la farola se reflejó en unas hebras de largo pelo pálido y por un momento, antes de que una de las figuras se volviera, creyó que era Roiben. No era él, por supuesto, pero tuvo que contenerse para no llamarle de todas formas.

—Cielo, no te quedes ahí —dijo Ellen—. Mira por aquí a ver si puedes encontrarle a este chico otra camiseta. He arruinado la suya, y de todos modos, está demasiado delgado para ahogarse dentro de esta cosa.

Kaye se giró. El cuello de Corny estaba rojo y moteado.

—¡Mamá, le estás avergonzando!

—Si esto fuera un programa de televisión, tú serías la del cambio de imagen —dijo Corny oscuramente.

Ellen dejó su cigarro en un plato.

—Dios nos libre.

Kaye revolvió entre la masa de ropa hasta que dio con una camiseta marrón oscuro, con la silueta negra de un hombre montando un conejo y enarbolando un lazo.

La mostró para la inspección de Corny. Él rió nerviosamente.

—Parece ajustada.

Ellen se encogió de hombros.

—Es de una firma de libros en un bar. Kelly algo. ¿Chain? ¿Kelly Chain? Te quedará estupenda. Tus vaqueros están bien y también tu chaqueta, pero esas deportivas no funcionan. Ponte doble calcetín y puedes ponerte las botas de lona de Trent. Creo que dejó un par en el armario.

Corny miró a Kaye. El tinte corría por su cuello, manchando el cuello de su camiseta.

—Ahora voy a retirarme al baño.

Cuando el agua de la ducha empezó a correr, llenando el diminuto apartamento de vapor, Ellen se sentó en la cama.

—Ya que estamos acicalándonos, ¿qué tal si me haces los ojos? No puedo arreglármelas para conseguir ese toque humeante que consigues tú.

Kaye sonrió.

—Claro.

Ellen se tendió en la cama, mientras Kaye se inclinaba sobre ella, pintando cuidadosamente los párpados de su madre con plata brillante, sombreando y perfilando el borde de sus pestañas de negro. Tan de cerca, Kaye vio las suaves patas de gallo de la comisura de los ojos, los poros abiertos de su nariz, la decoloración ligeramente púrpura bajo sus pestañas. Cuando apartó un poco de pelo de su madre del camino, el brillo de algunas hebras reveló cómo el tinte rojo cubría gris. Los dedos de Kaye temblaron.

Mortal. Esto es lo que significa ser mortal.

—Creo que ya está —dijo Kaye.

Ellen se incorporó y besó a Kaye en la mejilla. Kaye pudo oler el cigarro en el aliento de su madre, pudo oler la descomposición de los dientes y el débil rastro de un chicle azucarado.

—Gracias, nena. Eres una auténtica salvadora.

Voy a contárselo, se dijo Kaye a sí misma. Voy a contárselo esta noche.

Corny emergió del baño con una bocanada de vapor. Fue raro verle con la ropa nueva, con el pelo más corto y más oscuro. No debería haber supuesto tanta diferencia, pero el pelo hacía que sus ojos brillaran y la camiseta ajustada convertía su aspecto flacucho en delgadez.

—Tienes buen aspecto —dijo Kaye.

Él tiró inconscientemente de la tela y se frotó el cuello como si pudiera sentirlo manchado de tinte.

—¿Qué te parece?

Corny volvió la mirada hacia el baño, como recordando su reflejo.

—Es como si me estuviera ocultando dentro de mi propia piel.

Capítulo 4

“no me sostiene el pan, el alba me desquicia, busco el sonido líquido de tus pasos en el día”

Pablo Neruda, "Soneto de amor XI"

Montar en el metro fue horrible. Kaye sentía el hierro por todas partes alrededor, sentía su peso y el hedor la aplastaba, sofocándola. Se aferró a la barra de aluminio e intentó no respirar.

—Pareces un poco pálida —dijo Corny mientras subían los escalones de hormigón hacia la calle.

Podía sentir como su encanto se desvanecía, debilitándose a cada momento.

—¿Chicos, por qué no dais una vuelta un rato? —Los labios de Ellen refulgían por el brillo labial y su pelo estaba tan lleno de laca que no se movía cuando la brisa lo golpeaba—. Será aburrido vernos prepararlo todo.

Kaye asintió.

—Además, ¿si viera lo guay que es Nueva York, me mudaría aquí en vez de malgastar el tiempo en Jersey?

Ellen sonrió.

—Y eso también.

Kaye y Corny dieron un corto paseo por las calles por el margen del West village. Pasaron tiendas de ropa que mostraban sombreros desgredados y pantalones cortos a cuadros, diminutas tiendas de discos que prometían importaciones, y una tienda fetichista que

presentaba una mordaza con una bola de vinilo en una máscara con orejas de gato contra un fondo festivo de terciopelo blanco y rojo. Un tipo con una desgastada chaqueta del ejército estaba de pie en una esquina tocando villancicos con una flauta nasal.

—Ey —dijo Corny—. Una cafetería. Podemos sentarnos y calentarnos.

Subieron las escaleras y atravesaron la puerta chapada en oro.

El Café des Artistes era una serie de habitaciones que conducían unas a otras a través de largos pasillos. Kaye pasó el mostrador y atravesó un umbral hasta una cámara que presentaba una chimenea cubierta de velas blancas, como un monstruoso castillo de arena erosionado por las olas. Iluminada tenuemente por lámparas de araña negras que colgaban de un techo de hojalata negro y reflejado en el cristal envejecido y espejos dorados, las habitaciones parecían oscuras y frescas. El débil y tranquilizador olor a té y café en el aire la hizo suspirar.

Se sentaron en sillones dorados ornamentados, tan desgastados que el blanco plástico moldeado asomaba en los reposabrazos. Corny tocó un remolino dorado y un pedacito se le quedó en la uña. Kaye abrió ociosamente un cajón de la pequeña mesa color crema que había delante de ella. Dentro, le sorprendió encontrar una colección de papeles... notas, postales, cartas.

Una camarera se acercó y Kaye cerró el cajón. El pelo de la mujer era rubio por encima y de un negro lustroso por debajo.

—¿Qué puedo servirles?

Corny cogió un menú del centro de la mesa y lo leyó, aunque estaba escogiendo cosas al azar.

—Una tortilla de pimientos verdes, tomates, y champiñones, un plato de queso, y una taza de café.

—Café para mí también. —Kaye le arrancó el papel de las manos y ordenó lo primero que vio—. Y un trozo de tarta de limón.

—Una dieta realmente equilibrada —dijo Corny—. Azúcar y cafeína.

—Podría haber sido merengue —dijo Kaye—. Eso son huevos. Proteínas.

Él puso los ojos en blanco.

Cuando la camarera se alejó, Kaye abrió de nuevo el cajón y revolvió las postales.

—Mira esto. —Una escritura propia de una joven describía un viaje por Italia: *No podía dejar de pensar en la predicción de Lawrence de que encontraría a alguien en Roma.* Una postal con la apresurada marca de una taza en la esquina tenía palabras escritas en letra de molde con un lápiz: *Escupí en mi café y después lo cambié por el del novio de Laura para que*

me saboreara en su boca. Kaye leyó las palabras en voz alta y después preguntó—. ¿De dónde crees que han salido?

—¿Mercadillos? —dijo Corny—. O quizás son notas de gente que nunca se las envió a nadie. Ya sabes, como cuando quieres escribir algo, pero no quieres que la persona a la que va dirigido lo lea. Así que lo dejas aquí.

—Dejemos algo —dijo Kaye. Revolvió en su mochila y sacó dos trozos de papel y un delineador de ojos—. Ten cuidado. Es suave y se embadurna.

—¿Así que quieres que escriba un secreto? ¿Cómo que siempre he deseado a un villano de comic por novio, y que después de Naphamael, ya no estoy seguro de que un tipo agradable vaya a ser alguna vez suficiente para mí?

Una pareja de otra mesa levantó la mirada cuando captaron unas pocas palabras, pero no las suficientes como para dar sentido a lo que Corny había dicho.

Kaye puso los ojos en blanco.

—Sí, ¿por qué un lunático sádico te ha estropeado para los lunáticos sádicos en general?

Sonriendo burlescamente, Corny cogió un trozo de papel y escribió, presionando tan fuerte que las letras resultaron gordas y manchadas. Deslizó el pedazo en dirección a ella.

—Porque sé que vas a leerlo de todos modos.

—No si me dices que no lo haga.

—Solo léelo.

Kaye cogió el papel y vio las palabras: *Haría cualquier cosa por no ser humano.*

Tomó su delineador de ojos y escribió el suyo: *Robé la vida de alguien.* Lo empujó hacia Corny.

Él los deslizó ambos en el cajón sin comentarios. La camarera llegó con vajilla de plata, café, y crema. Kaye se empeñó en hacer su café tan claro y dulce como pudo.

—¿Pensando en la búsqueda? —preguntó Corny.

Había estado pensando en lo que él había escrito, pero dijo:

—Solo desearía poder hablar con Roiben una vez más. Solo oírle *decir* que no me quiere. Parece como si hubiera despertado en un sueño.

—Podrías enviarle una carta o algo, ¿no? Eso no sería verle técnicamente.

—Claro —dijo Kaye—. Como si pudiera enviarle correo vía bellota.

—Hay cosas que todavía no entiendes de las costumbres de las hadas. Todo lo que pasó... podría no significar lo que tú crees que significa.

Kaye sacudió la cabeza, desdeñando las palabras de Corny.

—Quizás haya sido bueno que rompamos. Quiero decir, como novio, siempre estaba ocupado trabajando. Controlar una corte malvada lleva mucho tiempo.

—Y es demasiado viejo para ti —dijo Corny.

—Y anda melancólico todo el rato —dijo Kaye—. Demasiado emocional.

—No tiene coche tampoco ¿De qué sirve un novio mayor si no tiene coche?

—El pelo largo no es lo mío —dijo Kaye.

—Apuesto a que se toma su tiempo para alisárselo, además.

—¡Ey! —Kaye le dio un puñetazo en el brazo—. Me recupero con rapidez.

—Solo lo decía. —Corny sonrió—. Aunque, ya sabes, salir con criaturas sobrenaturales nunca es fácil. Admito, que el que tú misma seas sobrenatural debe hacerlo más fácil.

Al otro lado de la habitación, un grupo de tres hombres levantó la mirada de sus capuchinos. Uno de ellos dijo algo y los otros dos rieron disimuladamente.

—Los estás dejando alucinados —susurró Kaye.

—Solo creen que estamos hablando de un libro realmente raro —dijo Corny—. O jugando a un juego de rol. Esto podría ser un juego de rol en vivo, ya sabes. —Cruzó los brazos sobre su pecho—. Ahora estoy ofuscado, y tienes que pagar mi cena.

Kaye captó un vistazo de una chica encorvada sobre una mesa. Las puntas de su pelo fibroso rozaban su café y estaba envuelta en una serie de abrigos, uno sobre otro, hasta el punto de parecer que su espalda estaba encorvada. Cuando la chica vio que Kaye la miraba, alzó un pedazo de papel entre dos dedos y lo deslizó en un cajón que había delante de ella. Después, con un guiño, tragó lo que quedaba de su café y se levantó para salir.

—Espera —dijo Kaye a Corny, levantándose y cruzando hasta la mesa. La chica se había ido, pero cuando Kaye abrió el cajón, el papel todavía estaba allí: *La Reina quiere verte. El Arreglalo todo sabe el camino. Llámale: 555—1327.*

Corny y Kaye volvieron andando al club justo cuando empezaba a nevar de nuevo. El edificio tenía una fachada de ladrillo, empapelada de posters en estratos andrajosos por la lluvia y la suciedad. Corny no reconoció a ninguna de las bandas.

En la puerta principal, una mujer con vaqueros negros y un abrigo de estampado de cebra aceptaba el pago de cinco dólares de una corta fila de parroquianos temblorosos.

—Identificación —dijo la mujer, echándose hacia atrás las diminutas trenzas.

—Mi madre toca hoy —dijo Kaye—. Estamos en la lista.

—Todavía necesito ver tu identificación —dijo la mujer.

Kaye la miró fijamente, y el aire a su alrededor pareció ondear, como con calor.

—Adelante —dijo la mujer soñadoramente.

Corny extendió la mano para que le fuera estampada una pegajosa calavera azul y caminó hacia la puerta. El corazón le tronaba en el pecho.

—¿Qué le has hecho? —preguntó.

—Me encanta este olor —dijo Kaye, sonriendo.

Corny no estaba seguro de si no había oído la pregunta o si simplemente había decidido no responderla.

—Tienes que estar bromeando. —Por dentro el club estaba pintado de negro. Incluso las tuberías arriba en lo alto, sobre sus cabezas, estaban pintadas con el mismo tono mate que hacía que todas las luces de la habitación parecieran ser absorbidas por las paredes. Unas pocas luces multicolores iluminaban intermitentemente la barra y atravesaban el escenario, donde una banda aullaba.

Kaye gritó por encima de la música:

—No, de verdad. Me encanta. Cerveza rancia y residuos de cigarrillo y sudor. Me quema la garganta, pero después del coche y la vuelta en metro, apenas me importa.

—Eso es genial —gritó él en respuesta—. ¿Quieres saludar a tu madre?

—Mejor no. —Kaye puso los ojos en blanco—. Se vuelve una perra cuando se está preparando. Miedo escénico.

—Vale, cojamos un asiento —dijo Corny, abriéndose paso hacia una de las diminutas mesas iluminadas con una vela de vaso eléctrica que parecía una bombilla.

Kaye fue a por bebidas. Corny se sentó y estudió a la multitud. Un chico asiático con la cabeza rapada y perneras de cowboy de flecos gesticulaba hacia una chica que llevaba un vestido de lana y botas de cowboy con una tarántula estampada. Cerca, una mujer con un abrigo de muaré bailaba un baile lento con otra mujer con un polo negro. Corny sintió como le invadía una oleada de excitación. Esto era un auténtico club de Nueva York, un lugar genial que le debía haber estado prohibido de acuerdo con las reglas de la ineptitud social.

Kaye volvió a la mesa cuando otra banda salía al escenario y Ellen, Trent, y los otros dos miembros de *Treacherous Iota* entraron trotando.

Momento después, la madre de Kaye estaba inclinada, rasgando las cuerdas de su guitarra. Kaye observaba con absorta fascinación, las charcas de sus ojos húmedas mientras mordisqueaba un agitador de plástico.

La música estaba bien... punk suave con una letra desastrosa. La madre de Kaye no

parecía la descolorida mujer de mediana edad que Corny había visto hacía un par de horas, sin embargo. Esta Ellen parecía feroz, como se pudiera inclinarse y comerse a todos los chicos y chicas reunidos alrededor del escenario. Incluso aunque no tenía ningún sentido, mientras la veía chillar a lo largo de la primera canción, Corny pensó que podía ver mucho de Kaye en ella.

Observar su transformación le hizo sentir incómodo, especialmente porque sus dedos todavía estaban manchados de tinte negro. Recorrió la habitación con la mirada.

Su mirada pasó sobre los chicos guapos y las chicas flacas como insectos, pero se detuvo en un hombre alto apoyado contra la pared más alejada, una mochila de mensajero colgaba de su hombro. Solo mirarle hizo que en los brazos se le pusiera la carne de gallina. Sus rasgos eran demasiado perfectos para pertenecer a un humano.

Viendo su rígida y arrogante postura, Corny pensó que era un Roiben con encanto que venía a suplicar la indulgencia de Kaye. Pero el pelo era del color de la mantequilla, no del de la sal, y la inclinación de la mandíbula no se parecía del todo a la de Roiben.

El hombre miraba fijamente a Kaye, tan fijamente que cuando una chica con coletas se detuvo delante de él, se movió a la izquierda para continuar observando.

Corny se levantó sin tener realmente intención de hacerlo.

—Ahora vuelto —respondió a la interrogante mirada de Kaye.

Ahora que estaba caminando en dirección al hombre, Corny ya no estaba seguro de qué hacer. El corazón le golpeaba contra la caja torácica como una pelota de caucho rebotando, hasta que pensó que se sofocaría. Aún así, mientras se acercaba, más detalles se añadieron a las sospechas de Corny. La mandíbula del hombre, tan falta de vello como la de una chica. Sus ojos del color de las campánulas. Era el hada más pobremente disfrazada que Corny había visto nunca.

Sobre el escenario, Ellen bramaba al micrófono, y el batería rompió en un solo.

—Estás haciendo una mierda de trabajo camuflándote, ¿lo sabías? —gritó Corny sobre el rítmico golpeteo.

Los ojos del hada se entrecerraron. Corny bajó la mirada hacia sus zapatillas prestadas, recordando de repente que podía ser hechizado.

—¿Qué quieres decir? —La voz del hombre era suave. No mostró nada de la furia que había habido en su cara.

Corny apretó los dientes, ignorando el anhelo de mirar a esos encantadores ojos otra vez.

—No pareces humano. Ni siquiera hablas como un humano.

Una mano suave y cálida tocó la mejilla de Corny, y Corny saltó.

—Siento como un humano —dijo el hombre hada.

Sin pretenderlo, Corny se inclinó hacia el toque. El deseo llameó en él, tan agudo que casi fue dolor. Pero cuando sus ojos se cerraron, vio la cara de su hermana desapareciendo bajo el agua salobre, la vio gritar ahogada en grandes tragos de mar mientras un hermoso kelpie convertido en chico la arrastraba hacia abajo. Se vio a sí mismo gateando entre el polvo para llevar una fruta pulposa a los pies de un sonriente caballero hada.

Sus ojos se abrieron de golpe. Estaba tan furioso que le temblaba la mano.

—No flirtees —dijo Corny. No iba a ser tan débil otra vez. Podía hacer esto.

El hada le observó con las cejas arqueadas y una sonrisa llena de burla.

—Apuesto a que deseas a Kaye —dijo Corny—. Puedo conseguírtela.

El hada frunció el ceño.

—¿Y traicionarías a uno de los tuyos tan fácilmente?

—Sabes que ella no es de los míos. —Corny le tomó por el codo—. Vamos. Puede vernos. Entremos en el baño.

—Suplico tu perdón.

—Sigue suplicando —dijo Corny, aferrando el brazo del hada y conduciéndole a través de la multitud. Una mirada atrás le dijo que Kaye estaba ocupada con la actuación sobre el escenario. La adrenalina fluyó en él, estrechando su concentración, haciendo que rabia y deseo parecieran de repente indistinguibles. Entró en el baño. El único retrete y los dos urinarios estaban vacíos. Sobre una pared púrpura oscuro, junto a un letrero escrito a mano prometiendo la decapitación a los empleados que dejaran de lavarse las manos, colgaba un estante con toallas de papel y material de limpieza.

Una idea absolutamente desagradable se le ocurrió a Corny. Tenía que pelear, no sonreír.

—El caso es —dijo—, que no es así como visten los tíos humanos en absoluto. No vas lo bastante desaliñado. Roiben siempre comete el mismo error.

El labio del hada se curvó ligeramente, y Corny intentó mantener la cara en blanco, aunque no se le había pasado por alto la interesante reacción.

—Mírate a ti mismo. Ajusta tu encanto para hacer que lo que llevas se parezca a lo que llevo yo, ¿vale?

El hada examinó a Corny.

—Repugnante —dijo, pero bajó de su hombro la mochila de mensajero, apoyándola contra la pared.

Corny agarró el bote de *Raid* del estante. Si Kaye ya no podía volver a fumarse nunca

un cigarrillo, los efectos de un insecticida concentrado debían ser impresionantes. No necesitó especular mucho. Cuando el hada se giró, Corny le roció de lleno en la cara.

El rubio se sofocó y cayó inmediatamente de rodillas, el encanto le abandonó, revelando una aterradora e inhumana belleza. Corny celebró por un momento el verle convulsionándose sobre el suelo sucio, después se sacó el cordón de una zapatilla y lo utilizó para atar las manos a la criatura detrás de la espalda.

El hada se retorció cuando los nudos fueron apretados, intentando escapar de ellos mientras tosía. Corny se revolvió buscando el bote y golpeó al hada con él tan fuerte como pudo.

—Juro por el puñetero Dios que te rociaré de nuevo —dijo Corny—. La cantidad suficiente de esta mierda te matará.

El hada se quedó inmóvil. Corny se levantó, colocándose de pie a horcajadas sobre el cuerpo del hada, con un dedo en el dosificador del bote de *Raid*. Captó su propia mirada en el espejo, vio su pelo corto teñido de negro y su ropa prestada, lo patéticos que eran. No hacían su piel menos pecosa o su nariz más pequeña o a él menos feo.

Dedos finos y fuertes se cerraron alrededor de las pantorrillas de Corny, pero Corny presionó la suela de su zapatilla contra el cuello del hada y se agachó sobre él.

—Ahora vas a contarme un montón de cosas que siempre he querido saber.

La criatura tragó.

—Tu nombre —dijo Corny.

Los ojos azules llamearon.

—Nunca.

Corny se encogió de hombros y sacó el pie de encima del hada, repentinamente incómodo.

—Bien. Algo por lo que pueda llamarte, entonces. Y no algo estúpido como esa mierda de "yo mismo". He leído bastante.

—Adair.

Corny hizo una pausa, pensando en el papel del cajón.

—¿Eres el Arreglalotodo? ¿Pasaste una nota a Kaye?

El hombre pareció asombrado, después sacudió la cabeza.

—Él es humano, como tú.

—Vale. Adair, ¿si no eres el Arreglalotodo, qué quieres de Kaye?

El hada se quedó en silencio un largo rato. Corny golpeó el bote contra el costado de la cabeza de la criatura.

—¿Quién te dijo que vinieras aquí?

Adair se encogió de hombros y Corny le golpeó de nuevo. La sangre le manchó la boca.

—Silarial —jadeó.

Corny asintió con satisfacción. Estaba respirando con dificultad, pero cada aliento llegaba con una risa.

—¿Por qué?

—La pixie. Tengo que llevarla a la Corte Luminosa

. Muchos de los agentes de mi Señora la están buscando.

Corny se sentó sobre el estómago de Adair y cerró el puño entre el pelo dorado.

—¿Por qué?

—La Reina quiere hablar. Sólo hablar.

Un hombre con una cresta abrió la puerta, palideció, y después la cerró de un portazo. El hada se retorció, buscando levantarse.

—Cuéntame algo más —dijo Corny. Sus dedos apretados temblaban—. Cuéntame como proteger...

En ese momento la puerta del baño se abrió de nuevo. Esta vez era Kaye.

—Corny, están... —dijo, entonces pareció fijarse en la escena que tenía delante. Parpadeó rápidamente y tosió—. Esto no es lo que esperaba ver cuando entré aquí.

—Silarial le ha enviado —dijo Corny—, a por ti.

—El barman está llamando a la poli. Tenemos que salir de aquí.

—No podemos dejarle marchar —dijo Corny.

—Corny, está *sangrando* —Kaye tosió de nuevo—. ¿Qué has hecho? Siento como si me ardieran los pulmones.

Corny empezó a ponerse en pie, para explicarse.

—Te maldigo. —El hada rodó de costado y escupió un pegote rojizo sobre la mejilla de Corny. Allí corrió hacia abajo como una lágrima—. Que todo lo que toquen tus dedos se marchite.

Corny se tambaleó hacia atrás, y mientras lo hacía, su mano rozó la pared. La pintura bajo sus dedos se hinchó y escamó. Deteniéndose, se miró la palma de la mano, las líneas, surcos y callos parecían de repente formar un nuevo y horrible paisaje.

—¡Vamos! —Kaye le agarró por la manga, dirigiéndole hacia la puerta.

El metal de la manija se ennegreció al contacto con su piel.

Capítulo 5

El infierno es uno mismo.

El infierno es soledad.

T. S. Eliot

Un fauno con las garras manchadas de sangre se inclinó en una baja reverencia ante el trono de Roiben. Habían venido, cada uno de sus vasallos, para alardear de su utilidad, para hablarle de su servicio a la Corona, para ganarse su favor y la promesa de cometidos mejores. Roiben observó la marea de vasallos y tuvo que luchar por dominar el pánico. Agarró con tanta fuerza los brazos del trono que la trenzada madera crujió.

—En tu nombre —dijo la criatura—, he matado a siete de mis hermanos y he guardado sus pezuñas. —Vació el saco que llevaba con un estruendo.

—¿Por qué? —preguntó Roiben antes de pensarlo mejor, sus ojos se vieron atraídos por el dentado y cortado hueso de los tobillos, por la forma en que la sangre se había secado y vuelto negra. La argamasa que surcaba el suelo de la cámara de audiencias ya estaba descolorida, pero aquel regalo refrescaba las rojizas marcas.

El fauno se encogió de hombros. Tenía zarzas enmarañadas en el pelaje de sus patas.

—Era una muestra que solía agrandar a Lady Nicnevin. Sólo quería congraciarme con vos.

Roiben cerró los ojos con fuerza durante un momento, después los abrió de nuevo y respiró profundamente, dominándose hasta ser indiferente.

—De acuerdo. Excelente —se giró hacia la siguiente criatura.

Un delicado chico hada con alas negras como el alquitrán le hizo una reverencia.

—Me complace informaros —dijo con una voz suave y temblorosa— que he inducido a casi doscientos niños mortales a lanzarse desde tejados o los he conducido hasta sus muertes en las marismas.

—Ya veo —dijo Roiben con exagerada racionalidad. Temió por un momento lo que podría hacer. Pensó en Kaye y en lo que ella pensaría de esto; la imaginó de pie en su propio tejado, con su camiseta y la ropa interior que llevaba para dormir, oscilando soñolienta hacia delante—. ¿En mi nombre? Creo que simplemente te divierte. Quizás puedas encontrar algo más vicioso que atormentar niños ahora que la guerra ha comenzado.

—Como milord ordene —dijo el hada alado, bajando la vista a sus pies con el ceño fruncido.

Un pequeño y encorvado duende se adelantó. Con sus nudosas manos, desenrolló una asquerosa tela y la extendió sobre el suelo.

—He matado a cientos de ratones, guardando sólo sus colas y cosiéndolas en un tapete. Ahora os lo presento como tributo a vuestra magnificencia.

Por primera vez desde que podía recordar, Roiben tuvo que morderse el interior de las mejillas para no reír.

—¿Ratones? —miró a su chambelán. Ruddles alzó una única ceja.

—Ratones —dijo el duende, inflando el pecho.

—Eso requiere un gran esfuerzo —dijo Roiben.

Sus sirvientes enrollaron el tapete mientras el duende se alejaba, con aspecto de estar complacido consigo mismo.

Una silky hizo una reverencia, el diminuto cuerpo tapado sólo con su claro cabello amarillo verdoso.

—Yo he hecho que las cosechas de uvas se marchiten en sus viñas, que se volvieran negras y llenas de veneno. El vino proveniente de su jugo endurecerá el corazón de los hombres.

—Sí, porque los corazones de los hombres no están ya lo suficientemente endurecidos. —Roiben frunció el ceño. Su pronunciación sonaba humana. No tuvo que adivinar de donde habían salido aquellas frases.

La silky no pareció notar el sarcasmo. Sonrió como si él le estuviera ofreciendo un enorme elogio.

Y así fueron llegando, un desfile de hazañas y regalos, cada cual más horripilante que la anterior, todas ellas realizadas en nombre de Roiben, Señor de la Corte Oscura. Cada

repugnante hazaña postrada ante él como cuando un gato suelta el pájaro que por fin ha logrado matar, una vez toda diversión posible de jugar con él desaparece.

—En vuestro nombre —dijo cada uno de ellos.

En su nombre. El nombre que ningún ser vivo conocía por completo, salvo Kaye. Su nombre. Que ahora les pertenecía a todos ellos para jurar y conjurar por él, se preguntaba quién tenía más derecho a reclamarlo.

Roiben apretó los dientes y asintió y sonrió. Únicamente más tarde, en sus habitaciones, sentado en un taburete frente a su tapete de colas de ratón, permitió que el odio le inundase. Odio por todos aquellos de la Corte Oscura, que cortaban, rajaban y destripaban todo lo que tocaban. Por sí mismo, sentado en el trono de una corte de monstruos.

Seguía mirando los regalos cuando un terrible y atronador estrépito sacudió las paredes. Le llovió tierra encima, escociéndole los ojos. Un segundo golpe reverberó por toda la colina. Salió corriendo de la habitación, hacia el sonido, y pasó junto a Bluet en el vestíbulo. El polvo la cubría, y las largas y retorcidas puntas de su cabello casi oscurecían un corte reciente en el hombro. Tenía los labios del color de un moretón.

—¡Milord! —dijo—. ¡Ha habido un ataque!

Por un momento, Roiben simplemente la miró, sintiéndose atontado, no del todo capaz de entender. A pesar de su odio hacia Silarial, aún no podía aceptar que estaba en guerra con aquellos a los que amaba, aquellos a quienes todavía consideraba su gente. No podía aceptar que ellos hubiesen dado el primer golpe.

—Ocúpate de ti misma —le dijo aturdido, moviéndose hacia el sonido de gritos. Un puñado de hadas pasaron con rapidez a su lado, silenciosas y cubiertas de polvo. Una, una duende, lo miró con ojos llorosos antes de apresurarse a pasar junto a él.

El gran salón estaba ardiendo. La parte alta estaba agrietada como un huevo, y una porción del lateral había desaparecido. Ráfagas de un grasiento humo negro se elevaban hacia el cielo estrellado, devorando la nieve que caía. En el centro de la debacle había un camión... un tráiler... con su armazón de hierro ardiendo. El chasis estaba retorcido, la cabina aplastada bajo montones de tierra y rocas, mientras llamas rojizas y doradas la lamían en dirección al techo. Un mar de ardiente aceite y gasoil se desparramaba para chamuscar todo lo que tocaba.

Roiben se quedó mirando, aturdido. Allí, bajo los restos, había docenas y docenas de cuerpos; su heraldo Thistledown; Widdersap, quien una vez había silbado a través de una hoja de hierba para hacer bailar a una sirvienta; Snagill, que había pintado cuidadosamente el techo de la sala de fiestas de color plata. El duende que había tejido el tapete de colas de ratón gritaba, girando envuelto en llamas.

Ellebere empujó a Roiben a un lado, justo cuando una lápida de granito caía desde arriba, agrietando el suelo del salón.

—Debéis iros, milord —gritó.

—¿Dónde está Ruddles? —preguntó Roiben—. ¿Y Dulcamara?

—Ellos no importan. —El asidero de Ellebere sobre Roiben se hizo más fuerte—. Vos sois nuestro rey.

A través del humo, aparecieron unas figuras, golpeando a los caídos y a los heridos.

—Pon a las hadas... a salvo. —Roiben tiró de su brazo y lo liberó—. Llevadlas a las ruinas de Kinnelon.

Ellebere vaciló. Dos relámpagos cruzaron volando el rancio humo hasta incrustarse en lo que quedaba de la pared de barro. Eran las delgadas varas de cristal que los guerreros de la Corte Luminosa utilizaban como flechas, tan finas que apenas podías sentir las mientras te perforaban el corazón.

—Como has dicho, yo soy tu rey. ¡Hazlo!

Roiben se abrió paso a través de la asfixiante bruma, dejando a Ellebere atrás.

El mismo fauno que había traído a Roiben las pezuñas de sus semejantes estaba intentando sacar a otra hada de debajo de un montón de tierra. Y cerca yacía Cirillan, a quien le gustaban tanto las lágrimas, que las había guardado en pequeños frasquitos que se amontonaban en su habitación. Su acuática piel estaba manchada de sangre grisácea y erizos plateados que habían sido lanzados por las hondas de la Corte Luminosa.

Mientras Roiben observaba, el fauno jadeó, su cuerpo se arqueó, y cayó.

Roiben desenvainó su espada curva. Toda su vida había sido criado para combatir, pero nunca había visto algo como lo que estaba ocurriendo a su alrededor. La Corte Luminosa nunca había luchado de manera tan *poco elegante*.

Se echó a un lado justo antes de que los dientes de un tridente dorado le dieran en el pecho. El caballero Luminoso se volvió a mover, desnudando los dientes.

Roiben estrelló la espada contra su muslo y ella titubeó. Agarrando el tridente por la base, Roiben le cortó la garganta, rápida y limpiamente. La sangre le salpicó la cara mientras ella caía de rodillas, llevándose las manos al cuello, sorprendida.

No la conocía.

Dos humanos se apresuraron hacia él desde ambos lados. Uno de ellos sostenía un arma, pero Roiben le cortó la mano en la que la tenía antes de que el mortal tuviera oportunidad de disparar. Al otro lo acuchilló en el pecho. Un chico humano... quizás de veinte años, con una camiseta del Brookdale College y el pelo despeinado... se hundió contra la

ganchuda espada de Roiben.

Durante un momento, el chico le recordó a Kaye.

Kaye. Muerta.

Hubo un grito y Roiben se giró para ver una lluvia de piñas plateadas explotar justo a su lado. A través del humo vio a Ruddles, dándole un mordisco al costado de la cara de un hada luminosa, Dulcamara despachó a otras dos con cuchillos. Uno de los pajes de Roiben, Clotburr, estrelló un arpa ardiendo contra otra hada.

Allí, en su una vez majestuosa colina, cadáveres humanos aún sostenían sus armas hechas de hierro con sus manos agarrotadas una vez se desplomaban junto a más de una docena de miembros inmóviles de las tropas de la Oscuridad con sus brillantes armaduras. El fuego quemaba los cuerpos uno a uno.

—Rápido —dijo Dulcamara. El negro y asfixiante humo estaba por todas partes. En algún lugar a lo lejos, Roiben podía oír las sirenas gemir. Más allá, los mortales venían a arrojar agua sobre la ardiente colina.

Clotburr tosió, quedándose atrás, y Roiben lo alzó, colocando al muchacho sobre su hombro.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Dulcamara, con los dedos apretados, los nudillos blancos, alrededor de la empuñadura de su espada.

Roiben sacudió la cabeza. Había protocolos en las batallas entre hadas. No podía imaginarse a Silarial haciendo a un lado el decoro, especialmente cuando ella tenía a su favor todas las ventajas. Pero claro, ¿quién de entre su gente iba a saber lo que había hecho este día? Sólo aquellos pocos que habían sido enviados a comandar a los mortales. La mayoría estaban muertos. Uno no podía deshonrarse a sí mismo antes de morir. Entonces se le ocurrió que había entendido mal la pregunta de Dulcamara. No quería saber cómo Silarial podía haber sido tan horriblemente ingeniosa; sino que intentaba comprender cómo lo había logrado.

—Mortales —dijo Roiben, y ahora que lo pensaba, tenía que admitir una reticente admiración por una estratagema tan radical y terrible—. El pueblo de Silarial encantan a los humanos en lugar de tirarlos de los tejados. Está formando tropas con ellos. Ahora estamos más que superados en número. Estamos perdidos.

El peso del hada manchado de hollín en sus brazos le hizo pensar en toda la gente de la Corte Oscura, todos aquellos a los que había jurado ser su soberano. Él había estado dispuesto a empeñar todas aquellas vidas a cambio de la vida de Silarial. Y en ese momento se preguntó qué podía haber logrado si hubiera hecho algo más que aguantar. A quién podría haber salvado.

Como si hubiese adivinado sus pensamientos, Ruddles se giró hacia él con el ceño fruncido.

—¿Y ahora qué, mi Rey?

Roiben se encontró deseando ganar la guerra imposible de ganar.

Sólo había conocido a dos soberanos, ambos grandes pero ninguno bueno. No sabía cómo ser Rey ni cómo ganar, a excepción de siendo incluso más despiadado que ellos.

Kaye empujó a Corny delante de ella, a través de la muchedumbre que había junto a la entrada al club, hasta pasar a la mujer que se encargaba de los carnets, que todavía parecía mareada por el encantamiento.

Corny mantuvo las manos sobre la cabeza, como si se rindiera, y cuando la gente se acercaba, se estremecía. Caminaron así durante varias manzanas, pasando junto a gente con sus pesados abrigos arrastrándose sobre la nieve. Kaye vio como los tacones de las botas de piel de avestruz de una mujer se hundían en un helado montón de nieve. La mujer dio un traspie.

Corny se giró hacia ella, dejando caer las manos de modo que ahora estas colgaban delante de él. Parecía un zombi tambaleándose hacia su siguiente víctima.

—Sé dónde —dijo Kaye, respirando profundamente el aire acre.

Cruzó varias manzanas, con Corny tras ella. Las calles eran un laberinto de nombres y almacenes, lo suficientemente similares como para perderse con facilidad. Sin embargo, encontró el camino de vuelta al Café des Artistes, y de ahí a la tienda fetichista.

Corny la miró confundido.

—Guantes —le dijo firmemente mientras lo conducía dentro.

El olor a pachulí quemándose espesaba el aire del Irascible Peacoc. Corsés de cuero y correas colgaban de las paredes, sus hebillas y cremalleras de cristal brillaban. Detrás del mostrador un hombre mayor con pinta de estar aburrido leía el periódico, ni siquiera alzó la vista para mirarlos.

En la parte trasera de la tienda, Kaye pudo ver las restricciones, látigos y fustas. Los ojos vacíos de las máscaras la observaban mientras se abría paso hacia un par de guantes de goma que llegaban hasta el codo.

Los cogió, pagó al aburrido empleado con cinco hojas recubiertas de encanto, y arrancó la etiqueta de plástico con los dientes.

Corny estaba de pie junto a una mesa de mármol, prensando con los dedos un fajo de folletos que anunciaban un baile fetichista. El papel se amarilleó en grandes círculos, envejeciendo bajo sus manos. Marchitándose. Una lenta sonrisa le curvaba la boca, como si el ver aquello le provocase placer.

—Basta ya —dijo Kaye, ofreciéndole los guantes.

Corny se sobresaltó, mirándola como si no la conociese. Incluso mientras se ponía los guantes, lo hizo aturdido, y luego se miró los brazos revestidos de goma con asombro.

Cuando salieron, el brillo de un par de esposas cromadas forradas de piel captó la atención de Kaye y las cogió, deslizándolas sobre la suave piel. Años de instinto de raterías le hicieron deslizárselas en el bolsillo antes de empujar la puerta.

—No puedo creer que te lanzarás a por un tío en un baño —dijo Kaye tan pronto como hubieron cruzado la calle.

—¿Qué? —Corny la miró con el ceño fruncido—. Yo no puedo creer que acabes de robar un par de esposas peludas, cleptómana. De todas formas, no era *un tío*. Era de la Corte Luminosa. Era uno de ellos.

—¿Uno de *ellos*? ¿Un hada? ¿Igual que yo soy una de ellos?

—Estaba aquí buscándote. Dijo que se suponía que debía llevarte hasta Silarial —le gritó Corny, y el nombre pareció alargarse a través del aire frío de la noche.

—¿Y casi lo matas por eso? —la voz de Kaye subió de tono, sonando chillona incluso a sus propios oídos.

—Siento decirte esto —dijo Corny con maldad—, pero Silarial te odia. Eres la que fastidió sus planes para hacerse con el poder de la Corte Oscura, y además, has estado acostándote con su ex novio...

—Vas a parar ya con...

—De acuerdo, lo sé. Búsqueda imposible. Mira, estoy seguro de que puedo enumerar más cosas que odia de ti, pero creo que ya entiendes por donde voy. Sea lo que sea lo que quiera, nosotros queremos lo contrario.

—¡No me preocupan ni ella ni sus mensajeros! —gritó Kaye—. Me importas tú, y estás actuando como un loco.

Corny se encogió de hombros y le dio la espalda, mirando a través del escaparate de una tienda como si estuviese viendo algún otro lugar entre las perchas de ropa. Entonces se sonrió a sí mismo en el cristal.

—Lo que tú digas, Kaye. Yo tengo razón sobre él. Les encanta hacer daño a la gente. A las personas como Janet.

Kaye se estremeció, la culpa por la muerte de Janet era demasiado reciente como para no sentir las palabras de él como una acusación.

—Sé...

Corny la interrumpió.

—De todas formas, he sido maldecido, así que supongo que tengo lo que me merezco, ¿no? El universo está en equilibrio. Conseguí lo que estaba pidiendo.

—Eso no es lo que quería decir —dijo Kaye—. Ni siquiera sé lo que quiero decir. Simplemente estoy alucinada. Todo se desmorona.

—¿Tú estás alucinada? Todo lo que toco se pudre. ¿Cómo voy a comer? ¿Cómo voy a hacerme una paja?

Kaye rió a pesar de sí misma.

—Por no mencionar que voy a tener que vestirme de acuerdo a el popular estilo fetichista para siempre —sostuvo un guante en alto.

—Menos mal que te pega mucho —dijo Kaye.

Una lenta sonrisa se extendió por la boca de Corny.

—Vale, fue una tontería. Lo que hice. Al menos podía haber averiguado lo que quería Silarial.

Kaye negó con la cabeza.

—No importa. Volvamos a Brooklyn y averigüemos qué podemos hacer con tus manos.

Corny señaló un teléfono de pago que colgaba fuera de un bar.

—¿Quieres que llame al móvil de tu madre? Podría decirle que nos echaron a patadas del club por ser menores de edad. Puedo mentir como loco.

Kaye negó con la cabeza.

—¿Después de darle una paliza a alguien en el baño? Creo que sabe por qué nos echaron.

—Me estaba atacando —dijo Corny con remilgo—. Tenía que proteger mi honra.

Kaye entró con Corny al apartamento de su madre con una llave de reserva y se lanzó sobre la cama. Corny se dejó caer a su lado con un gruñido.

Mirando el estucado del techo, estudió sus surcos y fisuras, dejando que su mente vagara de la maldición de Corny y la explicación que no había ofrecido por salir corriendo en medio del espectáculo de su madre. En lugar de eso pensó en Roiben, de pie ante una

asamblea entera de la Corte Oscura, y en la forma en que todos inclinaban la cabeza. Pero eso la hizo pensar en todos los niños que habían robado de sus cunas y cochecitos y columpios para reemplazarlos por niños cambiados o cosas peores. Se imaginó los esbeltos dedos de Roiben rodeando los agitados y rosáceos miembros. Mirando al otro lado de la cama, vio los dedos de Corny, cada uno de ellos envueltos en goma.

—Vamos a solucionar las cosas —dijo Kaye.

—¿Y cómo vamos a hacer eso exactamente? —preguntó Corny—. No es que dude de ti, ojo.

—Quizás pueda quitarte la maldición. Tengo magia, ¿verdad?

Él se sentó.

—¿Crees que puedes?

—No lo sé. Déjame que me libre de mi encanto para poder usar lo que tenga —se concentró, imaginando que su disfraz se rasgaba como telarañas. Sus sentidos se desbordaron. Pudo oler los restos de comida quemada en los quemadores de la cocina, los gases de los coches, el moho dentro de las paredes, e incluso la sucia nieve que habían dejado sus pisadas sobre el suelo. Y sintió el hierro, más pesado que nunca, devorando los restos de su poder, tan claramente como sentía el roce de las alas en sus hombros.

—De acuerdo —dijo, rodando hacia él—. Quítate un guante.

Él se quitó uno y sostuvo la mano en alto para ella. Ella intentó imaginar su magia como le habían dicho que hiciese, como una bola de energía que le picaba en las palmas de la mano. Se concentró en expandirla, a pesar del aire lleno de hierro. Cuando colocó las suyas sobre las manos de Corny, la piel le escoció como si estuviese aferrando ortigas. Podía cambiar la forma de sus dedos, pero no podía tocar la maldición.

—No sé lo que estoy haciendo —dijo por fin, impotente, dejando que su concentración decayera y la energía se disipara. Sólo el intentarlo la había dejado exhausta.

—No pasa nada. He oído hablar de un tipo que rompe encantamientos. Un humano.

—¿En serio? ¿Cómo has oído hablar de él? —Kaye hurgó en su bolsillo.

Corny apartó la cara, mirando hacia la ventana.

—Lo he olvidado.

—¿Recuerdas el papel que me dio aquella chica? ¿El Arreglalotodo? Podemos empezar por ahí. Arreglalotodo suena como lo que estamos buscando.

—¿Crees que tendremos que llamarle al busca como a un traficante de droga? —Corny bostezó y se volvió a poner el guante—. Tu madre va a hacernos dormir en el suelo de verdad, ¿eh?

Kaye se giró hacia él, presionando la cara contra su hombro. La camisa de él olía a insecticida, y se preguntó qué es lo que quería el hada que lo había maldecido. Pensó en la otra Kaye, aún atrapada en la Corte Luminosa.

—¿Crees que debería decírselo? —murmuró contra su camiseta.

—¿Decirle qué? ¿Que queremos la cama?

—Que soy una niña cambiada. Que tiene una hija que le fue robada.

—¿Por qué querrías hacer eso? —levantó el brazo y Kaye se agachó bajo él, recostando la cabeza en su pecho.

—Porque nada de esto es real. Yo no pertenezco aquí.

—¿A qué otro sitio podrías pertenecer? —preguntó Corny.

Kaye se encogió de hombros.

—No lo sé. No soy ni ave ni pescado. ¿Qué queda?

—Un buen arenque rojo, creo —dijo él—. Es un pescado.

—Al menos soy buena y roja.

Se oyó una llave en la puerta.

Kaye se levantó de un salto y Corny la cogió del brazo.

—De acuerdo, cuéntaselo.

Ella negó con la cabeza rápidamente. La puerta se abrió y Ellen entró en la habitación, con los hombros llenos de nieve recién caída.

Kaye buscó los jirones de su encanto para hacerse parecer humana, pero no volvieron con facilidad. La magia y el hierro habían corroído más su energía de lo que había supuesto.

—No funciona —susurró Kaye—. No puedo volver a cambiar.

Corny resopló.

—Supongo que ahora tendrás que contárselo.

—He oído que os habéis metido en un lío, ¿eh, chicos?

Ellen rió mientras depositaba la funda de su guitarra sobre la mesa de la cocina que estaba llena de papeles. Tiró de su abrigo para quitárselo y lo dejó caer al suelo.

Kaye dio la espalda a su madre, escondiendo la cara bajo el pelo. No estaba segura de cuánto escondía su encanto, pero al menos ya no sentía las alas.

—Me atacó —dijo Corny.

Ellen alzó las cejas.

—Deberías aprender a tomarte mejor un cumplido.

—Las cosas se salieron de madre —dijo Kaye—. El tío era un cerdo.

Caminando hacia la cama, Ellen se sentó y comenzó a quitarse las botas.

—Supongo que debería alegrarme de que vosotros dos, vigilantes, no resultaseis heridos. ¿Qué te ha pasado, Kaye? Parece como si te hubieran tirado una jarra de tinte verde encima. ¿Y por qué escondes la cara?

Kaye aspiró aire tan fuertemente que se sintió mareada. El estómago se le contrajo.

—Sabéis —dijo Corny—. Creo que voy a ir a la tienda de la esquina. De repente tengo unas ganas locas de gusanitos. ¿Queréis algo?

—Alguna bebida light —dijo Ellen—. Coge dinero del bolsillo de mi abrigo.

—¿Kaye? —la llamó.

Ella negó con la cabeza.

—De acuerdo. Volveré enseguida —dijo Corny. Por el rabillo del ojo, la vio lanzarle una mirada mientras alzaba el pestillo de la puerta.

—Tengo algo que decirte —dijo Kaye sin girarse.

Podía oír a su madre dando portazos a las puertas del armario.

—Yo también quiero decirte algo. Sé que te prometí que nos quedaríamos en Jersey pero simplemente no puedo. Mi madre... no para de meterse conmigo, ya lo sabes. Me dolió que te quedaras allí.

—Yo... —comenzó Kaye, pero Ellen la interrumpió.

—No —dijo—. Me alegro. Creo que siempre me imaginé que mientras tú fueras feliz, yo sería una buena madre sin importar lo rara que fuera nuestra vida. Pero no eres feliz, ¿verdad? Así que, vale, lo de Jersey no salió bien, pero las cosas serán diferentes en Nueva York. Esta es mi casa, no de alguno de mis novios. Y trabajaré de camarera, no sólo actuaré. Voy a arreglar las cosas. Quiero otra oportunidad.

—Mamá —Kaye se giró a medias—. Creo que deberías oír lo que tengo que decirte antes de continuar.

—¿Sobre esta noche? —preguntó Ellen—. Sabía que había algo más. Vosotros nunca atacaríais a un tío sólo porque...

Kaye la interrumpió.

—Es sobre hace mucho tiempo.

Ellen cogió un cigarro del paquete que estaba sobre la mesa. Lo encendió en la cocina. Girándose, entrecerró los ojos, como si acabase de notar la piel de Kaye.

—¿Y bien? Dispara.

Kaye respiró hondo. Podía sentir los latidos de su corazón como si estuviera palpitándole en el cerebro en lugar de en el pecho.

—No soy humana.

—¿Qué se supone que significa eso? —Ellen frunció el ceño.

—Tu hija verdadera se fue hace mucho tiempo. Cuando era realmente pequeña. Cuando ambas éramos muy pequeñas. Nos cambiaron.

—¿Qué te cambió?

—Hay cosas, cosas sobrenaturales en el mundo. Algunas personas las llaman hadas, algunos monstruos o demonios, o lo que sea, pero existen. Cuando las... las hadas se llevaron a tu verdadera hija, me dejaron a mí detrás.

Ellen la miró, la ceniza de su cigarro se volvió lo suficientemente larga como para que le lloviese sobre el dorso de la mano.

—Eso es una absoluta tontería. Mírame, Kaye.

—No lo supe hasta Octubre. Quizás debería haberlo adivinado, había pistas. —Kaye sentía como si tuviera los ojos irritados, como si la garganta se le estuviera poniendo en carne viva mientras hablaba—. Pero no lo sabía.

—Basta. Esto no es gracioso ni agradable —la voz de Ellen sonaba dividida entre el enfado y el auténtico miedo.

—Puedo probarlo. —Kaye se acercó a la cocina—. ¡Lutie-loo! Sal. Deja que ella te vea.

La pequeña hada salió volando de encima de la nevera para posarse sobre el hombro de Kaye, sus diminutas manos aferraron un mechón de pelo para estabilizarse.

—Estoy aburrída y todo apesta. —Lutie hizo un mohín—. Deberías haberme llevado contigo a la fiesta. ¿Y si te hubieses emborrachado y vuelto a caer?

—Kaye —dijo Ellen, le temblaba la voz—. ¿Qué es esa cosa?

Lutie gruñó.

—¡Grosera! Te enredaré el pelo y agriaré toda tu leche.

—Ella es mi prueba. Así me escucharás. Me escucharás *de verdad*.

—Sea lo que sea eso —dijo Ellen—, tú no eres así.

Kaye respiró hondo y dejó caer el encanto. No podía verse la cara, pero sabía el aspecto que tenía ahora para Ellen. Los ojos negros y brillantes como el petróleo, la piel verde como una mancha de hierba. Podía verse las manos, cruzadas ante ella, sus largos dedos, con una articulación extra que los hacía parecer curvados incluso cuando estaban relajados.

El cigarro cayó de los dedos de su madre. Quemó el suelo de linóleo allí donde cayó, los bordes del derretido cráter de plástico encendidos, el centro negro como la ceniza. Negro como los ojos de Kaye.

—No —dijo Ellen, sacudiendo la cabeza y alejándose de Kaye.

—Soy yo —dijo Kaye. Sentía las extremidades frías, como si toda la sangre de su

cuerpo se precipitara hacia su cara—. Así es cómo soy realmente.

—No lo entiendo. No entiendo lo que eres. ¿Dónde está mi hija?

Kaye había leído sobre los niños cambiados, sobre cómo las madres conseguían recuperar a sus bebés. Calentaban atizadores de hierro, lanzaban a los niños hada al fuego.

—Está en la tierra de las hadas —dijo Kaye—. La he visto. Pero tú me *conoces*. Aún soy yo. No quiero asustarte. Puedo explicártelo todo ahora que me escuchas. Podemos hacer que vuelva.

—¿Robaste a mi niña y ahora quieres ayudarme? —preguntó Ellen.

En fotos, Kaye había sido de pequeña una cosita delgada de ojos negros. Pensó en ello ahora. En sus dedos huesudos. Comiendo. Siempre comiendo. ¿Nunca había sospechado Ellen? ¿Sabiéndolo de esa forma que tienen las madres de saber, esa en la que nadie cree?

—Mamá... —Kaye avanzó hacia su madre, alargando una mano, pero la mirada en la cara de Ellen la hizo detenerse. Lo que salió de la boca de Kaye fue una risa sobresaltada.

—No te rías —gritó su madre—. ¿Crees que esto es divertido?

Se supone que una madre tiene que conocer cada centímetro de su bebé, el dulce olor de su piel, cada padastro de sus dedos, el número de mechones de su cabello. ¿Había sentido Ellen repulsión y vergüenza de esa repulsión?

¿Había amontonado aquellos libros como asiento, esperando que Kaye se cayera? ¿Era por eso por lo que había olvidado siempre llenar la nevera? ¿Por lo que dejaba a Kaye sola con extraños? ¿La había castigado su madre de pequeñas maneras por algo que era tan imposible que ni podía ser admitido?

—¿Qué coño has hecho con mi hija? —gritó Ellen.

La risa nerviosa no paraba. Era como si la absurdidad y el horror necesitaran escapar de alguna forma y la única manera era a través de la boca de Kaye.

Ellen la abofeteó. Por un momento, Kaye se quedó completamente en silencio, y entonces aulló de risa. Salió de ella como chillidos, como si los restos de su yo humano se consumieran.

En el cristal de la ventana, pudo verse las alas, ligeramente dobladas, brillando en su espalda.

Con dos aleteos, Kaye subió al mostrador de la cocina. La luz fluorescente zumbaba sobre su cabeza. Las negruzcas alas de docenas de polillas levantaron una nube de polvo de la amarillenta parrilla.

Ellen, sobresaltada, dio un paso atrás, apretándose contra el armario.

Mirando hacia abajo, Kaye pudo sentir como su boca se abría en una sonrisa abierta y

terrible.

—Te traeré de vuelta a tu verdadera hija —dijo, con la voz llena de amarga euforia. Era un alivio saber por fin lo que tenía que hacer. Admitir finalmente que no era humana.

Y al final, esta sería una búsqueda que podría ser capaz de completar.

Capítulo 6

Todo te fue quitado: vestido blanco, alas, incluso la existencia.

Czesław Miłosz, "En ángeles"

Corny se estremecía en los escalones del edificio de apartamentos. El frío cemento mojado empapaba la fina tela de sus vaqueros mientras remolinos de nieve se congelaban entre su pelo. El café caliente que había comprado en la bodega sabía a ceniza, pero haciendo una mueca tomó otro cálido sorbo. Intentó no notar las diminutas grietas que habían empezado a formarse en la punta de cada uno de los dedos de sus guantes de goma.

No quería pensar demasiado cuidadosamente en el alivio que había sentido cuando Kaye no había podido eliminar la maldición. Se había sentido enfermo al principio, como si fuera él quien se pudriera y no las cosas que tocaba. Pero no era él quien se marchitaba. Sólo todo lo demás. Imaginó las cosas que odiaba, todas las cosas que podría destruir, y descubrió que estaba apretando tan fuerte la taza que el cartón se había doblado y el café goteaba en su pierna.

Kaye salió por la puerta principal empujándola con suficiente fuerza como para casi estrellarla contra el costado del edificio. Lutie revoloteaba a su lado, entrando y saliendo de la seguridad de su pelo.

Corny se levantó reflexivamente.

Kaye se paseaba arriba y abajo por los escalones.

—Me odia. Supongo que debería haberlo esperado.

—Bueno, entonces no querrá la soda —dijo Corny, levantando la tapa y echando un trago. Hizo una mueca—. Ugh. Dietético.

Kaye ni siquiera sonrió. Se envolvió en su abrigo púrpura.

—Voy a traerle de vuelta a la otra Kaye. Voy a volver a cambiarnos.

—Pero... Kaye. —Corny luchó por encontrar las palabras—. Tú eres su hija, y la otra chica... ni siquiera conoce a Ellen. Ellen no la conoce.

—Claro —dijo Kaye huecamente—. Puede que la situación sea torpe al principio, pero harán que funcione.

—No es así de simple... —empezó Corny.

Kaye le cortó.

—Es así de simple. Voy a llamar al número de ese trozo de papel e ir a ver a la Reina. Si quiere algo de mí, entonces tengo una oportunidad de recuperar a la otra Kaye.

—Claro. Apuesto a que intercambiaré a Chibi-Kaye por tu cabeza en un plato —dijo Corny, frunciendo el ceño.

—¿Chibi-Kaye? —Kaye parecía no saber si reír o golpearle.

Él se encogió de hombros.

—Ya sabes, como en esos mangas en los que dibujan la versión mona y pequeña de un personaje.

—¡Sé lo que es un chibi! —Revolvió en su bolsillo—. Déjame tu móvil un segundo.

La miró llanamente.

—Sabes que voy a ir contigo, ¿verdad?

—Yo no... —empezó Kaye.

—Puedo con ello —dijo Corny antes de que pudiera terminar—. Sólo porque todo esto sea un marrón eso no significa que tengas que hacerlo tú sola. Y no necesito tu protección.

—¡Y yo no quiero fastidiar tu vida más de lo que ya lo he hecho!

—Mira —dijo Corny—. Antes mencionaste que quizás el Arreglalo todo supiera algo sobre mi maldición. Tendríamos que llamar a esa persona e iré contigo de todos modos.

—Bien, vale, vale. ¿Móvil?

—Déjame llamar a mí —dijo Corny, extendiendo la mano.

Kaye suspiró, pareciendo desinflarse. Ofreció el papel.

—Bueno.

Corny marcó el número, aunque le llevó algunos intentos con los gruesos guantes. El teléfono sonó una vez y una voz computerizada dijo "*Marca asterisco y tu número*".

—Un busca —dijo a la mirada interrogante de Kaye—. Sip, tu guía a la Corte Luminosa es todo un profesional.

Lutie se posó en el hombro de Kaye y aferró un mechón de pelo verde, enredándose lo

alrededor de su diminuto cuerpo como si fuera una capa.

—Amargo frío congelado —dijo.

—Vamos hacia tu coche. Quizás para cuando llegemos allí, nos haya devuelto la llamada.

Corny bajó de un salto los escalones.

—Si no podemos dormir en la parte de atrás cubiertos con restos de comida rápida como el hermano y la hermana de Hansel y Gretel, que...

—Lutie —dijo Kaye, interrumpiéndole—. Tú no puedes venir. Tienes que vigilar a mi madre. Por favor. Sólo para asegurarme de que está bien.

—Pero huele y me aburro.

—Lutie, por favor. Donde vamos... podría ser peligroso.

La pequeña hada voló hacia arriba, las alas y el pelo color crema cuajada la hicieron parecer un puñado de nieve lanzada.

—Estoy medio enferma por el hierro, pero me quedaré. Por ti. Por ti. —Señaló con un diminuto dedo puntiagudo hacia Kaye mientras se alzaba hacia la ventana del apartamento.

—Volveremos a por ti tan pronto como podamos —gritó Corny, pero se sentía aliviado. Algunas veces se cansaba de intentar no mirar fijamente sus delicadas manos o sus ojos negros de pájaro en miniatura. No había nada humano en ella.

Mientras cruzaban la calle, el teléfono de Corny sonó. Lo abrió.

—Ey.

—¿Qué quieres? —Era la voz de un hombre joven, suave y enfadada—. ¿Quién te dio mi número?

—Lo siento. Quizás marqué mal. —Abrió los ojos de par en par hacia Kaye—. Estamos buscando a un... el... el Arreglalotodo.

La línea se quedó en silencio, y Corny hizo una mueca ante lo patético que había sonado.

—Todavía no me has dicho lo que quieres —dijo el chico.

—Mi amiga tiene una nota. Dice que tú podrías ayudarla a ver a la Reina.

—De acuerdo.

—Entonces, espera, ¿eres el Arreglalotodo? —dijo Corny, y sonrió cuando Kaye pareció impacientarse.

—Pregúntale por la maldición —dijo Kaye.

—Sí, ese soy yo. —El tono del chico hacía difícil a Corny decidir si lo decía realmente en serio—. Y sí, se supone que tengo que llevar a una chica. Dile que venga aquí mañana y

podremos ir. ¿Tienes papel?

—Espera. —Corny tanteó buscando algo con que escribir. Kaye rebuscó en sus bolsillos y sacó un bolígrafo. Cuando se lo ofreció, él lo tomó y también su brazo—. Vale, adelante.

El chico les dio su dirección. Riverside Drive en el Upper West Side. Corny la escribió sobre la piel de Kaye.

—Quiero ir ahora —dijo Kaye—. Díselo. Esta noche.

—Ella quiere ir esta noche —repitió Corny al teléfono.

—¿Esa chica está loca? —preguntó el chico—. Son las dos de la mañana.

Kaye arrancó el teléfono de las manos de Corny.

—Sólo necesitamos instrucciones. Uh-hun —dijo—. Vale. —Colgó—. Quiere que vayamos a la dirección que te ha dado.

Se obligó a sí mismo a no poner los ojos en blanco.

Corny aparcó delante de un parquímetro, figurándose que podría mover el coche luego. Más allá del parque, el río centelleaba, reflejando las luces de la ciudad. Kaye tomó un profundo aliento mientras salía, y Corny vio como un color humano cubría sus mejillas verdes.

Caminaron adelante y atrás por la calle, comprobando los números hasta que dieron con un edificio bajo con una lustrosa puerta negra.

—Este no es de veras el lugar, ¿verdad? —preguntó Corny—. Es realmente agradable. Demasiado agradable.

—La dirección es correcta. —Kaye levantó el brazo para mostrarle lo que él mismo había escrito.

Una mujer de ojos enrojecidos y pelo encrespado salió a los escalones de entrada, dejando que la puerta se cerrara tras ella. Corny se quitó de en medio y cogió la puerta antes de que se cerrara. Mientras la mujer bajaba los escalones, Corny creyó ver un manojito de ramitas atadas en sus brazos.

La mirada de Kaye siguió al manojito.

—Quizás deberíamos pensarnos esto un poco más —dijo Corny.

Kaye presionó el timbre.

Unos momentos después, un chico de piel oscura con el pelo recogido en apretadas trenzas abrió la puerta. Uno de sus ojos estaba nublado, la parte más baja de la pupila oscurecida por una neblina lechosa. Unos aros de metal atravesaban su ceja, y una extensión

de tejido cicatrizado en el labio inferior parecía indicar que una vez le había sido arrancado un anillo de la boca, aunque otro nuevo relucía cerca de la cicatriz.

—¿Tú estás con la Corte Luminosa? —preguntó Corny, incrédulo.

El chico sacudió la cabeza.

—Soy humano como tú. Ahora bien, ella, es otra cosa. —Miró a Kaye—. La Reina nunca dijo nada sobre una pixie. No permito gente mágica en mi casa.

Corny miró a Kaye. Para él, parecía tener su encanto, sus alas no se veían, su piel era rosa, y sus ojos de un marrón perfectamente común. Volvió a mirar al chico de la puerta.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que *dijo*? —preguntó Kaye— Silarial

—Su mensajero me dijo que te ponían un poco nervioso las hadas —dijo el chico, mirando a Corny—. Y que podríais sentirlos más cómodos conmigo.

Kaye dio un codazo a Corny en el costado y él puso los ojos en blanco. Nervioso no era exactamente lo que quería que pensara la gente de él.

—Se supone que tengo que decirlos que Lady Silarial os invita a visitar su corte. —El chico giraba el anillo de su labio distraídamente—. Desea que consideréis la parte que vais a jugar en la guerra venidera.

—Vale, suficiente —dijo Corny—. Salgamos de aquí.

—No —dijo Kaye—. Espera.

—Anticipó tu vacilación. —El chico sonrió.

Corny le interrumpió.

—Déjame suponer. Sólo por tiempo limitado la Reina ofrece una suscripción gratis a una revista por cada persona convencida para marchar hacia el País de las Hadas. Puedes escoger entre *Duendecillas Casi Desnudas* y *Kelpie Trimestral*.

El chico dejó escapar una risa sorprendida.

—Claro. Pero no sólo la revista. También os ofrece a ambos su protección durante el viaje. Y vuelta.

Corny se preguntó si era posible que este tío estuviera haciendo una referencia a Tolkien. En realidad no parecía de ese tipo.

Kaye le miró de reojo.

—Te he visto antes. En la Corte Oscura.

La sonrisa desapareció de la cara del chico.

—Estuve allí sólo una vez.

—Con una chica —dijo Kaye—. Se batió en duelo con uno de los de Roiben. Probablemente no me recuerdes.

—¿Pertenece a la Corte Oscura? —exigió el chico. Su mirada fue hasta Corny y sus ojos se entrecerraron.

Corny se recordó a sí mismo que no le importaba lo que este tío pensara de ninguno de ellos.

Kaye se encogió de hombros.

—Más o menos.

El chico recorrió sus dientes con la lengua.

—No es un lugar muy agradable.

—¿Y la Corte Luminosa está llena de azúcar, especias y todo es agradable? —le preguntó Kaye.

—Punto. —El chico deslizó las manos en los bolsillos de su abrigo demasiado grande—. Mira, la Señora quiere que os lleve hasta ella, y no me conviene enfadarla, pero todavía tenéis que volver por la mañana. Alguien ha venido realmente temprano, y tengo que ocuparme de él antes de salir.

—No podemos —dijo Corny—. No tenemos dónde dormir.

El chico miró a Kaye.

—No puedo dejar que ella se quede aquí. Hago trabajos para gente... *humanos*. Si ven a un hada y a su chico rondando por aquí no creo que vuelvan a confiar en mí.

—Entonces supongo que no saben que eres el chico de los recados de Silarial —dijo Corny—. Porque entonces sí que no confiarían en ti.

—Hago lo que hay que hacer —dijo él—. No como tú... pequeño lacayo de la Corte Oscura. ¿Te molesta cuando torturan humanos, o te gusta mirar?

Corny le empujó, fuerte, la fuerza de su rabia le sorprendió incluso a él.

—No sabes nada de mí.

El chico rió, una risa corta y aguda, tambaleándose hacia atrás. Corny pensó en sus propias manos, mortíferas dentro de sus guantes. Quiso hacer que el chico dejara de reír.

Kaye se interpuso entre ellos.

—Entonces, si me libero de mi encanto y me siento aquí en tu portal, ¿eso sería un problema?

—No harías eso. El encanto te protege a ti mucho más que a mí.

—¿De veras? —preguntó Kaye.

Una pixie. El chico la había reconocido de inmediato, no sólo había sabido que Kaye era un hada, sino el tipo de hada que era. Corny pensó en el pequeño duende y lo que había dicho: *Hay un chico con la Auténtica Visión. En la gran ciudad de exilio y hierro en el norte. Ha estado*

rompiendo maldiciones sobre mortales. El chico tenía la Auténtica Visión. Él no podía decir si ella estaba disfrazada con encanto o no.

Se giró hacia Kaye y abrió los ojos ligeramente con la esperanza de parecer sorprendido. Después se volvió a girar hacia el chico y sonrió.

—Al parecer iba en serio. Guau, nunca me acostumbro a sus alas y a la piel verde... parece tan rara. Supongo que simplemente nos quedaremos aquí en tus escalones. No es como si tuviéramos algún otro sitio adónde ir. Pero no te preocupes... si viene alguien a buscarte, les diremos que saldrás... tan pronto como hayas ayudado a un sátiro a encontrar sus llaves.

El chico frunció el ceño. Corny puso su mano enguantada sobre el brazo de Kaye, animándola a seguirle el juego. Con una rápida mirada en su dirección, ella encogió sus esbeltos hombros.

—Al menos sabrás donde encontrarnos por la mañana —dijo.

—Bueno —dijo el chico, alzando las manos—. Entrad.

—Gracias —dijo Corny—. Esta es Kaye, por cierto. No "la pixie" o "mi amante de la Corte Oscura" o lo que sea, y yo soy... —se detuvo—. Neil. Cornelius. La gente me llama Neil.

Kaye le miró, y por un terrible momento Corny creyó que se iba a echar a reír. Simplemente no quería que este chico le llamara Corny. *Corny*, como si fuera el Rey de los Tontos, como si su mismo nombre anunciara lo patético y estúpido que era.

—Yo soy Luis —dijo el chico, distraídamente, abriendo la puerta—. Y esta es mi choza.

—¿Vives *aquí*? —preguntó Kaye—. ¿En el Upper West Side?

Dentro, las paredes de yeso estaban agrietadas, y trozos de escombros cubrían los suelos de madera llenos de rozaduras. Manchas húmedas y marrones sombreaban el techo en anillos, y una maraña de alambres de dentro de la estructura era visible en una esquina.

El aliento de Corny nublaba el aire como si estuvieran todavía fuera.

—Más majestuoso que una caravana —dijo—. Pero también extrañamente mierdoso.

—¿Cómo encontraste este lugar? —preguntó Kaye.

Luis miró a Kaye.

—¿Recuerdas a esa hada con la que se batió mi amiga Val en la Corte Oscura?

Kaye asintió.

—Mabry. Tenía pies de cabra. Intentó matar a Roiben. Tu amiga la mató.

—Esta es la antigua casa de Mabry. —Luis suspiró y le dio la espalda—. Mirad, no quiero que habléis con mi hermano. Las hadas le ponen muy nervioso. Dejadle en paz.

—Claro —dijo Corny.

Luis les condujo a una sala amueblada con cajas de leche del revés y sofás descosidos. Un chico negro muy delgado con mechones que sobresalían de su cabeza como púas estaba sentado en el suelo, comiendo judías de gelatina azucaradas de una bolsa de celofán. Sus rasgos recordaban a los de Luis, pero había una extraña vacuidad alrededor de sus ojos, y su boca parecía hundida y extraña.

Kaye se dejó caer en el sofá a cuadros color mostaza, tumbándose desgarradamente contra los cojines. El respaldo estaba rasgado junto a una mancha de lo que parecía ser un montón de sangre. Corny se sentó cerca de ella.

—Dave —dijo Luis—. Es una gente a la que estoy ayudando. Van a quedarse esta noche. Eso no quiere decir que tengamos necesidad de ser amigables... —Un zumbido le interrumpió. Metió la mano en el bolsillo, sacando su busca—. Mierda.

—Puedes utilizar mi móvil —ofreció Corny, e inmediatamente se sintió como un capullo. ¿Qué hacía siendo amable con este tío?

Luis se detuvo un momento, y en la apagada luz, su ojo nublado pareció azul.

—Hay un teléfono de pago en la tienda. —Se interrumpió a sí mismo—. Sí, vale. Lo agradecería.

Corny se le quedó mirando un largo rato, después apartó la mirada, tanteándose los bolsillos. Dave entrecerró los ojos.

Marcando, Luis salió de la habitación.

Kaye se inclinó hacia Corny su susurró:

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Él ve a través del encanto —susurró Corny en respuesta—. He oído hablar de él... ha estado rompiendo maldiciones de las hadas.

Ella bufó.

—No me sorprende que no quiera que los humanos sepan que está liado con la Corte Luminosa. Está jugando a dos bandas. Cuando vuelva, deberías preguntarle por tus manos.

—¿Qué quieres decir con "liado"? —preguntó Dave. Su voz era seca, como papel crujiente—. ¿Qué está haciendo mi hermano?

—Ella no quería decir nada —dijo Corny.

—¿Cómo es que se supone que no debemos hablar contigo? —preguntó Kaye.

—Kaye —advirtió Corny.

—¿Qué? —su voz fue baja—. Luis no está aquí. Quiero saber.

Dave rió, una risa hueca y baja.

—Siempre intentando ser el hermano mayor. Está flipado si cree que puede evitar que

me maten.

—¿Quién quiere matarte? —preguntó Corny.

—Luis y yo solíamos ser recaderos para un troll —Dave se echó un puñado de judías a la boca y habló mientras masticaba—. Pociones. Evitaban que la enfermedad del hierro les afectara. Pero si una persona las toma... ¿sabéis lo que puede hacer?

Corny se inclinó hacia adelante, intrigado a pesar de sí mismo.

—¿Qué?

—Cualquier cosa —dijo Dave—. Toda la mierda que hacen ellos. Todo.

Se oyó un traqueteo distante, como si alguien se hubiera acercado a la puerta. Kaye se giró hacia el umbral, con los ojos abiertos.

Una judía de regaliz medio masticada cayó de la boca de Dave.

—Parece que mi hermano va a estar ocupado un rato. ¿Sabéis que beber orina ahuyenta los sortilegios de las hadas?

—Asqueroso —Kaye hizo una mueca.

Dave se atragantó con lo que podría haber sido una risa.

—Apuesto a que Luis está meando en algunas tazas ahora mismo.

Kaye se encorvó hacia delante en el sofá, quitándose las botas de una patada y poniendo los pies en el regazo de Corny. Olían a tallos aplastados de dientes de león y él pensó en leche de diente de león cubriendo sus dedos, pegajosa y blanca, en un césped de verano años atrás, mientras descabezaba flores y las tiraba sobre su somnolienta hermana. Se ahogó abruptamente con la pena.

—Espera —dijo Kaye—. ¿Por qué quieren matarte?

—Porque envenené a unos cuantos de ellos. Así que soy hombre muerto pero, ¿de qué sirve quedarse aquí encerrado mientras Luis intenta ganarme una semana o dos más de aburrimiento? Al menos podría tener algo de diversión en el tiempo que me queda. —Dave sonrió abiertamente, pero pareció más bien una mueca amargada, la piel de sus mejillas parecía dolorosamente tirante—. Luis puede decirme todo lo que quiera, pero va a estar fuera esta semana. Mientras el gato no esté, el ratón finalmente saldrá a jugar.

Corny parpadeó con fuerza, como si la presión de sus párpados pudiera empujar hacia atrás los recuerdos.

—Espera —dijo—. ¿Asesinaste a unas cuantas hadas?

—¿No te lo crees? —preguntó Dave.

—¡Ey! —Luis estaba en el umbral. Una chica latina y una mujer mayor estaban de pie tras él—. ¿Qué estás haciendo?

Corny rodeó uno de los tobillos de Kaye con una mano enguantada.

—Hablaré de lo que me de la gana —dijo Dave, poniéndose en pie—. Crees que eres mejor que yo, siempre dándome órdenes.

—Creo que sé más que tú —dijo Luis.

La chica se giró hacia Corny, y él vio que sus brazos y su cara estaban ensombrecidos por algo que parecía hiedra creciendo bajo su piel. Diminutas manchas de sangre seca punteaban los lugares donde las espinas sobresalían de su carne.

—Tú no sabes nada —Dave pateó una mesa, enviándola a un lado, y salió de la habitación.

Luis se giró hacia Kaye.

—Si oigo... si me dice que te has acercado a él. —Gritó—. Si hablas con él...

—Por favor —dijo la mujer—. ¡Mi hija!

—Lo siento —dijo Luis, sacudiendo la cabeza, mirando fijamente hacia la puerta.

—¿Qué le pasa? —preguntó Corny.

—Se ve con esos chicos que están todo el rato rondando por el parque —dijo la mujer a Corny—. Son guapos pero dan problemas. No son humanos. Un día molestaron a Lala y ella les insultó. Entonces pasó esto. Nada en la *botánica* sirve de ayuda.

—Deberíais esperar los dos en la otra habitación —dijo Luis, remangándose las mangas del abrigo—. Esto va a ponerse feo.

—Yo estoy bien aquí —dijo Corny, intentando no parecer impresionado. Tenía varias fantasías diferentes de sí mismo que le gustaba sacar a relucir cuando se sentía miserable. En una, era un espeluznante lunático... el tío que saltaba un día, cogía un rifle de largo alcance, y enterraba los cuerpos de todos lo que le habían agraviado en una fosa común en el patio. Después estaba la del genio incomprendido, la persona con la que nadie contaba pero que triunfaba al final por su superior competencia. Y la fantasía más patética de todas... en la que tenía algún poder secreto mutante que siempre estaba a punto de descubrir.

—Necesito que se tienda en el suelo. —Luis fue hasta la diminuta cocina y volvió con un cuchillo de aspecto peligroso. Los ojos de la mujer nunca abandonaron la hoja—. Hierro frío.

Luis realmente tenía un poder secreto y era competente. Eso no se le pasó por alto a Corny. Todo lo que él tenía eran unas manos malditas.

—¿Para qué es eso? —preguntó Lala.

Luis sacudió la cabeza.

—No te cortaré. Lo prometo.

La mujer entrecerró los ojos, pero la chica pareció tranquilizarse y se echó en el suelo.

La hiedra se retorció bajo su piel, culebreando mientras cambiaban de posición. Lala hizo una mueca y gritó.

Kaye levantó la mirada hacia Corny y arqueó las cejas.

Luis se agachó sobre Lala, montando a horcajadas su cuerpo esbelto.

—Sabe lo que hace, ¿verdad? —preguntó la mujer a Corny.

Corny asintió.

—Claro.

Luis buscó en su bolsillo y esparció una sustancia blanca... quizás sal... sobre el cuerpo de la chica. Ella se retorció, gritando. La hiedra se agitaba como serpientes.

—¡Le está haciendo daño! —jadeó la madre de Lala.

Luis ni siquiera levantó la mirada. Tiró otro puñado de lo que fuera, y Lala chilló. Su piel se estiró y algo se ondeó alejándose de la sal, subiendo por el cuello, ahogándola.

Abrió la boca, pero en vez de un sonido, salieron ramas cubiertas de espinas, retorciéndose hacia Luis. Él las cortó con su cuchillo. El hierro cortaba la hiedra fácilmente, pero llegaron más, dividiéndose y ensortijándose como tentáculos, buscándole.

Corny chilló, levantando las piernas hasta el sofá. Kaye miraba con horror. Los gritos de la madre de Lala se había convertido en un único chillido parecido al de una tetera.

Una rama se envolvió alrededor de la muñeca de Luis, mientras otras gateaban hacia su cintura y se contorsionaban por el suelo. Largas espinas se hundieron en su piel. Los ojos de Lala se quedaron en blanco y su cuerpo se convulsionó. Sus labios brillaban de sangre.

Luis dejó caer el cuchillo y envolvió las manos alrededor de los tallos, desgarrando la planta incluso mientras esta se enrollaba alrededor de sus manos.

Corny se lanzó hacia adelante, agarrando el cuchillo y cortando hacia las espinas.

—No, idiota —chilló Luis. Un nudo de ramas se liberó de repente de la boca de Lala, raíces blancas como gusanos salieron de su garganta, brillando a causa de la saliva. La enorme hiedra ennegreció y se marchitó.

Lala empezó a toser. La mujer se arrodilló junto a ella, llorando y peinando hacia atrás el pelo de la chica.

Los brazos de Luis estaban llenos de arañazos. Se puso de pie con la mirada perdida, como aturdido.

La madre de Lala ayudó a la chica a ponerse en pie y empezó a conducirla hacia la puerta.

—Gracias, gracias —mascullaba.

—Espere —dijo Luis—. Tengo que hablar con su hija un minuto. Sin usted.

—No quiero —dijo Lala.

La mujer asintió.

—Que sea rápido. Está muy cansada. —Cerró la puerta que separaba el vestíbulo de la habitación.

Luis miró a Lala. La chica se tambaleaba un poco y se estabilizó apoyando la mano contra la pared.

—Lo que le contaste a tu madre —preguntó él— no es lo que ocurrió exactamente, ¿verdad?

Ella vaciló, después sacudió la cabeza.

—Uno de esos chicos me dio algo de comer.

—¿Quizás comiste sólo un poco? ¿Tal vez sólo una semilla?

Ella asintió de nuevo, sin encontrar su mirada.

—Pero ahora tendrás más cuidado, ¿verdad? —le preguntó Luis.

—Sí —susurró la chica, y después escapó a reunirse con su madre. Luis la observó marchar. Corny le observó observarla.

—¿En qué piensas? —replicó Corny.

Luis bostezó.

—Creo que saldremos de aquí tan pronto como sea posible. Os mostraré donde dormir.

Corny se las arregló en el suelo de colchones esparcidos en lo que una vez podría haber sido un comedor. Dave ya se había apelotonado en un sudario de mantas contra la pared más alejada, bajo lo que quedaba de un friso de madera. Kaye entró tambaleante en la sala, acurrucándose alrededor de un cojín, y cayendo inmediatamente dormida. Luis se tendió cerca.

Flexionando los dedos, Corny sintió la goma tensarse sobre sus nudillos. Ya el brillo había abandonado los guantes. Puede que estuvieran quebradizos por la mañana. Cuidadosamente, sacó una mano y tocó el borde del edredón de Luis. La fina tela se desgarró, los hilos se desprendieron, las plumas se desperdigaron. Las observó volar en la ligera brisa que llegaba de la ventana, cubriéndolo todo como nieve.

Luis se giró en su sueño y las plumas quedaron atrapadas en sus trenzas. Una se posó en la misma comisura de su boca, revoloteando con cada aliento. Parecía como si le hiciera cosquillas. Corny deseó apartarla. Le picaban los dedos.

Los ojos de Luis se abrieron en una raja.

—¿Qué estás mirando?

—Como babeas —mintió Corny rápidamente—. Es asqueroso.

Luis gruñó y se dio la vuelta.

Corny volvió a ponerse el guante, con el corazón latiendo tan fuerte que sentía la cabeza ligera.

Él me gusta, pensó con horror, la injusticia de eso por encima de todo lo demás le llenó de una furia desenfocada. *Mierda. Me gusta.*

Kaye despertó con la luz que entraba por las grandes ventanas. Corny estaba despatarrado a su lado, roncando ligeramente. De algún modo se las había arreglado para robarle todas las mantas. Dave y Luis no estaban.

La boca le sabía a rancio, y estaba tan sedienta que no pudo pensar en dónde estaba o por qué estaba allí hasta que fue al baño y sorbió varios tragos de agua. Sabía a hierro. El hierro parecía estar en todas partes, brotando de las tuberías y filtrándose desde el techo.

Caminando descalza por los suelos fríos para intentar encontrar algo de comer, Kaye oyó un extraño ruido, como un bolso siendo vuelto del revés. El olor a humedad era más intenso ahora y podía sentir como su encanto se desvanecía. Bajó la mirada a su mano, verde como una hoja. Dirigiéndose en dirección al ruido, llegó a la habitación del cochambroso sofá, donde un fuego resplandecía en el hogar.

Un hombre de mediana edad con el pelo corto y rizado y una mochila abultada de mensajero estaba de pie cerca de las ventanas. Cuando Kaye entró, el hombre empezó a hablar. Pero en vez de sonidos, cayeron monedas de cobre de sus labios, que tintinearón y rodaron por los gastados entarimados de madera del suelo.

Luis puso su mano en el brazo del hombre.

—¿Harás lo que yo te diga? —preguntó, inclinándose para recoger los peniques—. Sé que el metal sabe a sangre, pero tienes que hacerlo.

El hombre asintió y gesticuló salvajemente hacia su boca.

—Te lo dije, la cura es comerte tus palabras. Eso significa cada moneda que salga de tu boca. ¿Me estás diciendo que lo hiciste?

Esta vez el hombre dudó.

—Te gastaste algunas, ¿verdad? Por favor, dime que no en una máquina expendedora o alguna otra mierda estúpida parecida.

—Uhg —dijo el hombre, y se derramaron más peniques.

—Ve a buscar el resto. Es la única forma de que te cures. —Luis cruzó los brazos sobre el pecho, los músculos compactos mostrándose a través de la fina tela de su camiseta y a lo

largo de sus brazos desnudos—. Y no más tratos con hadas.

Había tantas cosas que Kaye no sabía sobre las hadas.

El hombre parecía querer decir algo, probablemente que no apreciaba recibir órdenes de algún delincuente, pero simplemente asintió y tomó su cartera. Después contó un puñado de monedas de veinte, recogió las monedas del suelo y partió sin una muestra de agradecimiento.

Luis golpeó las facturas contra la palma de una mano mientras se giraba hacia Kaye.

—Te dije que te quedaras fuera de la vista.

—Algo me ocurre —dijo Kaye—. Mi encanto no funciona bien.

Luis gimió.

—¿Me estás diciendo que él ha visto a una chica verde con alas?

—No —dijo ella—. Sólo que parece ser mucho más difícil mantenerlo.

—El hierro de la ciudad agota la magia de las hadas rápidamente —dijo con un suspiro—. Por eso las hadas no viven aquí si tienen elección. Sólo los exiliados, los que no pueden volver a sus propias cortes por alguna razón, lo hacen.

—Entonces, ¿por qué no se unen a otra corte? —preguntó Kaye.

—Algunos lo hacen, supongo. Pero es un asunto peligroso... es tan probable que la otra corte los mate como que los acepte. Así que viven aquí y dejan que el hierro los carcoma. —Suspiró de nuevo—. Si realmente lo necesitas hay Nunca Más... una poción... minimiza la enfermedad del hierro. No puedo conseguirte nada ahora mismo...

—¿Nunca Más? —preguntó Kaye—. ¿Como en "El cuervo"?

—Así lo llama mi hermano. —Luis se removió incómodamente, echándose las trenzas hacia atrás—. A los humanos les otorga encanto... nos hace casi como las hadas. Nos da un subidón. Se supone que *nunca* debes tomar *más* de una vez al día o *más* de dos días seguidos o *más* de una pizca a la vez. *Nunca más*. No dejes que tu amigo se acerque a eso.

—Oh. Vale. —Kaye pensó en los ojos embrujados de Dave y en su boca ennegrecida.

—Bueno. ¿Lista para partir? —preguntó Luis.

Kaye asintió.

—Una pregunta más... ¿alguna vez has oído hablar de una maldición por la que todo lo que toques se marchite?

Luis asintió.

—Es una variación de la del Rey Midas. Cualquier cosa que toques se retuerce... para abreviar. Oro. Mierda. Donuts rellenos. Es una maldición bastante poderosa. —Frunció el ceño—. Tendrías que ser joven e impulsivo y estar realmente cabreado para lanzar todo ese poder sobre un mortal.

—Entonces el Rey Midas... ¿sabes cómo curarlo?

Él frunció el ceño.

—Agua salada. El Rey Midas entró en un río salobre y dejó que este lavara su maldición.

El océano sería mejor, pero es básicamente el mismo principio. Cualquier cosa con sal.

Corny entró en la habitación, bostezando enormemente.

—¿Qué pasa?

—Entonces, Neil —dijo Luis, sus ojos fueron hasta los guantes de Corny—. ¿Qué pasó?

¿Ella te maldijo accidentalmente?

Corny se quedó en blanco un momento, como si el apelativo le hubiera desarmado completamente. Después entrecerró los ojos.

—No —dijo—. Conseguí la maldición a propósito.

Capítulo 7

*No es la dulce, nueva hierba con flores
Es esta siega nuestra;
No es la flor del trébol de la altiplanicie;
Sino el árbol de serbal mezclado con maleza,
Los enmarañados penachos de pantano y aguamieles,
Donde la amapola deja caer sus semillas
En el silencio y la tristeza.*

Henry Wadsworth Longfellow, "Secuela"

La nieve caía ligeramente alrededor de la abandonada finca Untermeyer, espolvoreando la tierra y la yerma hierba de blanco. Los restos de la vieja mansión ennegrecida por el fuego se revelaban a través de las desnudas ramas. Una enorme chimenea se alzaba como una torre, cubierta de hiedra muerta. Bajo lo que quedaba de un techo de color pizarra, la aristocracia de la Corte Oscura había preparado precipitadamente un campamento. Roiben estaba sentado sobre un sofá bajo y observaba como Ethine entraba en sus cámaras. Se movía elegantemente, pareciendo que sus pies sólo tocaban ligeramente la tierra.

Se había serenado, y cuando uno de sus compañeros acertó a empujarla con sus manos como garras, haciéndola tropezar mientras atravesaba el umbral, sólo miró hacia arriba como si se sintiera molesto por la torpeza de ella. A su lado había tazones de fruta, frío traído de las oscuras cavernas; bebidas de trébol y ortiga; y diminutos e inmóviles corazones de

pájaro todavía brillantes por la sangre. Le dio un mordisco a una uva, sin prestar atención al crujido de las semillas contra sus dientes.

—Ethine. Se bienvenida.

Ella frunció el ceño y abrió la boca, luego vaciló. Cuando habló, simplemente dijo:

—Mi Señora sabe que te ha asestado un golpe terrible.

—No sabía que a tu Señora le gustaba jactarse, incluso a través de una enviada. Ven, coge un poco de fruta, toma algo para enfriar tu lengua caliente.

Ethine se movió rígidamente hacia él y se situó en el mismo borde del salón. Él le ofreció una copa de ágata. Ella tomó el más leve de los sorbos, luego la bajó.

—Te irrita ser educada conmigo —dijo—. Quizá Silarial debería haber tomado en consideración tus sentimientos cuando escogió a su embajador.

Ethine contempló el suelo de tierra, y Roiben se detuvo.

—Le rogaste que dejase venir a alguien en tu lugar, ¿verdad? —Se rió con vengativa seguridad—. ¿Quizá incluso le dijiste cuánto te hacía daño el ver en qué se había convertido tu hermano?

—No —dijo Ethine suavemente.

—¿No? No con esas palabras, pero apostarí a que lo dijiste de otra forma. Ahora ya ves cómo cuida de aquellos que la sirven. Eres una cosa más con la cual agujonearme y nada más. Te envió a pesar de tus súplicas.

Ethine había cerrado los ojos vigorosamente. Estrujándose las manos en el regazo, entrelazando los dedos.

Él tomó su vaso y bebió de él. Ella levantó la mirada, molesta, como lo había estado una vez con él cuando le había tirado del pelo. Cuando eran niños.

Le dolía mirarla como a un enemigo.

—No veo que tú te preocupes de mis sentimientos más de lo que lo hace ella —dijo Ethine.

—Pero lo hago. —Su voz fue seria—. Venga, entrega tu mensaje.

—Mi Señora sabe que te asestó un duro golpe. Además sabe que tu control sobre las otras hadas de tus tierras es irregular tras el Tributo frustrado.

Roiben se apoyó contra la pared.

—Incluso sueñas como ella cuando lo dices.

—No bromees. Quiere que luches contra su campeón. Si ganas, dejará en paz tus tierras durante siete años. Si pierdes, perderás tu derecho a la Corte Oscura su favor. —Ethine le miró con ojos angustiados—. Y morirás.

Roiben apenas oyó su súplica, tan asombrado estaba por la oferta de la Reina Luminosa.

—No me lo puedo creer, pero o es generosidad o alguna astucia más allá de mi entendimiento. ¿Por qué iba a darme esta ocasión de ganar cuando ahora no tengo ninguna?

—Quiere tus tierras sanas y enteras cuando las tome, no debilitadas por una guerra. Demasiadas grandes Cortes han caído hasta convertirse en chusma.

—¿Te imaginas que no hubiera ninguna corte en absoluto? —preguntó Roiben quedamente a su hermana—. ¿Sin inmensas responsabilidades o los antiguos rencores, ni interminables guerras?

—Hemos estado confiando en los humanos más de lo debido —dijo Ethine, frunciendo el ceño—. Una vez, nuestra especie vivió aparte de ellos. Ahora confiamos en ellos para hacerlo absolutamente todo, desde agricultores a niñeras. Vivimos en sus lugares abandonados y cenamos de sus mesas. Si las Cortes caen, seremos parásitos con nada a lo que llamar nuestro. Esto es lo que queda de nuestro viejo mundo.

—Me cuesta creer que sea realmente tan serio. —Roiben miró más allá de Ethine. No quería que ella viera su expresión—. Con respecto a eso. Dile a Silarial que aceptaré tan insultante y desigual pacto con una variación. Ella debe apostar algo también. Debe apostar su corona.

—Nunca te la dará...

Roiben la cortó.

—No a mí. A ti.

Ethine abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella.

—Dile que si pierde, te hará Reina Luminosa de la Corte Luminosa. Si pierdo yo, le daré ambas cosas, mi corona y mi vida. —Se sintió bien al decirlo, aunque fuera una apuesta impulsiva.

Ethine se levantó.

—Te burlas de mí.

Él hizo un gesto despectivo.

—No seas tonta. Sabes muy bien que no lo hago.

—Ella me dijo que si querías negociar, debías hacerlo con ella. —Caminó de arriba abajo por el cuarto, gesticulando salvajemente—. ¿Por qué no regresas simplemente con nosotros? Suplica a Silarial, pídele perdón. Cuéntale lo duro que fue ser el caballero de Nicnevin. Ella no puede haberlo sabido.

—Silarial tiene espías en todas partes. Dudo muchísimo que no supiera de mi

sufrimiento.

—¡No había nada que ella pudiera hacer! Nada que ninguno de nosotros pudiera hacer. Habló a menudo de su afecto hacia ti. Déjala explicarse. Déjala ser tu amiga otra vez. Perdonaos el uno al otro. —Su voz bajó un punto—. Tú no perteneces a un lugar como este.

—¿Y eso por qué, estimada hermana? ¿Por qué no pertenezco a este lugar?

Ethine gimió y dio un golpe con una mano abierta contra la pared.

—¡Porque no eres un demonio!

Ella le recordó tanto a Roiben su antiguo yo, su inocencia, que por un momento la odió, por un momento sólo quiso zarandearla y gritarle y lastimarla antes de que alguien más lo hiciera.

—¿No? ¿No es suficiente lo que ya he hecho? ¿No es suficiente el haberle cortado la garganta a un nix cuya atrevida risa ante mi señora fue demasiado fuerte o demasiado larga? ¿No es suficiente haber cazado a un duende de la madera que robó un sólo pastel de su mesa? ¿No es suficiente el haber sido sordo a sus suplicas, sus ruegos?

—Nicnevin te lo ordenó.

—¡Por supuesto que lo hizo! —gritó—. Una y otra y otra vez me lo ordenó. Y ahora he cambiado, Ethine. Este es el lugar al que pertenezco, si es que pertenezco a alguna parte.

—¿Y qué hay de Kaye?

—¿La pixie? —la lanzó una rápida mirada.

—Fuiste amable con ella. ¿Por qué quieres que piense lo peor de ti?

—No fui amable con Kaye —dijo—. Pregúntale a ella. No tengo buen corazón, Ethine. Más aún, ya no tengo ningún interés en la bondad. Quiero ganar.

—Si ganaras —dijo Ethine, con voz vacilante—, yo sería Reina y tú serías *mi* enemigo.

Él bufó.

—Ahora no vayas a deprimirte por lo que pasará su gano. —Le tendió la taza—. Bebe algo. Come. Después de todo, es natural que los hermanos riñan, ¿no crees?

Ethine aceptó su taza y se la llevó a la boca, pero él sólo le había dejado un trago.

Kaye acunaba un gran termo ThunderCats de café mientras caminaba hacia el coche de Corny. Luis la seguía, envuelto en un abrigo negro. Pendía voluminosamente de sus hombros, y el forro interior estaba hecho añicos. Lo había cogido de la parte de atrás de uno de los armarios, de entre un montón cubierto de trozos de yeso.

A Kaye le gustaba mantenerse en movimiento. Mientras tuviera algo en perspectiva, algo todavía por hacer, las cosas tendrían sentido.

—¿Conseguiste un mapa del norte del estado de Nueva York? —preguntó Luis a Corny.

—Creía que conocías el camino —dijo Corny—. ¿Qué clase de guía necesita un mapa?

—No podéis los dos... —empezó Kaye, pero se detuvo delante de una máquina de periódicos. Allí, en un apartado en la primera página del *Times*, había una foto del cementerio de la colina junto a la casa de Kaye. La colina donde Janet estaba sepultada. La colina bajo la cual había sido coronado Roiben. Se había derrumbado bajo el peso de un camión volcado. La foto mostraba humo surgiendo en oleadas de la colina, las lápidas caídas y desperdigadas como dientes sueltos.

Corny deslizó un cuarto de dólar en la máquina y sacó un periódico.

—Un montón de cuerpos humanos fueron encontrados, demasiado quemados para ser identificados. Andan contrastando fichas dentales. Hubo alguna especulación sobre si tal vez esas personas viajaban en trineo cuando el camión se estrelló. ¿Kaye, qué diablos?

Kaye tocó la foto, pasando los dedos sobre la tinta de la página.

—No sé.

Luis frunció el ceño.

—Toda esa gente. ¿No se pueden matar los seres mágicos unos a otros y dejarnos a nosotros en paz?

—Cállate. Simplemente cállate —dijo Kaye, caminando hacia el coche de Corny y tirando con fuerza de la manilla. Pedazos de cromo se desprendieron en sus dedos chamuscados. Se sintió mareada.

—Yo abriré —dijo Corny, abriéndole la puerta con las llaves—. Mira, él está bien. Estoy seguro de que está bien.

Kaye se lanzó al asiento trasero, intentando no imaginar a Roiben muerto, intentando no ver sus ojos cubiertos de barro.

—No, no lo sabes.

—Llamaré a mi madre —dijo Corny. Arrancó el coche mientras marcaba el teléfono, los dedos enguantados eran torpes.

Luis señalaba las curvas y Corny conducía con el teléfono acunado en el hombro. Esta vez Kaye dio la bienvenida a la enfermedad del hierro, dio la bienvenida al mareo que le dificultaba el pensar.

—Dice que el ataúd de Janet no fue perturbado, pero la lápida desapareció —Corny cerró su móvil—. Nadie vio a alguien montando en trineo esa tarde, y según el periódico local el

camión ni siquiera tenía que hacer entregas en la zona.

—Es la guerra —dijo Kaye, apoyando la cabeza en el asiento del vinilo—. La guerra mágica de las hadas.

—¿Qué le pasa? —Oyó a Luis preguntar suavemente.

Los ojos de Corny se quedaron fijos en el camino.

—Estaba saliendo con alguien de la Corte Oscura.

Luis volvió la mirada hacia ella.

—¿Saliendo?

—Sí —dijo Corny—. Él le dio su anillo de clase. Fue una cosa importantísima.

Luis bufó.

—Roiben —dijo Corny. Su voz sonó demasiado fuerte, como si el nombre hubiera resonado entre las paredes del coche. Kaye cerró los ojos, pero el temor no retrocedió.

—Eso no es posible —dijo Luis.

—¿Por qué crees que Silarial quiere verme? —exigió Kaye—. ¿Por qué crees que valgo dos mensajeros y una garantía de protección? Si no está muerto ya, ella cree que yo puedo ayudar a matarle.

—No —dijo Luis—. No puedes estar *saliendo* con el Señor de la Corte Oscura.

—Bueno, no lo estoy. Se deshizo de mí.

—No puedo creer que se haya *desecho* de ti el Señor de la Corte Oscura.

—Oh, sí puedes. Y tanto que puedes.

—Estamos todos con los nervios de punta. —Corny se frotó la cara—. Y es un mal día aquel en el que yo soy la voz de la razón. Relajaos. Vamos a estar metidos en este tráfico durante mucho tiempo.

Condujeron hacia el norte del estado mientras la luz del sol del atardecer se filtraba a través de los deshojados árboles y la nieve recientemente caída se derretía convirtiéndose en lodo. Pasaron centros comerciales adornados con coronas de flores y guirnaldas colgadas, mientras la sal levantada de la carretera dibujaba líneas como la marea en los laterales de los coches.

Kaye se asomó a la ventana, contando coches plateados, leyendo cada señal. Intentando no pensar.

A la puesta del sol finalmente entraron en una carretera de tierra y Luis les dijo que se detuvieran.

—Aquí —dijo, y abrió la puerta. A la mortecina luz Kaye podía ver un lago cubierto de hielo que se extendía a partir una orilla justo más allá del reborde de la carretera. La niebla

ocultaba el centro del lago a la vista. Árboles muertos sobresalían del agua, como si una vez hubiera habido un bosque donde ahora estaba el lago. Un bosque de árboles sumergidos. La mortecina luz convertía los troncos en oro.

El viento lanzó nieve suelta sobre la cara de Kaye. Pinchaba como pedacitos de cristal.

—Hay un bote —dijo Luis—. Venga, adelante.

Caminaron cuesta abajo, los zapatos resbalando en el hielo.

Corny jadeó y Kaye levantó la mirada de sus pies. Había un joven ante ella, medio oscurecido por las ramas de un abeto. Chilló.

Estaba tan inmóvil como una estatua, con una chaqueta acolchada y un gorro de lana. Tenía la mirada fija en ellos tres como si no estuviesen allí. Su piel era más oscura que la de Luis, pero sus labios se habían vuelto pálidos por el frío.

—¿Hola? —dijo Luis, agitando la mano ante la cara del tío.

El hombre no se movió.

—Mira —dijo Corny. Señalando a través de los almácigos a una mujer de unos cincuenta años de pie sola. Su pelo de jengibre revoloteaba con la ligera brisa. Entrecerrando los ojos, Kaye pudo ver otros puntos de color a lo largo del lago. Otros humanos, esperando con atención alguna señal.

La mirada de Kaye se posó en los agrietados dedos del hombre.

—Congelado.

—¡Despierta! —gritó Luis. Cuando no obtuvo respuesta, abofeteó al hombre en una mejilla.

La mirada del hombre congelado se movió repentinamente. Sin rastro de expresión tiró a Luis al suelo y le pisoteó el estómago.

Luis gimió de dolor, rodando de costado, acurrucándose defensivamente.

Corny se tiró sobre el hombre. Cayeron hacia atrás, agrietando el fino hielo del lago mientras salpicaban en el agua poco profunda.

Kaye se abalanzó hacia adelante, intentando tirar de Corny hasta la orilla. Una mano se cerró sobre su brazo.

Se giró para ver a una criatura, tan alta y delgada como un espantapájaros, envuelta en una tela negra andrajosa azotada por el aire. Sus ojos eran de muerto, sus pupilas blancas, y sus dientes eran transparentes como el cristal.

El grito de Kaye murió en su garganta. Sus uñas se enterraron en el brazo de la criatura y él la soltó, pasando a su lado. Se movía con tal destreza que para cuando ella había girado la cabeza, su esquelética mano ya estaba en la garganta del hombre congelado.

Corny alcanzó la orilla salpicando y se derrumbó en la nieve.

La criatura presionó un pulgar contra la frente del hombre y silbó algunas palabras que Kaye no entendió. El hombre congelado avanzó lentamente para reasumir su postura de centinela indiferente, con la ropa mojada y goteando.

—¿Qué quieres? —exigió Kaye, quitándose el abrigo y envolviéndolo alrededor de un tembloroso Corny—. ¿Quién eres?

—Sorrow sap —dijo la criatura, inclinando la cabeza. Su pelo era fino y rizado como raíces enredadas bajo una mala hierba—. A tu servicio.

—¡Estupendo! Eso es simplemente genial. —Luis se sujetaba el estómago.

Corny se estremeció reflexivamente y se apretó más el abrigo.

—¿*Mi* servicio? —preguntó Kaye. Mirando a través del bosque, vio como las otras figuras humanas que volvían a sus posiciones originales. Habían estado acercándose, habían estado quizá a sólo segundos de intervenir en la pelea.

—El Rey de la Corte Oscura ordenó que guardara tus pasos. Te he seguido desde que abandonaste su Corte.

—¿Por qué haría eso? —balbuceó Kaye. Pensó en Roiben derrumbado y cubierto de suciedad, su cara tan pálida como una lápida de mármol, y cerró los ojos a la imagen. Debería haberse protegido él y preocuparse menos por ella.

Sorrow sap inclinó la cabeza.

—Sirvo sus antojos. No necesito comprenderlos.

—Pero, ¿cómo pudiste detener a la gente congelada así? —preguntó Luis—. Esta barrera tiene que haberse creado para mantenerte fuera a ti más que a nosotros.

Ante la pregunta, Sorrow sap sonrió, sus dientes cristalinos mojados hacían que su boca pareciera venenosa. Metió la mano en un saco que llevaba bajo su túnica y sacó lo que al principio parecía cuero verde forrado en seda roja. Luego Kaye vio los finos cabellos que punteaban la superficie y la humedad pegajosa de debajo. Piel. La piel de un hada.

—Ella me lo dijo —dijo Sorrow sap.

Luis hizo un ruido con la parte de atrás de la garganta y se alejó como si fuera a vomitar.

—No puedes... no quiero... —dijo Kaye, furiosa y aterrada—. La mataste por mí.

Sorrow sap no dijo nada.

—¡Nunca hagas eso! ¡Nunca! —Se acercó a él, con las manos cerradas en puños. Antes de pensarlo, le abofeteó. La mano le picaba.

Él ni siquiera se sobresaltó.

—Solamente porque deba protegerle eso no te da autoridad sobre mí.

—Kaye —dijo Luis rígidamente—. Está hecho.

Kaye miró hacia Luis, pero él evitó su mirada.

—Me congeló —dijo Corny—. Como en "hasta morir". Vayamos a donde sea que vayamos.

—Todas estas personas van a morir de frío —dijo Kaye, aunque parecía que últimamente, intentando hacer las cosas bien, sólo había conseguido empeorarlas—. No podemos dejarles sin más.

Corny sacó su teléfono.

—Llamemos a la...

Luis negó con la cabeza.

—No creo que debamos guiar a más víctimas hasta aquí. Eso es lo que estarías haciendo si viniera la policía.

—De todas formas no tengo cobertura —dijo Corny—. Tú rompes maldiciones. ¿No puedes hacer algo por ellos?

Luis negó con la cabeza.

—Esto está mucho más allá de lo que sé manipular.

—Tenemos que secar a este tipo —dijo Kaye—. Tal vez cubrir sus dedos antes de que empeoren. Sorrowsap, puede mantenerle... ¿Desactivado?

—Tú no tienes autoridad sobre mí. —Los ojos amarillos la observaban con la expresión de un pequeño búho.

—No creí que la tuviera —dijo Kaye—. Te estoy pidiendo ayuda.

—Déjalos morir —dijo Sorrowsap.

Ella suspiró.

—¿No les puedes sacar de esto? ¿Eliminar cual sea el encantamiento que les mantiene así... eliminarlo permanentemente? Luego simplemente podrían irse a casa.

—No —dijo—, no puedo hacerlo.

—Voy a ayudar a este tipo. Si me ataca, vas a tener que detenerle. Y si no le mantienes apagado va a atacar.

La cara de Sorrowsap parecía inexpresiva, excepto por una de sus manos encogida en un puño.

—Muy bien, pixie-que-tiene-el-favor-de-mi-Rey. —Caminó a grandes pasos hacia el hombre congelado y le colocó el pulgar en la frente otra vez.

Kaye se sentó en la nieve y se quitó sus propias botas mientras Sorrowsap cantaba las poco familiares palabras. Sacándose los calcetines, los envolvió en las manos del hombre. Luis

envolvió al tipo en el abrigo y eludió el tambaleo de un brazo cuando el cántico siseado vaciló.

—No va a ayudar —dijo Corny—. Esta gente está jodida.

Kaye dio un paso atrás. Sentía el frío como hojas de afeitar cortándole la piel. Aun llevando puesto el abrigo, los labios de Corny se habían puesto azules. El hombre congelado moriría con todos los demás.

—La Corte Luminosa está cerca —dijo Luis.

—Allí no puedo seguiros —dijo Sorrowsap—. Si vas, no contarás con mi protección y eso le causaría a Su Señoría un profundo desagrado.

—Vamos —dijo Kaye.

—Como tú digas —Sorrowsap inclinó la cabeza—. Te esperaré aquí.

Kaye miró a Corny.

—No tienes que venir. Te calentarías rápidamente en el coche.

—No seas idiota —le dijo él a través del castañetear de dientes.

—El siguiente tramo del viaje implica meterse en eso —dijo Luis, señalando a lo largo de la costa. Por un momento Kaye no vio nada. Luego el viento rizó el agua, haciendo que algo se meciera y refulgiera a la luz de la luna. Un bote, esculpido enteramente den hielo, su proa tenía la forma de un cisne en ademán de remontar el vuelo—. La Señora Luminosa no me habló precisamente sobre sus zombis centinelas congelados, así que estoy pensando que está llena de sorpresas.

—Oh, genial. Eso nos calentará directamente —dijo Corny, tambaleándose sobre la nieve congelada.

Kaye dio un paso cautelosamente en la superficie resbaladiza del bote y se sentó. El asiento estaba frío contra sus muslos.

—¿Entonces, el agua podría arreglar lo de la maldición de Corny?

Corny se sentó a su lado.

—Yo no...

—¿Corny? —Luis frunció el ceño.

—Neil —dijo Kaye—. Quiero decir la maldición de Neil.

—No —Luis empujó el bote y este se deslizó sobre el agua. Luis saltó dentro, haciendo que se mecieran salvajemente mientras se sentaba. Miró a Corny, y había algo pensativo en su mirada—. Demasiado inmóvil y no hay sal.

No remaron, pero una extraña corriente les propulsó a través del lago, más allá de los árboles sumergidos. Bajo el casco goteante del bote, el agua estaba llena de lentejas de agua verde vibrante, como si un bosque creciese bajo las aguas.

Un pez verde y oro pasó rápidamente bajo el bote, visible a través del casco de hielo. El pez tiene que seguir nadando para respirar, pensó Kaye. Ella sabía cómo se sentía. No había nada seguro sobre lo que pensar, ni en Roiben, ni en su madre, ni en todas las personas que morían lentamente en la lejana costa. No había nada que hacer salvo continuar hasta que la desesperación finalmente la congelara.

—Kaye, echa un vistazo —dijo Corny—. Es como en un libro.

A través de la niebla, Kaye vio el contorno de una isla llena de altos abetos. Conforme se acercaron más, el cielo se hizo más brillante y el aire se volvió cálido. Aunque no había sol, la costa estaba luminosa y brillante como si fuera de día.

Corny miró su reloj de pulsera y luego lo giró hacia fuera para mostrárselo. Los números digitales se habían detenido en 21 de diciembre a las 6:13:52 p.m.

—Rarísimo.

—Al menos se está más caliente —dijo Kaye, frotándole los brazos a través del abrigo, esperando poder quitarle el frío.

—Esa serían mejores noticias si no estuviésemos en un *bote hecho de hielo*.

—Yo no sé vosotros —dijo Luis. Sonrió ligeramente, casi como avergonzado—. Pero ya no puedo sentirme el culo. Nadar podría ser lo mejor.

Corny rió, pero Kaye no pudo sonreír. Estaba poniendo en peligro a Corny. Otra vez.

Los restos de la neblina se disiparon y Kaye vio que cada árbol de la isla era blanco con capullos de seda en lugar de nieve. Creyó que podía ver masas de orugas contorsionándose en los picos de los árboles, y se estremeció.

El bote encalló en el suave barro. Salieron fuera, los pies hundiéndose ligeramente de forma que se oía un ruido de succión a cada paso que daban hacia la costa.

Estúpido barro, pensó Kaye. Estúpido bote. Estúpida isla mágica. Se encontró repentinamente exhausta. Estúpida, estúpida yo.

Había música, distante y apenas perceptible, acompañada por el sonido de risas. Lo siguieron hasta una arboleda de cerezos en flor, las flores eran azules en lugar de rosadas, caían pétalos como un aguacero de veneno con cada pequeña brisa.

Pensó en algo que le había dicho la Bruja de la Zarza, cuando le había explicado a Kaye que ella era una niña cambiada: *La naturaleza del niño mágico se hace más y más difícil de encubrir a medida que crece. Al final, todos ellos regresan al mundo de las hadas.*

Eso no podía ser cierto. Kaye no quería que fuera cierto.

Corny tembló una vez, con fuerza, como si el cuerpo se quitara de encima el frío, y se quitó los zapatos empapados y cubiertos de barro. La isla era cálida, pero no hacía calor... una

temperatura perfecta, de hecho, era como si no hubiera clima en absoluto.

Unos cuantos seres mágicos Luminosos trotaban por la hierba. Un niño con una falda de malla de escamas plateadas iba de la mano de un duendecillo con grandes alas azules. Nubes de diminutas hadas zumbonas revoloteaban en el aire como mosquitos. Un caballero con blanca armadura miró en dirección a Kaye. Una voz cantora, desconsoladoramente encantadora, vagó hasta donde ella estaba de pie. Desde las ramas de los árboles, caras puntiagudas les miraron.

Un caballero con los ojos del color de turquesas se acercó a reunirse con ellos y se inclinó profundamente.

—A mi Señora le complace tu llegada. Te pide que vengas y te sientes con ella. —
Recorrió con la mirada a sus compañeros—. Sólo tú.

Kaye asintió con la cabeza, mordiéndose el labio con los dientes.

—Bajo el árbol. —Él gesticuló hacia un sauce macizo, con las ramas inclinadas cubiertas de pugnantes capullos. De vez en cuando uno de los sedosos sacos se abría y un pájaro blanco revoloteaba débilmente y alzaba el vuelo.

Kaye se obligó a levantar una de las pesadas ramas parecidas al cuero y a pasar agachada bajo ella.

La luz se filtraba a través de las hojas para brillar tenuemente en las caras de Silarial y sus cortesanos. La Señora de la Corte Luminosa no estaba sentada sobre un trono, sino más bien en una colección de cojines de tapiz amontonados en la tierra. Otras hadas estaban esparcidas casi como adornos, algunas con cuernos, otras delgadas como varas y a otras les brotaban hojas donde podría haber habido pelo.

El cabello de Silarial estaba dividido en dos suaves ondas desde su frente, las hebras brillaban como cobre, y por un momento Kaye pensó en los peniques que habían caído de la boca del hombre en el apartamento de Luis. La Señora Luminosa sonrió, y fue tan sensacional que Kaye olvidó hablar, olvidó inclinarse de modo respetuoso, olvidó hacer cualquier cosa excepto mirarla.

Dolía mirarla.

Quizá igual que el gran dolor, la gran belleza debería pasar al olvido.

—¿Quieres algo? —preguntó Silarial, gesticulando hacia los tazones de fruta y los jarros de jugo, su superficie sudaba por lo frío del contenido—. A menos que no sea de tu agrado.

—Le aseguro que es muy de mi agrado. —Kaye le dio un mordisco a una fruta blanca. El néctar negro manchó sus labios de oscuro y le bajó por la barbilla.

Los cortesanos se rieron detrás de sus manos de largos dedos y Kaye se preguntó a

quien exactamente había estado intentando impresionar. Se lo estaba buscando.

—Bien. Ahora quítate ese absurdo encanto. —La Señora se volvió hacia las hadas que se arrellanaban a su lado—. Dejados.

La asamblea se levantó perezosamente, alzando sus arpas y copas, sus almohadas y sus libros. Se abrieron paso saliendo de debajo del árbol tan arrogantemente como gatos ofendidos.

Silarial se apoyó en las almohadas. Kaye se sentó en el mismo borde del montón de cojines y se limpió el negro jugo de la boca con la manga. Dejó caer el encanto, y cuando vio sus propios dedos verdes, no la sorprendió el alivio de no tener que encubrirlos.

—No te gusto —dijo Silarial—. No sin razón.

—Intentaste matarme —dijo Kaye.

—Uno de los míos... cualquiera de los míos... era un pequeño precio a pagar por tender una trampa a la Señora de la Corte Oscura.

—No soy una de los tuyos —dijo Kaye.

—Por supuesto que lo eres —Silarial sonrió—. Naciste en estas tierras. Tu sitio está aquí.

Kaye no tenía ninguna respuesta. No dijo nada. Quería saber quién la había dado a luz y quien la había cambiado, pero no quería oírlo de los labios de la Señora.

Silarial arrancó una ciruela de uno de los platos, contemplando a Kaye a través de sus pestañas.

—Esta guerra comenzó antes de que vinieses al mundo. Una vez, hubo pequeñas Cortes, cada una apiñada cerca de un círculo de espinos o junto a un prado de tréboles. Pero a medida que pasaba el tiempo y nuestros lugares disminuyeron, nos juntamos en mayor número. Mi madre conquistó a las gentes mágicas con el afilado borde de su espada y su lengua. Pero no a mi padre. Él y sus gentes moraban aquí en las montañas y tenían poca utilidad para ella o sus parientes, al menos al principio. Con el tiempo, sin embargo, se sintió hasta fascinada por él, hasta llegar a convertirle en su consorte, ganando autoridad sobre sus tierras y dándole dos hijas.

—Nicnevin y Silarial —dijo Kaye.

La Señora Luminosa asintió con la cabeza.

—Cada muchacha tan diferente a la otra como dos personas mágicas podrían ser. Nicnevin y nuestra madre eran de una cierta clase, con su gusto por la sangre y el dolor. Yo era como nuestro padre, nos contentábamos con diversiones menos brutales.

—¿Como congelar un anillo de humanos hasta morir alrededor de un lago? —le

preguntó Kaye.

—No lo encuentro particularmente divertido, meramente necesario —dijo Silarial—. Nicnevin mató a nuestro padre cuando él le dio una recompensa a un gaitero al que ella hubiera preferido atormentar. Se me dijo que nuestra madre rió cuando mi hermana le explicó cómo lo había hecho, pero para entonces, la muerte era la carne y bebida de mi madre. Le serví el banquete de mi amargura. —La Reina Luminosa miraba hacia arriba, entre las serpenteantes sombras del sauce—. No dejaré las tierras de mi padre caer ante la Corte de mi hermana.

—Pero ellos no quieren tus tierras. Tu hermana está muerta.

Silarial pareció sorprendida por un momento. Su puño apretado alrededor de la ciruela.

—Sí, muerta. Muerta antes de que mi plan pudiera quebrantarla. Pasé todos esos largos años de paz entre nuestras gentes construyendo mi estrategia y aguardando mi momento, y ella murió antes de que mi desolación pudiese quedar satisfecha. No le daré a su Corte la ocasión de trazar planes como hice yo. Tomaré sus tierras y a sus gentes y esa será mi venganza. Aseguraré la seguridad de toda la Corte Luminosa.

Ésta es tu casa, lo desees o no, y tu guerra. Debes escoger un lado. Sé de tu compromiso con Roiben... tu declaración... y él tuvo razón al reprenderte. Él fue a la Corte Oscura como rehén en favor de la paz. ¿Crees que quiere que te ates a ellos como lo estaría su consorte? ¿Crees que desea que sufras como sufrió él?

—Por supuesto que no —contestó bruscamente Kaye.

—Sé lo que es renunciar a algo que desees. Antes de que Roiben partiese hacia la Corte Oscura, era mi amante... ¿sabías eso? —frunció el ceño—. La pasión le hacía olvidar frecuentemente cual era su lugar, pero oh, hizo que lamentase entregarle.

—Ahora eres tú quien olvida cual es su lugar.

Silarial rió de repente.

—Déjame contarte una historia de Roiben cuando estaba en mi Corte. Pienso en ello a menudo.

—Claro —dijo Kaye. Se sentía estrangulada por las cosas que no podía decir. No creía que Silarial pretendiera nada más que hacer daño, pero que la Reina lo supiera sería estúpido. Y quería oír cualquier historia sobre Roiben. La forma en la que Silarial hablaba le daba esperanzas de que estuviera todavía vivo.

Algo de la tensión la abandonó, algo de miedo.

—Hubo una vez un zorro que se enredó en un espino cerca de una de nuestras celebraciones. Unos diminutos duendes zumbaban alrededor, intentando liberarlo. El zorro no

entendía que las hadas estaban ayudando. Sólo entendía que estaba sufriendo. Gruñía a los duendes, intentando atraparles con sus dientes, y cuando se movía, las espinas se cavaban más profundamente en su pelaje. Roiben vio al zorro y acudió a inmovilizarle.

Pudo haberlo sujetado por el hocico y dejar que se enredara más profundamente en el arbusto. Pudo haberlo soltado cuando lo mordió. No hizo ninguna de esas cosas. Dejó que el zorro le mordiera la mano, una y otra vez hasta que los duendes lo liberaron de las espinas.

—No entiendo la historia —dijo Kaye—. ¿Dices que Roiben deja que le hagan daño porque cree que está siendo útil? ¿O dices que Roiben solía ser bueno y amable, pero ahora es un cerdo?

Silarial inclinó hacia ella la cabeza, peinándose hacia atrás un mechón de pelo vagabundo.

—Me pregunto si tú no serás como ese zorro, Kaye.

—¿Qué? —Kaye se puso de pie—. No soy yo la que le hace daño.

—Él habría muerto por ti en el Tributo. Muerto por una pixie a la que había conocido sólo días antes. Luego se negó a unirse a mí cuando podríamos haber unido las dos Cortes y podríamos haber labrado una paz auténtica... una paz duradera. ¿Por qué crees que es? Quizás porque estaba demasiado ocupado desenredándote a ti y a los tuyos de los espinos.

—Tal vez él no lo vea de ese modo —dijo Kaye, pero podía sentir como le ardían las mejillas y las alas se le crispaban—. Todavía podría haber paz, ya sabes. Si *tú* simplemente dejaras de morderle la mano. Él no quiere pelear contigo.

—Oh, vamos. —Silarial sonrió e hincó los dientes en la ciruela—. Sé que has visto el tapiz de mí que cortó en pedazos. No solo quiere oponerse a mí. Quiere *destruirme*. -La forma en que dijo "destruirme", sonaba complacida. —¿Sabes lo que le sucedió al zorro?

Kaye bufó.

—Estoy bastante segura de que vas a decírmelo.

—Se fue corriendo, deteniéndose sólo para lamerse las heridas, pero a la mañana siguiente estaba atrapado en los arbustos otra vez, con las espinas enterradas profundamente en la carne. Todo el dolor de Roiben para nada.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Kaye—¿Para qué me has traído aquí?

—Para mostrarte que no soy un monstruo. Por supuesto que Roiben me desprecia. Le envié a la Corte Oscura. Pero ahora puede regresar. Él es demasiado dócil para guiarlos. Únete a nosotros. Únete a la Corte Luminosa. Ayúdame a mostrárselo a Roiben. Una vez se deshaga de su cólera, verá que sería más conveniente que me cediese el control de su Corte.

—Yo no puedo...—Kaye odió sentirse tentada.

—Creo que puedes. Convencerle, quiero decir. Él confía en ti. Te dio su *nombre*. —La expresión de Silarial no cambió, pero algo en sus ojos lo hizo.

—No voy a utilizarlo.

—¿Ni siquiera por su bien? ¿Ni siquiera por la paz entre nuestras Cortes?

—Quieres decir para hacer que se rinda. Eso no es lo mismo que paz.

—Quiero decir convencerle de ceder la terrible carga de la Corte Oscura —dijo Silarial—. Kaye, no soy tan vana que no pueda valorar que me superaste una vez, ni tan tonta como para no comprender tu deseo de preservar tu propia vida. Dejémonos de probabilidades.

Kaye se hundió las uñas en la palma, con fuerza.

—No sé —logró decir. Era una idea seductora la de que la guerra pudiera terminar, de que todo podía quedar tan fácilmente resuelto.

—Piensa en ello. Si él no fuese ya el Señor de la Corte Oscura, vuestro compromiso sería nulo. Nunca tendrías que completar la búsqueda imposible. Las declaraciones se hacen sólo a Señores o Señoras.

Kaye quería decir que eso no tenía importancia, pero la tenía. Sus hombros bajaron bruscamente.

—Si estuvieses dispuesta a ayudarme, yo podría arreglar que le vieras, para hablar con él, a pesar de la declaración. Está de camino hacia aquí ahora. —Silarial se levantó. Los suaves susurros de su vestido eran los únicos sonidos bajo la canopia de ramas mientras cruzaba hacia donde Kaye estaba de pie—. Hay otras formas para persuadirte, pero no me gusta ser cruel.

Kaye tomó un rápido aliento. Estaba vivo. Ahora solo tenía que hacer lo que había venido a hacer.

—Quiero a la Kaye humana. La hija de Ellen. La auténtica yo. Devuélvela. Si haces eso, pensaré en lo que has dicho. Lo consideraré.

Después de todo, no era como si Kaye estuviera realmente accediendo a nada. No en realidad.

—Hecho —dijo Silarial, extendiendo la mano para acariciar su mejilla. Sus dedos eran fríos—. Después de todo, eres uno de los míos. Sólo tenías que pedirlo. Y, claro está, tendrás la hospitalidad de la Corte Luminosa mientras lo consideras.

—Por supuesto —repitió Kaye débilmente.

Capítulo 8

*¡Bosque, te temo! en mi arruinado corazón
tu rugido aviva la agonía misma
como en las catedrales cuando el órgano gime
y desde las profundidades oigo que estoy condenado.*

Charles Baudelaire, “Obsesión”

—Eres un idiota —dijo Ellebere. Parecía fuera de lugar en la ciudad, aunque se había cubierto con encanto y presentaba un traje negro marcado con rajadas rojas y corbata de seda color sangre seca.

—¿Por qué es una trampa? —preguntó Roiben. Su largo abrigo de lana era azotado por la brisa del río. El hedor a hierro chamuscaba su nariz y garganta.

—Debe serlo. —Ellebere se giró, de forma que caminaba de espaldas, de cara a Roiben. Gesticulaba salvajemente, ignorando a la gente que tenía que apartarse de su camino—. Solo su oferta de paz ya es sospechosa, pero si está de acuerdo con tu absurda demanda, debe tener una forma segura de matarte.

—Si —dijo Roiben, agarrándole del brazo—. Y tú estás a punto de meterte en la calzada.

Ellebere se detuvo, apartándose mechones de pelo color vino de los ojos. Suspiró.

—¿Su caballero puede derrotarte?

—¿Talathain? —Roiben lo consideró un momento. Era difícil imaginar a Talathain... con

el que había retozado sobre mantos de tréboles, que había amado a Ethine durante años antes de encontrar el coraje de llevarle un simple ramo de violetas... tan formidable. Pero esos recuerdos parecían viejos y poco familiares, como si pertenecieran a otra persona. Quizás *este* Talathain era otra persona también—. Creo que puedo ganar.

—¿La Reina Luminosa tiene un arma mortífera, entonces, quizás? ¿Una armadura que no puede ser atravesada? ¿Alguna forma de utilizar armamento de hierro?

—Podría ser eso. Le he dado vueltas una y otra vez en la cabeza, pero no tengo más respuestas que tú. —Roiben se miró la mano y vio todas las gargantas que había cortado al servicio de Nicnevin. Todos los ojos suplicantes y las bocas temblorosas. Toda la misericordia que no había podido otorgar a ninguno de ellos, y mucho menos a sí mismo. Soltó a Ellebere—. Solo espero ser mucho mejor asesino de lo que la Señora Luminosa imagina.

—Dime que tenemos algún plan, al menos.

—Tenemos un plan —dijo Roiben, con una torsión de la boca—. Aunque sin conocer las intenciones de Silarial, no sé lo bueno que pueda ser.

—No deberías haber venido tú mismo a Ironside. En el mundo mortal eres vulnerable —dijo Ellebere, mirándole encolerizado. Cruzaron la calle cerca de un mortal demasiado delgado que empujaba un carrito vacío y otro que golpeaba furiosamente las teclas de su móvil—. Dulcamara podría haberme acompañado. Podrías habernos explicado qué hacer y enviarnos a hacerlo. Así es como se comporta un Rey apropiado de la Corte Oscura.

Roiben salió de la acera, pasando bajo una valla metálica rota que le chamuscó los dedos y se enganchó en la tela de su abrigo. Ellebere saltó por encima, aterrizando con una floritura.

—No estoy seguro de que sea *apropiado* para un caballero decirle a un Rey como debe comportarse —dijo Roiben—. Pero vamos, sé indulgente conmigo solo un poco más. Como señalaste correctamente, soy un tonto y estoy a punto de llevar a cabo una serie de negociaciones muy estúpidas.

El edificio que había tras la cerca se parecía a otros edificios tapiados del vecindario, pero este tenía un jardín en el techo, largas hebras de plantas adormecidas por el invierno colgaban sobre los ladrillos de los costados. En el segundo piso, las ventanas habían desaparecido del todo. Las sombras titilaban contra las paredes interiores.

Roiben se detuvo.

—Me gustaría poder decir que mi tiempo en la Corte Oscura ha cambiado mi naturaleza. Durante mucho tiempo fue un consuelo para mí pensarlo. Que cuando viera a mi hermana, recordaría como había sido una vez ser como ella, antes de ser *corrompido*.

—Mi Señor... —Ellebere palideció.

—Ya no estoy seguro de que eso sea cierto. Me pregunto si en vez de eso encontré mi verdadera naturaleza, que antes estaba oculta, incluso para mí.

—¿Entonces cual es tu naturaleza?

—Averigüémoslo. —Roiben recorrió los agrietados escalones delanteros y llamó a la madera que cubría la puerta.

—¿Al menos me contarás qué estamos haciendo aquí? —preguntó Ellebere—. ¿Visitando a exiliados?

Roiben se puso un dedo en los labios. Una de las tablas se apartó en una ventana cercana. Un ogro estaba allí de pie, enmarcado por la abertura, sus cuernos se curvaban hacia atrás desde su cabeza como los de un carnero y su larga barba castaña se volvía verde en la punta.

—Pero si es Su Oscura Majestad —dijo—. Supongo que ha oído hablar de mi material de cambio. El mejor que pueda encontrar. No hecho de leños o ramas, sino cariñosamente elaborado de maniquís... algunos con auténticos ojos de cristal. Incluso los mortales con un poco de la Visión no pueden distinguir mi trabajo. La misma Reina Luminosa lo utiliza... pero apuesto a que eso ya lo sabéis. Venid por detrás. Estoy ansioso de hacer algo por vos.

Roiben sacudió la cabeza.

—Estoy aquí para hacer yo algo por *ti*. Una oferta. Dime, ¿cuánto llevas en el exilio?

Kaye descansaba junto a Corny y Luis en un cenador de hiedra, la suave tierra y la dulce brisa calmándola hasta adormilarla. Flores nocturnas perfumaban el aire, punteando la oscuridad con constelaciones de blancos pétalos.

—Es raro. —Kaye se recostó contra la hierba—. Ahora está oscuro, pero era de noche cuando llegamos aquí y había luz entonces. Yo creía que iba a ser un día eterno o algo así.

—Es raro —dijo Corny.

Luis abrió su segunda barrita energética y la mordió con una mueca.

—No sé por qué ella hace que me quede. Esto es una mierda. Hice lo que me dijo. Dave es... —se detuvo.

—¿Dave es qué? —preguntó Corny.

Luis miró al envoltorio que tenía entre las manos.

—Propenso a meterse en líos cuando yo no estoy alrededor para impedirselo.

Kaye observaba los pétalos caer. La humana cambiada probablemente ya estaba de vuelta con Ellen, ocupando el lugar de Kaye en el mundo que conocía. Con una búsqueda completada y la otra imposible, no tenía ni idea de qué ocurriría a continuación. Dudaba mucho que la Reina fuera a dejarla marchar sin más.

Que mantuviera a Luis en la corte era a la vez alentador y desalentador... alentador porque quizás Silarial le dejaría guiarles de vuelta en algún momento no muy distante, pero desalentador porque la Corte Luminosa parecía una red que parecía envolverse cada vez más firmemente alrededor de ellos. Como arbustos de espinas.

No es que tuviera ningún otro sitio adonde ir.

Un silencioso duende trajo una bandeja de bellotas huecas llenas de un líquido tan claro como el agua y las colocó junto a platos de pequeños pasteles. Kaye ya se había comido tres. Alzando un cuarto, se lo ofreció a Corny.

—No —dijo Luis cuando Corny lo iba a coger.

—¿Qué? —preguntó Corny.

—No comas ni bebas nada de ellos. No es seguro.

Una música empezó en algún lugar en la distancia, y Kaye oyó una voz aguda empezar a cantar la historia de un ruiseñor que era en realidad una princesa y de una princesa que era en realidad una baraja.

Corny cogió el pastel.

Kaye quiso poner una mano admonitoria en el brazo de Corny, pero había algo quebradizo en su forma de actuar que la hizo contenerse. Sus ojos brillaban con un fuego ardiente.

Corny rió y se lanzó la confitura a la boca.

—No hay nada seguro. No para mí. Yo no tengo la Auténtica Visión. No puedo resistirme a sus encantamientos, y ahora mismo no veo por qué debería molestarme en intentarlo.

—Porque no intentarlo es estúpido —dijo Luis.

Corny se lamió los dedos.

—La estupidez sabe muy bien.

Una mujer hada se aproximó, sus pies desnudos eran silenciosos en la suave tierra.

—Para vosotros —dijo, y colocó tres paquetes de ropa en la hierba.

Kaye extendió la mano y tocó el primero. La tela verde apio tenía un tacto sedoso bajo sus dedos.

—Déjame suponer —dijo Corny a Luis—. Se supone que no debemos vestir nada suyo tampoco. ¿Quizás es que vas a ir caminando por ahí desnudo?

Luis frunció el ceño, pero Kaye pudo ver que su cuello enrojecía.

—Deja de ser tan capullo —le dijo, tirando a Corny su montón de ropa. Corny sonrió como si le hubiera hecho un cumplido.

Zambulléndose tras un arbusto, se quitó la camiseta y se deslizó el vestido por la cabeza. Había estado vistiendo los mismos pantalones de camuflaje y la misma camiseta desde que se marchó de Jersey, y no podía esperar a librarse de ellos. La ropa de hada se sintió tan ligera como una tela de araña sedosa cuando se la pasó por la cabeza, y le recordó al otro único vestido de hada que había llevado... con el que casi había sido sacrificada, el que se había deshecho en el fregadero cuando había intentado lavarle la sangre. Sus recuerdos del Tributo frustrado no eran más que de un estremecedor borrón nebuloso y de terror, y el aliento de Roiben jugueteando en su cuello cuando había susurrado: *¿Qué es lo que te pertenece, pero los demás utilizan más que tú?*

Su nombre. El nombre que ella le había sacado con engaños sin saber lo que valía. El nombre que había utilizado para darle órdenes y todavía podía utilizar. No era extraño que a su corte no le gustara ella: podía doblegar a su Rey a su voluntad.

—Parezco ridículo, ¿verdad? —dijo Corny, saliendo de entre las ramas y causando un sobresalto a Kaye. Vestía una túnica de brocado negro y escarlata sobre pantalones negros, y sus pies estaban descalzos. Fruncía el ceño—. Sin embargo mi ropa estaba empapada. Al menos esto está seco.

Kaye se giró, dejando que la fina falda se arremolinara a su alrededor.

—A mí me gusta mi vestido.

—Bonito. Todo ese verde destaca el rosa de las membranas de tus ojos.

—Cállate. —Recogió una rama del suelo, y la retorció entre su pelo para recogerse como solía hacer con los lápices en la escuela—. ¿Dónde está Luis?

Corny señaló con la barbilla. Girándose, Kaye le divisó apoyado contra un árbol, masticando lo que probablemente fuera su última barrita energética. Luis parecía enfadado mientras metía las manos profundamente en los bolsillos de una larga chaqueta marrón, abrochada con tres hebillas en la cintura. El abrigo púrpura empapado de Kaye colgaba de la rama de un árbol.

—Supongo que tenemos que ir a la fiesta así —gritó Kaye.

Luis se acercó pausadamente.

—Técnicamente, es más bien una celebración.

Corny puso los ojos en blanco.

—Vamos.

Kaye se dirigió hacia la música, dejando que sus dedos recorrieran las pesadas hojas verdes. Cogió una gran flor blanca de una de las ramas y arrancó sus pétalos uno tras otro.

—Me quiere —dijo Corny—. No me quiere.

Kaye frunció el ceño y se detuvo.

—No era eso lo que estaba haciendo.

Unas formas se movían entre los árboles como fantasmas. La risa y la música parecían siempre un poco más distantes hasta que de repente se encontró entre una multitud de hadas. La masa de gente danzaba en amplios y caóticos círculos o cuadrados o simplemente reían como si la brisa transmitiera un chiste solo para sus oídos. Una mujer hada estaba encorvada junto a una charca, conversando intensamente con su reflejo, mientras otra acariciaba la corteza de un árbol como si fuera el pelaje de una mascota.

Kaye abrió la boca para decir algo a Corny pero se detuvo cuando su mirada captó un pelo blanco y unos ojos como cucharas de plata. Alguien se colaba entre la multitud, encapuchado y tapado, pero no lo bastante.

Había una única persona a la que Kaye conociera y que tuviera unos ojos así.

—Ahora vuelvo —dijo, ya deslizándose entre una chica empapada con un vestido de algas entretreídas y un duende de la madera con zancos cubiertos de musgo.

—¿Roiben? —susurró, tocándole el hombro. Pudo sentir como su corazón se aceleraba y lo odió, odió todo lo que sentía en ese momento, tan absurdamente agradecida que le habría gustado abofetearse a sí misma—. Cabrón. Podrías haberme mandado como búsqueda que te trajera una manzana de la mesa del banquete. Podías haberme ordenado tejer una trenza en tu pelo.

La figura se retiró la capucha, y Kaye recordó a otra persona con unos ojos como los de Roiben. Su hermana, Ethine.

—Kaye —dijo Ethine—. Esperaba encontrarte aquí.

Mortificada, Kaye intentó sonreír pero más bien le salió una mueca. No podía creerse que acabara de barbotar cosas que no estaba segura, en retrospectiva, de querer que siquiera Roiben oyera.

—Tengo solo un momento —dijo Ethine—. Debo entregar un mensaje a la Reina. Pero hay algo que debes saber. Sobre mi hermano.

Kaye se encogió de hombros.

—No es que nos hablemos exactamente.

—Él nunca fue cruel cuando éramos niños. Ahora es brutal, frío y terrible. Hará la guerra contra nosotros, aquellos a los que amaba...

A Kaye la sobresaltó pensar en Roiben de niño.

—¿Crecisteis en el mundo de las hadas?

—No tengo tiempo para...

—Haz tiempo. Quiero saber.

Ethine miró a Kaye un largo rato, después suspiró.

—Roiben y yo fuimos criados en el mundo de las hadas por un ama de cría humana. Ella había sido apartada de sus propios hijos y nos llamaba por sus nombres. Mary y Robert. Eso no me gustaba. Por todo lo demás, era muy amable.

—¿Y qué hay de vuestros padres? ¿Los conocisteis? ¿Los amabais?

—Responde a mi pregunta, por favor —dijo Ethine—. Mi Señora quiere que se bata en duelo en vez de conducir a la Corte Oscura a la batalla. Eso evitaría una guerra... que la Corte Oscura está demasiado debilitada para ganar... pero significaría la muerte para él.

—Tu Señora es una zorra —dijo Kaye antes de pensárselo mejor.

Ethine se estrujó las manos, deslizando los dedos unos sobre otros.

—No. Ella le aceptaría de vuelta. Sé que lo haría si él simplemente se lo pidiera. ¿Por qué no se lo pide?

—No lo sé —dijo Kaye.

—Debes percibir algo. Está encariñado contigo.

Kaye empezó a protestar, pero Ethine la cortó.

—Oí como me hablaste cuando suponías que era él. Hablas con él como con un amigo.

Kaye sacudió la cabeza.

—Mira, hice esa cosa de la declaración. Donde te dan una búsqueda. Él prácticamente me dijo que me jodiera. Sea lo que sea lo que crees que sé de él o que puedo contarte de él, no creo que pueda.

—Te vi, aunque no oí las palabras. Estaba en la colina esa noche. —Ethine sonrió, pero su frente se frunció ligeramente, como si estuviera confusa por la forma de hablar humana de Kaye—. Aún así, asumo que la búsqueda no fue una manzana de la mesa del banquete o una trenza en su pelo.

Kaye se sonrojó.

—Si creíste que el Rey de la Corte Oscura te daría una búsqueda tan simple, debes pensar que es un tonto.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Dijo que yo... —Kaye se detuvo, comprendiendo que no podía repetir sus palabras. *Tú eres lo único que deseo.* No era seguro decirle eso a Ethine, sin importar lo que hubiera ocurrido.

—Una declaración es algo muy serio.

—Pero... yo creía que era, como, dejar que todo el mundo supiera que estábamos juntos.

—Es mucho más inmutable que eso. Solo hay un único consorte para siempre, y casi siempre ninguno. Eso te uniría a él y a su corte. Mi hermano se declaró una vez, ya sabes.

—A Silarial —dijo Kaye, aunque no lo había sabido, no realmente, no antes de ese mismísimo momento. Recordó como Silarial había estado de pie en medio del huerto humano y había dicho a Roiben que este había probado su amor a su satisfacción. Qué furiosa había estado Silarial cuando él le había dado la espalda—. Completó su búsqueda, ¿verdad?

—Si —dijo Ethine—. Se quedó en la Corte Oscura, como caballero jurado de Nicnevin, hasta el final de la tregua. La muerte de Nicnevin acabó con ella. Ahora podría ser el consorte de la Señora Luminosa si quisiera, si volviera con nosotros. Una declaración es un pacto y él ha cumplido con su parte ampliamente.

Kaye miró alrededor a los asistentes a la fiesta y se sintió pequeña y estúpida.

—Tú crees que deberían estar juntos, ¿verdad? Te preguntas que vio él en mi... una sucia pixie con malos modales.

—Eres lista. —La mujer hada no encontró la mirada de Kaye—. Me imagino que vio eso.

Kaye bajó la mirada a las rozaduras en la parte superior de sus botas. *No tan lista, después de todo.*

Ethine parecía pensativa.

—En mi corazón creo que ama a Silarial. La culpa por su dolor, pero mi Señora... ella no tenía intención de que sufriera tanto...

—Él no lo cree así. Como poco cree que a ella no le importó. Y creo que como mucho desea que le importe.

—¿Qué búsqueda te encomendó?

Kaye frunció el ceño e intentó mantener la voz neutra.

—Me dijo que le llevara un hada que pudiera decir una mentira. —Dolía repetirlo, las palabras era un reproche por haber pensado que ella le importaba lo suficiente como para anteponer los sentimientos por encima de las apariencias.

—Una tarea imposible —dijo Ethine, todavía considerándolo.

—Así que ya ves —dijo Kaye—. Probablemente yo no sea la mejor persona para contestar a tu pregunta. Deseaba de veras que yo le importara. Y no era así.

—Si no le importas tú, ni ella, ni yo —dijo Ethine—, entonces no hay nadie más que se me ocurra que le importe, salvo sí mismo.

Un caballero rubio se acercaba a zancadas a ellas, su armadura verde hacía que su cuerpo casi desapareciera entre las hojas.

—Realmente tengo que irme —dijo Ethine, girándose.

—No se preocupa por sí mismo —dijo Kaye a su espalda—. No creo que se haya preocupado por sí mismo desde hace mucho.

Corny caminaba entre los bosques, intentando ignorar como el corazón le martilleaba contra el pecho. Intentaba no establecer contacto ocular con ningún hada, pero estaba atrayendo sus caras de gato, sus largas narices y sus brillantes ojos. El semblante ceñudo de Luis era permanente, sin importar junto a quienes pasaban. Ni siquiera un río lleno de nixes... con gemas de agua sobre su piel desnuda... le conmovió, mientras que Corny no pudo apartar la mirada.

—¿Qué ves? —preguntó Corny finalmente, cuando el silencio entre ellos se hubo estirado tanto que perdió la esperanza de que Luis hablara primero—. ¿Son hermosos? ¿Es todo una ilusión?

—No son exactamente hermosos, pero son deslumbrantes. —Luis resopló—. Apesta, cuando piensas en ello. Son eternos, y que hacen... malgastar su tiempo comiendo, follando e inventando formas complicadas de matarse unos a otros.

Corny se encogió de hombros.

—Probablemente yo también lo haría. Puedo verme a mí mismo con bolsa tras bolsa de Cheetos, descargando porno y jugando a Avenging Souls durante semanas si fuera inmortal.

Luis miró a Corny un largo rato.

—Estupideces —dijo.

Corny bufó.

—Demuestra lo que sabes.

—¿Recuerdas el pastel que te comiste antes? —dijo Luis—. Todo lo que yo vi fue una seta pasada.

Por un momento Corny creyó que estaba bromeando.

—Pero Kaye se comió uno.

—Se comió, como, *tres* —dijo Luis con tal regocijo que Corny empezó a reír, y después los dos rieron juntos, tan fácil y tontamente como si fueran a ser amigos.

Corny dejó de reír cuando comprendió que *quería* que fueran amigos.

—¿Cómo llegaste a odiar a las hadas?

Luis se giró de forma que su ojo nublado estuviera de cara a Corny, haciendo difícil que Corny leyera su expresión.

—He tenido la Visión desde que era pequeño. Mi padre la tenía y supongo que me la pasó. Eso hizo que enloqueciera; o quizás lo hicieron *ellos*. —Luis sacudió la cabeza cansinamente, como si ya estuviera cansado de la historia—. Cuando averiguan que puedes verles, te joden de otros modos. Sea como sea, a mi padre se le metió en la cabeza que nadie estaba a salvo. Disparó a mi madre y a mi hermano; creo que estaba intentando protegerles. Si yo hubiera estado allí, me habría disparado a mí también. Mi hermano sobrevivió... a duras penas... y tuve que ponerme en deuda con un hada para que se recuperara. ¿Puedes imaginarte como serían las cosas sin las hadas? Yo puedo. Normales.

—Debería contarte que... uno de ellos, un kelpie, mató a mi hermana —dijo Corny—. La ahogó en el océano hace dos meses. Y Nephamael, me hizo cosas, pero todavía deseo... — Sus palabras se desvanecieron cuando comprendió que quizás no estaba bien hablar de un tío de *esa forma* delante de Luis.

—¿Qué deseas?

En un claro adelante, Corny divisó a un grupo de hadas lanzándose lo que parecía un cubo dentro de un gran cuenco. Eran adorables u horrendas o ambas cosas a la vez. Una con el pelo dorado parecía incómodamente familiar. Adair.

—Tenemos que irnos —murmuró a Luis—. Antes de que nos vea.

Luis lanzó una rápida mirada sobre el hombro mientras caminaban más y más rápido.

—¿Cuál? ¿Qué hizo?

—Me maldijo. —Corny asintió con la cabeza mientras pasaban agachados bajo la cortina de un sauce llorón. Ninguno de los dos mencionó que Silarial había prometido que no les sobrevendría ningún daño. Corny suponía que Luis era tan cínico con respecto a los parámetros de esa promesa como él.

Un enredo de hadas descansaba cerca del tronco del árbol: un phooka de pelaje negro apoyado contra dos chicas pixies de piel verde con alas tirando a marrón; un chico elfin derrumbado contra un hombre hada de aspecto adormecido. Corny se detuvo de pronto, sorprendido. Uno de ellos estaba recitando lo que parecía ser un poema épico sobre gusanos.

—Lo siento —dijo Corny, girándose—. No pretendíamos molestar a nadie.

—Tonterías —dijo una pixie—. Ven, siéntate aquí. Tú también nos proporcionarás una historia.

—En realidad yo no... —empezó, pero un hada con pies de cabra tiró de él hacia abajo,

riendo. La tierra negra se sentía suave y húmeda bajo sus manos y rodillas. El aire estaba cargado con los ricos olores a tierra y hojas.

—El pato se alzó con alas de cuero —entonaba un hada—. Su aliento prendió fuego a todo el brezo. —Quizás el poema era sobre *wyrms*.

—Los mortales están tan interesantemente formados —dijo el chico elfin, pasando los dedos sobre las orejas suaves de Corny.

—Neil —dijo Luis.

El phooka extendió la mano para tocar la redondez de la mejilla de Corny, igualmente fascinado. Un chico hada lamió el interior del brazo de Corny y él se estremeció. Era una marioneta. Ellos tiraban de sus hilos y él danzaba.

—Neil —dijo Luis, su voz era distante y de poca importancia—. Acaba ya con esto.

Corny se inclinó hacia las caricias, apoyando la cabeza contra la palma del phooka. Su piel parecía caliente e hipersensible. Gimió.

Largos dedos tiraron de sus guantes.

—No hagáis eso —advirtió Corny, pero los deseaba. Deseaba que acariciaran cada parte de él, pero se odiaba a sí mismo por desearlo. Pensó en su hermana, siguiendo al chorreante chico kelpie fuera del muelle, pero ni siquiera eso reprimió su anhelo.

—Vamos, vamos —dijo un hada alto con el pelo tan azul como las plumas de un pájaro. Corny parpadeó.

—Os haré daño —dijo Corny lánguidamente, y las hadas a su alrededor rieron. La risa no fue particularmente burlona o cruel, pero dolió igual. Era la diversión de observar a un gato acechar la cola de un lobo.

Le quitaron los guantes. Polvo de goma desintegrada llovió de la punta de sus dedos.

—Hago daño a todo lo que toco —dijo Corny insensible.

Sintió manos en sus caderas, en su boca. La tierra estaba fresca contra su espalda, consoladora cuando el resto de él picaba de calor. Sin pretenderlo, extendió la mano hacia una de las hadas, sintiendo el pelo fluir entre sus manos como seda, sintiendo la sorprendente calidez del músculo.

Sus ojos se abrieron con la súbita comprensión de lo que estaba haciendo. Vio, como a una gran distancia, los diminutos agujeros del tamaño de una cabeza de alfiler aparecer donde sus dedos habían tocado, las manchas color frambuesa floreciendo en sus cuellos, los puntos marrones de la edad extendiéndose como manchas sobre piel antigua. Ellos ni siquiera parecían notarlo.

Una lenta sonrisa se extendió por sus labios. Podía hacerles daño incluso si no podía

resistirse a ellos.

Dejó que las pixies le acariciaran, arqueándose y mordiendo hacia el cuello expuesto del chico elfin, inhalando sus extrañas fragancias a mineral y tierra, dejando que la lujuria le dominara.

—¡Neil! —gritó Luis, tirando de Corny hacia arriba por la parte de atrás de la camisa. Corny se tambaleó, buscando equilibrio, y Luis se echó hacia atrás antes de que la mano de Corny pudiera tocarle. Corny agarró en vez de eso la camisa de Luis, la tela se chamuscó. Corny tropezó y cayó.

—Recóbrate —ordenó Luis. Estaba respirando con dificultad, quizás de miedo—. Levanta.

Corny se obligó a ponerse de rodillas. El deseo hacía difícil hablar. Incluso el movimiento de sus propios labios era perturbadoramente placentero.

Un hada descansó sus largos dedos sobre la pantorrilla de Corny. El toque fue como una caricia y se encorvó hacia él.

Unos labios cálidos estaban cerca de los suyos.

—Arriba, Neil. —Luis habló suavemente contra la boca de Corny, como animando a Corny a obedecer—. Hora de levantarse.

Luis le besó. Luis, que podía hacer todo lo que no podía hacer él, que era listo y sarcástico y el último chico en el mundo que probablemente desearía a un tío raro y torpe como Corny. Fue vertiginoso abrir la boca contra la de Luis. Sus lenguas se deslizaron juntas durante un momento devastador, entonces Luis se echó hacia atrás.

—Dame tus manos —dijo, y Corny las extendió obedientemente. Luis las ató con un cordón de zapato.

—¿Qué estás...? —Corny intentó dar algún sentido a lo que estaba ocurriendo, pero todavía estaba desorientado.

—Entrelaza los dedos —dijo Luis con voz competente, con voz tranquila, y volvió a presionar su boca contra la de Corny.

Por supuesto. Luis estaba intentando salvarle. Como había salvado al hombre con la boca llena de peniques o a Lala con la hiedra serpenteante. Él sabía de curas y cataplasmas y del valor medicinal de los besos. Sabía como distraer a Corny lo suficiente como para atarle las manos, como utilizarse a sí mismo para atraer a Corny y... en vez de usarlo contra él... Luis lo estaba usando para rescatarle. La excitación se volvió ácida en el estomago de Corny.

Tropezó hacia atrás y se tambaleó hacia la cortina de ramas. Estas le arañaron la cara cuando pasó a través de ellas.

Luis le siguió.

—Lo siento —llamó a Corny—. Yo... yo no... no creí...

—¿Yo. No. Creí? —Le gritó Corny. Su cara estaba de repente demasiado caliente. Entonces su estómago se revolvió. Apenas tuvo tiempo de girarse antes de vomitar nauseabundos trozos de setas.

Previsiblemente, Luis había estado en lo cierto con respecto a los pasteles.

Unos ojos amarillos de lechuza captaron la luz de la luna, haciendo que Kaye saltara. Se había cansado de llamar a Corny y ahora estaba intentado encontrar el camino de vuelta a la celebración. Cada vez que giraba hacia la música, esta parecía provenir de otra dirección.

—¿Perdida? —dijo una voz, y ella saltó. Era un hombre con el pelo dorado-verdoso y blancas alas de polilla plegadas en su espalda desnuda.

—Algo así —dijo Kaye—. ¿Debo suponer que podrías señalarme el camino?

Él asintió y señaló con un dedo a la izquierda y con otro a la derecha.

—*Hilarante*. —Kaye cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ambos caminos te llevarán en realidad a la celebración. Solo que uno te llevaría mucho más tiempo. —Sonrió—. Dime tu nombre y te diré cual es el mejor.

—De acuerdo —dijo ella—. Kaye.

—Ese no es tu auténtico nombre. —Su sonrisa era burlona—. Apuesto a que ni siquiera lo sabes.

—Probablemente sea mejor así. —Estudió un denso bosquecillo de árboles. Nada parecía familiar.

—Pero alguien debe saberlo, ¿verdad? ¿Tal vez quién te lo dio?

—Quizás nadie me dio un nombre. Quizás se supone que deba dármelo a mí misma.

—Dicen que las cosas sin nombre cambian constantemente... que los nombres las fijan a un lugar como alfileres. Pero sin nombre, una cosa no es del todo real tampoco. Quizás no seas algo real.

—Soy real —dijo Kaye.

—Sin embargo sabes un nombre que no es tuyo, ¿verdad? Un auténtico nombre. Un alfiler de plata que podría poner a un Rey en su lugar.

Su tono era ligero, pero los músculos de los hombros de Kaye se tensaron.

—Le dije a Silarial que no lo utilizaría. No lo haré.

—¿De veras? —Inclinó la cabeza a un lado, pareciéndose extrañamente a un pájaro—. ¿Y no lo cambiarías por otra vida? ¿Por una madre mortal? ¿Por un amigo irresponsable?

—¿Me estás amenazando? ¿Me está amenazando Silarial? —Retrocedió alejándose de él.

—Aún no —dijo él con una risa.

—Encontraré mi propio camino de vuelta —masculló, y se marchó, no muy segura de qué estaba haciendo y sin que le importara.

Los árboles estaban cargados de imposibles hojas veraniegas, y la tierra era cálida y fragante, pero los bosques eran aun así como de piedra. Incluso el viento parecía muerto. Kaye caminó, más y más rápido, hasta que llegó a la depresión de un arroyo con rocas. Una figura agazapada estaba encorvada cerca del agua, los matorrales y las ramas de su pelo la hacían parecer un arbusto yermo.

—¡Tú! —jadeó Kaye—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy segura —dijo la Bruja de la Zarza, sus ojos negros brillaban—, de que tienes mejores preguntas que esa para mí.

—No quiero más acertijos —dijo Kaye, y su voz se rompió. Se sentó sobre la corteza húmeda, sin importarle que el agua empapara su falda—. Ni cáscaras de huevo ni búsquedas.

La Bruja de la Zarza extendió un largo brazo larguirucho para palmear a Kaye con dedos que se sentían tan ásperos como madera.

—Pobre pequeña pixie. Ven y descansa la cabeza sobre mi hombro.

—Ni siquiera sé de que lado estás —gimió Kaye, pero se deslizó hasta ella y se apoyó contra la masa familiar del hada—. No estoy segura de cuantos lados hay. Quiero decir, ¿esto es como un trozo de papel con dos lados o uno de esos extraños dados que tiene Corny con veinte lados? ¿Y si hay realmente veinte lados, entonces está alguien de mi lado?

—Chica lista —dijo la Bruja de la Zarza aprobadoramente.

—Vamos, eso no tiene sentido. ¿Hay *algo* que puedas decirme? ¿Sobre lo que sea?

—Ya sabes lo que necesitas y necesitas lo que sabes.

—¡Pero eso es un acertijo! —protestó Kaye.

—Algunas veces el acertijo es la respuesta —replicó la Bruja de la Zarza, pero palmeó el hombro de Kaye de todos modos.

Capítulo 9

*Mágica como la luna y alegre como la luz;
Ni macilenta por la espera, ni por el oscuro pesar;
No como ella, pero estaba cuando la esperanza brilló.
No como ella, pero como ella su sueño llenó*

Christina Rossetti, "En el Estudio de un artista".

En la oscuridad del temprano amanecer, Corny despertó con campanas distantes y el estruendoso palpitar de cascos. Rodó, desorientado, magullado, inundado por un súbito pánico. De algún modo había recuperado su chaqueta de cuero, pero los bordes de las mangas parecían andrajosos. Le dolían las muñecas y cuando inadvertidamente tiró del cordón que las ataba, la acción hizo que le doliera más. Su boca sabía agria.

Comprender que estaba todavía en la Corte Luminosa explicaba el miedo y la incomodidad. Pero cuando vio a Luis, envuelto en el abrigo púrpura de Kaye, con la mejilla apoyada contra las raíces de un espino negro cercano, recordó el resto. Recordó lo estúpido que había sido.

Y la agónica suavidad de los labios de Luis.

Y la forma en que Luis le había apartado el pelo de la cara mientras vomitaba sobre la hierba.

Y la forma en que Luis había sido solo amable.

La vergüenza hizo que su cara se calentara y sus ojos ardieran. La garganta se le cerró ante la idea de que realmente tendrían que hablar de ello. Rodó para ponerse de rodillas y se

puso en pie torpemente, la distancia física era lo único que le calmaría. Quizás Kaye estuviera en dirección al ruido. Si podía encontrarla, puede que Luis no dijera nada de lo que había ocurrido. Podría actuar como si nunca hubiera pasado. Corny se abrió paso entre los árboles, hasta que divisó la procesión.

Caballos de hadas con herraduras de plata pasaban a gran velocidad, con las crines ondeando y los ojos brillando intensamente, las caras de las hadas que montaban sobre sus lomos estaban cubiertas por yelmos. El primer jinete estaba engalanado con una armadura rojo oscuro que parecía salida de una vieja pintura, el siguiente de blanco como el cuero, como un huevo de serpiente. Entonces un corcel negro galopó hacia Corny, solo para encabritarse, los cascos delanteros danzando en el aire. La armadura de su jinete era tan negra y brillante como plumas de cuervo.

Corny se apartó. La ruda corteza del tronco de un árbol le arañó la espalda.

El jinete de negro sacó una hoja curvada que brilló como agua ondeante.

Corny tropezó, el terror le entontecía. El caballo se acercó trotando, su respiración caliente golpeó la cara de Corny. Él alzó las manos atadas para protegerse.

La espada cortó el cordón que ataba sus muñecas. Corny gritó, cayendo a tierra.

El jinete enfundó la espada y se quitó el yelmo.

—Cornelius Stone —dijo Roiben.

Corny rió con alivio histérico.

—¡Roiben! ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a negociar con Silarial —dijo Roiben—. Vi a Sorrowsap al otro lado del lago. ¿Quién te ató las manos? ¿Dónde está Kaye?

—Esto fue, um, por mi propio bien —dijo Corny, alzando las muñecas.

Roiben frunció el ceño, inclinándose hacia adelante en la silla de montar.

—Favoréceme con la historia.

Extendiendo la mano hacia arriba, Corny tocó con uno de sus dedos una hoja verde. Esta se curvó, volviéndose gris.

—Bonita maldición, ¿eh? Atarme con el cordón se suponía que evitaría que tocara a alguien por accidente. Al menos creo que fue por eso... no lo recuerdo todo de anoche.

Roiben sacudió la cabeza sin sonreír.

—Abandona este lugar. Tan rápidamente como puedas. Sorrowsap te llevara a salvo fuera de las tierras de la Corte Luminosa. Ya nada es lo que parece ser, aparentemente ni siquiera tú. Kaye... debe... —Hizo una pausa—. Dime que está bien.

Corny deseó decir a Roiben que podía meterse su falsa preocupación de mierda por el

culo, pero todavía estaba un poco sacudido por la espada tan recientemente esgrimida sobre su cabeza.

—¿A ti qué te importa? —dijo en vez de ello.

—Me importa. —Roiben cerró los ojos, como imponiéndose a sí mismo calma—. Pienses lo que pienses de mí, sácala de aquí. —Se echó hacia atrás en la silla y tiró bruscamente de las riendas. El caballo retrocedió.

—Espera —dijo Corny—. Hay algo que he estado deseando preguntarte: ¿Cómo es ser un Rey? ¿Cómo es ser finalmente tan poderoso que nadie puede controlarte?

Era una especie de burla, claro, pero Corny realmente deseaba una respuesta.

Roiben rió huecamente.

—No estoy seguro de saberlo.

—Vale. No me lo cuentes.

Roiben inclinó a un lado la cabeza, sus ojos pálidos se mostraban de repente graves. Corny estaba desconcertado por tener toda la atención del Señor de la hadas fija en su cara.

—Cuanto más poderoso eres, más buscan los demás formas de controlarte. Lo harán tanto aquellos a los que amas, como aquellos a los que odias; buscarán el bocado y la brida que encaje en tu boca y te haga doblegarte.

—¿Entonces no hay forma de estar a salvo?

—Ser invisible, quizás. No tener ningún valor para nadie.

Corny sacudió la cabeza.

—No funciona.

—Atacar primero —dijo Roiben, y la media sonrisa de sus labios no fue suficiente como para tomar a broma la frívola sugerencia—. O estar muerto. Nadie puede aún controlar a los muertos. —Volvió a colocarse el yelmo—. Ahora encuentra a Kaye y vete.

Con una sacudida de las riendas Roiben dio la vuelta al caballo y bajó cabalgando por el camino, dejando una nube de polvo tras las relucientes pezuñas.

Corny se abrió paso de vuelta a través de los bosques, solo para encontrar a Adair apoyado contra un árbol.

—Eres un defecto entre tanta belleza —dijo el hada, echándose hacia atrás el pelo rubio mantequilla—. Es un error que cometen con frecuencia los humanos... ser tan feos.

Corny pensó en las palabras de Roiben. *Atacar primero.*

—Es un don bastante guay —dijo, dejando que sus manos recorrieran la corteza de un roble cercano, ennegreciendo el tronco—. La maldición. Debería darte las gracias.

Adair retrocedió.

—Debías estar realmente cabreado. La maldición incluso marchita la carne mágica. —
Corny sonrió—. Ahora tengo que decidir la mejor forma de expresar mi gratitud. ¿Tú qué crees
que aconsejarían los buenos modales?

Kaye intentó mantener la cara inexpresiva cuando Roiben se agachó para pasar bajo la
canopia de ramas que formaban la recámara de Silarial. Su pelo plateado se derramaba sobre
sus hombros como mercurio, pero era más oscuro en el cuello a causa del sudor.

El anhelo se revolvió en sus entrañas junto con una terrible y frívola expectación que no
parecía capaz de contener. El encanto humano con el que Silarial la había cubierto se sentía
apretado y pesado. Deseó llamarle, tocar su manga. Era fácil imaginar que había habido algún
malentendido, que si pudiera sólo hablar con él un momento, todo sería como antes. Por
supuesto, se suponía que debía quedarse cerca del tronco del enorme sauce y mantener los
ojos en el suelo como hacían los asistentes humanos.

El encanto había parecido astuto al principio, cuando Silarial lo había sugerido. A Roiben
no se le permitía verla... de acuerdo con las reglas de la declaración... y si estaba cubierta de
encanto, sería invisible para él. Se suponía que Kaye tenía que esperar hasta que él y Silarial
hubieran hablado, y entonces se suponía que intentaría convencerle de que accediera al plan
de Silarial. Si ella estaba de acuerdo con el mismo, por supuesto. Que estaba bastante segura
de que no lo estaría, pero al menos tendría la presuntuosa satisfacción de cabrearle.

Había sonado mejor que lo que se sentía ahora que estaba allí de pie, observándole de
rejojo como si fueran extraños.

Silarial levantó la mirada perezosamente desde sus cojines.

—Ethine me dice que no estás de acuerdo con mis condiciones.

—No creo que esperaras que lo estuviera, m... —se detuvo de repente, y Silarial rió.

—Casi me has llamado "mi Señora", ¿verdad? Es un hábito que cuesta romper.

Él bajó la mirada y frunció la boca.

—Ciertamente. Me has pillado comportándome como un estúpido.

—Tonterías. Lo encuentro encantador. —Sonriendo, ondeó la mano hacia donde Kaye
estaba entre los asistentes de Silarial—. Debes estar ansioso por una bebida de las tierras
inmutables de tu juventud.

Una humana esbelta, con una simple túnica azul, se salió de la fila como respuesta a
alguna señal que Kaye no pudo percibir. La criada se inclinó sobre un cuenco de cobre que

había sobre la mesa, como si estuviera cogiendo manzanas con la boca. Después, arrodillándose delante de Roiben, se inclinó hacia atrás y abrió la boca. La superficie del vino brilló entre sus dientes.

A Kaye esto le recordó súbita y terriblemente a Janet ahogándose, a cómo sus labios habían estado separados así, cómo su boca había parecido llena de agua de mar. Kaye apretó las uñas contra las palmas.

—Bebe —dijo la Señora Luminosa, y sus ojos estaban llenos de risa.

Roiben se arrodilló y besó la boca de la chica, acunándole la cabeza e inclinándosela para poder tragar.

—Decadente —dijo, recostándose en los cojines. Parecía divertido y demasiado relajado, sus largas extremidades extendidas como si estuviera en su propio salón—. ¿Sabes lo que realmente hecho de menos, sin embargo? El té de diente de león.

Silarial acarició el pelo de la chica antes de enviarla de regreso a buscar un trago de otro cuenco. Kaye se recordó a sí misma no mirar, levantar la mirada solo con los párpados bajos, mantener la cara neutra. Se hundió las uñas profundamente en la piel.

—Entonces dime —dijo Silarial—. ¿Qué condiciones propones?

—Debes arriesgar algo si deseas que yo lo arriesgue todo.

—La Corte Oscura no tiene esperanzas de ganar una batalla. Deberías tomar lo que te ofrezco y mostrarte agradecido por ello.

—Aun así —dijo Roiben—. Si pierdo el duelo contra tu campeón, te convertirás en la soberana de la Corte Oscura, y yo moriré. Es bastante como para que contrarrestes tu oferta de paz transitoria, pero no pido que arriesgues de igual modo. Si yo gano, solo pido que accedas a poner a Ethine en tu lugar.

Por un momento Kaye creyó ver que los ojos de Silarial brillaban de triunfo.

—¿Sólo? ¿Y si no estoy de acuerdo?

Roiben se recostó contra los cojines.

—Entonces guerra, con posibilidades de ganar o no.

Silarial entrecerró los ojos, pero había una sonrisa en la comisura de su boca.

—Has dejado de ser el caballero que conocí.

Él sacudió la cabeza.

—¿Recuerdas mi ansiedad por probarme a mí mismo ante ti? Patéticamente agradecido incluso por la menor muestra de aprecio. Qué tedioso debías encontrarme.

—Admito que te encuentro más interesante ahora, regateando por la salvación de aquellos a quienes desprecias.

Roiben rió, y el sonido... lleno de autodesprecio... enfrió a Kaye.

—¿Pero quizás me desprecias a mí incluso más? —preguntó Silarial.

Él bajó la mirada a los dedos de su mano izquierda, observando los broches negros del puño de la otra manga de su camisa.

—Pienso en la forma en que te anhelaba, y me enferma. —Levantó la mirada hacia ella—. Pero eso no significa que haya dejado de anhelar. Siento nostalgia por el hogar.

Silarial sacudió la cabeza.

—Le dijiste a Ethine que nunca renunciarías a ser el Señor de la Corte Oscura. Que nunca reconsiderarías tu posición. Que nunca me servirías. ¿Todavía es cierto?

—Ya no soy quien fui una vez. —Roiben gesticuló hacia Kaye y las otras chicas de pie contra la pared—. No importa cuánto lo anhele.

—No has dicho nada sobre si te tiento —dijo Silarial—. ¿Qué hay de eso?

Él sonrió.

—Le dije a Ethine que te dijera eso. Yo nunca lo dije.

—¿Y?

Roiben se puso de pie, cruzando la corta distancia hasta donde Silarial estaba recostada, y se arrodilló ante ella. Alzó la mano hasta su mejilla, y Kaye pudo ver que su mano temblaba.

—Me siento tentado —dijo.

La Reina Luminosa se inclinó más cerca y presionó su boca contra la de él. El primer beso fue corto, cauteloso y casto, pero el segundo no lo fue. Las manos de Roiben le ahuecaron el cráneo y la inclinaron hacia atrás, besándola como si deseara partirla por la mitad. Cuando se apartó de Silarial, el labio de ella sangraba y sus ojos estaban oscuros de deseo.

La cara de Kaye llameaba ardiente y podía sentir el latido del corazón incluso en sus mejillas. Le parecía que el que la mano de Roiben temblara cuando se extendió hacia Silarial era peor que los besos, peor que cualquier cosa que hubiera dicho o pudiera decir. Sabía lo que era temblar así antes de tocar a alguien... desearlo tan agudamente que se convertía en desesperación.

Kaye se forzó a sí misma a mirar al suelo, a concentrarse en las raíces sinuosas que había junto a su zapatilla. Intentó no pensar en nada. No sabía cuanto había estado esperando que él todavía la amara, hasta que sintió lo mucho que dolía comprender que no lo hacía.

Un roce de ropas hizo que Kaye levantara la mirada automáticamente, pero solo era Silarial alzándose de sus cojines. Los ojos de Roiben se mostraban cautos.

—Debes desear mucho que acceda a tus términos —dijo ligeramente la Reina Luminosa pero su voz era temblorosa. Se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Muy probablemente Ethine te devuelva tu corona si la gana —replicó Roiben.

—Si derrotas a mi campeón... —empezó Silarial, entonces se detuvo, bajando la mirada hacia él. Colocó una mano blanca en su mejilla—. Si derrotaras a mi campeón, lo lamentarás.

Él medio sonrió.

—Pero te concederé ventaja. Ethine será Reina si tú ganas. Preveo que no ganarás —dijo Silarial y caminó hacia los cuencos de bebidas, y Kaye vio su cara reflejada en sus superficies—. Por supuesto, todas estas negociaciones carecerían de importancia si simplemente te unieras a mí. Abandona la corte de aquellos a los que detestas. Uniéndonos podemos acabar con esta guerra hoy. Serías mi consorte...

—No —dijo él—. Te he dicho que si no gano...

—Hay alguien aquí que puede convencerte.

Él se levantó súbitamente, girándose hacia la pared de criadas. Su mirada las recorrió y se detuvo sobre ella.

—Kaye. —Su voz sonó afligida.

Kaye dejó caer la mirada a tierra, rechinando los dientes.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Silarial.

Roiben se acercó a Kaye y le puso la mano en el brazo. Ella saltó, alejándose de tu tacto.

—Debería haberlo supuesto antes. Muy astuto cubrirla tan concienzudamente de encanto.

Kaye se sentía enferma al pensar en la forma en que él había besado a Silarial. Quería abofetearle. Quería escupirle en la cara.

—¿Pero cómo la has escogido entre mis otras doncellas?

Él tomó la mano de Kaye y la giró de forma que la Reina pudiera ver las marcas rojizas en forma de medias lunas donde las uñas se habían hundido en la carne.

—Fue esto, en realidad. No sé de nadie más con este nervioso hábito en particular.

Kaye levantó la mirada hacia él y solo vio una cara humana desconocida reflejada en sus ojos.

Apartó la mano, frotándosela contra la falda como si pudiera borrar su toque.

—Se supone que no debes verme hasta que pueda resolver tu estúpido acertijo.

—Si, merezco todo el desprecio que apilas sobre mí —dijo él, con voz suave—. ¿Pero qué estás haciendo aquí? No es seguro.

Sus labios todavía estaban enrojecidos por los besos y era difícil no concentrarse en ellos.

—Este es el lugar al que pertenezco, ¿no? De aquí provengo. La otra Kaye está en casa ahora, como siempre debió ser. Con su madre, Ellen.

Él pareció momentáneamente furioso.

—¿Qué te ha hecho prometer Silarial a cambio de eso?

—Mucho no debes amarla, ya que no confías en ella en absoluto —dijo Kaye, saboreando la bilis en su lengua.

Hubo un silencio, en el que él la miró con una especie de terrible desesperación, como si deseara muchísimo hablar, pero no pudiera encontrar las palabras.

—La cuestión no es lo que él piense de mí o de ti —dijo Silarial, acercándose a donde Kaye estaba de pie. Sus palabras fueron suaves, pronunciadas con gran cuidado—. Utiliza su nombre. Termina con la guerra.

Kaye sonrió.

—Podría, sabes. Realmente, realmente podría.

Él parecía muy serio, pero su voz fue tan suave como la de la Reina Luminosa.

—¿Me controlarás, Kaye? ¿Debo arrodillarme ante mi nueva ama y temer el látigo de su lengua?

Kaye no dijo nada. Su ira era una cosa viva en su interior, retorciéndose en sus entrañas. Quería hacerle daño, humillarle, hacerle pagar por todo lo que sentía.

—¿Y si prometo que no usaré el nombre, que ni siquiera lo repetiré? —dijo Silarial—. Sería solo tuyo para mandar sobre él. Tu juguete. Yo te aconsejaría sobre como usarle.

Kaye todavía no decía nada. Tenía miedo de lo que podría salir si abría la boca.

Roiben palideció.

—Kaye, yo... —Cerró los ojos—. *No* —dijo, pero ella podía oír la desesperación en su voz. Eso la enfureció incluso más. La hizo desear decepcionar sus expectativas.

Silarial habló tan cerca del oído de Kaye que la hizo estremecer.

—Debes controlarle, lo sabes. Si no, yo amenazaría a tu madre, a ese chico humano tuyo, a tu hermana de cambio. Serías persuadida. No te sientas mal por ceder ahora.

—Di que no lo repetirás —dijo Kaye—. No solo "si prometo" sino un auténtico juramento.

La voz de Silarial era todavía un susurro.

—No pronunciaré el verdadero nombre de Roiben. No le daré órdenes con él, ni lo repetiré a ningún otro.

—Rath Roiben —dijo Kaye. Él se sobresaltó y su mano fue a la empuñadura de su cinto,

pero se quedó allí. Sus ojos permanecían cerrados. *Rye*. La palabra era veneno en sus labios.
Rath Roiben Rye.

—Riven —terminó Kaye—. Rath Roiben Riven, haz lo que te ordeno.

Él la miró rápidamente, con los ojos abiertos de par en par con esperanza.

Kaye podía sentir su propia sonrisa hacerse más y más cruel. Mejor que hiciera lo que ella decía, exactamente. Si no lo hacía, Silarial sabría que Kaye había dicho el nombre equivocado.

—Lame la mano de la Reina Luminosa, Rath Roiben Riven —dijo—. Lámela como el perro que eres.

Se hincó sobre una rodilla. Casi se alzó antes de recordarse a sí mismo la situación y pasar la lengua por la palma de Silarial. La vergüenza coloreó su cara.

Silarial rió y se limpió la mano en el vestido.

—Encantador. ¿Y ahora qué más deberíamos hacerle hacer?

Roiben miró a Kaye.

Ella sonrió burlescamente.

—Me lo merezco —susurró él—. Pero, Kaye, yo...

—Dile que no hable.

—Silencio —dijo Kaye. Sintióse mareada de odio.

Roiben bajó los ojos y se quedó en silencio.

—Ordénale que me jure lealtad, que sea por siempre siervo de la Corte Luminosa.

Kaye contuvo el aliento. Eso no podía hacerlo.

La cara de Roiben estaba sombría.

Kaye sacudió la cabeza, pero la furia había reemplazado al miedo.

—No he terminado con él aún.

La Reina Luminosa frunció el ceño.

—Rath Roiben Riven —dijo Kaye, intentando pensar en alguna orden que pudiera darle para ganar tiempo. Intentando pensar en una forma de retorcer las palabras de Silarial o poner alguna objeción que la Reina Luminosa pudiera creer— quiero que...

Un grito desgarró el aire. Silarial se alejó de ellos unos pocos pasos, distraída por el sonido.

—Kaye... —dijo Roiben.

Un grupo de hadas se abrió paso entre la canopia, Ethine entre ellas.

—Mi señora —dijo un chico, entonces se detuvo como si le sorprendiera la visión del Señor de la Corte Oscura de rodillas—. Ha habido una muerte. Aquí.

—¿Qué?—La Reina miró hacia Roiben.

—El humano... —empezó uno de ellos.

—¡Corny! —chilló Kaye, empujando entre la cortina de ramas de sauce, olvidando a Silarial, las órdenes, todo excepto a Corny. Corrió en la dirección en que habían ido los demás, hacia donde una multitud se había agolpado y Talathain apuntaba una extraña ballesta. Hacia Cornelius.

La tierra donde estaba sentado se había marchitado en dos círculos alrededor de sus manos, diminutas violetas se habían vuelto marrones y se habían marchitado, las setas venenosas se habían secado, la tierra misma palidecía bajo sus dedos. Junto a Corny descansaba el cuerpo de Adair, con un cuchillo todavía en la mano, el cuello y parte de su cara marchitos y oscuros. Sus ojos muertos miraban al cielo sin sol.

Kaye se detuvo bruscamente, tan aliviada de que Corny estuviera vivo que casi de desmayó.

Luis estaba de pie cerca, con la cara pálida. Su abrigo púrpura le colgaba de los hombros.

—Kaye —dijo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella. Arrodillándose junto al cuerpo, Kaye se deslizó el cuchillo de Adair en la manga, la empuñadura oculta en la cuna de su mano.

—Neil le mató —dijo Luis finalmente, con voz baja—. A las hadas luminosas no les gusta ver la muerte... especialmente aquí, en su corte. Les ofende, les hace recordar que incluso ellos finalmente....

Corny rió de repente.

—Apuesto a que este no lo vio venir. No de mí.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Kaye—. ¡Corny! ¡Levanta!

Corny levantó la mirada hacia ella. Sonaba extraño, distante.

—No creo que vayan a dejarme marchar.

Kaye miró a la creciente multitud de hadas. Silarial estaba de pie junto a Talathain. Ethine observaba como Roiben hablaba con Ellebere y Ruddles. Algunas hadas señalaban al cuerpo con incredulidad, otras se desgarraban las vestiduras y gemían.

—Prometiste que Corny estaría a salvo —dijo Kaye a la Reina. Estaba ganando tiempo.

—*Está* a salvo —dijo Silarial—. Mientras uno de los míos yace muerto.

—Nos vamos. —Kaye se apartó de Corny. Le temblaban las manos y podía sentir el filo del cuchillo contra su piel. Solo unos pocos pasos más.

—Déjales marchar —dijo Roiben a Silarial.

Talathain giró su ballesta hacia Roiben.

—No presumas que puedes darle órdenes.

Roiben rió y sacó su espada, lentamente, como desafiando a Talathain a disparar. Sus ojos estaban llenos de rabia, pero parecía aliviado, como si la claridad de su odio empujara hacia atrás su vergüenza.

—Vamos —dijo—. Hagamos otro cadáver entre los dos.

Talathain dejó caer la ballesta y buscó su propia hoja.

—Largo tiempo llevo esperando este momento.

Giraron ambos en un círculo y la gente mágica retrocedió, dejándoles espacio.

—Déjame luchar con él —dijo Dulcamara, toda vestida de rojo, con el pelo atado en cuerdas que luego se entretejían en una trenza negra.

Roiben sonrió y sacudió la cabeza. Girándose hacia Kaye, formó con la boca las palabras "Vete", y después se volvió hacia Talathain.

—Detenlos —dijo Silarial a Kaye—. Ordénale que pare.

Avanzando y retrocediendo, parecían compañeros en una danza rápida y mortífera. Sus espadas chocaban.

Ethine dio un paso hacia su hermano y después se detuvo. Se giró con ojos suplicantes hacia Kaye.

—Roiben —chilló Kaye—. Alto.

Él se quedó como una piedra. Talathain bajó su arma con lo que parecía ser disgusto.

Silarial se acercó a Roiben. Pasó la mano por su mejilla y después se volvió para mirar a Kaye.

—Si quieres salir de aquí con tus amigos —dijo Silarial— ya sabes lo que tienes que ordenarle hacer.

Kaye asintió con la cabeza, caminando hacia ellos, con el corazón palpitando tan fuerte que lo sentía como un peso en su interior. Se detuvo junto a Ethine. Tenía que haber una forma de que Luis, Corny y ella misma fueran libres antes de que Silarial averiguara que Kaye no había usado el verdadero nombre de Roiben. Necesitaba algo que pudiera intercambiar, algo que estuviera dispuesta a intercambiar.

Kaye puso el cuchillo de Adair en el cuello de Ethine.

Oyó su nombre repetido por media docena de voces resonantes.

—¡Corny! ¡Levanta! ¡Luis, ayúdale! —Tragó con fuerza—. Nos vamos ya mismo.

Silarial ya no estaba sonriendo. Parecía atónita, sus labios blancos.

—Hay cosas que podría...

—¡No! —gritó Kaye—. Si tocas a mi madre, cortaré a Ethine. Si tocas al hermano de Luis, cortaré a Ethine. Voy a salir de aquí con Luis y Corny, y si no quieres que ella sufra daño, tú y todos los tuyos nos dejaréis hacerlo.

—Mi Señora —jadeó Ethine.

Talathain apuntó su espada en dirección a Kaye, retorciéndola como una promesa.

—Dejad que la pixie y los humanos pasen —dijo Silarial—. Aunque creo que se arrepentirá.

Con un ondeo de la mano de Silarial, el encanto desapareció. Kaye se encontró a sí misma bebiendo el aire profundamente, saboreando de repente el verde de las plantas y oliendo la rica tierra oscura y los gusanos que se retorcían en ella. Había olvidado las vertiginosas sensaciones de ser un hada y el terrible peso de un encanto tan poderoso; había sido como tener los oídos llenos de algodón. Casi tropezó, pero se enterró las uñas en la mano y recuperó el equilibrio.

—No con mi hermana —dijo Roiben—. Mi hermana no, Kaye. No te lo permitiré.

—Rath Roiben Riv... —empezó Kaye.

—Ese no es mi nombre —dijo él, y hubo jadeos entre las otras hadas.

Kaye le miró a los ojos y puso toda la furia que sentía en su voz.

—No puedes detenerme. —Empujó a Ethine hacia Luis y Cornelius—. Inténtalo, y te *daré* una orden.

Un músculo se sacudió en la mandíbula de Roiben. Sus ojos eran tan fríos como el acero.

Marcharon entre ellos, abriéndose camino hacia el borde de la isla. Cuando treparon al bote de hielo que había varado entre los juncos, Ethine dejó escapar un suave sonido que no fue del todo un sollozo.

Se alejaron remando hacia la costa cubierta de nieve, pasando junto a un joven de pie, tan rígido como un cascanueces navideño, su bufanda roja y oro metida en un abrigo trenca. Sus labios y mejillas estaban sonrojados de azul, y la escarcha cubría su barbilla como rastrojo. Sus ojos pálidos y hundidos todavía miraban fijamente hacia las olas. Incluso en la muerte, esperaba servir a la Corte Luminosa.

Kaye nunca huiría lo suficientemente lejos para escapar de todos ellos.

Capítulo 10

*Ganar cien victorias en cien batallas no es la cima de la habilidad.
Someter al enemigo sin pelear es la culminación de la habilidad.*

Sun Tzu, “El arte de la guerra”

El coche estaba todavía aparcado en la cuneta de la autopista, la ventana del pasajero revestida de salpicaduras de aguanieve que se habían congelado en hielo. La puerta soltó un crujido cuando Luis la abrió.

—Entra —dijo Kaye a Ethine.

El corazón de Kaye latía como una carraca y su cara estaba tan fría como sus dedos; todo el calor de su cuerpo había sido consumido por el pánico.

Ethine miró al coche con recelo.

—El hierro —dijo.

—¿Por qué no nos están siguiendo? —preguntó Luis, mirando hacia atrás sobre su hombro.

—Lo hacen —dijo una voz.

Kaye chilló, alzando automáticamente el cuchillo.

Sorrowsap apareció sobre el camino, con sus negras y holgadas ropas, y sus botas crujendo en la gravilla mientras cruzaba hacia ellos.

—Mi Señor Roiben estaba disgustado conmigo por permitirnos atravesar el agua —dijo con voz amenazante—. Estará aún más disgustado si no os marcháis inmediatamente. Vamos. Yo retendré todo lo que venga. Cuando crucéis la frontera de la Corte Oscura, estaréis a salvo.

—Debes ver que sería una locura retenerme contra mi voluntad —dijo Ethine, tocando el brazo de Kaye—. Estás lejos de la corte. Permíteme volver y hablaré en tu beneficio. Juro que lo haré.

Luis sacudió la cabeza.

—¿Qué va a evitar que hagan daño a mi hermano si te dejamos marchar? Lo siento. No podemos. Todos tenemos personas a las que amamos y que tenemos que proteger.

—No dejes que me lleven —dijo Ethine, postrándose a sus pies y agarrando la huesuda mano de Sorrowsap—. Mi hermano querría que volviera con mi gente. Él me está buscando, incluso ahora. Si le eres leal, me prestarás ayuda.

—¿Así que supongo que Roiben ya no es tan villano? —le preguntó Kaye— ¿Ahora es tu amado hermano?

Ethine apretó la boca en una delgada línea.

—No tengo órdenes de ayudarte —dijo Sorrowsap, liberando sus dedos del apretón de Ethine—. Y poco deseo ayudar a nadie. Yo hago lo que me han encomendado.

Ethine se levantó lentamente y Luis le agarró el brazo.

—Sé que eres una gran dama y todo eso, pero tienes que entrar en el coche ahora.

—Mi hermano te odiará si me haces daño —le dijo a Kaye, con los ojos entrecerrados.

Kaye se sintió enferma, recordando la última y terrible mirada que le había lanzado él.

—Venga, sólo vamos a hacer un viaje por carretera. Podemos jugar a *Yo Espía*.

—Adentro. Ahora —le dijo Luis.

Ethine subió al asiento de atrás y se deslizó sobre el agrietado vinilo y la desgarrada espuma. Su cara estaba rígida de miedo y furia.

Corny dibujó un remolino a lo largo de la capota y ésta casi inmediatamente se oxidó. No parecía notar que estaba de pie descalzo sobre la nieve.

—Soy un asesino.

—No, no lo eres —dijo Luis.

—Si no soy un asesino —preguntó Corny— ¿cómo es que sigo matando gente?

—Hay bolsas de plástico aquí —dijo Kaye. Se estiró en el hueco del asiento de atrás y las sacó de entre los montones de latas de refresco vacías y envoltorios de comida rápida—. Póntelas hasta que consigamos guantes.

—Oh, muy bien —dijo Corny con una medio-sonrisa lunática—. No quiero estropear el volante.

—Tú no vas a conducir —dijo Luis.

Kaye envolvió las manos de Corny en las bolsas y lo condujo hasta el asiento del

pasajero. Ella saltó detrás, junto a Ethine.

Luis arrancó el coche y, por fin, estaban en marcha. Kaye miró a través de la luneta trasera, pero ningún hada parecía haberlos seguido. No volaban sobre sus cabezas, no caían sobre ellos como un enjambre y detenían el coche.

El cálido aire, saturado de hierro de la calefacción, embotaba los pensamientos de Kaye, pero se obligó a abrir los ojos. Cada vez que el sueño aturdidor amenazaba con pillarla desprevenida, el terror a que el ejército estuviera casi sobre ellos la despertaba de golpe. No apartó los ojos de las ventanillas, pero le parecía que las nubes estaban oscurecidas por alas y que el bosque que atravesaban estaba lleno de bocas hambrientas.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Luis

Kaye recordó los largos dedos de Roiben anudados en el rojo cabello de Silarial, las manos que la arrastraban hacia él.

—¿Adónde vamos al menos? —preguntó Corny— ¿Dónde está el lugar seguro al que tanto nos apresuramos a llegar? Quiero decir, creo que tenemos más posibilidades con Roiben que con Silarial, pero ¿qué pasará cuando entreguemos a Ethine? ¿Realmente crees que Silarial nos va a dejar en paz? Maté a Adair. Lo maté.

Kaye hizo una pausa. La enormidad de lo aislados e indefensos que estaban se asentó en sus huesos. Habían cogido un rehén que ambas cortes querían de vuelta, y Silarial necesitaba algo que solo Kaye sabía. No había armas secretas esta vez, ningún misterioso caballero hada que preservara su seguridad. Solo había un coche viejo y chungo y dos humanos que no se habían merecido ser arrastrados a esto.

—No lo sé —dijo.

—No existe nada parecido a la seguridad —dijo Corny— Justo como yo decía. No para nosotros. Ya no.

—No hay seguridad para nadie —dijo Luis.

Kaye se sorprendió de lo tranquilo que sonaba.

Ethine gimió en el asiento trasero.

Luis la miró por el espejo retrovisor

—Es el hierro —dijo Corny.

Luis asintió, incómodo.

—Sé que les molesta.

Corny sonrió con satisfacción.

—Sí, ten cuidado. Podría vomitarte encima.

—Cállate —dijo Kaye—. Está enferma. No está tan acostumbrada a esto como yo.

—Bienvenidos a New Jersey —leyó Corny en una señal—. Creo que podemos parar en la próxima zona de descanso. Para que coja aire. Deberíamos estar ya en tierras de la Corte Oscura.

Kaye escudriñó los cielos tras ellos, pero aún no había señal de que estuvieran siendo perseguidos. ¿Iban a haber negociaciones? ¿Les dispararían con flechas que se enterrarían en sus corazones? ¿Estaban Silarial y Roiben trabajando juntos para recuperar a Ethine? Habían abandonado el mapa de lo que Kaye conocía, y sentía como si estuviera a punto de caer por el borde del mundo.

Una ráfaga de aire limpio y helado la despertó de su ensueño.

Se habían detenido en una estación de servicio y Luis estaba saliendo. Este se dirigió hacia la estación mientras Corny se quedaba llenando el tanque. Sus manos enfundadas en bolsas resbalaron y el delgado plástico se rasgó. Corny se tambaleó hacia atrás por la sorpresa y la gasolina salpicó el lateral del coche.

Kaye salió tropezando. El aire estaba saturado con los vapores de la gasolina.

—¿Qué pasó allá atrás? —le preguntó en voz baja—. ¿Mataste a Adair? ¿Por qué?

—¿No crees que lo hiciera sólo porque podía? Maté a Nephamael, ¿no? —Corny metió la boquilla otra vez en el coche.

—Nephamael ya se estaba muriendo —dijo Kaye. El corazón le dolió.

Él se pasó las manos embolsadas por el pelo con fuerza, como si quisiera arrancárselo. Después extendió la mano ante él.

—Todo pasó tan deprisa. Adair estaba hablando conmigo, intentando asustarme, y yo estaba intentando asustarle a él. Entonces se acercó Luis. Adair lo agarró... estaba dando la lata sobre como Silarial no había prometido que Luis fuera a estar a salvo. Dijo que debería sacarle a Luis el otro ojo, y puso el pulgar justo sobre él. Y yo sólo... sólo le agarré la muñeca y lo empujé. Después le agarré la garganta. Kaye, cuando estaba en la escuela, me pateaban el culo con bastante regularidad. Pero maldición... no tuve que apretar muy fuerte. Solo lo agarré y entonces estaba muerto.

—Ya veo... —empezó Kaye.

Corny sacudió la cabeza.

—No me digas que lo sientes. Yo no lo siento.

Ella apoyó la cabeza en su hombro, aspirando el olor del conocido sudor.

—Entonces yo tampoco lo siento —dijo.

Luis salió de la pequeña tienda con un par de guantes de fregar color amarillo limón y

unas chanclas. Kaye miró hacia abajo y notó que los pies de Corny estaban aún descalzos.

—Póntelos —le dijo Luis, evitando mirar a ninguno de los dos a la cara.

—Hay un restaurante cruzando la calle. Podríamos conseguir algo de comer. He llamado a Dave y va a esconderse con una amiga en Jersey. Le dije que saliera de territorio de la Corte Luminosa... aunque la ciudad esté principalmente llena de exiliados.

—Deberías llamar a tu madre —dijo Corny, sacando su móvil—. La batería está muerta. Puedo cargarlo en el restaurante.

—Tenemos que coger otra ropa al menos —dijo Kaye—. Todos estamos vestidos como chiflados. Vamos a destacar.

Luis se asomó al coche. Ethine lo miró con sus afilados ojos grises.

—¿Chicas, no podéis usar encanto? —preguntó.

Kaye negó con la cabeza. El mundo se tambaleaba un poco.

—Me siento como una mierda. Quizás un poco.

—No creo que unas camisetas vayan a compensar el hecho de que seas verde —dijo Luis, dándose la vuelta—. Sácala. Tendremos una oportunidad con el restaurante atestado.

—No presumas que puedes darme órdenes. —Ethine caminó cuidadosamente sobre el asfalto y vomitó sobre las ruedas. Corny sonrió.

—Vigíla... podría intentar huir —dijo Luis.

—No lo creo —Corny frunció el ceño—. Parece bastante enferma.

—Espera un minuto —dijo Kaye.

Se inclinó sobre Luis y alcanzó el bolsillo del abrigo a cuadros púrpura que llevaba él puesto... su abrigo. Sacó unas esposas forradas de piel. Después de enganchar una en la muñeca de Ethine, abrochó la otra en su propia mano.

—¿Qué es esto? —protestó Ethine.

Luis rió a carcajadas.

—No.—Miró a Corny—. Dime que *no* tiene un par de esposas a mano por si acaso se le ocurre coger un prisionero.

—¿Qué puedo decir? —preguntó Corny.

Ethine se estremeció.

—Todo apesta a basura, hierro y putrefacción.

Corny se quitó la chaqueta de cuero y Ethine la cogió agradecidamente, deslizándosela sobre el brazo libre.

—Si, Jersey huele de maravilla—dijo él.

Concentrándose, Kaye ocultó sus alas, cambiando el color de sus ojos y su piel. Solo

tenía energía para eso. El paseo en coche y desprovista del encanto humano de la Reina, había dejado agotada. Ethine ni siquiera se había molestado en hacer sus propias orejas menos puntiagudas o sus rasgos menos elegantes o inhumanos. Mientras subían las escaleras Kaye consideró decir algo, pero se mordió la lengua cuando Ethine se encogió ante el metal de la puerta. Si Kaye se sentía mal, Ethine probablemente se sentiría peor.

El exterior del restaurante era de piedra artificial y estuco beige con un cartel en la puerta proclamando “BIENVENIDOS CAMIONEROS”. Alguien había pintado descuidadamente las ventanas con renos, Santas y grandes guirnaldas. Dentro, fueron acomodados sin una segunda mirada por parte de una mujer mayor y robusta, con el pelo blanco cuidadosamente acicalado. Ethine miraba fijamente su arrugada cara con manifiesta fascinación

Kaye se deslizó en el reservado, dejando que el familiar aroma a café recién preparado la invadiera. No le importaba que apestara a hierro. Este era el mundo que ella conocía. Casi la hacía sentir a salvo.

Un guapo chico latino les pasó los menús plastificados y les sirvió agua.

Luis la bebió agradecido.

—Estoy hambriento. Prácticamente acabé todas mis barritas energéticas ayer.

—¿Realmente tenéis más poder sobre nosotros si comemos vuestra comida? — preguntó Corny a Ethine.

—Lo tenemos —dijo Ethine.

Luis le lanzó una sombría mirada.

—Así que yo... —comenzó Corny, pero después abrió su menú, ocultó la cara, y no terminó.

—Eso debilita —dijo Ethine—. Comer otra cosa. Eso ayuda.

—Tengo que hacer una llamada —le dijo Kaye a Corny.

Corny se inclinó para enchufar el cable en una salida situada debajo de un cuadro de alegres árboles y un alce. Se incorporó y le pasó el delgado teléfono a Kaye.

—Mientras no lo arranques de la pared, puedes usarlo mientras se carga.

Ella marcó el número de su madre, pero el teléfono solo sonó y sonó. Nada de buzón de voz. Nada de contestador automático. Ellen no creía en mensajes grabados que podía olvidar revisar.

—Mama no está en casa —dijo Kaye—. Necesitamos un plan.

Corny dejó el menú.

—¿Cómo vamos a idear un plan cuando no sabemos lo que va a hacer Silarial?

—Tenemos que hacer algo —dijo Kaye—. Primero. Ahora.

—¿Por qué? —preguntó Luis.

—La razón por la que Silarial quería que fuera a la Corte Luminosa es que yo sé el verdadero nombre de Roiben.

Ethine miró a Kaye, con los ojos abiertos de par en par.

—Oh —dijo Corny—. Vale. Mierda.

—Me las arreglé para engañarla sobre cual es su nombre por un tiempo, pero ahora sabe que se la he jugado.

—Que típica pixie eres —dijo Ethine.

Podría haber dicho más, pero en aquel momento la camarera se acercó, sacando boli y papel de su delantal.

—¿Qué puedo servirlos chavales? Tenemos una tortita especial de yema saliendo ahora mismo.

—Café, café, café y café —dijo Corny señalando alrededor de la mesa.

—Un batido de fresa —dijo Luis—. Palitos de mozzarella y una hamburguesa de luxe.

—¿Cómo la quieres? —preguntó la camarera.

Luis la miró extrañado.

—Como sea. Solo cocínela.

—Filete y huevos —dijo Corny—. Carne, quemada. Huevos, blandos por encima. Tostadas secas de centeno.

—Pollo *souvlaki* en pan de pita —dijo Kaye—. Extra de salsa *tzatziki* para mis patatas fritas, por favor.

Ethine los miró a todos sin comprender y después miró el menú frente a ella.

—Pastel de arándanos —dijo finalmente.

—¿Chicos, habéis estado en el *Renacimiento de Las Hadas* de Tuxedo?—preguntó la mujer.

—Lo ha adivinado —dijo Corny.

—Bueno, todos estáis realmente monos. —Sonrió mientras recogía los menús.

—Que horrible estar muriéndote toda la vida —dijo Ethine con un estremecimiento mientras la camarera se alejaba.

—Tú estas más cerca de morir que ella —le dijo Luis. Derramó una línea de azúcar en la mesa, se chupó el dedo, y lo pasó sobre el polvo.

—No vais a matarme. —Ethine levantó la mano esposada—. No sabéis qué hacer. Sólo sois niños asustados.

Kaye tiró bruscamente del otro extremo de las esposas, bajando la mano de Ethine al

asiento forrado de vinilo del reservado.

—Oí algo sobre un duelo. Silarial acordó darte su reino si Roiben ganaba. ¿Qué pasa con eso?

Ethine se giró y miró a Kaye confusa.

—¿Silarial estuvo de acuerdo?

—Bueno, quizás estaba distraída por todos los besos que precedieron al asunto.

—Guau —dijo Corny—. ¿Qué?

Kaye asintió

—No es que se lanzara sobre ella, pero había algo definitivamente excitante y sexy en ese cortejo. —Su voz sonaba ronca.

Ethine sonrió hacia la mesa

—Él la besó. Eso me complace. Siente algo por ella, incluso ahora.

Kaye frunció el ceño. Intentó pensar en una excusa para tirar de nuevo de las esposas.

—Vuelve a lo que sabes del duelo —animó Luis.

Ethine se encogió de hombros

—Tendrá lugar en territorio neutral... la isla de Hart lejos de Nueva York... un día por la noche. En el mejor de los casos, mi hermano podría ganar para la Corte Oscura unos pocos años de paz, quizás suficiente tiempo como para reunir una gran legión de seres mágicos o una mejor estrategia. En el peor, podría perder sus tierras y su vida.

—No suena como si valiera la pena —dijo Corny.

—No, espera —dijo Kaye, sacudiendo la cabeza—. El problema es que suena como si realmente valiera la pena. Parece como si fuera *posible* que él ganara. Apuesto a que Roiben cree que puede ganar a Talathain. Silarial no quería que lucharan hoy, pero a Roiben no parecía importarle. ¿Por qué iba a darle ella siquiera una oportunidad de ganar?

Luis se encogió de hombros.

—¿Quizás no es divertido si es demasiado fácil tomar el poder de la Corte Oscura?

—Quizás tiene algún otro plan —dijo Kaye—. Alguna forma de dar a Talathain alguna ventaja.

—¿Qué tal frías balas de hierro? —dijo Corny—. Concuerta con su uso de aquel enorme camión. Eso fue todo un despliegue de tecnología mortal.

—¿Es una bala realmente más terrible que una punta de flecha que atraviesa tu piel para golpear tu corazón? —preguntó Ethine—. Ningún arma mortal le matará.

Luis asintió con la cabeza

—Entonces es el nombre de Roiben. Eso es lo más obvio ¿no?. Entonces todo el duelo se convierte en una cortina de humo porque ella puede obligarle a perder.

—Sea cual sea el plan de mi Reina, imagino que está más allá de vuestro entendimiento —dijo Ethine.

La camarera llegó y sirvió café en sus tazas. Corny levantó la suya en una mano enguantada de amarillo.

—Aquí tenemos. —Miró a Ethine—. Llegados a esta mesa por amistad o destino... o en tu caso porque eres una prisionera... y aquí está el dulce bálsamo del café, por cuya gracia concluiremos la tarea que tenemos ante nosotros y sabremos lo que necesitamos saber. ¿De acuerdo?

Tres de ellos alzaron sus tazas de café y brindaron juntos. Kaye brindó su taza contra la de Ethine.

Corny cerró los ojos en éxtasis mientras tomaba el primer sorbo. Después suspiró y les miró.

—De acuerdo, ¿entonces, de qué estábamos hablando?

—El plan —dijo Kaye—. El plan que no tenemos.

—Es difícil trazar un plan para desbaratar algún otro plan del que no sabes nada —dijo Luis.

—Esto es lo que creo que deberíamos hacer —dijo Corny—. Escondernos hasta que acabe el duelo. Nos rodeamos de hierro y la conservamos por seguridad. —Gesticuló hacia Ethine con su cucharilla de café, y algunas gotas salpicaron la mesa. Una golpeó el vestido de la mujer hada, penetrando en el extraño tejido—. Así, Kaye, si tú eres el eje del plan de Silarial, el plan no se llevará a cabo. El duelo transcurrirá justamente. Puede ganar el mejor monstruo.

—No sé —dijo Kaye. La camarera puso un plato humeante ante ella. La boca se le hizo agua con el aroma de las cebollas guisadas. Al otro lado de la mesa, Luis pilló un palito de mozzarella y lo arrastró por el plato de salsa—. Siento que deberíamos estar haciendo algo más. Algo importante.

—¿Sabes qué es el ajedrez de hadas? —preguntó Corny

Kaye sacudió la cabeza.

—Es como lo llaman cuando cambias las reglas del juego. Por lo general es solo una simple variación.

—¿Realmente lo llaman así? —dijo Kaye—. ¿En un club de ajedrez?

Él asintió

—Y yo debería saberlo.

—No había absolutamente ningún arándano en ese pastel, ¿verdad? —preguntó Ethine mientras entraba en el coche detrás de Kaye, con las esposas tensas.

—No sé —dijo Corny—. ¿Cómo estaba?

—Apenas comestible —dijo Ethine.

—Correcto, eso es lo bueno de los restaurantes. La comida es mucho más sabrosa de lo que esperas. Como aquellos palitos de mozzarella.

—Mis palitos de mozzarella —dijo Luis mientras arrancaba el coche.

Corny se encogió de hombros, una malvada mueca cruzó sus facciones.

—¿Preocupado por pillar mis gérmenes?

Luis pareció asustado, después bruscamente enfadado.

—Cierra.

Kaye atizó a Corny en la nuca, pero cuando él se giró hacia ella, su expresión era difícil de descifrar. Ella intentó formar con la boca una pregunta silenciosa. Él sacudió la cabeza y se volvió hacia la carretera, dejándola más perpleja que antes.

Kaye se reclinó contra las almohadillas de los asientos, dejando su encanto escurrirse con alivio. Estaba llegando a odiar su peso.

—Una vez más, os digo que debéis liberarme —dijo Ethine—. Estamos bastante lejos de la Corte y mi continuada cautividad solo los atraerá hasta vosotros.

—A nadie le gusta ser un rehén —dijo Luis, y había algo de satisfacción en su voz—. Pero creo que van a venir te tengamos retenida o no. Y estamos más seguros contigo aquí.

Ethine se volvió hacia Kaye.

—¿Y vas a dejar que los humanos hablen por ti? ¿Tomarás partido contra tu gente?

—Creía que estabas encantada de estar aquí —dijo Kaye—. Al menos no tienes que ver como tu amada Reina asesina a tu amado hermano. De quien probablemente esté enamorada.

Mientras decía esto su estomago se cerró. Las palabras resonaron en sus oídos, como si le estuviera condenando.

Ethine cerró la boca en una delgada y pálida línea.

—Sin mencionar el pastel —dijo Corny.

Las salidas pasaban mientras Kaye miraba fijamente por la ventanilla, sintiéndose enferma, indefensa y culpable.

—¿Tenemos que recoger a Dave en algún sitio? —preguntó Corny suavemente, con voz queda, de forma que Kaye supo que ella no estaba incluida en la conversación.

Luis sacudió la cabeza

—Llamaré desde tu casa. Mi amiga Val dice que ella lo recogerá en la estación y le echará un ojo. Probablemente podrá incluso dejar que se quede con ella si es necesario. — Suspiró—. Solo espero que mi hermano subiera realmente al tren.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó Corny.

—No le gusta hacer lo que yo digo. Hace casi un año, Dave y yo estábamos viviendo en una estación abandonada del metro. Estaba llena de mierda, pero el hierro mantenía alejadas a las hadas, y este trato que yo había alcanzado con las hadas mantenía alejadas la mayoría de ellas. Entonces Dave conoció a una chica yonqui y la trajo a vivir con nosotros. Lolli. Las cosas estaban tensas entre mi hermano y yo antes de eso, pero Lolli solo lo empeoró

—¿Ambos le gustabais? —preguntó Corny.

Luis le lanzó una rápida mirada.

—En realidad no. Dave la seguía como un cachorrillo. Estaba obsesionado. Pero ella... inexplicablemente, yo le gustaba.

Corny rió.

—Lo sé—dijo Luis. Sacudió la cabeza, claramente incómodo—. Divertidísimo ¿verdad? Odio las tripas de esa chica y estoy ciego de un ojo y... De cualquier forma, Dave en realidad nunca me perdonó. Consumía esa droga, Nunca, es mágica, para parecerse a mi. Te deja realmente colocado. Mató a algunas hadas para conseguir más.

—¿Y por eso tienes que trabajar para Silarial? —preguntó Corny.

—Sí. Solo su protección lo mantiene realmente a salvo en Nueva York —Luis suspiró—. Apenas funciona. Los exiliados no están comprometidos con nadie y eran los únicos a los que él estaba matando. Si pudiera solo desengancharse... sé que las cosas mejorarían. El año que viene cumplirá dieciocho. Podríamos solicitar préstamos del estado debido a que nuestros padres están muertos. Ir a la universidad.

Kaye pensó en lo que Dave había dicho cuando estaban en Nueva York, sobre conseguir algo de diversión antes de morir. Se sintió horrible. No estaba pensando en conseguir una educación.

—¿Ir a la universidad para qué? —preguntó Corny.

Luis suspiró.

—Va a sonar estúpido. Pienso en ser bibliotecario... como mi madre... o médico.

—Quiero parar en mi casa —dijo Kaye en voz alta, interrumpiéndolos—. Si giras aquí estamos realmente cerca.

—¿Qué? —Corny giró en el asiento—. No puedes. Tenemos que mantenernos unidos.

—Quiero asegurarme de que mi abuela está bien y coger algo de ropa.

—Eso es una estupidez —Corny giró más en su asiento para mirar atrás hacia ella—. Además, estas esposada a nuestra prisionera.

—Tengo la llave. Puedes esposarla a ti. Mira, me encontraré con vosotros en tu casa después de coger mis trastos. —Se detuvo, rebuscando en su bolsillo—. Tengo que alimentar a mis ratas. Han estado solas durante días y apuesto que su botella de agua esta quedándose vacía.

—¡Nunca volverás a alimentarlas si consigues que te maten las hadas!

—Y yo no deseo ser abandonada sola con dos chicos mortales —dijo Ethine en voz baja—. Si no vas a dejarme libre, entonces estás encargada de mi comodidad.

—Oh, por favor —dijo Kaye—. Corny es gay. No tienes que preocuparte por...

Se detuvo cuando Corny la miró con el ceño fruncido, y tomó aliento. A Corny le gustaba Luis. De eso iba todo el asunto de los palitos de mozzarella y los gérmenes.

—Lo siento. —Formó las palabras con la boca, pero eso solo hizo que se profundizara su ceño—. Gira aquí —dijo finalmente, y Luis giró.

—Malinterpretas mi preocupación —dijo Ethine, pero Kaye la ignoró.

—Sé que quieres comprobar que tu abuela y tu madre están bien. —La voz de Corny era baja—. Pero incluso si tu abuela sabe algo acerca de lo que está pasando con tu madre... lo cual es un tiro muy al azar... realmente dudo que te vaya a gustar lo que oigas.

—Mira —dijo Kaye, y su voz fue tan suave como la de él—. No sé lo que va a pasar a continuación. No sé como solucionaremos las cosas. Pero no puedo desaparecer para siempre sin decir adiós.

—Bien —Señaló él a Luis—. Para aquí. —Miró a Kaye—. Date prisa.

Se detuvieron delante de la casa de la abuela de Kaye. Ella se desesposó la muñeca, le dio la llave a Corny, y salió.

Luis bajó la ventanilla.

—Deberíamos esperarte.

Ella sacudió la cabeza

—Os veré en la caravana chicos.

Todas las luces del segundo piso estaban encendidas, brillando como ojos de fuegos fatuos. Ninguna iluminación navideña decoraba los escalones delanteros, aunque todas las casas vecinas estaban iluminadas, brillantes y centelleantes. Kaye escaló el árbol que había frente a su dormitorio, la congelada corteza era rugosa y familiar bajo sus palmas... Mientras

andaba por el asfalto cubierto de nieve de las tejas pudo ver figuras en su habitación. Agachándose, se asomó mas cerca.

Ellen estaba de pie en la entrada, hablando con alguien. Por un momento, Kaye extendió la mano hacia la ventana, lista para abrirla y llamar a su madre, pero entonces notó que la jaula de sus ratas había desaparecido y sus ropas habían sido apiladas en dos bolsas de basura en el suelo. *Chibi-Kaye*, había dicho Corny, bromeando. Chibi-Kaye entró en la habitación vistiendo la camiseta de *Chow Fat* de Kaye. Le llegaba hasta las rodillas llenas de costras.

La chiquilla parecía una Kaye en miniatura... sucio pelo rubio enredado hasta los hombros, ojos marrones vueltos hacia arriba y una nariz respingona. Mirar a través de la ventana era como ver desde fuera una escena de su propio pasado.

—Mamá —susurró Kaye.

La palabra enturbió el aire, como un fantasma que no podía manifestarse del todo. El corazón le golpeó contra el pecho.

—¿Necesitas algo, Kate? —preguntó Ellen.

—No quiero dormir —dijo la chiquilla—. No me gusta soñar.

—Inténtalo —dijo la madre de Kaye—. Creo...

Lutie bajó volando desde la rama de un árbol, y Kaye se sobresaltó tanto que cayó hacia atrás, resbalando un pequeño tramo en el tejado. Dentro oyó un agudo chillido.

Ellen se acercó a la ventana y miro hacia el nevado tejado, su aliento empañó el cristal. Kaye se escurrió hacia atrás, fuera de la línea de visión de Ellen. Como un monstruo. Como un monstruo esperando a que un niño cayera dormido para así poder deslizarse dentro y comérselo.

—No hay nada —dijo Ellen—. Nadie va a volver a robarte.

—¿Quién es *ella*? —susurró Lutie, posándose en el regazo de Kaye. Las alas de Lutie rozaron los dedos de Kaye como pestañas batiendo—. ¿Por qué está durmiendo en tu cama y llevando tu ropa? Yo esperé y esperé como tú dijiste. Te has tomado tu tiempo para volver.

—Es la niña que fue tomada para hacerme sitio. Es quién yo creía que era pero no soy.

—¿La cambiada? —preguntó Lutie.

Kaye asintió.

—La chica que pertenece este lugar. La auténtica Kaye.

El frío de la nieve se filtró a través de su vestido de hada, enfriando la piel de debajo. De todas formas, se sentó en el alféizar, espiando a la chica mientras Ellen apagaba todo menos la lámpara de noche.

Fue sencillo esperar hasta que la luz del pasillo se apagó, saltar unos pocos pasos y después empujar para abrir la ventana del ático. Kaye se zambulló dentro, pasando los pies sobre el alféizar y entrando.

Sus pies tocaron las tablas del suelo cubiertas de suciedad, y tiró del interruptor para encender la única bombilla.

Su cadera golpeó una caja, desparramando el contenido. Con la repentina luz, vio docenas y docenas de fotografías. Algunas de ellas estaban pegadas unas a otras, mientras otras estaban masticadas en los bordes, pero todas representaban a una niña pequeña. Kaye se agachó. Algunas veces la chica era un bebé arropado durmiendo en un trozo de hierba, otras veces era una cosita flacucha bailando por ahí con calentadores. Kaye no sabía qué fotos eran de ella y cuales eran de la otra chica... No tenía recuerdos de a qué edad había tenido lugar el cambio.

Kaye dibujó con los dedos en el polvo. *Impostora*, escribió. *Farsante*.

Una ráfaga de viento sopló a través de la abierta ventana, desparramando las fotografías. Con un suspiro, empezó a recogerlas. Podía oler los excrementos de ardillas, las termitas carcomiendo la madera, el alféizar podrido donde la nieve había penetrado. Arriba en los aleros, algo había hecho un nido de aislante rosa, llamativo contra las tablas. Mirándolo, pensó en cucos. Metió las fotos en una caja de zapatos y se dirigió a la escalera.

No había nadie en el baño del segundo piso, pero otra luz nocturna brillaba junto al lavabo. Kaye se sintió vacía en este espacio familiar, como si su corazón hubiera quedado hueco. Pero había adivinado bien, nadie había guardado sus ropas sucias.

Rebuscando en el cesto, sacó camisetas, suéteres y pantalones que había llevado la semana anterior, los hizo una bola, y los lanzó por la ventana sobre el nevado césped. Quería coger sus discos y sus libretas y las novelas también, pero no quería arriesgarse a entrar en su habitación para cogerlos. ¿Y si la cambiada gritaba? ¿Y si Ellen entraba y la veía allí, agarrando el estúpido collar de goma que había birlado en una feria callejera?

Cuidadosamente, Kaye abrió la puerta y avanzó por el pasillo, esforzándose por oír el sonido de sus ratas. No podía dejarlas para que fueran lanzadas a la nieve o regaladas a una tienda de mascotas, como amenazaba su abuela cada vez que la jaula estaba especialmente asquerosa. Sintió pánico ante la idea de no ser capaz de encontrarlas. ¿Quizás alguien las había puesto en el porche cerrado? Kaye bajó deslizándose por la escalera de caracol, pero cuando entraba furtivamente en el salón, su abuela levantó la vista desde el diván.

—Kaye —dijo ella—. No te he oído entrar ¿Dónde estabas? Estábamos muy preocupadas

Kaye podía hacerse invisible con encanto o huir, pero la voz de su abuela sonaba tan normal que la enraizó al sitio. Estaba todavía entre las sombras, el verde de su piel oculto por la oscuridad.

—¿Sabes donde están Isaac y Armageddon?

—En la habitación de tu madre... arriba. Estaban molestando a tu hermana. Tiene miedo de ellos... tiene bastante imaginación. Dice que siempre están hablándole.

—Oh —dijo Kaye—. Bueno.

Un árbol de Navidad estaba colocado cerca de la televisión, adornado con ángeles y guirnaldas relucientes. Era de verdad... Kaye podía oler las agujas de pino y la resina fresca. Debajo había unas pocas cajas envueltas en papel dorado. Kaye no podía recordar la última vez que habían puesto un árbol, y mucho menos comprar uno.

—¿Dónde has estado? —Su abuela se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos.

—Por ahí —susurró Kaye—. Las cosas no fueron demasiado bien en New York.

—Ven, siéntate. Estas poniéndome nerviosa, ahí de pie donde no puedo verte.

Kaye dio otro paso atrás, en la más profunda oscuridad.

—Estoy bien aquí.

—Ella nunca me habló de Kate. ¿Puedes imaginártelo? ¡Nada! ¿Cómo pudo no hablarme de mi propia sangre y carne? Tu viva imagen a esa edad. Una niña tan pequeña y dulce, creciendo separada, robada, de una familia que la ama. El corazón me duele de pensar en ello.

Kaye asintió de nuevo, estúpidamente, aturdidamente. *Robada*. Y Kaye era la ladrona, la ratera de la infancia de Kate.

—¿Dijo Ellen por qué está Kate aquí ahora?

—Creía que te lo había contado... el padre de Kate se ingresó voluntariamente en rehabilitación. Había prometido no molestar a Ellen, pero lo hizo y yo me alegro. Kate es una niña extraña y está claro que la han criado de un modo terrible. ¿Sabías que todo lo que come son brotes de soja y pétalos de flores? ¿Qué clase de dieta es esa para una niña en fase de crecimiento?

Kaye quería gritar. La desconexión entre la normalidad de las cosas que su abuela estaba diciendo y lo que ella sabía que era la verdad parecía insoportable. ¿Por qué su madre le contaría a su abuela una historia como aquella? ¿La había encantado alguien para que creyera que era verdad? La magia ahogaba a Kaye, las palabras que podían conjurar el silencio le quemaban en la boca. Pero se las tragó, porque también quería que su abuela

siguiera hablando, quería que todo fuera normal durante un minuto más.

—¿Ellen se alegra? —preguntó Kaye en voz baja en lugar de eso— ¿De tener... a Kate?
Su abuela bufó.

—En realidad nunca estuvo preparada para ser madre... ¿Cómo podrá apañarse en ese diminuto apartamento? Estoy segura de que se alegra de tener a Kate, ¿qué madre no se alegraría de tener a su hija? Pero está olvidando cuanto trabajo supone. Van a tener que regresar aquí. Estoy segura.

Con creciente terror, Kaye reconoció que Corny había tenido razón desde el primer momento. Darle a su madre una niña cambiada había sido un plan espantoso. Ellen iba a tener que lidiar con su trabajo y la banda, y una niña completamente descarriada. Kaye la había fastidiado, fastidiado realmente, y no tenía idea de cómo repararlo.

—Kate va a sentarte bien —dijo su abuela—. Ya no vas a poder largarte por ahí, perdiéndote las cosas importantes de la familia. No necesitamos dos niñas salvajes.

—¡Para! ¡Para! —dijo Kaye, pero no había magia en sus palabras. Su puso las manos sobre las orejas—. Para ya. Kate no va a sentarme bien...

—¿Kaye? —llamó Ellen desde lo alto de las escaleras.

Aterrorizada, Kaye se dirigió a la puerta de la cocina. La abrió de un tirón, agradeciendo el aire frío en su ardiente cara. En aquel preciso momento odiaba a todo el mundo... odiaba a Corny por tener razón, a Roiben por no estar allí, a su madre y su abuela por haberla reemplazado. Sobre todo se odiaba a sí misma por dejar que todas estas cosas pasasen.

—¡Kaye Fierch! —gritó Ellen desde el umbral con su rara vez utilizada voz de "mama"—. Vuelve aquí ahora mismo.

Kaye se detuvo automáticamente.

—Lo siento —dijo Ellen, y Kaye se giró hacia ella, viendo la aflicción en su cara—. He manejado muy mal las cosas, lo admito. Por favor no me abandones. No quiero que te marches.

—¿Por qué no? —preguntó Kaye en voz baja. Sentía la garganta cerrada.

Ellen sacudió la cabeza, saliendo al césped.

—Quiero explicarte. Lo que ibas a decir la ultima vez, en mi apartamento... cuéntamelo de nuevo

—De acuerdo —dijo Kaye—. Cuando era pequeña, fui cambiada con la... la humana... y tú me criaste, en vez de a la... la chica humana. Yo no lo supe hasta que volvimos a mudarnos aquí y conocí a otras hadas.

—Hadas —repitió Ellen—. ¿Estas segura de que es lo que eres? ¿Un hada? ¿Cómo

puedes saberlo?

Kaye levantó una mano verde, girándola.

—¿Qué más podría ser? ¿Un alien? ¿Una chica verde de Marte?

Ellen tomó una profunda inspiración y la dejó escapar.

—No lo sé. No sé qué hacer con todo esto.

—No soy humana —dijo Kaye, aquellas palabras parecieron cortar hasta el fondo de la cuestión, eso era lo mas terrible e incomprensible de la verdad.

—Pero sueñas... —Ellen se detuvo, corrigiéndose a sí misma—. Por supuesto que sueñas como tú. Eres tú.

—Lo sé —dijo Kaye— Pero no soy quien tú creías que era, ¿verdad?

Ellen sacudió la cabeza.

—Cuando vi a Kate, me asusté mucho. Me figuré que habías hecho algo estúpido para traerla de vuelta de donde sea que la tenían, ¿es verdad? Mira, te conozco. *A ti.*

—Su nombre no es Kate. Ella es Kaye. La auténtica...

Ellen levantó una mano.

—No has contestado a mi pregunta.

—Si —suspiró Kaye—. Hice algo bastante estúpido

—Ves, eres exactamente quién yo creo que eres. —Los brazos de Ellen rodearon los hombros de Kaye y rió con su profunda y áspera risa de fumadora—. Eres mi niña.

Capítulo 11

*Aunque me he cerrado a mí mismo como dedos
tú siempre me abres pétalo a pétalo, como abre la Primavera*

*E. E. Cummings, “A alguna parte donde nunca he viajado,
gustosamente más allá”*

El césped delante del remolque de Corny estaba decorado con un pingüino hinchable gigante que llevaba un sombrero, una bufanda verde y una camisa roja de *Star Trek* completada con una insignia en el lado izquierdo del pecho. Se asentaba sobre el césped, resplandeciendo erráticamente. Cuando Luis aparcó en el paseo de grava, las luces multicolores parpadeaban desde el techo de la caravana de al lado, convirtiendo todo el conjunto en una disco.

—¿No vas a decirme lo hermosa que es la casa que tengo? —dijo Corny, pero la broma pareció forzada, patética.

Ethine se inclinó hacia adelante, con los dedos sobre el asiento de plástico.

Luis apagó el coche.

—¿Ese pingüino está vestido de... ?

—La punta del iceberg —dijo Corny.

Conduciendo a Ethine por las esposas forradas, Luis esperó mientras Corny abría la puerta. Dentro, un árbol de fibra óptica multicolor iluminaba una pila de platos sucios. Muestras enmarcadas de ganchillo colgaban de la pared junto a fotografías firmadas del Capitán Kirk y el

Señor Spock. Un gato bajó de un salto, aterrizando con un ruido sordo y comenzando a gemir.

—Mi habitación está por ese pasillo —susurró Corny—. Hogar dulce hogar.

Luis pisó suavemente sobre la alfombra desgastada, conduciendo a Ethine tras él. Había un olor a moho que Corny no había notado antes. Se preguntó si simplemente estaba acostumbrado a él.

La madre de Corny abrió la puerta del pasillo. Había algo triste en su fino camisón, el pelo enredado por el sueño y los pies descalzos. Le abrazó antes de que pudiera hablar.

—Mamá —dijo Corny—. Este es Luis y... Eileen.

—¿Cómo puedes entrar aquí así sin más? —dijo ella, retrocediendo y examinándole—. Te has perdido la Navidad, este año entre todos los años posibles. La primera Navidad desde el funeral de tu hermana. Creíamos que tú también estabas muerto. Tu padrastro lloró como nunca le había visto hacerlo.

Corny entrecerró los ojos, como si algún problema con su visión pudiera explicar las palabras de su madre.

—¿Me perdí la Navidad? ¿Qué día es?

—Veintiséis —dijo ella—. ¿Qué lleváis puesto los tres? Y tu pelo está negro. ¿Dónde has estado?

Cinco días. Corny gimió. Por supuesto. El tiempo pasa de modo distinto en el País de las Hadas. Habían parecido dos días, cuando en realidad habían sido el doble. Cruzar a esa isla había sido como cruzar a otra franja horaria, como volar a Australia, excepto que no había forma de ganar ese tiempo si volvías.

—¿Qué te pasa? ¿Qué has estado haciendo que no sabes cuando tiempo has estado fuera?

—Corny tiró de su túnica con una mano enguantada de amarillo.

—Mamá...

—No sé si podré perdonarte alguna vez. —Sacudió la cabeza—. Pero es medianoche y estoy demasiado cansada para oír tus excusas. Estoy exhausta de preocupación.

Se giró hacia Luis y Ethine.

—Hay algunas mantas en el armario si tenéis frío; recordad a Corny encender el radiador.

Ethine pareció dispuesta a decir algo, pero Luis habló primero.

—Gracias por dejar que nos quedemos. —Parecía casi tímido—. Intentaremos no ser un problema.

La madre de Corny asintió ausentemente, después entrecerró los ojos hacia Ethine.

—Sus orejas son... —Se giró hacia Corny—. ¿Dónde has estado?

—En una convención de ciencia ficción. Lo siento mucho, Mamá. —Corny abrió la puerta de su habitación y encendió la luz, dejando que Luis y Ethine pasaran junto él, entrando dentro—. En serio, no sé como perdí la noción del tiempo.

—¿Una convención? ¿En Navidad? Espero oír una historia mucho más convincente por la mañana —dijo, y volvió a su propia habitación.

El ordenador ronroneaba en su escritorio, en la pantalla se sucedían una serie de capturas de *Farscape*. Un póster de dos ángeles colgaba sobre su cama, uno de alas negras y otro de alas blancas, con las manos entrelazadas por un cordón de espinas, su sangre era el único color en el enorme papel satinado. Montones de libros estaban apilados donde los había dejado caer a última hora de la noche al caer dormido. Volúmenes de manga posados sobre novelas gráficas y libros de pasta blanda. Pateó unos pocos bajo la cama, avergonzado.

Siempre había pensado que su habitación era una extensión de sus intereses. Ahora, examinándola, pensó que parecía tan ridícula como el pingüino de su césped.

—Tú puedes dormir ahí —dijo Corny a Ethine, asintiendo hacia su cama—. Las sábanas están bastante limpias.

—Que galante —dijo ella.

—Si, lo sé. —Se acercó a su cómoda, donde un rey blanco y uno negro estaban de pie lado a lado. Le gustaba señalar su buen o mal humor dependiendo de cual estuviera delante, pero había dejado de hacerlo después de la muerte de Janet, no había ya ninguna hermana molesta a la que señalárselo. Abriendo los cajones, sacó una camiseta y unos boxers y los lanzó sobre la cama—. Puedes ponerte esto, si quieres. Para dormir.

Luis se desató las botas.

—¿Puedo tomar una ducha?

Corny asintió y rebuscó en busca de la camisa que tuviera el logo menos patético. Encontró una de un desvaído azul marino que decía, "PUEDO BEBER MÁS CAFÉ QUE TU". Levantaba la mirada, listo para ofrecérsela a Luis, y se quedó congelado cuando vio que Ethine se quitaba el vestido con absoluta indiferencia. Las aspas de sus hombros estaban cubiertas por lo que parecían ser brotes de alas, rosa contra el blanco absoluto de su piel. Cuando se hubo pasado los boxers por las delgadas piernas, miró hacia él y sus ojos eran fríos en su vacuidad.

—Gracias —dijo Luis demasiado alto, cogiendo la ropa de sus manos—. Voy a cogerte prestados unos vaqueros, si no te importa.

Corny asintió hacia algunos de ellos apilados en una cesta de ropa limpia.

—Coge los que quieras.

Ethine se sentó en el borde de la cama, los dedos antinaturalmente largos de sus pies descalzos se enterraron en la alfombra cuando Luis salió de la habitación.

—Podría encantarte —dijo.

Él retrocedió, apartando la mirada de su cara.

—No por mucho tiempo. Luis o Kaye entrarían, y a ellos no puedes encantarlos. —Pero, por supuesto, Kaye estaba en casa de su abuela y Luis en la ducha. Una mirada rápida le dijo que no se había molestado en enganchar la otra esposa a nada. Tendría suficiente tiempo.

—Incluso con el sonido de mi voz, podría atarte a mi voluntad.

—No me lo dirías si fueras a hacerlo. —Pensó en la pequeña hada que había capturado la noche de la coronación, y deslizó la mano tras la cómoda, donde estaba apoyado el atizador de hierro—. Es como si yo te dijera que podría hacer que tu piel se marchitara como la de la vieja camarera de ese restaurante, puedes estar bastante segura de que no planeo hacerlo.

—Y tu dulce madre, podría encantarla a ella también.

Él se dio la vuelta, blandiendo la barra a través del aire, hacia su garganta.

—Engancha la otra esposa. Hazlo ahora mismo.

Ella rió, con una risa aguda y ligera.

—Solo pretendía señalar que no deberías haber olvidado eso al traerme aquí, estás poniendo en peligro a aquellos a los que amas.

—Engancha la otra esposa de todos modos.

Ella se inclinó y se esposó a sí misma al cabecero, después se retorció para quedar yaciendo sobre el estómago. Sus ojos grises relampaguearon cuando captaron la luz de la mesilla. Eran tan inhumanos como los ojos de una muñeca.

Cruzando hasta la ventana, Corny sacó la llave de su chaqueta, abrió la ventana, y la tiró a un montón de hojas.

—Buena suerte con lo de darme órdenes ahora. Encantado o no, a alguien le va a llevar un buen rato encontrar esa llave.

La vigiló, atizador en mano, hasta que Luis volvió vistiendo los vaqueros de Corny y con una toalla de playa envuelta alrededor de sus trenzas. La piel color caoba de su pecho estaba todavía sonrosada por el calor de la ducha.

Corny bajó la mirada rápidamente a sus guantes, hacia la fina capa de plástico que le protegía de arruinar todo lo que tocaba. Era lo mejor, bajar la mirada, en vez de arriesgarse a que sus ojos pudieran fijarse demasiado rato en esa piel desnuda.

Luis se desenredó la toalla de la cabeza y pareció notar de repente el atizador y las

esposas.

—¿Qué ha pasado?

—Ethine solo estaba metiéndose conmigo —dijo Corny—. No fue gran cosa. —Dejó la barra de metal y se levantó, saliendo al pasillo y apoyándose contra la pared un momento, con los ojos cerrados, respirando con dificultad. ¿Dónde estaba Kaye? Había pasado casi hora y media; si había sido rápida recogiendo sus cosas y si caminaba rápido, podría aparecer en cualquier momento. Deseó que lo hiciera. Ella siempre venía al rescate, salvándole el culo cuando creía estar más allá de toda salvación.

Pero tenían una rehén espeluznante y no tenía ni idea de cual podría ser el siguiente ataque o cuando ocurriría, y no creía que ni siquiera Kaye pudiera sacarlos de esta.

Ella podía estar en un gran peligro.

Estaba demasiado alterada para pensar con claridad.

Y él la había dejado salir del coche. Ni siquiera había pensado en darle su teléfono.

Separándose de la pared, recogió un montón de mantas y viejas almohadas de un estante sobre el calentador de agua, en el armario del pasillo. Todo se arreglaría... la cosa acabaría bien. Kaye volvería y tendría un plan astuto. Intercambiarían a Ethine por la promesa de seguridad para sus familias y para ellos mismos... algo así, pero más inteligente. Kaye no revelaría el nombre de Roiben. Sin que Silarial conociera su nombre, él ganaría el duelo contra el campeón de la Corte Luminosa. Roiben se disculparía con Kaye. Las cosas volverían a la normalidad, fuera lo que fuera lo normal.

Y Corny se lavaría las manos en el mismo océano que había matado a su hermana, y la maldición desaparecería.

Y Luis le pediría una cita, por ser tan guay y enrollado.

Volviendo al dormitorio, Corny soltó la pila de mantas sobre la cama.

—Kaye puede quedarse en la cama con Ethine cuando aparezca. Nosotros podemos estirar unas cuantas de estas en el suelo. Creo que será soportable.

Luis se había puesto la camiseta prestada y estaba sentado en el suelo, pasando las páginas de una copia muy usada de *Swordspoint*. Levantó la mirada.

—He dormido en sitios peores.

Corny desdobló una manta afgana con un patrón en zigzag de amarillo y verde fluorescente y la arregló, después desenrolló otra capa de manta con una colcha ligeramente manchada de azul pálido encima.

—Ya está —dijo, y empezó a preparar su propia cama junto a esa.

Luis se colocó, tirando de una manta hasta el cuello y estirándose lujuriosamente. Corny

se metió en su catre provisional. Su habitación parecía diferente desde el suelo, como un paisaje alienígena lleno de papel descartado y CDs caídos. Recostando la cabeza hacia atrás, miró hacia las manchas de agua del techo, extendiéndose desde una gota oscura en el centro como los anillos de un viejo árbol.

—Ey, apagaré la luz —dijo Luis, levantándose.

—Todavía esperamos a Kaye. Y a tu hermano, ¿no?

—Intenté llamar otra vez, pero no pude localizarle. Dejé tu dirección a Val... la chica con la iba a quedarse... por si la llama o aparece. Espero que hiciera lo que dijo que haría y cogiera un tren.

Luis se detuvo.

—Sin embargo, sabes, Val dijo algo raro. Tiene un amigo entre las criaturas mágicas exiliadas de la ciudad. Dijo que él había recibido una visita del propio Lord Roiben hace un par de días. Debe haber sido antes de la visita de Roiben a la Corte Luminosa.

Corny frunció el ceño. Su cerebro cansado no podía dar ningún sentido a eso.

—Uh. Raro. Bueno, supongo que ahora todo lo que podemos hacer es esperar. Kaye sabe el camino para entrar. Mejor que lo dejemos e intentemos disfrutar de un poco de auténtico sueño.

Luis apagó la luz, y Corny parpadeó, dejando que sus ojos se ajustaran a la habitación. Las luces navideñas de las caravanas cercanas brillaban lo suficiente como para ver como Luis volvía a acomodarse.

—¿Eres gay? —susurró Luis.

Corny asintió, aunque Luis no pudiera verlo con la luz apagada.

—Lo sabías, ¿no? Actuabas como si lo supieras. Me besaste como si lo supieras.

—Me figuré que no tenía importancia.

—*Que amable* —susurró Corny.

—No, no quería decir eso —dijo Luis, sacando sus pies de una patada de debajo de la manta afgana. Rió suavemente—. Quiero decir, estabas hechizado. Chicas, chicos, no te importaba. Si tenía una boca, lo estabas besando.

—Y tú tenías una boca —dijo Corny. Podía sentir la cercanía de sus cuerpos, notar cada movimiento de sus muslos, la humedad de sus manos dentro de los guantes. Su corazón latía tan fuerte que temía que Luis pudiera oírlo—. Fue muy astuto, sin embargo. Pensaste con rapidez.

—Gracias. —La voz de Luis pareció de algún modo ralentizada, como si no pudiera conseguir suficiente aliento—. No estaba seguro de que funcionara.

Corny deseó recostarse y saborear esas palabras.

Quiso decirle que habría funcionado, incluso si no hubiera estado hechizado.

Quiso decirle que funcionaría ahora mismo.

En vez de eso, se dio la vuelta, de forma que Luis no pudiera verle la cara.

—Buenas noches —dijo, y cerró los ojos contra el pesar.

Corny despertó de un sueño donde había estado chapoteando, al estilo perro, a través de un océano de sangre. Sus piernas estaban cansadas, y cuando perdía el ritmo, se hundía y vislumbraba, a través del rojo, una ciudad bajo las olas, llena de demonios que le llamaban amigablemente.

Despertó mientras su pierna pateaba infructuosamente las mantas. Vio una figura cerca de la ventana y por un momento pensó que era Kaye, entrando a hurtadillas para no molestar a su madre y su padrastro.

—Traído a nosotros directamente a vuestro escondite, lo hizo —siseó una voz—. Solo por un lametón de néctar.

Una corriente fría congeló a Corny.

—Entiendo —oyó susurrar a Luis. Él era la figura, pero Corny no podía ver con quién estaba hablando—. Un trato. Ethine por mi hermano. La llevaré a la puerta principal.

Todo el cuerpo de Corny se tensó por la traición.

El metal centelleó a la luz de la luna cuando la criatura ofreció la llave a través de la ventana. Corny se sentía como un idiota. Les había tirado la llave directamente.

Se quedó muy quieto mientras Luis se acercaba a la cama, entonces le aferró la pierna. Luis cayó y Corny rodó hasta colocarse sobre él. Se arrancó el guante con los dientes y bajó los dedos, extendidos como una red, a centímetros de la cara de Luis.

—Traidor —dijo Corny.

Luis echó la cabeza hacia atrás, tan lejos de las manos de Corny como pudo. Tragó, con los ojos abiertos de par en par.

—Oh, mierda. Neil, por favor.

—¿Por favor qué? ¿Con azúcar encima? ¿Ya es suficiente, por favor, déjame joderte y ponerme ahora encima?

—Tienen a David. Mi hermano. No cogió el tren... en vez de eso acudió a ellos. Le matarán.

—Ethine es lo único que nos mantiene a salvo —dijo Corny—. No puedes comerciar con nuestra seguridad.

—No puedo dejar que se queden con él —dijo Luis—. Es mi *hermano*. Creí que tú lo entenderías. Tú mismo dijiste que no había ningún lugar seguro para nosotros.

—Oh, vamos. ¿Creíste que lo entendería? ¿Por eso estás acechando en la oscuridad? Pareces *realmente seguro*. —Su mano desnuda se cerró en un puño solo a centímetros de la garganta de Luis—. Oh, lo entiendo perfectamente. Entiendo que nos habrías vendido.

—Eso no es... —empezó Luis—. Por favor. —Corny podía sentir el cuerpo de Luis temblar bajo el suyo—. Mi hermano es un capullo... pero no puedo evitar desear salvarle. Es mi hermano.

Las palabras de Roiben volvieron a él. *Cuanto más poder tienes, más buscan los demás formas de controlarte. Lo harán tanto aquellos a los que amas como aquellos a los que odias.*

Corny vaciló, la mano desnuda temblaba. El amor le hizo pensar en Janet, ahogada tras seguir a un chico más allá del muelle. Le hizo pensar en estar bajo la colina, arrodillado a los pies de un Lord de las hadas mientras su hermana tragaba bocanadas de océano. Le hizo pensar en el agua cerrándose sobre su cabeza.

Cualquier cosa que ames, esa es tu debilidad.

Eso no evitaba que Corny deseara haber salvado a su propia hermana. La veía hundirse más y más, solo que esta vez él extendía la mano, y los dedos se ella se pudrían entre los suyos.

Si hubiera tenido una oportunidad, esperaba haber hecho lo que hiciera falta para salvarla. Pero sabía que Luis lo habría hecho. Bajó la mirada hacia el chico que tenía debajo, hacia las cicatrices y los piercings y la forma en que sus trenzas habían empezado a deshilacharse. Luis era *bueno* de una forma en que no lo era Corny. Él no tenía que obligarse a sí mismo a ser bueno. Simplemente lo era.

Corny salió de encima de Luis, su mano maldita deshilachando el acrílico de la alfombra. Se sentía totalmente frío, pensando en lo que casi había hecho. ¿En qué se había convertido?

—Adelante. Llévatela. Cierra el trato.

Luis se quedó con los ojos abiertos de par en par, respirando entrecortadamente. Se puso de pie con rapidez.

—Lo siento —dijo a Corny.

—Es lo que tienes que hacer —dijo Corny.

La llave, atrapando la poca luz que había allí, brillaba como uno de los piercings de la piel de Luis cuando soltó a Ethine. Ella jadeó, poniéndose de rodillas y extendiendo los brazos

como si esperara tener que luchar.

—Tu gente ha venido a buscarte —le dijo Luis.

Ella se frotó las muñecas y no dijo nada. Las sombras hacían que su cara pareciera muy joven, aunque Corny sabía que no lo era.

Le hizo un bulto con su ropa con la mano enguantada.

—Lo siento de verdad —susurró Luis.

Corny asintió. Se sentía como un viejo de cien años, cansado y derrotado.

Se arrastraron por el pasillo, hasta la puerta principal. Esta se abrió con un chirrido para revelar a tres criaturas de pie en la nieve sucia, con las caras graves. El primero de ellos tenía la cara de un zorro y largos dedos que terminaban en garras.

—¿Dónde está Dave? —preguntó Luis.

—Entrégnos a Lady Ethine y le tendrás.

—¿Y nos dejaréis ilesos después de que os la entreguemos? —preguntó Corny—. Dave, Luis, yo y Kaye y todas nuestras familias. Os dejamos marchar y nos dejáis en paz.

—Así será. —El zorro hada habló con tono monótono.

Luis asintió y soltó el brazo de Ethine. Ella salió rápidamente con los pies descalzos y en boxers, quedando entre las otras hadas. Una sacó una capa y la extendió sobre los hombros de Ethine.

—Ahora entregadnos a Dave —dijo Luis.

—Él apenas valía vuestro regateo —dijo uno—. ¿Sabes cómo os encontramos? Él nos condujo hasta aquí a cambio de una bolsa de polvo.

—¡Sólo entregádmelo!

—Como deseas —dijo otro. Asintió hacia alguien que estaba tras el lateral de la caravana y dos más salieron, sujetando un cuerpo entre ellos con una bolsa en la cabeza.

Le dejaron en la entrada. Se derrumbó, con la cabeza colgando.

Luis dio un paso adelante.

—¿Qué le habéis hecho?

—Le matamos —dijo un hada con escamas a lo largo de las mejillas.

Luis se quedó congelado. Corny podía oír su propio corazón tronando en su sangre. Todo parecía muy ruidoso. Los coches en la carretera rugían al pasar y el viento hacía que las hojas crujieran.

Corny se agachó y retiró la bolsa de tela. La cara cenicienta de Dave parecía hecha de cera. Círculos oscuros rodeaban sus ojos hundidos, y su ropa estaba arrugada y sucia. Sus zapatos habían desaparecido y sus pies parecían pálidos, como congelados.

—Mi Reina desea que te informe de que tu hermano vivió solo mientras fuiste su siervo —dijo el zorro hada—. Esa fue su promesa. Considérala cumplida.

Una feroz ráfaga de viento arrancó la tela de la mano de Corny y azotó las capas. Él cerró los ojos contra el aguijón de nieve y polvo, pero cuando los abrió, las hadas habían desaparecido.

Luis gritó, corriendo hacia donde habían estado, girando. Su grito fue crudo, terrible. Sus manos estaban cerradas en puños, pero no había nada a lo que golpear.

Las luces se encendieron en las ventanas de dos de las caravanas. Corny extendió su mano enguantada para tocar la fría mejilla de Dave. Parecía imposible que no le hubieran salvado. Muerto como Janet. Igual que Janet.

La madre de Corny salió a la puerta. Tenía el teléfono inalámbrico en la mano.

—Habéis despertado a la mitad de... —Entonces vio el cuerpo—. Oh, Dios mío.

—Es su hermano —dijo Corny—. Dave. —Eso parecía importante.

Al otro lado de la calle, la señora Henderson se acercó a la puerta y miró a través del cristal.

El padrastro de Corny salió a la puerta.

—¿Qué demonios está pasando? —exigió. La madre de Corny empezaba a pulsar números en el teléfono.

—Estoy llamando a emergencias. No le muevas.

Luis volvió. Con la cara en blanco.

—Está muerto. —Su voz era ronca—. No necesita una ambulancia. Está *muerto*.

Corny se puso en pie y se acercó a Luis. No tenía ni idea de qué hacer o decir. No había palabras que pudieran arreglar las cosas. Quería envolver sus brazos alrededor de Luis, consolarle, recordarle que no estaba solo. Cuando su mano desnuda se movió hacia el hombro de Luis, se la miró con horror.

Antes de poder retirar la mano, Luis le cogió de la muñeca. Sus ojos centelleaban por las lágrimas. Le corrían por la cara.

—Sí, vale —dijo—. Tócame. Ahora no importa una mierda, ¿verdad?

—¿Qué? —dijo Corny. Extendió hacia él su otra mano, pero Luis agarró esa también, sus dedos tiraban para quitarle el guante.

—Quiero que me toques.

—Basta —gritó Corny, luchando por apartarse, pero el asidero de Luis era inquebrantable.

Luis presionó la palma de Corny sobre su mejilla. Sus lágrimas humedecieron los dedos

de Corny.

—Realmente quería que me tocaras —dijo suavemente, y el anhelo en su voz fue una sorpresa—. No podía decirte que te deseaba. Que bien, ahora consigo lo que quiero y eso me mata.

Corny luchó con él.

—¡Basta! ¡No!

Los dedos de Luis eran más fuertes, sujetando la mano de Corny en su lugar.

—Lo deseo —dijo—. Ya no hay nadie a quien lo importe lo que yo haga.

—¡Basta! ¡Joder, a mí me importa! —gritó Corny, entonces bruscamente se quedó inmóvil. La piel de la cara de Luis no estaba magullada o marchita donde su mano desnuda la había tocado. Luis soltó la muñeca de Corny con un sollozo.

Corny pasó los dedos reverentemente sobre la curva de la mejilla de Luis, cubierta de lágrimas.

—Agua —dijo Corny—. Sal.

Las miradas de ambos se encontraron. En algún lugar en la distancia una sirena aulló acercándose, pero ninguno de los dos apartó la mirada.

Capítulo 12

*Aunque todos los hombres matan lo que aman,
que lo oiga todo el mundo,
unos lo hacen con una mirada amarga,
otros con una palabra zalamera;
el cobarde con un beso,
¡el valiente con una espada!*

Oscar Wilde, “Balada de la Cárcel de Reading”

Kaye vio las luces intermitentes a una manzana de distancia. Corría por la calle de grava del parque de caravanas justo cuando la ambulancia se marchaba. Había vecinos de pie en sus céspedes desigualmente cubiertos de nieve, en batas o abrigos apresuradamente lanzados sobre los pijamas. La puerta de la caravana de Corny estaba cerrada, pero las luces dentro estaban encendidas. Lutie revoloteaba sobre Kaye, volando adelante y atrás, sus alas batiendo tan rápido como el corazón de Kaye.

A Kaye le parecía que ya no había decisiones correctas, solo interminables equivocaciones.

Abrió de un tirón la puerta de la caravana y se detuvo, viendo a la madre de Corny vertiendo agua caliente de una tetera. Su marido estaba sentado en uno de los sillones, con

una taza en equilibrio sobre la pierna. Sus ojos estaban cerrados y roncaba ligeramente.

—¿Kaye? ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó la señora Stone—. Es medianoche.

—Yo... —empezó Kaye.

Una ligera brisa señaló que Lutie había entrado en la habitación. La pequeña hada se posó sobre un busto del Capitán Kirk, provocando que uno de los gatos dispara un golpe hacia él.

—Yo la he llamado —dijo Corny. Conocía a Dave.

Conocía a Dave. Conocía. Kaye se volvió hacia Luis, que aferraba su taza tan firmemente que sus dedos estaban pálidos. Unos papeles descansaban en el suelo junto a él, una pila desparramada de formularios fotocopiados. Tomó nota de sus ojos enrojecidos.

—¿Qué ha pasado?

—El hermano de Luis sufrió una sobredosis en nuestra entrada. —La señora Stone se estremeció, con aspecto de querer vomitar—. No podían declararle muerto porque solo eran voluntarios, pero le llevaron al hospital.

Kaye miró hacia Corny en busca de una explicación, pero él solo sacudió la cabeza. Ella resbaló hasta el suelo de linóleo para quedar sentada con la espalda contra la pared.

Le señora Stone dejó su taza en el fregadero.

—¿Corny, puedo hablar contigo un minuto?

Él asintió y la siguió por el pasillo.

—¿Qué ha ocurrido realmente? —preguntó Kaye a Luis, en voz baja—. No hubo sobredosis, ¿verdad? ¿Dónde está Ethine?

—Hice un trato con un hada para salvar la vida de Dave hace tiempo. Después de que mi padre le disparara. Intenté cuidar de él, como se supone que debe hacer un hermano mayor... mantenerle lejos de problemas... pero no hice muy buen trabajo. Se metió en más problemas. Eso significó más tratos para mí.

El miedo se alojó en la médula ósea de Kaye.

—Cuando le llamé en aquella área de descanso, acudió directamente a ellos —dijo Luis—. Hizo un trato y les dijo donde estaba yo a cambio de Nunca. A pesar de que se había quemado las entrañas con él. A pesar de que yo era su hermano. ¿Y sabes qué? Ni siquiera me sorprende. Ni siquiera fue la primera vez. Así que ahora está muerto y yo debería sentir algo, ¿verdad?

—¿Pero cómo murió... ? —dijo Kaye.

—Me siento *aliviado*. —Sus palabras eran un látigo contra sí mismo—. Dave está muerto y yo me siento aliviado. Entonces, ¿en qué me convierte eso?

Kaye se preguntó si todo el mundo se sentía como si tuviera un monstruo oculto bajo la piel.

Corny y su madre volvieron a la habitación. El tenía el brazo alrededor de ella y estaba hablando suavemente. Kaye gritó ante la visión de su mano desnuda sobre el brazo de ella, pero la ropa bajo su mano no estaba ni deshecha ni decolorada.

—Lo siento —dijo, comprendiendo lo ruidosa que había sido.

Luis miró alrededor como si acabara de despertar de un sueño. Se puso torpemente en pie.

La madre de Corny se frotó la cara.

—Voy a despertar a Mitch. Vosotros tres entrad y dormir lo que podáis.

Kaye detuvo a Corny en el pasillo.

—¿Ella está bien?

Él sacudió la cabeza.

—Nos perdimos la Navidad, ¿comprendes?. Mi madre se estaba volviendo loca pensando en Janet y sin saber donde estaba yo. Me siento como el culo. Y ahora esto.

Kaye recordó el puñado de regalos sin abrir bajo el árbol de su abuela.

—Oh —dijo, y cogió sus dedos cálidos y secos. Él no los apartó—. ¿Y qué hay de la maldición?

—Después —dijo él—. Consejo de guerra en mi habitación.

Kaye se derrumbó sobre las sábanas enmarañadas de la cama, sacando los pies por fuera. Luis se sentó en el suelo y Corny se tumbó desgarradamente junto a él, lo bastante cerca como para que sus piernas se tocaran.

Lutie entró volando, aterrizando sobre el ordenador de Corny. Luis no debía haber reparado en ella antes, porque saltó como una cuerda rota.

—Es solo Lutie-loo —dijo Kaye—. No te vuelvas loco.

Luis miró hacia la pequeña hada con sospecha.

—Vale, solo... solo mantenlo... la... lejos de mí ahora mismo.

—Kaye, ahí va el resumen versión diez segundos de lo que te has perdido —dijo Corny rápidamente—. La Corte Luminosa quería intercambiar al hermano de Luis por Ethine. Lo hicimos, pero Dave ya estaba muerto. Le habían matado.

—¿Y la maldición?

—Fue... accidentalmente eliminada —dijo Luis. Bajó la mirada hacia las hebras de la alfombra, y Kaye pudo ver un parche gastado que no recordaba de antes.

Asintió, ya que claramente ninguno de los dos quería hablar de ello. Lutie había estado

haciendo equilibrios sobre el teclado y ahora se acomodó en el soporte de un teléfono móvil.

—Es raro —dijo Corny, descansando la cabeza en la rodilla—. Silarial estaba buscando a Ethine pero no a ti. Podría haber enviado a su gente a remover cielo y tierra para cogerte, o al menos intentarlo.

—Quizás Sorrowsap todavía está cuidando de Kaye —dijo Luis.

Corny hizo una mueca.

—Vale, ¿pero si fueras la Reina de la Corte Luminosa y tu plan fuera utilizar el nombre de Roiben, malgastarías el tiempo intentando que te devolvieran a uno de tus cortesanos?

—Tiene razón —dijo Kaye—. No tiene ningún sentido. Matar a Dave... —Miró rápidamente a Luis—. Es como si ya hubiera conseguido todo lo que quería. Y no tuviera tiempo para pequeñeces.

—¿Entonces Silarial necesita a Ethine? ¿Para qué? —preguntó Corny.

Luis frunció el ceño.

—¿No dijiste que Ethine conseguiría el trono si Roiben ganaba el duelo?

Kaye asintió.

—Él dijo algo de como su hermana probablemente se limitara a devolver la corona, ya que es tan leal. ¿Quizás Silarial la necesita para eso? Quiero decir, es raro que Silarial accediera a ese trato en primer lugar.

—No sé —dijo Corny—. Si hubiera siquiera una oportunidad, yo no arriesgaría mi corona, me alegraría bastante que la persona a la que tuviera que dársela desapareciera. Por supuesto, además mi corona tendría un montón de diamantes falsos que dibujaran la palabra “tirano” para que a nadie se le ocurriera robarla.

Kaye resopló.

—Idioteces aparte, tienes razón. Cualquiera pensaría que *querría* a Ethine muerta.

—Quizás sea así —dijo Luis.

—Entonces, ¿qué? ¿Silarial la mata y nos echa la culpa a nosotros? No sé...

Se sentaron en silencio mientras los segundos pasaban. Corny bostezaba mientras, con el ojo brillante, Luis miraba a la pared. Kaye imaginaba a Talathain luchando con Roiben, su hermana con la cara sombría a un lado, la Reina sonriendo como si se hubiera comido el último pedazo de tarta de la bandeja, Ruddles y Ellebere observando. Había algo que se le pasaba por alto, algo que estaba justo ante ella.

Se puso de pie con un jadeo.

—¡Esperad! ¡Esperad! ¿Quién luchará con Roiben?

Luis levantó la mirada de reojo.

—Bueno, no estamos seguros. Supongo que el caballero de Silarial o cualquier cortesano que ella crea que puede patearle el culo. Sea quien sea va a esgrimir su arma secreta.

—¿Recordáis lo que estábamos hablando en el restaurante... como parecía que Roiben tenía buenas probabilidades de vencer a Talathain? ¿Cómo todo parecía demasiado simple? —Kaye sacudió la cabeza, la emoción del descubrimiento decaía ya a una náusea nerviosa.

Corny asintió.

—No creo que haya un arma secreta —dijo Kaye—. Ni armadura, ni espadachín imbatible. Conseguir de mí su auténtico nombre... Nunca lo necesitó.

Luis abrió la boca y después la cerró otra vez.

—No capto lo que estás diciendo —dijo Corny.

—Ethine —dijo Kaye, sintiendo como si el nombre fuera una bofetada—. Silarial va a hacer que Roiben luche con Ethine.

—Pero... Ethine no es un caballero —dijo Luis—. No podría ni con uno de nosotros. No puede luchar.

—Esa es la cuestión —dijo Kaye—. No es una prueba de habilidad. Si no mata a su propia hermana, Roiben muere. Tiene que escoger entre matarla o matarse a sí mismo.

Quería seguir enfadada con Roiben, aferrarse a la sensación de traición de forma que ésta empujara a un lado todo su dolor, pero en este momento no podía evitar compadecerle por amar a Silarial. Quizás más de lo que se compadecía de sí misma por amarle todavía a él.

—Eso... —Corny se detuvo.

—Y si él desaparece, no habrá nadie que evite que Silarial haga lo que quiera a quien quiera —dijo Luis.

—Y que hechice a un ejército interminable de personas —dijo Kaye—. Decenas de centinelas congelados.

—Tú eras una distracción —dijo Luis—. Un capote rojo. Manteniendo a Roiben pendiente de ti, preguntándose si Silarial iba a conseguir su verdadero nombre, no notaba lo que tenía justo delante de él.

—Ni ave ni pescado —dijo Kaye suavemente—. Un buen capote rojo. Eso es, ¿verdad? Que curioso. Eso es lo que soy. Un buen capote rojo.

—Kaye —dijo Corny—. No es culpa tuya.

—Tenemos que advertirle —dijo ella, paseándose por la habitación. No quería admitir que lo que la molestaba era no ser reclamada para el Tributo, no ser la clave, no ser ni siquiera importante. Ella solo había empeorado las cosas para Roiben, distrayéndole. Silarial había

jugado con los dos.

—Ni siquiera sabemos donde está —dijo Corny—. La colina hueca del cementerio ya no es ni siquiera hueca.

—Pero sabemos donde estará —dijo ella—. En la Isla de Hart.

—Mañana por la noche. En este momento, básicamente a última hora de hoy. —Corny se paseó hasta su ordenador y movió el ratón, después escribió unas pocas palabras—. Aparentemente, es una isla separada de Nueva York. Con un cementerio gigante. Y una prisión... aunque creo que no está en uso. Y... oh, perfecto... es completamente ilegal ir allí.

Los tres durmieron apretujados en la cama de Corny, con él en medio, su brazo sobre la espalda de Kaye, y la cabeza de Luis apoyada en su hombro. Cuando despertó, era ya por la tarde. Kaye estaba todavía acurrucada a su lado, pero Luis estaba sentado en la alfombra, hablando suavemente por el teléfono de Corny.

Luis dijo algo sobre “cenizas” y “permitirse” pero sacudió la cabeza cuando vio a Corny mirando, y después se giró hacia la pared. Pasando a su lado silenciosamente, Corny fue a la cocina y encendió la cafetera. Debería haber estado preocupado. En unas horas se dirigirían al peligro. Aún así, mientras medía los granos de café, una sonrisa se extendió por su cara.

Inmediatamente se sintió culpable. No debería sentirse tan feliz cuando Luis estaba de luto por su hermano. Pero lo estaba.

A Luis le gustaba. A Luis. Le. Gustaba. Él.

—Ey —dijo Kaye, pasándose la mano por el pelo alborotado. Había cogido una de sus camisetas y esta colgaba de ella como un vestido. Agarró una taza azul de la alacena—. Aquí está el dulce bálsamo del café.

—Por la gracia del cual completaremos la tarea que tenemos ante nosotros.

—¿Crees que lo lograremos? —preguntó Kaye—. No sé si Roiben me escuchará siquiera.

La cafetera soltó un estertor de muerte, y Corny sirvió tres tazas.

—Lo haré yo. Escuchará. De veras. Bebe.

—¿Entonces... tú y Luis? —Su taza casi ocultó la sonrisa.

Él asintió.

—Quiero decir, no es que ahora todo sea felicidad, pero síp.

—Me alegro. —Su sonrisa palideció—. No tienes que venir esta noche. No intento ser

una mártir, es solo que Luis ha perdido a su hermano y vosotros, tíos, tenéis algo... Este es mi problema. Ellos son mi gente.

Él se encogió de hombros y le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Sip, bueno, tú eres mi problema. Tú eres mi gente.

Ella apoyó la cabeza contra él. Incluso acabada de levantarse de la cama, olía a hierba y tierra.

—¿Y que hay de tu miedo a los demonios megalomaniacos? No creo que tu reciente viajecito haya conseguido que lo superaras.

Él se sentía loco de confianza. Le gustaba a Luis. Su maldición había desaparecido. Todo parecía posible.

—Vayamos a por los demonios antes de que los demonios vengan a por nosotros.

Luis salió del dormitorio, cerrando el teléfono contra su pecho.

—Vi a tu madre esta mañana. Dijo que quería hablar contigo cuando volviera a casa del trabajo. No le conté nada.

Corny asintió, recordándose a sí mismo aparentar calma. Recordándose no besar a Luis. No se había lavado los dientes y no parecía un buen momento de todos modos. Probablemente Luis no estuviera de humor.

—Dejaré una nota. Después mejor nos vamos. Luis, si tienes que quedarte aquí y arreglar cosas...

—Lo que necesito es evitar que Silarial haga daño a alguien más. —Miró a Corny con ojos muertos, como desafiándole a compadecerle.

—De acuerdo —dijo Kaye—. Vamos todos. Ahora lo que necesitamos es un mapa y un bote.

—La Isla de Hart está en el Long Island Sound que está a las afueras de City Island, que está a las afueras del Bronx. Pero no está exactamente a distancia de remo. —Corny ofreció una taza a Luis. Cuando él la tomó, sus dedos se rozaron, y sintió una clase diferente de poder.

—Entonces podríamos coger una barca a motor —dijo Kaye—. Hay una tienda de botes en la Ruta 35. Yo podría convertir una pila de hojas en dinero. O podríamos buscar una dársena de yates y agenciarnos uno.

Luis se entretuvo añadiendo azúcar a su café.

—Yo nunca he timoneado un bote ni leído una carta de navegación. ¿Y tú?

Kaye sacudió la cabeza, y Corny tuvo que admitir que él tampoco.

—Hay sirenas en el East River —dijo Luis—. Probablemente también en el Sound. No sé mucho de ellas, pero si no quieren que lleguemos a la Isla de Hart, podrían tirarnos al agua.

Tienen unos dientes feroces.

Corny se estremeció ante la idea. A su mente acudió Janet, sujeta bajo las olas por un deleitado kelpie.

—Podríamos quizás darles algo —dijo—. Ellas podrían arrastrarnos hasta allí por un precio.

Kaye le miró cautelosamente. Él se figuró que estaba recordando como habían entregado un viejo caballo de carrusel a ese mismo kelpie a cambio de información. Antes de saber lo peligroso que era el kelpie. Antes de que asesinara a Janet.

Ella asintió lentamente.

—¿Qué les gusta a las sirenas?

Luis se encogió de hombros.

—¿Joyas... música... marineros?

—Comen gente, ¿verdad? —preguntó Corny.

—Claro. Cuando han terminado con ellos.

Corny sonrió.

—Llevémosles un par de enormes bistecs.

Compraron una balsa verde inflable y dos remos en la tienda de botes. El dependiente miró a Kaye extrañado cuando la vio contar cientos de dólares rizados y andrajosos, pero ella le sonrió encantándole en silencio.

Volvieron al coche.

Luis se sentó delante y Kaye descansó en la parte de atrás con la cabeza sobre la caja de cartón. Cuando Corny cambiaba de carril en la autopista, miraba a Luis, pero Luis miraba por la ventana, sus ojos no estaban enfocados en nada. Fuera lo que fuera lo que veía, no era algo que Corny pudiera compartir. El silencio llenaba el coche.

—¿Quién era? —preguntó Corny finalmente—. ¿Al teléfono?

Luis miró hacia él demasiado rápidamente.

—Era el hospital. Estaban molestos porque yo no tuviera dirección o teléfono fijo y él tuviera menos de dieciocho. E incluso mientras me decían que no sabían si se me permitiría reclamarle, empezaron a hablar de mis opciones. Básicamente, tengo que encontrar el dinero para la cremación.

—Kaye podría...

Luis sacudió la cabeza.

—Podríamos vender el bote cuando hayamos terminado.

Luis sonrió, con una pequeña elevación de sus labios.

—Quiero que tenga un buen entierro, me entiendes.

En el funeral de Janet había habido un ataúd y un servicio, flores y una lápida. Corny nunca había preguntado lo que había costado, pero su madre no era rica. Se preguntó cuanto se habría endeudado para que su hermana fuera enterrada con estilo.

—Mis padres... están ahí, donde vamos. —Los dedos de Luis hacían girar el anillo de su labio.

—¿En la Isla de Hart?

Él asintió.

—Es donde está la fosa común. Donde entierran a los que no reclama nadie. Lo que básicamente significa a los muertos sin parientes vivos, que son inquilinos y con la tarjeta de crédito en números rojos. Mis padres. Yo era menor de edad, así que no podía reclamarlos. Si lo hubiera intentado, probablemente nos hubieran llevado a Dave y a mí a los servicios infantiles.

Las posibles réplicas fueron desfilando ante los ojos de Corny. *Guau. ¿Estás bien? Lo siento mucho.* Todas ellas inadecuadas.

—Nunca he estado allí —dijo Luis—. Estará bien ir.

Pasaron por el puente levadizo, al borde mismo de City Island, y aparcaron el coche tras un restaurante. Después, sentándose en la nieve, hicieron turnos para inflar el bote, como si se estuvieran pasando un porro.

—¿Cómo hacemos para atraer a esas sirenas? —preguntó Corny, mientras Luis soplaba por el pequeño tubo.

Kaye recogió un recibo del suelo del coche.

—¿Tienes algo puntiagudo?

Corny buscó en su mochila hasta que dio con un pin de seguridad que había descartado.

Ella se pinchó el dedo y, haciendo una mueca, untó su sangre en el papel. Caminando hasta el borde del agua, lo dejó caer en ella.

—Soy Kaye Fierch —dijo firmemente—. Una pixie. Una niña cambiada de la Corte Luminosa en una búsqueda para el Rey de la Corte Oscura. Vengo aquí y pido vuestra ayuda.

Pido vuestra ayuda. Tres veces pido vuestra ayuda.

Corny la miró, de pie ante el agua, su pelo verde recogido lejos de su cara encantada, su maltratado abrigo púrpura azotado por el viento. Por primera vez, pensó que incluso en su disfraz humano de algún modo se había convertido en algo formidable.

Unas cabezas asomaron en el agua negra, con pelo pálido flotando a su alrededor como algas marinas.

Kaye se hincó de rodillas.

—Pido que nos llevéis a los tres a salvo a la Isla de Hart. Tenemos un bote. Todo lo que tenéis que hacer es tirar de él.

—¿Y qué nos darás, pixie? —preguntaron con sus melodiosas voces. Sus dientes eran traslúcidos y afilados, como si estuvieran hechos de cartílagos.

Kaye volvió al coche y sacó la bolsa de plástico de *ShopRite* llena de carne. Sacó un muslo crudo y chorreante.

—Carne —dijo.

—Aceptamos —dijeron las sirenas.

Kaye, Corny y Luis arrastraron el bote al agua y empujaron. Las sirenas nadaban a su alrededor, tirando del bote y cantando suavemente mientras avanzaban, sus voces eran tan hermosas e insistentes que Corny se encontró a sí mismo deslumbrado. Kaye parecía tensa, sentada en la proa como el mascarón de un barco.

Mirando por la borda, Corny vio a una sirena subiendo a través del agua, por un momento pareció como si vistiera la cara de su hermana, azul por el frío y la muerte. Apartó la mirada.

—Sé quién eres —dijo una de ellas a Luis, asomándose por un lado, con su mano blanca extendiéndose por encima de la borda—. Traías a mis hermanas la poción del troll.

Él asintió, tragando saliva.

—Yo podría enseñarte como curar mejor —susurró la sirena—. Si vienes conmigo. Bajo el agua.

Corny puso su mano sobre el brazo de Luis, y Luis saltó como si le hubieran pinchado.

La sirena giró la cabeza hacia Corny.

—¿Y qué hay de la venganza? Yo podría dártela. Perdiste a alguien en el mar.

Corny se atragantó.

—¿Qué?

—La deseas —dijo ella—. Sé que la deseas.

La sirena extendió el brazo, su mano palmeaba se posó en el lateral del bote, cerca de

Corny. Algunas escamas se soltaron, brillando sobre el caucho.

—Yo podría darte ese poder —le dijo.

Corny bajó la mirada a sus ojos gelatinosos y a sus dientes finos y afilados. La envidia se enroscó en su estómago. Ella era hermosa, terrible y mágica. Pero la sensación era distante, como sentir envidia de una puesta de sol.

—No necesito más poder —dijo, y le sorprendió comprender que lo decía en serio. Y si deseaba venganza, la conseguiría por sí mismo.

Kaye emitió un suave sonido. Corny levantó la mirada.

Allí en la costa lejana, tras montones de conchas vacías, una gran multitud de seres se había congregado. Y más allá de ellos, edificios abandonados se alzaban cerca de filas y filas de tumbas.

Capítulo 13

*Tú arte es la pregunta incontestada.
Podría ser este el ojo apropiado,
Siempre preguntando, preguntando.
Y cada respuesta es una mentira.*

Ralph Waldo Emerson, "La Esfinge"

Kaye se abrió paso entre la multitud con Corny y Luis, empujando cuerpos de piel color lavanda y haciendo a un lado nubes de polvo diminuto. Un phooka con una cabeza de cabra y ojo blancos muertos la llamó cuando pasó a su lado, lamiéndose los dientes con una lengua de gato.

—¡Bonita traviesa pixie!

Agachándose bajo el brazo de un ogro, Kaye saltó sobre una lápida para evitar a tres flacuchos duendes de la madera, abrazados entre el polvo.

Desde encima de la lápida, examinó a la corte. Vio a Ruddles bebiendo de un cuenco y pasándoselo a un buen número de otros seres con cabezas de animales. Ellebere estaba de pie junto a él... el pelo palideciendo del color vino al dorado mientras caía sobre sus hombros, su armadura de un profundo verde musgo.

El propio Roiben estaba hablando animadamente con una mujer tan delgada como una varita, su largo pelo negro estaba recogido formando una capa adornada con joyas que caía por su espalda hasta igualar a la larga y retorcida cola que también estaba cubierta de joyas.

Desde donde estaba, Kaye no podía ver si estaban o no discutiendo, solo que él estaba inclinado hacia adelante y la mujer gesticulaba con las manos.

Entonces, bruscamente, Roiben se giró y miró en dirección a Kaye. Kaye quedó tan sorprendida que se cayó. Olvidó batir las alas. Su cabeza golpeó una piedra, y brotaron lágrimas de sus ojos. Por un momento solo yació allí, descansando la cabeza contra la tierra y escuchando a los seres mágicos arremolinarse a su alrededor. Era aterrador estar tan cerca de él, aterrador como saltaba su corazón.

—No deberías comer huesos si los masticas así. —Oyó decir a alguien cerca—. Son demasiado afilados. Te cortarás las entrañas.

—¿No te conviertes en un pequeño escarabajo? —dijo otra voz—. El cartílago es mejor que la carne, no tienes que traspasar los huesos así.

Corny extendió la mano para poner a Kaye en pie.

—No creo que te haya visto.

—Quizás él no, pero yo sí. —Una mujer con alas tan andrajosas que solo las venas colgaban de su espalda, bajó la mirada hacia Kaye. Esgrimía un cuchillo que se curvaba como una serpiente, y su armadura relucía con el mismo púrpura brillante del caparazón de un escarabajo.

—Dulcamara —dijo Kaye, poniéndose en pie—. Mis amigos tienen hablar con Roiben.

—Quizás después del duelo —dijo ella. Sus ojos rosa evaluaban a Kaye con desprecio.

—Tienen que hablar con él *ahora* —dijo Kaye—. Por favor. No puede batirse en duelo. Tiene que cancelarlo.

Dulcamara lamió el filo de su hoja, pintándolo con la sangre de su boca.

—Yo llevaré el mensaje. Entregadme vuestras palabras y las llevaré a él con mi propia lengua.

—Tienen que contárselo ellos mismo.

Dulcamara sacudió la cabeza.

—No permitiré más distracciones de las que ya ha soportado.

Corny se adelantó.

—Solo un momento. Solo llevará un momento. Él me conoce.

—Los mortales son mentirosos. No pueden evitarlo, —dijo la caballero hada. Kaye podía ver que sus dientes eran tan afilados como el cuchillo que llevaba en la mano, y al contrario que los de las sirenas, lo suyos eran de hueso. Sonrió a Corny—. Está en vuestra naturaleza.

—Entonces déjame ir a mí —dijo Kaye—. Yo no soy mortal.

—No puedes. —Luis le puso la mano en el hombro—. ¿Recuerdas? No se te permite

verle.

Los mortales son mentirosos. Mentirosos.

—Ciertamente —dijo Dulcamara—. Acércate a él y te atravesaré de lado a lado. No más juegos de encanto como el que llevaste a cabo en la Corte Luminosa.

Una y otra vez Kaye oía repetirse las palabras. *Mentirosos. Falsedad. Mentira. Mentir. Morir. Muerte.* Pensó en el ajedrez de hadas de Corny. Tenía que cambiar las reglas del juego. Tenía que resolver la búsqueda. Ella tenía que ser la variación simple. ¿Pero cómo mentir sin mentir?

Kaye miró hacia donde Roiben estaba de pie, con la armadura siendo ajustada a su espalda. Su largo pelo había sido recogido en dos trenzas delante, cada una cerrada con un broche de plata al final. Parecía pálido, su cara tensa, como por un dolor.

—Oh —dijo Kaye, y entonces saltó al aire.

—¡Alto! —gritó Dulcamara, pero Kaye ya estaba en el aire, con las alas aleteando frenéticamente. Por un momento, tuvo una visión de las luces de las casas en la costa lejana de City Island, y las luces trémulas de la ciudad más allá, y en ese momento comprendió que podría seguir volando... más y más alto. Medio aterrizó, medio cayó a los pies de Roiben en vez de eso.

—Tú —dijo él, y ella no pudo reconocer el tono de su voz.

Ellebere le agarró las muñecas y se las retorció tras la espalda.

—Este no es lugar para una pixie.

Ruddles la señaló con una mano en forma de garra.

—Para comparecer ante nuestro Señor y Rey, debes haber completado tu búsqueda. Si no es así, la costumbre nos permite desgarrarte...

—No me importa lo que dicte la costumbre —pronunció Roiben, silenciando con una mano al chambelán. Cuando miró a Kaye, sus ojos estaban vacíos de cualquier emoción que ella conociera—. ¿Dónde está mi hermana?

—La tiene Silarial —dijo Kaye a la carrera—. Es de Ethine de quien he venido a hablar contigo. —Por primera vez desde el Tributo, tenía miedo de él. Ya no creía que no fuera a hacerla daño. Hasta parecía como si pudiera disfrutarlo.

Lame la mano de la Reina de la Corte Luminosa, Rath Roiben Riven. Lámela como el perro que eres.

—Mi Señor —dijo Ruddles—, aunque no osaría contradecirte, ella no puede permanecer en tu presencia. No ha completado la búsqueda que le encomendaste.

—¡He dicho que la sueltes! —gritó Roiben.

—Puedo mentir —exclamó Kaye, el corazón le palpitaba como un tambor contra la piel. La tierra se inclinó bajo sus pies y todo el mundo a su alrededor se quedó en silencio. No tenía ni idea de si podría llevar esto a término—. Puedo mentir. Yo soy el hada que puede mentir.

—Eso no tiene sentido —dijo Ruddles—. Pruébalo.

—¿Me estás diciendo que no puedo? —preguntó Kaye.

—Ningún hada puede decir una mentira.

—Entonces —dijo Kaye, dejando escapar el aliento en una ráfaga mareada—. Si yo digo que puedo mentir y tú dices que no puedo, uno de los dos debes estar diciendo una falsedad, ¿verdad? Entonces o soy un hada que puede mentir, o lo eres tú. Sea como sea, he completado mi búsqueda.

—Esto apesta a acertijo, pero no puedo ver defecto —dijo el chambelán.

Roiben dejó escapar un sonido, pero Kaye no pudo decir si era una objeción. Creyó que podría haber sido una risa.

—Astuto —La sonrisa de Ruddles estaba llena de dientes, pero la palmeó en la espalda—. Aceptamos tu respuesta con placer.

—Supongo que has tenido éxito, Kaye —dijo Roiben. Su voz era suave—. A partir de este momento tu destino está atado a la Corte Oscura. Hasta el momento de mi muerte, eres mi consorte.

—Diles que me suelten —dijo Kaye. Había ganado, pero la victoria se sentía tan hueca como un huevo soplado.

—Ya que eres mi consorte, puedes ordenárselo tú misma —dijo Roiben. No cruzaba con ella la mirada—. No pueden negarse a tus órdenes ahora.

Ellebere dejó caer los brazos de Kaye antes de que ésta pudiera hablar. Tambaleándose, Kaye se giró para mirarles a él y a Ruddles.

—Marchaos —dijo, intentando sonar exigente. Su voz se rompió.

Ellos miraron a Roiben y se movieron ante su asentimiento. Era apenas privacidad, pero era lo mejor que probablemente conseguiría.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó él.

Quería suplicarle que fuera el Roiben que ella conocía, el que decía que ella era lo único que deseaba, el que no la había traicionado y no la odiaba.

—Mírame. ¿Por qué no me miras?

—Tu visión es un tormento. —Sus ojos, cuando los alzó, estaban llenos de sombras—. Creí que mantenerte fuera de esta guerra equivaldría a mantenerte a salvo. Pero estas en medio de la Corte Luminosa como para probar que soy un tonto. Y aquí estás de nuevo,

cortejando al peligro. Yo solo quería salvar una sola cosa, solo una, para probar que había algo bueno en mí después de todo.

—Yo no soy una cosa —le dijo Kaye.

Él cerró los ojos un momento, cubriéndolos con sus largos dedos.

—Sí. Por supuesto. No debería haber dicho eso.

Ella le cogió las manos y él la dejó apartárselas de la cara. Estaban tan frías como la nieve al caer.

—¿Que estás haciendo por ti mismo? ¿Qué pasa?

—Cuando me convertí en Rey de la Corte Oscura, pensé que no había forma de que ganáramos la guerra. Creí que podría luchar y morir. Hay una especie de loco regocijo en aceptar la muerte de uno mismo como un coste inevitable.

—¿Por qué? —preguntó Kaye—. ¿Por qué atarte a ti mismo a un destino tan miserable? ¿Por qué no decir simplemente "que os jodan, voy a hacer casitas para pájaros" o algo así?

—Para matar a Silarial. —Sus ojos brillaban como trozos de cristal—. Si no se la detiene, nadie estará a salvo de su crueldad. Fue tan duro no aplastarle el cuello cuando la besé. ¿No pudiste verlo en mi cara, Kaye? ¿No viste como temblaba mi mano?

Kaye oía su propia sangre palpitando en sus sienes. ¿Realmente podía haber confundido odio con anhelo? Evocando la sangre en la boca de Silarial, pensó en la forma en que los ojos de él habían parecido empañados por la pasión. Ahora le parecían cercanos a la locura.

—¿Entonces por qué la besaste...?

—Porque está mi gente. —Roiben barrió la mano por el campo, que abarcaba desde el cementerio a la prisión—. Quiero salvarlos. Necesitaba que ella creyera que me tenía en su poder para que accediera a mis términos. Sé lo que debe haber parecido...

—Basta. —Kaye sintió un dedo frío de miedo recorrer hacia arriba su espina dorsal— He venido aquí a decirte algo —dijo—. Algo que he averiguado sobre la batalla.

Él alzó una sola ceja plateada.

—¿Qué es?

—Silarial va a elegir a Ethine como su campeona.

Su risa fue casi un sollozo, corta y terrible.

—Cancela el duelo —dijo Kaye—. Encuentra alguna excusa. No luches.

—Me preguntaba qué terrible treta podría estar tramando contra mí, qué monstruo, qué magia. Olvidé lo astuta que es.

—No tienes que luchar con Ethine.

Él sacudió la cabeza.

—No lo entiendes. Es mucho lo que está en juego esta noche.

Una frialdad se extendió desde su corazón hasta congelar su cuerpo.

—¿Qué vas a hacer? —Su voz salió más aguda de lo que pretendía.

—Voy a ganar —dijo él—. Y tú me harás un gran servicio si le cuentas a Silarial que así lo he dicho.

—¿Harás daño a Ethine?

—Creo que ya es hora de que te vayas, Kaye —Roiben se pasó una correa con una vaina adjunta por el hombro—. No te pediré que me perdones, porque no lo merezco, pero te amaba. —Bajó la mirada mientras pronunciaba las palabras—. Te amo.

—Entonces detén esto. No me vengas con mierdas. No me importa si es por mi propio bien o por cualquier otra estúpida razón...

—Te estoy *viniendo* con mierdas —dijo Roiben, y oírle maldecir la hizo reír. Él le devolvió la sonrisa, solo un poco, como si hubiera captado la broma. En ese único momento pareció enternecedoramente familiar.

Roiben extendió la mano, todavía sonriendo, como si fuera a tocarle la cara, pero en vez de ello trazó el contorno de su pelo. No fue ni siquiera un auténtico contacto, ligero como una pluma y nunca descansando totalmente, como si tuviera miedo de atreverse a más. Ella se estremeció.

—Si realmente puedes mentir —dijo él—, dime que todo terminará bien esta noche.

El aire helado sopló un pequeño remolino de nieve y lanzó hacia atrás el pelo de Roiben mientras éste pasaba a zancadas junto a las tumbas hacia la zona marcada para el duelo. Las Cortes de la Noche y de la Luz esperaban intranquilas en un círculo suelto, susurrando y gorjeando repetidamente, apretujándose en sus capas de piel y pelaje. Kaye se apresuró tras el borde de la multitud hasta donde estaban de pie los cortesanos de la Reina Luminosa, con sus vestidos relucientes soplados por el viento.

Ellebere y Dulcamara caminaban junto a Roiben, sus armaduras con aspecto de insectos brillaban contra el paisaje cubierto de escarcha y las lápidas de piedra. Roiben vestía de un tono de gris como el del cielo nublado. Talathain y otro caballero flanqueaban a Silarial. Vestían cuero manchado de verde con armaduras doradas en los hombros y brazos como los bultos de una oruga. Roiben se inclinó en una reverencia tan profunda que podría haber tocado

la nieve con los labios. Silarial hizo solo un asentimiento superficial.

Roiben se aclaró la garganta.

—Durante décadas ha habido una tregua entre las cortes Oscura y Luminosa. Yo soy a la vez prueba y testigo de ese viejo trato, y lo propondré de nuevo. ¿Lady Silarial, estás de acuerdo en que si derroto a tu campeón concederás una concordia entre nuestras dos cortes?

—Si derrotas a mi campeón con un golpe mortal, así lo juro —dijo Silarial—. Si mi campeón yace muerto en este campo, tendrás tu paz.

—¿Y haces alguna apuesta más en esta batalla? —le preguntó él.

Ella sonrió.

—También entregaré mi corona a Lady Ethine. Gustosamente colocaré la corona de la Corte Luminosa en su cabeza, besaré sus mejillas, y me haré a un lado en su favor si ganas.

Kaye podía ver la cara de Roiben desde donde estaba de pie, pero no podía leer su expresión.

—Y si yo muero en el campo de batalla —dijo Roiben—, tú mandarás sobre la Corte Oscura en mi lugar, Lady Silarial. Este es el acuerdo.

—Y ahora debo nombrar a mi campeón —dijo Silarial, con una sonrisa tirante en su cara—. Lady Ethine, levántate en armas por mí. Tú será la defensora de la Corte Luminosa.

Se hizo un terrible silencio entre la multitud reunida. Ethine negó con la cabeza silenciosamente. El viento y la nieve golpeaban alternativamente mientras la escena se mantenía inmóvil.

—Como debes odiarme —dijo Roiben suavemente, pero el viento pareció captar esas palabras y llevarlas hasta la audiencia.

Silarial se giró en su vestido blanco escarcha y se dirigió desde el campo a su cenador de hierba. Su gente engalanó a Ethine con una fina armadura y colocó una larga espada en su mano floja.

—Adelante —dijo Roiben a Ellebere y Dulcamara. Reluctantemente, ellos abandonaron el campo. Kaye podía ver la duda en las caras de la Corte Oscura, la tensión mientras Ruddles apretaba los dientes y observaba a Ethine con brillantes ojos negros. Habían unido sus destinos al de Roiben, pero sus lealtades eran inciertas y más que nunca en este momento.

Duendes de la madera recorrieron el borde exterior del anillo, esparciendo hierbas para marcar sus límites.

En el centro del banco nevado, Roiben hizo una rígida reverencia y desenvainó su espada. Era curvada como una media luna y brillaba como agua.

—No tienes que hacer esto —dijo Ethine, pero en su boca resultó una pregunta.

—¿Estás lista, Ethine? —Roiben alzó su espada a fin de que la hoja pareciera dividir su cara, dejando la mitad entre sombras.

Ethine sacudió la cabeza. No. Kaye podría ver a la hermana de Roiben temblar convulsivamente. Corrían lágrimas por sus pálidas mejillas. Dejó caer su espada.

—Recógela —dijo él pacientemente, como diría a un niño.

Apresurándose, Kaye se acercó a donde la Reina Brillante de la Corte Luminosa estaba sentada. Talathain alzó su arco, pero no la detuvo. El sonido de entrechocar de espadas la hizo girarse hacia la lucha. Ethine se tambaleaba hacia atrás, el peso de su espada claramente la hacía perder el equilibrio. Kaye se sintió enferma.

Silarial miró hacia abajo desde su trono, con el cabello cobrizo trenzado con bayas azul oscuras recogidas con un círculo dorado alrededor de su cabeza. Se alisó la falda de su vestido blanco.

—Kaye —dijo—. Que sorpresa. ¿Estás sorprendida?

—Él sabía que iba a ser Ethine antes de salir ahí, ¿sabes?

Silarial frunció el ceño.

—Oh.

—Yo se lo dije. —Kaye se sentó en el estrado—. Después de resolver su estúpida búsqueda.

—¿Así que eres la consorte del Rey de la Corte Oscura? —Silarial alzó una ceja. Su sonrisa era de compasión—. Me sorprende que todavía le desees.

Eso ofendió. Kaye habría protestado, pero las palabras se retorcieron en su boca.

—Bueno, solo soy su consorte mientras él viva. —La Reina Brillante volvió su mirada a las dos figuras que luchaban en la nieve—. Oh, vamos —añadió Kaye—. Actúas como si fuera el mismo crío al que enviaste lejos. ¿Sabes que hizo cuando le conté lo de Ethine? Se rió. Se rió y dijo que ganaría.

—No —dijo Silarial, girándose demasiado rápidamente—. No puedo creer que se entretuviera jugando al gato y al ratón primero si tuviese intención de matarla.

Kaye la miró de reojo.

—¿Es eso lo que está haciendo? Quizás es solo que no es tan fácil matar a tu propia hermana.

Silarial sacudió la cabeza.

—Él anhela la muerte, igual que me anhela a mí, aunque quizás desee no desearla tampoco. Dejará que ella le atravesara y quizás le dirá algo dulce con la boca llena de sangre. Todos estos juegucitos son solo para enfadarla, para hacer que golpee lo bastante fuerte

como para que el golpe sea mortal. Le conozco mejor que tú.

Kaye cerró los ojos contra esa idea, después los forzó a abrirse. No lo sabía. Honestamente no sabía si él mataría a su hermana o no. Ni siquiera sabía qué quería ella que pasara, ambas elecciones eran tan terribles.

—Yo no lo creo así —dijo cuidadosamente—. No creo que quiera hacerlo, pero ha matado a un montón de gente a la que no quería matar.

Oportunamente, se oyó un gran grito por parte de la audiencia. Ethine yacía en la nieve, luchando por sentarse, con la punta de la espada curvada de Roiben en su garganta. Él le sonreía amablemente, como si simplemente se hubiera caído y estuviera a punto de ayudarla a levantarse de nuevo.

—Nicnevin le obligó a matar —dijo Silarial rápidamente.

Kaye dejó que la furia que sentía se vertiera en su voz.

—Ahora le estás obligando tú.

Las palabras de Roiben llegaron a todo el campo.

—Ya que parece que la corona de la Corte Luminosa llegará a tus manos después de tu muerte, dime a quien deseas otorgársela. Déjame hacer esta última cosa por ti como tu hermano.

El alivio inundó a Kaye. Había un plan. Él tenía un plan.

—¡Un momento! —gritó Silarial, levantándose de un salto de su trono provisional y acercándose a zancadas al campo—. Eso no era parte del trato. —Cuando traspasó el anillo de hierbas, estas prendieron en un fuego verdoso.

Un aullido se alzó de la gente de la Corte Oscura mientras los de la Corte Luminosa se quedaban mortalmente silenciosos. Roiben se alejó de su hermana, apartando la hoja de su garganta. Ethine cayó hacia atrás en la nieve, girando la cabeza para que nadie pudiera verle la cara.

—Ninguna de las dos partes interrumpirá esta pelea —dijo él—. No puedes reconsiderar nuestro trato ahora que ya no te favorece. —Sus palabra silenciaron los gritos de la Corte Oscura, pero Kaye pudo oír como el resto de la multitud murmuraba confusa.

Ethine se puso en pie tambaleante. Roiben extendió su mano para ayudarla, pero ella no la aceptó. Le miraba con odio en los ojos, pero no había menos odio en ellos cuando miró a su señora. Recogió su espada y la sostuvo tan firmemente que sus nudillos se quedaron blancos.

—Mi juramento fue que la corona sería para Ethine si matabas a mi campeón. No prometí que éste podría escoger a un sucesor. —La voz de Silarial sonaba chillona.

—No era tuya para ofrecerla —dijo Roiben—. Lo que se hereda en la muerte, puede

darse con el último aliento. Quizás incluso devolvértela. Al contrario que la Corona Oscura que se gana con sangre, el sucesor Luminoso se escoge.

—No otorgaré mi corona a una de mis propias criadas, ni seré aleccionada por quien una vez se arrodilló a mis pies. No eres ni una parte de lo que fue Nicnevin.

—Y tú te pareces mucho a ella —dijo Roiben.

Tres caballeros Luminosos se acercaron a zancadas al campo, agrupándose lo bastante cerca de Roiben como para que si éste se movía hacia Silarial, pudieran ser más rápidos que él.

—Déjame recordarte que mis fuerzas te superan en número —dijo Silarial—. Si nuestra gente luchara, incluso ahora, yo ganaría. Creo que eso me permite dictar los términos.

—¿Reniegas de nuestro acuerdo entonces? —preguntó Roiben—. ¿Detendrás este duelo?

—¡Antes que dejarte tener mi corona! —escupió Silarial.

—¡Ellebere! —gritó Roiben.

El caballero Oscuro sacó una pequeña flauta de madera del interior de la muñeca de su armadura y se la llevó a la boca. Sopló tres claras notas que viajaron sobre la multitud repentinamente silenciosa.

En los bordes de la isla empezaron a moverse cosas. Sirenas saliendo por sí mismas de las orillas. Hadas apareciendo en los edificios abandonados, saliendo de los bosques, y alzándose de las tumbas. Un ogro con una barba verdosa y un par de hoces de bronce sobre el pecho. Un troll delgado de revuelto pelo negro. Goblins sujetando dagas y cristales rotos. Los ciudadanos de los parques y las calles y los brillantes edificios habían venido.

Los exiliados.

Los murmullos de la multitud se convirtieron en gritos. Algunos en la asamblea buscaron armas. Las hadas solitarias y la Corte Oscura se movieron para rodear a la clase acomodada de la Corte Luminosa.

—¿Has planeado una emboscada? —exigió Silarial.

—He estado haciendo algunos aliados. —Roiben parecía estar tragándose una sonrisa—. Algunos... muchos... de los exiliados estuvieron interesados en saber que les aceptaría en mi corte. Que garantizaría su seguridad incluso, a cambio de un solo día y una noche de servicio. Esta noche. Hoy. Tú no eres la única que puede urdir maquinaciones, mi Señora.

—Veo que tienes algún propósito —dijo Silarial. Le miraba como si fuera un extraño—. ¿Cuál es? ¿Qué tramas? La muerte de Ethine te pesaría y la mancha de su sangre penetraría

en tu piel.

—¿Sabes lo que desean de ti cuando te entregan la corona Oscura? —El tono de Roiben era suave, como si estuviera contando un secreto. Kaye apenas podía captar sus palabras—. Que estés hecho de hielo. ¿Qué te hace pensar que importa lo que yo sienta? ¿Qué te hace pensar que siento algo en absoluto? Entrega tu corona a mi hermana.

—No lo haré —dijo Silarial—. Nunca.

—Entonces habrá una guerra —dijo Roiben—. Y cuando la Corte Oscura salga victoriosa, te arrebataré esa corona de la cabeza y se la concederá a quien me parezca.

—Todas las guerras tienen bajas. —Silarial asintió hacia alguien en la multitud.

La mano de Talathain se posó con fuerza sobre la boca de Kaye. Los dedos se hundieron en la suave redondez de sus mejillas y en la carne de sus costados mientras era arrastrada hasta el campo.

—Haz un movimiento, doy la orden —dijo Silarial, girándose hacia Kaye con una sonrisa—, y ella será la primera.

—Ah, Talathain, que bajo has caído —dijo Roiben—. Creía que eras un caballero, pero te has convertido solo en su guardabosques... cogiendo a jovencitas en el bosque para arrancarles el corazón.

La garra de Talathain sobre Kaye se apretó, haciéndola jadear. Kaye intentó aplastar su terror, intentó convencerse a sí misma de que si se quedaba muy quieta, encontraría la forma de salir de esta. No le llegó ninguna idea.

—Ahora entrega tu corona, Roiben —dijo Silarial—. Entrégamela a mí como deberías haber hecho cuando la conseguiste, como tributo a tu Reina.

—Tú no eres su Reina —dijo Ethine, con voz entumecida—. Y tampoco la mía.

Silarial giró hacia ella, y Ethine hundió su hoja en el pecho de la Reina Luminosa. Sangre caliente salpicó la nieve, fundiendo docenas de diminutos cráteres como si alguien hubiera esparcido rubíes. Silarial tropezó, su cara era una máscara de sorpresa, y después cayó.

Talathain gritó, pero ya era tarde, demasiado tarde. Empujó a Kaye fuera de sus brazos. Ella cayó sobre manos y rodillas, cerca del cuerpo de la Reina Luminosa. Pasando sobre ambas, él balanceó su espada dorada hacia Ethine. Ella esperó el golpe, sin moverse ni defenderse.

Roiben se colocó delante de ella a tiempo para interceptar la espada con su espalda. La hoja cortó a través de su armadura, abriendo una larga línea roja desde el hombro a la cadera. Jadeando, cayó con Ethine bajo él. Ella chilló.

Roiben rodó alejándose de ella, e incorporándose encorvado, pero Talathain se había arrodillado junto a Silarial, girando su cara pálida con una mano enguantada. Sus ojos antiguos miraban hacia el cielo gris, pero ningún aliento estremecía sus labios.

Roiben se enderezó rígidamente, lentamente. El cuerpo de Ethine se sacudía con ligeros sollozos.

Talathain la miró.

—¿Qué has hecho? —exigió.

Ethine se tiró del vestido y el pelo hasta que Kaye le cogió las manos.

—Él no se merecía ser utilizado así —dijo, con la voz gruesa por las lágrimas y una risa loca de hada. Sus uñas afiladas se hundieron en la carne de Kaye, pero ella no la soltó.

—Está hecho —la consoló Kaye, pero estaba asustada. Se sentía como si estuviera sobre un escenario, representando una obra, mientras las hordas de la Corte Oscura y los exiliados esperaban intranquilos una señal para aplastar a la Corte Luminosa a la que rodeaban—. Vamos. Levanta, Ethine.

Roiben cortó el círculo dorado del cabello de Silarial. Trozos de hebras cobrizas y bayas colgaban de ella cuando la sostuvo en alto.

—Esa corona no es tuya —dijo Talathain, pero a su voz le faltaba convicción. Miraba de la Corte Oscura a los exiliados. Tras él, los campeones de la Corte Luminosa se habían movido hasta el borde del terreno del duelo, pero sus expresiones eran graves.

—Solo la estaba cogiendo para mi hermana —dijo Roiben.

Ethine se estremeció ante la visión del círculo, que tenía enganchado pelo y hielo.

—Aquí tienes —dijo Roiben, limpiándola con dedos rápidos y dándole brillo contra el cuero de su pechera. Acabó roja como los rubíes. Su frente se frunció con confusión, y Kaye vio que su armadura estaba húmeda de sangre, ésta goteaba por su brazo para cubrirle la mano en un chorreante guante de sangre coagulada.

—Tú... —dijo Kaye, y se detuvo. *Tu mano*, casi había dicho, pero no era su mano la que estaba herida.

—Pon a tu marioneta en el trono —dijo Talathain—. Puedes hacerla reina, pero no será Reina por mucho tiempo.

Ethine tembló. Su cara estaba pálida como el papel.

—Mi hermano necesita a sus asistentes.

—Le llevaste flores —dijo Roiben—. ¿No lo recuerdas?

Talathain sacudió la cabeza.

—Eso fue hace mucho, antes de que matara a mi Reina. No, no reinará mucho tiempo.

Yo me ocuparé de ello.

La cara de Roiben se quedó vacía, atónita.

—Muy bien —dijo lentamente, como desentrañando las palabras mientras las pronunciaba—. Si no quieres jurarle lealtad, quizás te arrodillarás y me jurarás lealtad a mí.

—La corona Luminosa debe ser entregada... no puedes matar para conseguirla. — Talathain apuntó su espada hacia Roiben.

—Esperad —dijo Kaye, poniendo a Ethine en pie—. ¿A quién quieres entregar la corona?

La espada de Talathain no fluctuó.

—No importa lo que ella diga.

—¡Importa! —gritó Kaye—. Tu Reina convirtió a Ethine en su heredera. Sea como sea, ella tiene que decidir que pasará ahora.

Ruddles entró a zancadas en el campo, lanzando a Kaye una rápida sonrisa al pasar a su lado. Se aclaró la garganta.

—Cuando una corte embosca y conquista a los gentiles de otra corte, sus reglas de sucesión no son aplicables.

—Seguiremos las costumbres de la Corte Oscura —ronroneó Dulcamara.

—No —dijo Kaye—. Es elección de Ethine el decir quien se queda con la corona o si la retiene.

Ruddles empezó a hablar, pero Roiben sacudió la cabeza.

—Kaye tiene razón. Dejemos que mi hermana decida.

—Cógela —le dijo Ethine huecamente—. Cógela y maldito seas.

Los dedos de Roiben trazaron los símbolos de la corona con el pulgar. Parecía distraído y extraño.

—Al parecer volveré a casa después de todo.

Talathain dio un paso hacia Ethine. Kaye dejó caer la mano, deseando estar lista, aunque no tenía ni idea de que haría si él alzaba la espada.

—¿Cómo puedes dar a este monstruo soberanía sobre nosotros? Habría pagado su paz con tu muerte.

—Él no la habría matado —dijo Kaye.

Ethine apartó la mirada.

—Todos os habéis convertido en monstruos.

—Ahora el precio de la paz es solamente su odio —dijo Roiben—. Ese estoy dispuesto a pagarlo.

—Nunca te aceptaré como Rey de la Corte Luminosa —espetó Talathain.

Roiben colocó el círculo en su frente. La sangre manchó su pelo plateado.

—Está hecho, lo aceptes o no —dijo Ruddles.

—Déjame terminar el duelo en lugar de tu hermana —dijo Talathain—. Lucha conmigo.

—Cobarde —dijo Kaye—. Ya está herido.

—Tu Reina Luminosa rompió su pacto con nosotros —dijo Dulcamara. Se giró hacia Roiben—. Déjame matar a este caballero por ti, mi Señor.

—¡Lucha conmigo! —exigió Talathain.

Roiben asintió. Agachándose en la nieve, alzando su propia espada. Estaba empañada por el frío.

—Démosles el duelo por el que han venido.

Talathain y Roiben se rodearon el uno al otro lentamente, sus pies cuidadosos, sus cuerpos balanceándose el uno hacia el otro como serpientes. Las hojas de ambos estaban extendidas de forma que nunca se tocaban.

Talathain golpeó con fuerza. Roiben interceptó, empujando al otro caballero hacia atrás. Talathain mantuvo la distancia. Se acercaba, golpeaba, después se retiraba rápidamente, manteniéndose justo fuera del alcance de Roiben como si estuviera esperando a que se cansara. Un solo riachuelo de sangre como sudor bajaba por el brazo de la espada de Roiben hasta su hoja.

—Estás herido —le recordó Talathain—. ¿Cuánto crees realmente que puedes aguantar?

—Lo suficiente —dijo Roiben, pero Kaye veía la humedad en su armadura y lo corcoveante de sus movimientos y no estuvo segura. A ella le parecía que Roiben estaba luchando con un reflejo de sí mismo, desesperado por acabar con aquello en lo que podría haberse convertido.

—Silarial tenía razón sobre ti, ¿verdad? —Dijo Talathain—. Decía que querías morir.

—Ven y averígualo —Roiben esgrimió la espada en un arco tan rápido que el aire cantó. Talathain interceptó, sus hojas chocaron, filo contra canto.

Talathain se recobró con rapidez y empujó hacia el costado izquierdo de Roiben. Contorsionándose, Roiben se apartó y agarró el pomo de la espada del otro caballero, forzando a la espada de Talathain a subir y pateándola contra su pie.

Talathain cayó en la nieve.

Roiben estaba de pie sobre él, apuntando la espada a la garganta del caballero. Talathain permaneció inmóvil.

—Vamos, complace a la multitud si es eso lo que quieres. Vamos, márame.

Kaye no estaba segura de si había oído una amenaza o una súplica en esas palabras.

Talathain no se movía.

Un hada con piel de piña de ciprés, rugosa y agrietada, le quitó la espada dorada a Talathain de las manos. Otra escupió en la nieve sucia.

—Nunca controlarás ambas cortes —dijo Talathain, luchando por ponerse de rodillas.

Roiben se balanceó un poco, y Kaye puso un brazo bajo el suyo. Él dudó un momento antes de apoyar su peso contra ella. Kaye casi se derrumbó.

—Controlaremos la Corte Luminosa justo como tu señora nos hubiera controlado a nosotros —ronroneó Dulcamara, acuclillada junto a él, tocándole la mejilla con un cuchillo brillante, la punta presionando contra la piel—. Derrotado en el polvo. Ahora di a tu nuevo Señor el buen perrito amaestrado que su ingenio le ha comprado. Dile que ladrará a una orden suya.

Ethine se mantenía en pie rígida e inmóvil. Cerró los ojos.

—No serviré a la Corte Oscura —dijo Talathain a Roiben—. No me convertiré en lo que tú.

—Te envidio esa elección —dijo Roiben.

—Yo le haré ladrar —dijo Dulcamara.

—No —dijo Roiben—. Dejadle marchar.

Ella levantó la mirada, sorprendida, pero Talathain ya estaba en pie, abriéndose paso a través de la multitud mientras Ruddles gritaba.

—Contemplad a nuestro indudable Señor Roiben, Rey de la Corte Oscura y la Corte Luminosa. Hacedle vuestras reverencias.

Roiben se tambaleó ligeramente, y Kaye afianzó su garra. De algún modo él permanecía en pie, aunque su sangre le empapaba la mano.

—Seré mejor que ella —le oyó decir. Su voz era toda aliento.

Capítulo 14

En cierta tierra lejana el frío es tan intenso que las palabras se congelan tan pronto como se pronuncian, y después de algún tiempo se funden y se tornan audibles para que las palabras habladas en invierno no se escuchen hasta el próximo verano."

Plutarco, "Moralia"

Cuando Kaye y Corny entraron en el pequeño apartamento, Kate estaba recostada en un colchón de aire en medio del suelo. Estaba dibujando en una revista. Kaye podía ver que la muchachita había oscurecido los ojos de Angelina Jolie y estaba en proceso de dibujar alas en los omóplatos de Paris Hilton.

—Es mona —dijo Corny— me recuerda a ti.

—Traemos *lo mein* y empanadillas de verduras. —Kaye cambió de posición la bolsa en sus brazos—. Agarra un plato; me está goteando en la mano.

Kate arrastró los pies y se echó hacia atrás el enredado y sucio pelo rubio.

—No lo quiero.

—De acuerdo —Kaye colocó los cartones en el mostrador de la cocina— ¿Qué quieres?

—¿Cuándo vendrá Ellen a casa? —Kate la miró, y Kaye pudo ver que sus ojos marrones estaban enrojecidos, como si hubiera llorado recientemente.

—Cuando termine el ensayo. —La primera vez que Kaye había visto a Kate, la muchacha se había ocultado bajo la mesa. Kaye no estaba segura si esto era una mejoría—.

Dijo que no sería hasta tarde, así que no te asustes.

—No mordemos —apuntó Corny.

Kate recogió su revista y se subió a la cama de Ellen, acurrucándose en el rincón más alejado. Arrancó pequeños pedazos de la revista y los enrolló entre sus dedos.

Kaye inhaló. El aire en el apartamento sabía a cigarrillos y a muchacha humana, a la vez familiar y extraño.

Kate frunció el ceño ferozmente y lanzó una bola de papel a Corny. Él la esquivó.

Abriendo el refrigerador, Kaye cogió una naranja levemente marchita. Había un trozo de *cheddar* con moho en un extremo. Kaye cortó la piel verdosa y puso el trozo restante en un pedazo de pan.

—Te haré un poco de queso al grill. Cómete la naranja mientras esperas.

—No la quiero —dijo Kate.

—Dale solo pan y agua como la pequeña prisionera que es. —Corny se acostó en la cama de Ellen, apoyando la cabeza en una pila de ropa sucia—. Tío, odio hacer de niñera.

Kate cogió la naranja y la lanzó contra la pared. Rebotó como una pelota de cuero, golpeando el suelo con un ruido sordo.

Kaye no tenía ni idea de qué hacer. Se sentía paralizada por la culpabilidad. La muchacha tenía toda la razón al odiarla.

Corny encendió la minúscula televisión. Los canales se veían borrosos, pero finalmente encontró uno que estaba lo bastante claro y que mostraba a Buffy estacando a tres vampiros mientras Giles le tomaba el tiempo con un cronómetro.

—Reposición —dijo Corny—. Perfecto. Kate, esto te enseñara todo lo que necesitas saber sobre cómo ser una adolescente americana normal. —Levantó la mirada hacia Kaye—. Tiene incluso la súbita adición de una hermana.

—Ella no es mi hermana —dijo la muchacha—. Solo robó mi nombre.

Kaye se detuvo, las palabras eran como una patada en el estómago.

—No tengo un nombre propio —dijo lentamente—. El tuyo es el único que tengo.

Kate asintió con la cabeza, con los ojos todavía fijos en la pantalla.

—¿Entonces cómo era? —preguntó Corny—. El país de las hadas.

Kate arrancó un pedazo más grande de la revista, aplastándolo en su puño.

—Había una señora guapa que me trenzaba el pelo y me alimentaba con manzanas y me cantaba. Y había otros... hombres-cabra y el muchacho de la zarzamora. A veces se burlaban de mí. —Frunció el ceño—. Y a veces se olvidaban de mí.

—¿Los echas de menos? —preguntó él.

—No sé, dormía mucho, a veces despertaba y las hojas habían cambiado sin que yo las viera.

Kaye sintió un escalofrío. Se preguntó si alguna vez se acostumbraría a la casual crueldad de las hadas y esperó que no. Por lo menos aquí, entre los seres humanos, Kate despertaría cada día hasta que no hubiera más despertares.

Kaye jugueteó inquieta con las mangas de su suéter, asomando los pulgares a través del tejido.

—¿Quieres ser Kaye y que yo sea Kate?

—Eres estúpida y ni siquiera actúas como un hada.

—Hagamos un trato —dijo Kaye—, yo te enseñaré a ser humana y tu me enseñarás a ser un hada. —Hizo una mueca de dolor por lo poco convincente que sonaba, incluso para ella.

El ceño no había desaparecido de la cara de Kate, pero parecía estar pensando en ello.

—Incluso yo ayudaré —dijo Corny—. Podemos comenzar enseñándole palabrotas humanas. Aunque quizá podríamos saltar a las palabrotas de las hadas. —Corny tomó una baraja de naipes de su mochila. Impreso en el reverso de cada una había diferentes robots del cine—. O podríamos intentar con el póquer.

—No deberías hacer tratos conmigo —dijo la muchacha, como algo aprendido de memoria. Tenía un aire satisfecho—. Las promesas mortales no son dignas del pelo de la cola de una rata. Ésa es tu primera lección.

—Anotado —dijo Kaye—. Y, ey, podríamos también enseñarte las alegrías del alimento humano.

Kate sacudió la cabeza.

—Quiero jugar a las cartas.

Para cuando Ellen entró, Corny les había ganado todo el cambio que habían encontrado en sus bolsillos o debajo de la cama de Ellen. Estaban pasando *Ley y Orden* en la televisión, y Kate había accedido a comer una sola galleta de la fortuna. Su fortuna había dicho: *Alguien te invitará a una fiesta de karaoke.*

—Ey, un tipo en la calle vendía películas piratas por dos pavos —dijo Ellen, lanzando su abrigo sobre una silla y descargando el resto de sus cosas en el suelo—. Conseguí un par para vosotros chicos.

—Apuesto a que la parte de atrás del cráneo de alguien bloquea la pantalla —advirtió Kaye.

Ellen recogió los tallarines del mostrador.

—¿Alguien se está comiendo esto?

Kaye se acercó.

—Kate no los quiso.

Ellen bajó la voz.

—No puedo decir si solo es muy tiquismiquis o si le pasa *algo*... no le gustan las salsas, apenas soporta la comida cocinada. No se parece en nada a ti. Tú comías como si tuvieras una solitaria.

Kaye se ocupó de empaquetar lo que quedaba de la comida. Se preguntaba si cada recuerdo se engancharía, como la lana en una espina, haciendo que se preguntara si era un síntoma de su extrañeza.

—¿Todo va bien? —le preguntó Ellen.

—Supongo que no estoy acostumbrada a compartirtelo —dijo suavemente.

Ellen alisó el pelo verde de la parte posterior de la cabeza de Kaye.

—Tú serás siempre mi bebé, pequeña. —La miró a los ojos un largo rato, después se dio la vuelta y encendió un cigarrillo en la estufa—. Pero tus días de canguro apenas están empezando.

Luis no quería que encantamientos o hechizos pagaran el funeral de su hermano, así que consiguió lo que podía pagar... una caja de cenizas y nada de servicio. Corny le llevó en coche a buscarla, a casa de un antiguo director de funeraria que le entregó lo que parecía ser una lata de galletas.

Aunque el cielo estaba encapotado, la nieve en la tierra se había convertido en aguanieve. Luis había estado en Nueva York desde el duelo, tratando con clientes e intentando desenterrar suficientes papeles como para probar que Dave era realmente su hermano.

—¿Qué vas a hacer con las cenizas? —preguntó Corny entrando en el coche.

—Supongo que debería dispersarlas —dijo Luis. Se recostó contra el plástico agrietado del asiento. Alguien había rehecho sus trenzas, y estas brillaban como cuerdas de seda oscura cuando inclinó la cabeza—. Pero me asusta. Sigo pensando en las cenizas como en leche pulverizada. Ya sabes, si les agrego agua, se reconstituirán hasta convertirse en mi hermano.

Corny descansó las manos contra el volante.

—Podrías guardarlas. Conseguir una urna. Conseguir una chimenea donde ponerla.

—No. —Luis sonrió—. Voy a llevar sus cenizas a la Isla de Hart. Él era bueno encontrando cosas, lugares. Le habría encantado una isla entera abandonada. Y así

descansará cerca de mis padres.

—Eso suena bien. Mejor que alguna funeraria con un montón de parientes que no saben qué decir.

—Podría ser en Año Nuevo. Como un velatorio.

Corny asintió, pero cuando se movió para poner la llave en el contacto, la mano de Luis le detuvo. Cuando se giró hacia él, sus bocas se encontraron.

—Lo siento... he estado... —dijo Luis, entre besos— distraído... por todo. Es morboso... ¿qué estoy diciendo...?

Corny murmuró algo que esperaba sonara como un asentimiento mientras los dedos de Luis se clavaban en sus caderas, empujándole hacia arriba para que pudieran aplastar sus cuerpos incluso más cerca.

Tres días después llevaron otro paquete de carne a las sirenas para conseguir un paseo hasta la Isla de Hart. Corny había encontrado una clásica chaqueta azul de smoking que ponerse sobre un par de pantalones vaqueros, mientras que Luis, con los hombros caídos, llevaba una sudadera con capucha y botas de ingeniero. Kaye había pedido prestado uno de los vestidos negros de su abuela y se había recogido el pelo verde con minúsculos prendedores con forma de mariposas. Las sirenas insistieron en tomar tres de las horquillas junto con el filete.

Corny miraba la ciudad tras ellos, brillando tanto que el cielo sobre ella parecía casi como el de día. Incluso aquí, era demasiada luz para las estrellas.

—¿Crees que el guardacostas nos verá? —preguntó Corny

Luis sacudió la cabeza.

—Roiben dijo que no.

Kaye lo miró.

—¿Cuándo hablaste con él?

Tocándose la cicatriz que tenía junto al aro del labio, Luis se encogió de hombros.

—Vino a verme. Dijo que así ampliaba formalmente su protección. Puedo ir a dondequiera y ver lo que sea en sus tierras y nadie puede sacarme los ojos. Debo confesarlo, es un alivio mayor de lo que creí que sería.

Kaye bajó la mirada a sus manos.

—No sé qué voy a decirle esta noche

—Eres su consorte. ¿No deberíais estar juntos? —preguntó Lutie—. O quizá puedas enviarlo a una búsqueda propia. Hazle construirte un palacio de platos de papel.

La boca de Kaye se curvó en la comisura.

—Definitivamente deberías pedir un palacio mejor que ese. Cartulina reforzada por lo menos. —Corny la codeó en el costado—. ¿Cómo resolviste tu búsqueda, por cierto?

Ella se giró y abrió a la boca. Alguien gritó desde la costa.

Una muchacha con la cabeza cubierta de una pelusa rojiza los llamaba mientras arrastraba una canoa hasta la isla. A su lado, un troll de ojos dorados desempaquetaba botellas de champán rosado y un paquete de vasos de plástico. Otra muchacha humana bailaba en la arena, su abrigo con manchas de pintura se arremolinaba a su alrededor como una falda. Se giró para saludarles cuando los divisó.

Incluso Roiben estaba ya allí, apoyado contra un árbol, su abrigo largo de lana mojado en el dobladillo.

Kaye bajó de un salto, agarrando la cuerda y salpicando en el agua poco profunda. Sujetó la balsa lo suficiente como para que Luis y Corny pudieran seguirla.

—Este es Ravus —dijo Luis, asintiendo en dirección al troll—. Y Val y Ruth.

—¡Ey! —gritó entonces la muchacha del pelo rapado... Val.

Luis apretó la mano de Corny.

—Quédate atrás.

Luis se alejó de ellos justo cuando la chica del pelo rapado descorchaba una botella de champán. El corcho salió disparado hacia las olas y ella rió. Corny deseaba ir detrás de Luis, pero no estaba seguro de ser bienvenido.

Kaye se recogió un mechón de pelo tras la oreja y miró hacia las olas.

—Puedes ver la ciudad entera desde aquí. Que pena que no podamos ver bajar la bola.

—Esto me recuerda a algo sacado de una novela de fantasía —dijo Corny—. Ya sabes, isla misteriosa. Yo, con mi camarada élfica de confianza.

—¿Yo soy tu camarada élfica de confianza? —bufó Kaye

—Quizá no de confianza —dijo Corny con una sonrisa. Después sacudió la cabeza—. Es una tontería, sin embargo. La parte de mí que adora esto. Ésa es la parte que va a conseguir que me maten. Como a Dave. Como a Janet.

—¿Todavía deseas no ser humano?

Corny frunció el ceño, echó una mirada hacia Luis y sus amigos.

—Creía que éstos eran nuestros deseos *secretos*.

—¡Tú me lo mostraste!

Corny resopló.

—Aun así. —Suspiró—. No sé. Por el momento ser humano me funciona. Es una especie de primavera. ¿Qué hay de ti?

—Acabo de darme cuenta de que no tengo que hacer cosas normales, siendo un hada —dijo Kaye—. No tengo necesidad de conseguir un trabajo, ¿verdad? Puedo convertir las hojas en dinero si lo necesito. No necesito ir a universidad... ¿para qué? ya que no necesito un trabajo.

—Supongo que la educación no es su propia recompensa, ¿eh?

—¿Piensas alguna vez en el futuro? Quiero decir, ¿recuerdas de lo que tú y Luis hablabais en el coche?

—Supongo. —Recordó que Luis había esperado que Dave fuera a la universidad con él.

—Estaba pensando en abrir una cafetería. Pensé que quizá podríamos tenerla en el frente, y en la parte de atrás habría una biblioteca... con información real sobre hadas... y quizá una oficina para que Luis rompa maldiciones. Tú podrías trabajar en los ordenadores, manteniendo en funcionamiento Internet, hacer algunas bases de datos.

—¿Sí? —Corny ya podía imaginarse las paredes verdes con frisos de madera oscura y las máquinas de capuchino cobrizas silbando como telón de fondo.

Ella sacudió la cabeza.

—Crees que es una locura, ¿verdad? Y Luis nunca accedería, y probablemente yo sea demasiado irresponsable de todos modos.

Él sonrió abiertamente.

—Creo que es genial. ¿Pero qué hay de Roiben? ¿No quieres ser la reina de las hadas o lo que sea?

Al otro lado del campo, Corny vio como el troll descansaba una enorme y monstruosa mano en el hombro de Luis. Luis se relajó contra el bulto de la criatura. La muchacha de pelo oscuro... Ruth... dijo algo y Val rió. Roiben se alejó de los árboles y empezó a avanzar hacia ellos. Lutie despejó del hombro de Kaye, lanzándose al aire.

—Yo creía que Luis odiaba a las hadas —dijo Kaye.

Corny se encogió de hombros.

—Ya nos conoces a los humanos. Decimos una enorme cantidad de mierda.

El entierro fue simple. Todos de pie, en un semicírculo alrededor de Luis, mientras este

sostenía en alto la lata del metal con las cenizas. Cavaron un hoyo cerca del borde de las marcas numeradas de las tumbas y se pasaron el champán.

—Si conocíais a mi hermano, —dijo Luis, su mano temblaba visiblemente—, probablemente tenéis ya vuestras propias opiniones sobre él. Y supongo que todas son ciertas, pero no tiene por qué haber una sola verdad. Yo voy a elegir recordar a David como el chico que encontró a dos de nosotros un lugar donde dormir cuando no sabían adónde ir, y como el hermano al que amé.

Luis abrió la lata de cenizas y las vertió. El viento cogió algunas y las elevó en el aire, mientras el resto llenaba el agujero. Corny no estaba seguro del aspecto que creía que tendrían, pero el polvo era gris como periódico viejo.

—Feliz Año Nuevo, hermanito —dijo Luis—. Desearía que pudieras beber con nosotros esta noche.

Roiben estaba de pie junto al agua, bebiendo de una botella de champán. Se había soltado el pelo blanco como la sal y este le cubría la mayor parte de la cara.

Kaye se acercó a él, sacando un matasuegras del bolsillo y poniéndoselo en la boca. Sopló y la larga lengüeta de papel a cuadros se desplegó con un chirrido.

El sonrió.

Kaye gimió.

—Eres realmente un novio terrible ¿lo sabías?

Él asintió.

—Un exceso de baladas provoca ideas raras sobre el romance.

—Pero las cosas no funcionan así —dijo Kaye, tomando la botella de su mano y bebiendo a morro—. Como en las baladas o canciones o poemas épicos donde la gente hace todas las cosas incorrectas por las razones correctas.

—Has completado una búsqueda imposible y me has salvado de la Reina de las Hadas —dijo él suavemente—. Eso se parece mucho a una balada.

—Mira, simplemente no quiero que me ocultes cosas —dijo Kaye, ofreciéndole de nuevo la botella—, o que hieras mis sentimientos porque creas que eso va a mantenerme a salvo, o que te sacrifiques por mí. Solo cuéntamelo. Cuéntame qué está pasando contigo.

Él derramó el champán de modo que el líquido burbujeó en la nieve, manchándola de rosado.

—Me enseñé a mí mismo a no sentir nada. Y tú me haces sentir.

—¿Por eso soy una debilidad? —Su respiración salió como una nube en el aire helado.

—Sí. —Él miraba hacia el océano negro y entonces se volvió a mirarla a ella—. Duele. Sentir otra vez. Pero me alegro de ello. Me alegra el dolor.

Kaye se acercó un paso a él. El cielo brillante bañaba de plata su cara y destacaba la forma en que las puntas de sus orejas sobresalían de entre el pelo. Parecía a la vez desconocido y absolutamente familiar.

—Sé que te fallé —dijo Roiben—. En las historias cuando te enamoras de una criatura...

—¿Primero soy una cosa, y ahora soy una criatura? —dijo Kaye.

Roiben rió.

—Bueno, en las historias a menudo es una criatura. Algún tipo de bestia. Una serpiente que se convierte en mujer por la noche, o alguien maldecido a ser un oso hasta que pueda sacarse su propia piel.

—¿Qué tal un zorro? —preguntó Kaye, pensando en la historia de Silarial sobre los arbustos de espinas.

Él frunció el ceño.

—Si gustas. Eres lo suficientemente astuta.

—Sí, digamos un zorro.

—En esas historias, alguien a menudo pide que se haga algo inimaginablemente terrible a la criatura. Que le corten la cabeza, por ejemplo. Una prueba. No una prueba de amor, una prueba de confianza. La confianza levanta el encantamiento.

—¿Así que crees que deberías haberme cortado la cabeza? —Kaye hizo una mueca.

Él puso los ojos en blanco.

—Debería haber aceptado tu declaración, pensara que fuera sensato o no. Te amaba demasiado para confiar en ti. Fallé.

—Menos mal que no soy realmente un zorro —dijo Kaye—. O una serpiente o un oso. Y menos mal que soy lo bastante astuta como para descubrir una forma de sortear tu estúpida búsqueda.

Roiben suspiró.

—Una vez más yo pretendía salvarte, y sin embargo tú acudiste a mi rescate. Si no me hubieras advertido sobre Ethine, habría hecho exactamente lo que Silarial esperaba.

Bajó la mirada para que él no pudiera ver sus mejillas sonrojadas de placer. Metió los dedos en los bolsillos de su abrigo y se sorprendió al sentir un círculo de metal frío.

—Te he hecho algo —dijo Kaye, sacando el brazaletes de trenza verde entrelazado con alambre de plata.

—¿Es tu cabello? —preguntó él.

—Es un símbolo —dijo Kaye—. Como de una dama a un caballero. Para cuando no esté alrededor. Iba a dártelo antes, pero no tuve oportunidad.

Roiben pasó los dedos sobre el brazalete y observó a Kaye, asombrado.

—¿Y lo hiciste tú? ¿Para mí?

Ella asintió, y él extendió la mano para que pudiera ponérselo. La piel estaba caliente al contacto con sus dedos.

Al otro lado del agua, a lo largo de la orilla, los fuegos artificiales seguían. Estelas de fuego que acababan en flores de luz. Explosiones doradas llovían alrededor de ellos. Kaye le miró, pero él todavía se miraba la muñeca.

—Dices que es para cuando no estés alrededor ¿Cuándo no estarás alrededor? —le preguntó cuando levantó la mirada.

Kaye pensó en el hada de ojos de lechuza de la corte de Silarial y en lo que le había dicho. *Dicen que las cosas sin nombre cambian constantemente, que los nombres las fijan en un lugar como alfileres.* Kaye no quería ser fijada en un lugar. No quería fingir ser mortal cuando no lo era, ni deseaba tener que abandonar el mundo mortal. No deseaba pertenecer a un lugar o ser una única clase de cosa.

—¿Cómo gobernarás ambas cortes? —preguntó en vez de responder a su pregunta.

Roiben sacudió la cabeza.

—Intentaré mantener un pie en cada lado, hacer equilibrios en el filo del cuchillo entre ambas cortes mientras pueda. Habrá paz siempre y cuando pueda contenerlas a ambas. Con tal de que no me declare la guerra a mí mismo, es decir.

—¿Es eso probable?

—Debo confesar que siento una buena cantidad de autodesprecio. —Sonrió.

—Estaba pensando en abrir una cafetería —dijo Kaye rápidamente—. En *Ironside*. Tal vez ayudar a personas con problemas con las hadas. Como hace Luis. Quizá incluso ayude a hadas con problemas con las hadas.

—Sabes que acabo de hacer un negocio muy ventajoso afirmado el hecho de que ningún hada desea vivir en la ciudad. —Suspiró y sacudió la cabeza como si comprendiera que discutir con ella era inútil— ¿Como llamarás a tu cafetería?

—Luna en una Taza —dijo—. Quizá. No estoy segura. Estaba pensando que quizá podría dejar la casa de mi abuela... pasar la mitad del tiempo trabajando en la cafetería y la mitad en el mundo de las hadas, contigo. Quiero decir, si no te importa que este alrededor.

Él sonrió ante eso y parecía una auténtica sonrisa, sin sombras en los bordes.

—¿Como Perséfone?

—¿Quién? —Kaye se apoyó contra él y deslizó la mano bajo su abrigo, trazando sus vértebras. Notó como contenía la respiración.

Roiben dejó caer ligeramente su mano, vacilante, por las alas de los hombros de ella. Suspiró porque había estado conteniendo el aliento.

—Es una historia griega. Humana. El rey del inframundo... Hades... se enamoró de una muchacha, Perséfone. Ella también era una diosa, la hija de Demeter, que controla las estaciones y las cosechas.

Hades raptó a Perséfone llevándola a su palacio en el inframundo y la tentó con una granada abierta, cada semilla brillaba como un rubí. Ella sabía que si comía o bebía cualquier cosa en aquel lugar quedaría atrapada, pero él de alguna forma la persuadió para comer, aunque solo seis semillas. Por lo tanto, la condenaron a pasar la mitad de cada año en el inframundo, un mes por cada semilla.

—¿Al igual que tú estás condenado a pasar la mitad de tu tiempo ocupándote de la Corte Luminosa y la mitad de la Corte Oscura? —preguntó Kaye.

Roiben rió.

—Algo parecido.

Kaye miró hacia la costa lejana, donde los fuegos artificiales todavía anunciaban el Año Nuevo sobre los dientes irregulares de los edificios, y a continuación hacia donde Corny y los otros hacían explotar petardos y bebían champán barato en copas de plástico.

Salió de entre los brazos de Roiben y giró en la arena de la playa. El viento sopló desde el agua, entumeciendo su cara. Kaye rió y giró más rápido, tragando el aire frío y oliendo el débil humo de los fuegos artificiales. Los guijarros crujían bajo de sus botas.

—Todavía no me lo has contado —dijo él suavemente.

Ella estiró los brazos sobre la cabeza, después se detuvo abruptamente frente a él.

—¿Contarte qué?

El sonrió.

—¿Cómo lograste completar la búsqueda? ¿Cómo reclamaste ser capaz de mentir?

—Oh. Es muy simple. —Kaye se tendió sobre la espalda en la playa nevada, levantando la mirada hacia él—. Esta soy yo —dijo, su voz llena de malicia mientras extendía una mano de largos dedos—. ¿Ves? Ésta soy yo mintiendo.

Fin